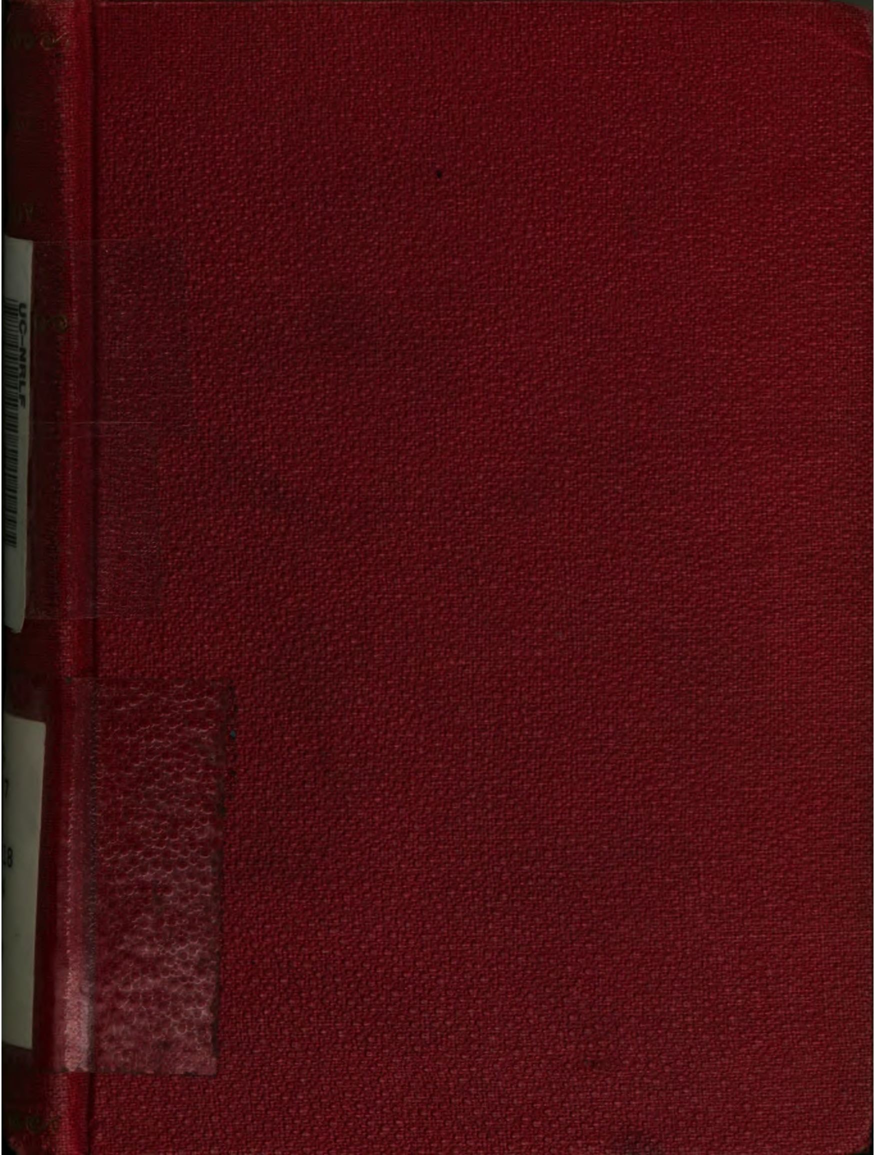
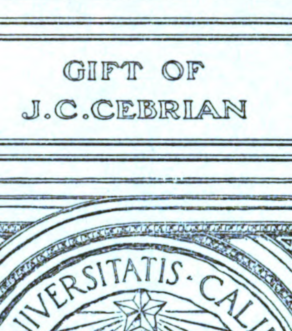
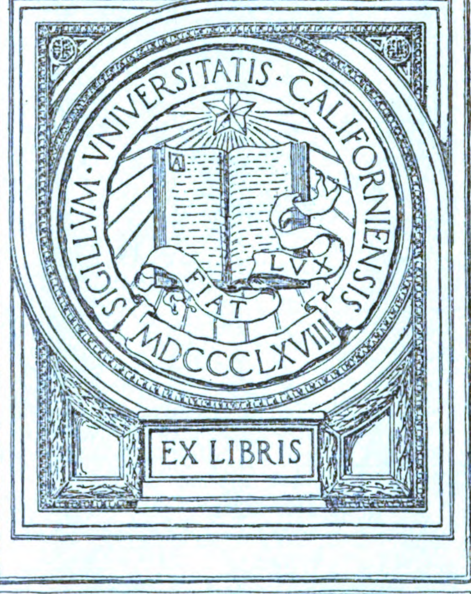
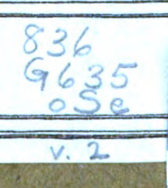

UC-NRLF


GIFT OF
J.C.CEBRIAN

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

836
G635
oSe
v. 2


PUBLISHED IN SPAIN

IVAN GONCHAROV

UNIV. OF CALIFORNIA

Oblomov

NOVELA

TOMO II y ÚLTIMO

La traducción del ruso ha sido hecha por Tatiana Enco de Valero



MADRID, 1925

UNIV. OF
CALIFORNIA

Talleres "Calpe", Ríos Rosas, 24.—MADRID

Iván Goncharov

—

O B L O M O V

NOVELA

TOMO II y ÚLTIMO

MCMXXV

PRESERVATION
COPY ADDED
ORIGINAL TO BE
RETAINED

MAY 1 7 1994

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1925.
Published in Spain.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

PG 3337
G6
O 1218
1924
v. 2
MAIN

PARTE TERCERA

I

Oblomov volvía a su casa con cara resplandeciente. Le hervía la sangre, los ojos le brillaban, le parecía que hasta los cabellos le ardían. Entró en su habitación, y de pronto el resplandor desapareció y los ojos expresaron asombro desagradable: en su butaca estaba Tarantiev.

—¿Por qué te haces esperar tanto? ¿Por dónde andas?—preguntó Tarantiev severamente tendiéndole la velluda mano—. Tu viejo diablo se ha vuelto imposible: le he pedido algo de comer y me ha dicho que no había nada; le he pedido aguardiente y tampoco me lo ha dado.

—He estado paseándome por ahí, por el bosquecillo—dijo Oblomov con tono descuidado y sin volver en sí de la molestia ofensiva que le causaba la aparición de su paisano en un momento como aquél.

Había olvidado la esfera en que había vivido y perdido el hábito de su atmósfera sofocante. En un instante Tarantiev le hizo caer del cielo a la charca. Oblomov se preguntaba angustiado: «¿Para qué ha venido Tarantiev? ¿Por mucho tiempo?»

600397

Le atormentaba la idea de que se quedase a comer y entonces le sería imposible ir a casa de los Illinsky. La única preocupación de Oblomov era despachar a Tarantiev cuanto antes aunque le costase algún dinero. Esperó silencioso a ver lo que diría.

—¿Por qué, paisano, no se te ocurre ir a ver el piso?—preguntó Tarantiev.

—No es necesario—contestó Oblomov procurando no mirar a Tarantiev—. Ya... no me mudaré allí.

—¿Cómo? ¿Que no te mudarás?—preguntó Tarantiev con amenaza—. ¿Lo has alquilado y no te mudarás? ¿Y el contrato?

—¿Qué contrato?

—¿Ya lo has olvidado? Has firmado un contrato por un año. Paga ochocientos rublos en billetes de Banco y vete luego adonde quieras. Había cuatro que querían alquilarlo; a todos les han dicho que no y uno de ellos lo quería por tres años.

Oblomov recordó ahora que el día que se mudó al campo Tarantiev le trajo un documento que él firmó sin leer.

«¡Dios mío, lo que he hecho!», pensó.

—Es que ya no necesito el piso—dijo en voz alta—. Me voy al extranjero...

—¿Al extranjero?—le interrumpió Tarantiev.—¿Con ese alemán? ¡Vamos! ¡A dónde irás tú!

—¿Por qué no? Ya tengo el pasaporte, te lo enseñaré. He comprado la maleta.

—¡No irás!—repitió Tarantiev, indiferente.—Mejor será que pagues seis meses adelantados.

—No tengo dinero.

—Búscalo donde quieras. A Iván Matveich, el hermano de mi comadre, no le gustan las bromas. En seguida presentará una querella ante el Tribunal; no podrás deshacerte de él. Además, he pagado con mi dinero, devuélvemelo.

—¿Y de dónde has sacado tanto dinero?—preguntó Oblomov.

—¿A ti qué te importa? Cobré una deuda antigua. ¡Dame el dinero, he venido por él!

—Bueno, uno de estos días iré a la ciudad y traspasaré el piso. Y ahora tengo prisa.

Se puso a abrocharse la levita.

—¿Y qué piso necesitas? En toda la ciudad no encontrarás otro mejor. ¡Aun no lo has visto!

—Ni quiero verlo. ¿Para qué me voy a mudar allí? Está lejos...

—¿De dónde?—preguntó Tarantiev groseramente.

Pero Oblomov no dijo «de dónde».

—Del centro—contestó después.

—¿De qué centro? ¿Qué falta te hace? ¿Para tumbarte?

—No, ahora ya no me acuesto.

—¿Y eso?

—¡Psch!... Yo... hoy...—empezó Oblomov.

—¿Qué?—le interrumpió Tarantiev.

—No como en casa...

—¡Dame el dinero y vete al diablo!

—¿Qué dinero?—repitió con impaciencia Oblomov—. Uno de estos días pasaré por allí y hablaré con la dueña.

—¿Qué dueña? ¿Mi comadre? ¿Qué sabe ella? ¡Una mujer! No, mejor será que hables con su hermano. ¡Ya verás!

—Bueno, bueno, pasaré por allí y hablaré.

—¡Sí, que te esperen! ¡Dame el dinero y vete!

—No lo tengo; lo pediré prestado.

—Bueno, pues págame ahora por lo menos el coche—insistió Tarantiev—; tres rublos de plata.

—¿Pero dónde está el coche? ¿Y por qué tres rublos en plata?

—Lo he despedido. ¿Cómo? ¿Por qué? No quería llevarme «por la arena»—me dijo—. Luego la vuelta, tres rublos de plata, he aquí veintidós rublos en billetes.

—De aquí sale un coche por asientos que te costará medio rublo—objetó Oblomov—. ¡Tómalo!

Le dió cuatro rublos en plata. Tarantiev los hizo entrar en su bolsillo.

—Me debes siete rublos en billetes—agregó—, y dame para pagar la comida.

—¿Qué comida?

—No tendré tiempo para llegar a la ciudad y tendré que comer en alguna taberna por el camino; aquí todo cuesta caro; me pedirán unos cinco rublos.

Oblomov sacó en silencio un rublo y se lo echó. No se sentó, impaciente por que Tarantiev se marchara, pero no se marchó.

—Di que me sirvan algo de comer—dijo.

—¿Pero no querías comer en la taberna?

—¡Sí, comer! Pero ahora sólo es la una y pico.

Oblomov ordenó a Zajar que sirviese algo.

—No hay nada, no han hecho comida—contestó secamente Zajar mirando tétricamente a Tarantiev—. ¿Y qué, Mijey Andreevich, cuándo va a devolver la camisa y el chaleco del señor?

—¿Qué camisa y qué chaleco? Ya los he devuelto hace tiempo.

—¿Cuándo?—preguntó Zajar.

—¿No te los di a ti cuando la mudanza? Los habrás metido en algún lío y ahora me preguntas.

Zajar se quedó como petrificado.

—¡Ay, Señor! ¿Qué vergüenza es ésa, Ilia Illich?—vociferó dirigiéndose a Oblomov.

—¡Canta, canta canciones!—dijo Tarantiev—. Te lo habrás gastado en beber y ahora te haces el tonto...

—¡No, desde que nací no he gastado en beber nada del dinero de mis señores!—rugió Zajar—. Es usted...

—¡Basta, Zajar!—interrumpió Oblomov severamente.

—¿Es usted el que se ha llevado nuestra escoba y dos tazas?—preguntó de nuevo Zajar.

—¿Qué escoba?—vociferó Tarantiev—. ¡Tú, viejo bribón! ¡Dame algo de comer!

—¿Oye usted, Ilia Illich, cómo me insulta?—dijo Zajar—. No hay nada en casa, ni siquiera pan, y Anisia ha salido—dijo, y se fué.

—Entonces, ¿dónde comes hoy?—preguntó Tarantiev—. ¡Qué cosa más rara! Oblomov se pasea por el bosquecillo, come fuera de casa... ¿Cuán-

do vas a ver el piso? Ya estamos en otoño, ven a verlo.

—Está bien, iré uno de estos días...

—¡Y no olvides llevar el dinero!

—¡Sí, sí, sí!—dijo con impaciencia Oblomov.

—¿Necesitas algo más en el piso? Han pintado para ti suelos, techos, ventanas, puertas... todo; ha costado más de cien rublos.

—Sí, sí, está bien... ¡Ah, sí!, quería decirte—se acordó de pronto Oblomov—que me hagas el favor de ir a la Cámara; tengo que certificar la autorización...

—¡Vaya con el abogado que has encontrado!—refutó Tarantiev.

—Te daré más dinero para la comida—prometió Oblomov.

—Gastaré en zapatos más de lo que tú me des.

—Toma un coche, te lo pagaré.

—No puedo ir a la Cámara—dijo lúgubremente Tarantiev.

—¿Por qué?

—Tengo allí enemigos, están rabiando, me tienden emboscadas para perderme.

—Bueno, entonces iré yo—dijo Oblomov cogiendo la gorra.

—Oye, cuando te mudes a la ciudad, Iván Matveich hará todo lo que necesites. ¡Es un hombre de oro, y no una pareja de ese alemán engreído! ¡Un verdadero funcionario ruso! Hace treinta años que se sienta en la misma silla; maneja toda la oficina; tiene dinero, pero no tomará coche; lleva un frac

no mejor que el mío; es más tranquilo que el agua, más humilde que la hierba; cuando habla apenas se le oye; no vaga por países extranjeros como tu...

—¡Tarantiev!—gritó Oblomov dando un puñetazo en la mesa—. ¡No hables de lo que no comprendes!

Tarantiev, con los ojos desencajados de asombro por aquel nunca visto proceder de Oblomov, olvidó ofenderse porque se le estimase inferior a Stolz.

—¡Cómo te has vuelto, hermano!—tartamudeó cogiendo el sombrero—. ¡Qué actividad!

Frotó su sombrero con la manga, luego vió el sombrero de Oblomov puesto en un estante.

—Ahora no necesitas el sombrero, tienes la gorra—dijo cogiendo el sombrero de Oblomov y probándoselo—. ¡Dámelo para el verano!

Oblomov, en silencio, le quitó el sombrero de la cabeza y lo puso en su sitio; luego cruzó los brazos esperando que Tarantiev se marchara.

—¡Bueno, quédate con el diablo!—dijo Tarantiev pasando torpemente por la puerta—. Estás ahora algo... así... ¡Sí, habla con Iván Matveich y no se te ocurra no llevarme el dinero!

II

Tarantiev se fué y Oblomov se sentó en la butaca con un humor desagradable y tardó mucho en librarse de aquella impresión de grosería. Por fin

se acordó de lo de por la mañana y la espantosa aparición de Tarantiev se borró por completo: toda su cara sonrió de nuevo.

Se puso ante el espejo, se arregló cuidadosamente la corbata y, sonriendo, se examinaba la mejilla para ver si aun conservaba huella del beso abrasador de Olga.

—¡Dos «nunca»!—dijo en voz baja, alegre y emocionado—. Y qué diferencia entre ellos: uno se ha marchitado ya y el otro se descolgó tan perfumado...

Luego se sumió en reflexiones cada vez más profundas. Sentía que la luminosa fiesta del amor había pasado, que el amor se había transformado ya en un deber, se mezclaba a toda la vida, entraba en las funciones habituales de ésta y empezaba a desteñirse, a perder sus colores irisados.

Quizá hoy por la mañana—pensó—ha brillado su último rayo sonrosado y ahora ya no brillará más, sino que calentará invisiblemente la vida, será absorbido por ésta y le servirá de fuente, pero como un resorte oculto. ¡Y desde ahora sus manifestaciones serán tan sencillas, tan corrientes!

Se terminará el poema y empezará la historia seria: la Cámara, el viaje a Oblomovka, la construcción de la casa, la hipoteca en el Consejo, el abrir la carretera, los interminables asuntos con los campesinos, el ordenar los trabajos, la cosecha, la sementera, el castañeteo del contador, la cara preocupada del administrador, las elecciones, la sesión en el Tribunal.

Sólo algunas veces brillará la mirada de Olga, resonará la *Casta diva,* un beso apresurado y luego de nuevo habrá que ir al campo, a la ciudad, después hablar con el administrador, soñar el contador, vendrán las visitas—¡qué divertido!—, hablarán de la cantidad de vino que cada uno produce, cuántos archines de paño verde vende al Estado... ¿Qué es esto? ¿Es posible que sea lo que me imaginaba? ¿Es vida? Y, no obstante, así viven, como si en eso consistiera la vida. ¡Y así le gusta a Andrés!

Pero el casamiento, la boda, es la poesía de la vida, es una abierta flor perfumada. Se imaginó cómo conduciría a Olga al altar: ella con un ramo de azahar en la cabeza y un largo velo. En la muchedumbre, un murmullo de asombro. Olga, tímida, con el pecho ligeramente agitado, la cabeza inclinada con orgullosa gracia, le tiende la mano y no sabe cómo mirar a todos. Ya sonríe, ya brillan lágrimas en sus ojos, ya la arruguita de encima de la ceja se hace más marcada.

En casa, después de marcharse los invitados, se le echa en sus brazos vistiendo aún el espléndido traje...

No, iré a verla, no puedo pensar y sentir solo—decidió—. Se lo diré a todos, a todo el mundo... No, primero a la tía, luego al barón, escribiré a Stolz. ¡Cuánto se asombrará! Luego se lo diré a Zajar; se arrojará a mis pies y gritará de alegría; le daré veinticinco rublos. Vendrá Anisia, procurará besarme la mano; le daré diez rublos; luego..., luego, de alegría, gritaré a todo el mundo, gritaré

tanto que todo el mundo dirá: «¡Oblomov es feliz! ¡Oblomov se casa!» Ahora voy corriendo a casa de Olga; allí me espera un largo cuchicheo, ¡el misterioso acuerdo de unir dos vidas en una!...

Fué corriendo a casa de Olga. Ella escuchó sonriendo sus sueños; pero apenas se levantó para ir a anunciárselo a la tía, Olga frunció las cejas y Oblomov se desanimó.

—¡Ni una palabra a nadie!—dijo Olga apretando un dedo a los labios y haciéndole seña de que hablase más bajo para que la tía no lo oyese—. ¡Aun no ha llegado la hora!

—¿No ha llegado ya una vez que hemos decidido todo?—preguntó Oblomov impaciente—. ¿Qué hacer ahora? ¿Cómo empezar? ¿Quedamos sentados y cruzados de brazos? Empieza el deber, la vida seria...

—Sí, empieza...—repitió ella mirándole fijamente.

—Por eso quería dar el primer paso: hablar con tu tía...

—Ese es el último paso.

—Entonces, ¿cuál es el primero?

—El primero... ir a la Cámara; tienes que escribir un documento.

—Sí..., yo... mañana...

—¿Y por qué no hoy?

—¡Hoy..., hoy! ¿Un día como éste dejarte, Olga?

—Bueno, entonces mañana. ¿Y luego?

—Luego hablar a la tía, escribir a Stolz...

—No. Luego ir a Oblomovka... Andrés Ivano-

vich te ha escrito lo que había que hacer en la aldea; yo no sé qué negocios tiene allí...; una construcción, ¿no?—preguntó mirándole.

—¡Dios mío!—gimió Oblomov—. ¡Si hacemos caso a Stolz no hablaré nunca con la tía! El dice que hay que empezar la construcción de la casa, luego abrir la carretera, escuelas... ¡Todo eso no se hace en un siglo! Nosotros, Olga, iremos allí juntos y entonces...

—¿Dónde viviremos? ¿Hay casa allí?

—No; la vieja es inhabitable; la entrada no sirve...

—¿Entonces?—preguntó ella.

—Habrá que buscar un piso aquí.

—Para hacerlo hay que ir a la ciudad—dijo Olga—; ése es el segundo paso.

—Después...—empezó él.

—Pero da antes esos dos pasos y luego ya...

«¿Qué es esto?—pensó Oblomov entristecido—. ¿No hay largo cuchicheo ni misterioso acuerdo de unir dos vidas en una? ¡Todo ha resultado distinto! ¡Qué extraña es Olga! No se detiene en un punto, no reflexiona con dulzura sobre un momento poético, como si no soñase ni sintiese la necesidad de sumirse en meditación. Va en seguida a la Cámara, a buscar piso, ¡lo mismo que Andrés! ¡Parece que todos ellos se han puesto de acuerdo para vivir de prisa!»

Al día siguiente fué a la ciudad con una hoja de papel timbrado, se dirigió a la Cámara e iba de mala gana, bostezando y mirando alrededor de sí. No

estaba seguro de dónde estaba la Cámara y fué a preguntar a Iván Guerasimovich cuál era el departamento en el que certificaban los poderes.

Iván Guerasimovich se alegró mucho al ver a Oblomov y no quiso que se marchase sin almorzar. Luego envió a buscar a un amigo suyo para consultarle el asunto porque él hacía tiempo que se había jubilado y no intervenía en ningún negocio.

El almuerzo y la consulta terminaron a las tres; era ya tarde para ir a la Cámara, y como al día siguiente, sábado, no había sesión, era necesario dejarlo para el lunes.

Oblomov se dirigió a su nueva casa, a Viborgskaia Storoná. Durante un breve rato el coche anduvo por callejones, por entre largas cercas. Por fin encontraron un guardia que les dijo que la casa estaba en la otra manzana «por esta calle», y les señaló una calle todavía sin casas, con vallas, hierbas y rodadas profundas en el lodo seco.

Oblomov prosiguió su camino admirando las ortigas y el serbal que asomaban por encima de las cercas. Por fin el guardia indicó una vieja casita, diciendo:

—Es ésta.

«Casa de la viuda del secretario colegial Pshenitsiu», leyó Oblomov en una inscripción que había en la puerta y ordenó al cochero que entrase en el patio.

El patio era del tamaño de una habitación, y el coche, al entrar, dió con la lanza en la cerca, asustando a un tropel de gallinas, que se dispersaron

cacareando por todas partes; un gran perro negro se puso a saltar desesperadamente a derecha e izquierda, tirando de la cadena, ladrando y procurando alcanzar los morros de los caballos.

Oblomov, sentado en el coche, al nivel de las ventanas, no sabía cómo apearse. En las ventanas, adornadas con tiestos de reseda, caléndula y moco de pavo, se agitaban cabezas. Oblomov bajó del coche con dificultad y el perro se deshacía ladrando.

Subió a la entrada y tropezó con una vieja arrugada que llevaba puesto un *zarafan*, el borde del cual estaba metido bajo la faja.

—¿A quién busca?—preguntó ella.

—A la dueña de la casa, la señora Pshenitsina.

La vieja bajó la cabeza, dudando.

—¿No será a Iván Matveich a quien necesita? —preguntó—. No está en casa; aun no ha vuelto de la oficina.

—Quiero ver a la dueña—dijo Oblomov.

Entre tanto continuaba la agitación en la casa. Ya por una, ya por otra ventana se dejaba ver una cabeza, y por detrás de la vieja, de cuando en cuando, se entreabría la puerta y asomaban varias caras.

Oblomov se volvió; en el patio, detrás de él, había dos niños, chico y chica, que le miraban curiosamente.

Sin que se pudiera saber por dónde había venido, un campesino, vestido con una anguarina y protegiendo con la mano los ojos del brillo del sol, contemplaba perezosamente a Oblomov y al coche.

El perro seguía dando ladridos roncos y cortos, y apenas Oblomov se movía o los caballos golpeaban el suelo con los cascos empezaba de nuevo a saltar y ladrar furiosamente.

A la derecha, por encima de la cerca, vió Oblomov una extensa huerta de repollos y a la izquierda se veían unos cuantos árboles y un pabellón de madera pintado de verde.

—¿Quiere ver a Agafia Matveievnà?—preguntó la vieja—. ¿Para qué?

—Di a la dueña de la casa—dijo Oblomov—que quiero verla; he alquilado aquí un piso.

—¿Entonces es usted el nuevo huésped, el conocido de Mijey Andreevich? Espere un poco, voy a avisar.

Abrió la puerta, lo que obligó a unas cuantas personas a apartarse de un salto y precipitarse en las habitaciones. Oblomov tuvo tiempo de divisar una mujer de cuello y brazos desnudos hasta el codo, sin gorro, de piel blanca y algo gruesa, que sonrió al ver a un extraño y se metió adentro corriendo.

—Haga el favor de pasar a la habitación—dijo la vieja al volver, y atravesando la pequeña antesala introdujo a Oblomov en un cuarto bastante amplio y le rogó que esperase un poco—. La dueña saldrá en seguida—agregó.

«¡Y el perro sigue ladrando!», pensó Oblomov examinando la habitación.

De pronto sus ojos se detuvieron ante objetos conocidos: toda la habitación estaba llena con sus muebles. Las mesas llenas de polvo, las sillas amon-

tonadas sobre la cama, colchones, vajilla en desorden, armarios...

«¿Qué es esto? ¡Qué desorden; no hay nada arreglado! ¡Qué asco!», se dijo.

De repente, a sus espaldas chirrió una puerta y entró en la habitación la mujer de cuello y brazos desnudos.

Tenía unos treinta años. Era muy blanca y de cara llena; parecía que el rubor no podría colorear sus mejillas. Casi no tenía cejas, y en su lugar había dos rayas brillantes y algo hinchadas, con escasos pelos rubios. Los ojos eran grisáceos e ingenuos, como toda la expresión de su semblante; las manos, blancas, pero de piel basta, con abultados nudos de venas azules.

El traje la ceñía ajustadamente; se veía que no recurría a artificios, ni siquiera al de llevar una falda más para aumentar el volumen de las caderas y reducir la cintura. Por esto, también cuando se quitaba el chal, su pecho, fuerte y robusto, hubiera podido servir de modelo a un artista sin necesidad de ser desnudado. En comparación con el chal y el gorro, el vestido parecía viejo y usado. No esperaba visitas, y cuando Oblomov manifestó el deseo de verla se había echado sobre el traje de casa el chal que llevaba los domingos y se había cubierto la cabeza con un gorro. Entró tímidamente y se paró mirando a Oblomov.

Este se levantó y la saludó.

—¿Es a la señora Pshenitsina a quien tengo el gusto de ver?—preguntó.

—Sí—contestó ella—. ¿Quizá querrá usted hablar con mi hermano?—preguntó indecisa—. Ahora está en la oficina; no suele venir antes de las cinco.

—No; es a usted a quien quería ver—dijo Oblomov cuando ella se hubo sentado en el sofá lo más lejos posible de él y mirándose las puntas del chal, que la cubría por completo. Las manos las escondía también debajo del chal.

—He alquilado el piso; pero ahora las circunstancias me obligan a buscar cuarto en otra parte de la ciudad y por eso he venido a hablar con usted...

Ella le escuchó y reflexionó torpemente:

—Mi hermano no está—dijo luego.

—Pero ¿no es de usted la casa?—preguntó Oblomov.

—Mía—contestó ella lacónicamente.

—Por eso creía que podría usted decidir personalmente...

—Es que no está mi hermano y es él el que administra todo—dijo ella con voz monótona, mirando directamente por primera vez a Oblomov y bajando de nuevo los ojos.

«Tiene la cara ordinaria, pero es agradable—decidió Oblomov, condescendiente—. Será una buena mujer.»

En aquel instante la chica asomó la cabeza por la puerta. Agafia Matveievna la amenazó con un gesto de cabeza y la chica desapareció.

—¿Dónde está empleado su hermano?

—En la oficina.

—¿En qué oficina?

—Donde inscriben a los campesinos...; no sé cómo se llama.

Sonrió ingenuamente y luego, al instante, su cara tomó la expresión habitual.

—¿Vive usted aquí sola con su hermano?

—No, conmigo viven mis dos hijos: un niño de siete años y una niña de cinco—empezó más animada y su semblante se volvió más expresivo—; vive también nuestra abuela, enferma, que casi no puede andar; no sale mas que a misa. Antes iba al mercado con Aquilina, pero desde el día de San Nicolás ya no puede; se le hinchan las piernas; en la iglesia se sienta en un escalón. Y nadie más. A veces viene mi cuñada a pasar unos días con nosotros. También Mijey Andreevich...

—¿Viene aquí a menudo?

—A veces se pasa aquí todo un mes; es amigo de mi hermano, siempre están juntos...

Y se calló, agotada toda la reserva de ideas y palabras.

—¡Qué silencio!—dijo Oblomov—. Si no fuese por el perro se podría pensar que no hay aquí alma viviente.

Ella sonrió a modo de contestación.

—¿Sale usted mucho?— preguntó Oblomov.

—A veces, en el verano. Hace poco, el viernes de San Elías, hemos ido a los Porojovye.

—Y qué, ¿hay mucha gente allí?—preguntó Oblomov contemplando por entre el abierto chal el pecho alto y duro y nunca agitado.

—No, este año había poca; por la mañana llovió y luego despejó. Pero ordinariamente hay mucha.

—¿Y adónde más va?

—Salimos poco. Mi hermano y Mijey Andreevich van a la pesquería y allí hacen sopa de pescado y nosotros nos quedamos siempre en casa.

—¿Es posible? ¿Siempre en casa?

—¡Sí, es verdad! El año pasado hemos ido a Kolpino y alguna vez vamos al bosquecillo, aquí cerca. El veinticuatro de junio es el santo de mi hermano y vienen a comer todos los empleados de la oficina.

—¿Visita usted a alguien?

—Mi hermano, sí; pero yo, con los chicos..., únicamente vamos a comer por Pascua de Resurrección y por Navidad a casa de los parientes de mi marido.

Ya no había más de qué hablar.

—¿Tiene flores? ¿Le gustan?

Ella sonrió.

—No—dijo—, no tengo tiempo para eso. Son los chicos y Aquilina que han ido al jardín del conde y se las ha dado el jardinero; los geranios y el acíbar los teníamos hace tiempo, aun en vida de mi marido.

En aquel momento entró Aquilina en la habitación; traía en las manos un gran gallo que batía las alas y cacareaba desesperadamente.

—Agafia Matveievna—preguntó—, ¿es éste el gallo que hay que dar al tendero?

—¿Qué pasa? ¡Vete!—dijo la dueña avergonzada—. ¿No ves que hay visita?

—Sólo quería preguntar—dijo Aquilina cogiendo al gallo por las patas—. Nos da setenta y cinco copecas...

—¡Vete, vete a la cocina!—exclamó Agafia Matveievna—. No es ése, es el gris con manchas—agregó de prisa y avergonzada, y escondiendo las manos bajo el chal, bajó la mirada.

—¡Oh, la casa!—dijo Oblomov.

—Sí, tenemos muchas gallinas y vendemos huevos y pollos. En esta calle, en las casas de campo y en la del conde siempre nos compran a nosotros—contestó mirando con más atrevimiento a Oblomov.

Su cara tomó una expresión de actividad y de preocupación; al hablar de un asunto que le era conocido desaparecía la expresión de torpeza. Pero a todas las preguntas que no se referían a algo concreto contestaba con una sonrisa y silencio.

—Habría que poner todo en orden—dijo Oblomov señalando el montón de sus muebles.

—Eso quise, pero mi hermano no me lo permitió —interrumpió con viveza y miró audazmente a Oblomov—. Dijo: «Quién sabe lo que habrá en las mesas y armarios...; a lo mejor se pierde algo y nos echarán la culpa...»

Se calló y sonrió.

—¡Qué prudente es su hermano!—dijo Oblomov.

Ella sonrió de nuevo y su semblante tomó la expresión habitual.

Su sonrisa era la fórmula de ocultar en ciertos casos el no saber qué decir o hacer.

—No puedo esperar más a su hermano—dijo Oblomov—. Usted le dirá que por circunstancias especiales no tengo ya necesidad del piso y que puede alquilarlo a otro; yo, por mi parte, le buscaré un huésped.

Ella le escuchó torpe, pestañeando acompasadamente.

—Haga el favor de decirle que en cuanto al contrato...

—Es que no está ahora en casa—repitió ella—; mejor es que venga usted mañana; es sábado y no va a la oficina...

—Estoy muy ocupado y no tengo ni un momento libre—dijo Oblomov disculpándose—. Haga el favor de decirle que la fianza queda para usted y que le buscaré un huésped...

—No está mi hermano—dijo monótonamente—, todavía no viene...—y miró por la ventana—. Pasa siempre por aquí, ante las ventanas; se le ve cuando viene, pero todavía no aparece...

—Bueno, me voy...—dijo Oblomov.

—¿Y qué he de decirle a mi hermano cuando venga? ¿Cuándo se mudará usted?—preguntó levantándose del sofá.

—Dígale lo que le he encargado—dijo Oblomov—: que por las circunstancias...

—Mejor es que venga mañana y hable con él...

—Mañana no puedo.

—Entonces pasado mañana, domingo; después

de la misa servimos aguardiente y bocadillos; viene Mijey Andreevich.

—¿Es posible que venga Mijey Andreevich?

—Sí, sí viene—aseguró ella.

—Tampoco puedo pasado mañana—dijo Oblomov, impaciente.

—Entonces, la semana que viene...—dijo ella—. ¿Y cuándo piensa mudarse? Mandaré fregar los suelos y quitar el polvo.

—No me mudaré—contestó él.

—¿Cómo? ¿Y los muebles? ¿Dónde los voy a meter?

—Haga el favor de decir a su hermano—empezó a decir Oblomov lentamente y fijando la mirada en el pecho de ella—que por las circunstancias...

—Es que no viene; no le veo—dijo ella mirando a la cerca que separaba el patio de la calle—. Conozco sus pasos; se oye en cuanto alguien pasa por la acera de tablas. Por aquí pasa poca gente...

—Bien; ¿le dirá lo que le he encargado?—dijo Oblomov saludando y marchándose.

—Dentro de una media hora llegará mi hermano...—dijo ella con desacostumbrada inquietud, procurando detener a Oblomov con el tono de voz.

—No puedo esperar más—concluyó éste abriendo la puerta.

El perro, al verle, empezó a ladrar y a saltar, procurando librarse de la cadena. El cochero, que dormía apoyándose en un codo, empezó a hacer recular a los caballos; las gallinas se diseminaron

de nuevo por todas partes y por las ventanas asomaron unas cuantas cabezas.

—Entonces le diré a mi hermano que ha estado usted—dijo la dueña, inquieta, cuando Oblomov subía al coche.

—Sí, y dígale que por las circunstancias no puedo quedarme con el piso, que buscaré otro huésped, y él por su parte que busque...

—Suele venir siempre a esta hora—dijo ella escuchándole distraída—. ¿Le diré que va usted a volver?

—Sí, pasaré por aquí uno de estos días—dijo Oblomov..

El coche salió del patio acompañado por los violentos ladridos del perro y fué bamboleándose por las secas rodadas del callejón sin empedrar.

Al final de éste apareció un hombre, ya de edad, vistiendo un abrigo usado, con un gran paquete debajo del brazo, bastón grueso y chanclos de caucho, a pesar del tiempo seco y caluroso. Iba de prisa, miraba alrededor y pisaba con tanta energía que parecía querer romper las tablas de la acera. Oblomov se volvió a mirarlo y le vió entrar en el patio de Pshenitsina.

«¡He aquí al hermanito!—se dijo—. ¡Que se vaya al diablo! ¡Habría que discutir con él una hora y tengo hambre y hace calor! Además, Olga me está esperando... ¡Otro día será!»

—¡Más de prisa!—ordenó al cochero.

«¡Y hay que buscar otra casa!—se acordó de pronto mirando las vallas—. Habrá que volver a

vivir en Morskaia o en Koniuchenaia... ¡Otro día!», decidió.

—¡Más de prisa, anda!

III

A fines de agosto empezaron las lluvias; en las casas de campo humearon las chimeneas; donde no las había los habitantes iban con las mejillas vendadas, y al fin, poco a poco, las casas fueron quedando desiertas. Oblomov no había vuelto a la ciudad y una mañana vió pasar por delante de sus ventanas los muebles de los Illinsky. Ahora ya no le parecía ninguna hazaña el mudarse de piso ni el comer al paso en cualquier sitio, ni el no echarse en el sofá en todo el día; pero de todos modos le molestaba no saber dónde acostarse por la noche.

Le pareció imposible quedarse solo en el campo, cuando el parque y el bosquecillo estaban desiertos y las persianas del cuarto de Olga permanecían constantemente cerradas.

Se paseó por las habitaciones vacías, dió una vuelta por el parque, bajó por la colina y sintió que su corazón se llenaba de tristeza.

Envió a Zajar y a Anisia a Viborgskaia Storoná decidido a quedarse allí hasta encontrar otra casa, y se fué a la ciudad, comió en una taberna y pasó la hora del anochecer en casa de Olga.

Pero los anocheceres en la ciudad no se parecían a los días claros y largos y a los crepúsculos en el parque y el bosquecillo; aquí le era imposible ver

a Olga tres veces al día; aquí Katia no vendría a buscarle ni él podría enviar a Zajar con un recado. Le parecía que aquel florido poema de verano se había amortiguado haciéndose perezoso al faltarle el medio.

A veces permanecían silenciosos cerca de media hora. Olga se abstraía en su labor, contando con la aguja los cuadros del dibujo, en tanto que él se sumía en un caos de ideas viviendo en el futuro, más allá del momento actual.

Algunas veces, al mirarla fijamente, se estremecía apasionado, o bien Olga le echaba una mirada y sonreía al advertir en los ojos de él dulce sumisión y taciturna felicidad.

Durante tres días seguidos fué a la ciudad y comió en casa de Olga, con el pretexto de que aun no tenía todo arreglado, que tenía que mudarse aquella semana y por tanto no había puesto casa.

Pero al cuarto día le pareció violento ir a comer, y después de haber vagado un buen rato por delante de la casa de los Illinsky se volvió a la suya suspirando. Al quinto día ellas comieron fuera.

Al sexto, Olga le dijo que fuese a una tienda a la que también pensaba ir ella y luego podría acompañarla a pie hasta su casa y el coche les seguiría. Resultó una cita muy forzada; encontraron a varios conocidos que le saludaron y algunos se detuvieron a charlar con ellos.

—¡Ay, Dios mío, qué suplicio!—decía Oblomov sudando, lleno de miedo ante aquella situación tan desagradable.

También la tía le miraba con sus grandes ojos lánguidos y aspiraba pensativa el alcohol, como si la presencia de Oblomov la acentuase el dolor de cabeza. ¡Y cuánto había que andar! En ir desde Viborgskaia Storoná y volver por la noche invertía tres horas.

—Hablemos a la tía—insistió Oblomov—; podré estar aquí desde por la mañana y nadie podrá decir nada.

—¿Fuiste a la Cámara?—preguntó Olga.

Oblomov sintió un deseo irresistible de decir: «Sí, lo he hecho todo»; pero sabiendo que a Olga le bastaba mirarle fijamente para leer la mentira en su cara, en vez de contestar suspiró:

—¡Oh, si supieses qué difícil es eso!

—¿Has hablado con el hermano de la dueña? ¿Has encontrado piso?—preguntó ella después sin levantar los ojos.

—No está nunca en casa por las mañanas, y por las tardes estoy siempre aquí—dijo Oblomov contento de haber encontrado disculpa.

Esta vez fué Olga la que suspiró, pero no dijo nada.

—Mañana sin falta le hablaré—dijo Oblomov para tranquilizarla—. Mañana es domingo y no tiene oficina.

—Mientras no esté todo arreglado no se puede hablar con *ma tante*—dijo Olga pensativa—, y tendremos que vernos más de tarde en tarde.

—Sí, sí..., es verdad—agregó Oblomov, miedoso.

—Comerás aquí los domingos, que son nuestros

días de recepción, y puedes venir tú solo los miércoles, por ejemplo—dijo ella—. Además, podemos vernos en el teatro; te avisaré cuándo vamos e irás tú también.

—Sí, es verdad—dijo él, contento de que ella se hubiese ocupado de arreglar sus citas.

—Si hace buen día, iré a pasear al jardín de verano; puedes venir allí—agregó Olga—; eso nos recordará el parque..., el parque...—dijo con sentimiento.

El le besó la mano, silencioso, y se despidió de ella hasta el domingo. Olga, triste, le siguió con la mirada, se sentó al piano y se sumió en los sonidos. Su corazón lloraba y también lloraba la música. Quiso cantar y no pudo.

Al día siguiente Oblomov se levantó y se puso el chaquetón que llevaba en el campo. Hacía ya mucho tiempo que se había despedido del *jalat* y lo había mandado guardar en el armario.

Zajar, haciendo vacilar, como siempre, la bandeja con el café y las rosquillas, se acercó torpemente a la mesa. A sus espaldas, vigilándole, asomaba Anisia, la cual desaparecía en cuanto Zajar llegaba felizmente con las tazas a la mesa o se precipitaba hacia él cuando caía algún objeto, para salvar el resto. Y Zajar, infaliblemente, prorrumpía en injurias dirigidas primero a los objetos y luego a su mujer, amenazándola con el codo.

—¡Qué rico está el café! ¿Quién lo ha hecho?—preguntó Oblomov.

—Lo hace la casera—dijo Zajar—hace ya cinco

días y dice que nosotros echamos demasiada achicoria y que no hierve bastante.

—¡Muy bueno!—repitió Oblomov, sirviéndose otra taza—. Dale las gracias.

—Ahí está—dijo Zajar señalando la puerta entreabierta de la habitación vecina—. Creo que ése es el cuarto de los armarios; en él trabaja y guarda el te, el azúcar, el café y la vajilla.

Oblomov no pudo ver mas que la espalda de la casera, la nuca, una parte del blanco cuello y los codos desnudos.

—¿Qué hace ahí moviendo tan rápidamente los codos?—preguntó.

—¡Cualquiera lo sabe! Creo que está planchando encajes.

Oblomov seguía con la mirada el movimiento de los codos y aquel encorvar y enderezar de la espalda.

Cuando ella se inclinaba se veían por debajo las limpias enaguas, las medias y las piernas, gordas y redondas.

«Es viuda de un funcionario, pero los codos que tiene darían envidia a una condesa; ¡y con hoyuelos!» pensó Oblomov.

A mediodía vino Zajar preguntando si quería probar la empanada de la casa; la casera le había mandado que se la ofreciese a Oblomov.

—Hoy es domingo y están haciendo empanada.

—¡Ya me figuro qué empanada será!—dijo Oblomov despectivamente—. Con relleno de cebolla y zanahoria...

—No es peor que las de Oblomovka...—refutó Zajar—, con pollos y setas frescas.

—¡Ah! ¡Estará buena! ¡Tráela! ¿Quién la hace? ¿Esa mujer sucia?

—¡Quia!—dijo Zajar desdeñosamente—. No sabría ni hacer la levadura. La casera hace todo en la cocina. La han hecho entre ella y Anisia.

Cinco minutos después asomó por la puerta un brazo desnudo apenas cubierto con un chal y ya conocido por Oblomov. En un plato humeaba, exhalando un vaho caliente, un gran pedazo de empanada.

—Muchas gracias—dijo Oblomov con dulzura, y mirando por la puerta entreabierta clavó la vista en el alto pecho y los brazos desnudos.

La puerta se cerró rápidamente.

—¿Quiere aguardiente?—preguntó la voz.

—No, muchas gracias—dijo Oblomov con más dulzura todavía—. ¿Qué aguardiente es?

—Hecho en casa con infusión de hojas de grosella—contestó la voz.

—Nunca lo he bebido. ¿Quiere dármelo a probar?

De nuevo asomó el brazo desnudo llevando un plato con una copa de aguardiente. Oblomov se lo bebió y le gustó mucho.

—Muchísimas gracias—dijo procurando mirar por la puerta; pero ésta se cerró de golpe.

—¿Por qué no deja que la mire y que le dé los buenos días?—preguntó Oblomov.

La casera sonrió detrás de la puerta.

—Estoy aún en traje de casa para andar por

la cocina. En seguida me visto; mi hermano volverá pronto de misa—contestó.

—¡Ah!, a propósito de su hermano—dijo Oblomov—; tengo que hablar con él; dígale que venga.

—Bien, se lo diré cuando vuelva.

—¿Quién tose? ¿Quién tiene esa tos tan seca?

—Es la abuela; hace más de siete años que tiene esa tos.

Y la puerta se cerró.

—¡Qué sencilla es!—pensó Oblomov—. Sin embargo, algo hay en ella... ¡Y es muy limpia!

Hasta entonces aun no había tenido tiempo de conocer al hermano de la casera. Unicamente había visto algunas mañanas desde la cama a un hombre que pasaba por delante de la cancela de la cerca con un gran paquete de papel debajo del brazo, que desaparecía por el callejón y que luego, a las cinco, pasaba otra vez ante las ventanas con el mismo paquete y desaparecía en la entrada. Su presencia en casa pasaba inadvertida. Sin embargo, sobre todo por las mañanas, se notaba que allí vivía alguien; en la cocina golpeaban los cuchillos, por la ventana se oía cómo una mujer lavaba algo, cómo el portero cortaba leña o llevaba el carrocuba; detrás del tabique lloraban los chicos o resonaba la tos seca y continua de una vieja.

Oblomov ocupaba cuatro habitaciones, es decir, toda la parte delantera y principal de la casa. La casera con su familia vivía en las habitaciones de atrás y el hermano en el cuartito de arriba. El despacho y el dormitorio de Oblomov daban al patio,

el salón al jardín, y la sala, a la gran huerta de repollos y patatas. Las ventanas del salón estaban adornadas con cortinas de indiana descoloridas.

Pegadas a las paredes había unas sillas ordinarias, imitación nogal; debajo del espejo una mesa de juego; en las ventanas se apiñaban tiestos de moco de pavo y geranios y colgaban cuatro jaulas con canarios y jilgueros.

El hermano entró en las puntas de los pies y contestó al saludo de Oblomov inclinándose tres veces. Su levita de uniforme, completamente abrochada, no dejaba ver si llevaba o no ropa blanca; la corbata, con un nudo sencillo, tenía las puntas metidas dentro.

Tendría unos cuarenta años. Sobre la frente se erguía un mechón de pelo, y en las sienes aparecían otros dos desordenados parecidos a las orejas de un perro de regular tamaño. Sus ojos, de color gris, no miraban desde luego, sino que primero lanzaban una mirada disimulada y después ya miraban fijamente.

Parecía avergonzado de sus manos y mientras hablaba procuraba esconderlas, ya cruzándolas detrás de la espalda o ya dejando una en esta posición y metiendo la otra en el pecho debajo de la levita. Cuando entregaba algún documento a su jefe ocultaba una mano y con el dedo medio de la otra señalaba con prudencia un renglón o una palabra, y luego, inmediatamente, la escondía detrás de la espalda; tal vez porque sus dedos eran

gordos, rojizos y temblorosos, tenía razón al considerar que no era correcto hacer alarde de ellos.

—Usted se ha dignado—empezó, lanzando sobre Oblomov su doble mirada—ordenarme que viniese aquí.

—Sí; quería hablarle del piso. Haga el favor de sentarse—contestó Oblomov cortésmente.

Después de repetir dos veces la invitación, Iván Matveich se decidió a sentarse, lo que hizo inclinando el busto hacia delante y encogiendo los brazos para esconder las manos en las mangas.

—Las circunstancias me obligan a buscar otro piso—dijo Oblomov—, y por eso quería traspasar éste.

—Ahora será difícil traspasarle—contestó Iván Matveich, tosiendo sobre los dedos y escondiéndolos rápidamente en la manga—. Si hubiera venido a fines de verano..., entonces hubo muchas personas que vinieron a verlo...

—Estuve aquí, pero no le encontré—interrumpió Oblomov.

—Sí, ya me lo dijo mi hermana—confirmó el empleado—. Pero no estará molesto en el piso; estará cómodo aquí. ¿Acaso le molestan las aves?

—¿Qué aves?

—Esas gallinas.

Aunque Oblomov oía de continuo desde la madrugada el cacareo de las gallinas y el piar de los polluelos debajo de su ventana, ¿qué le importaba? Ante él estaba la imagen de Olga y casi no notaba lo que pasaba a su alrededor.

—No, eso no me importa—dijo—. Creí que hablaba de los canarios: esos sí, empiezan a cantar al amanecer.

—Los quitaremos de aquí—contestó Iván Matveich.

—¡Tampoco eso tiene importancia!—objetó Oblomov—. No puedo quedarme aquí por las circunstancias.

—Como guste—contestó Iván Matveich—. Y si no encuentra huésped, ¿qué vamos a hacer con el contrato? ¿Va a dar una indemnización?... Perderá.

—¿Cuánto habría que pagar?

—Ahora le traeré la cuenta.

Trajo el contrato y el contador.

—Mire: el alquiler del piso son ochocientos rublos en billetes; he recibido ciento en señal, quedan setecientos rublos—dijo.

—¿Es posible que quiera cobrar todo un año a pesar de que no viva aquí ni siquiera dos semanas?

—¿Cómo?—dijo Iván Matveich suavemente—. Entonces sería mi hermana la que perdería injustamente. Es una pobre viuda que vive sólo del alquiler de la casa y vendiendo pollos y huevos gana algo para vestir a sus hijos.

—¡Por Dios! ¡Yo no puedo!—Exclamó Oblomov—. Ni siquiera he vivido dos semanas. ¿Cómo eso? ¿Por qué?

—Está escrito aquí, en el contrato—dijo Iván Matveich señalando con el dedo dos renglones y luego escondiéndolo en la manga—. Haga el favor

de leer: «En el caso de que yo, Oblomov, quiera mudarme de piso antes del plazo, quedo obligado a traspasarlo a otra persona en las mismas condiciones, o, en caso contrario, a indemnizar a la señora Pshenitsina con el alquiler de todo el año hasta primero de junio próximo»—leyó Oblomov.

—¿Cómo puede ser?—dijo—. No es justo.

—Es la ley—objetó Iván Matveich—. Usted mismo lo ha firmado: he aquí la firma.

El dedo apareció de nuevo debajo de la firma y volvió a esconderse.

—¿Cuánto es?

—Setecientos rublos—empezó a contar con el mismo dedo Iván Matveich escondiéndolo cada vez en el puño—; luego, la cuadra y el cobertizo, ciento cincuenta...

El dedo crujió de nuevo.

—¡Pero por Dios! Si no tengo caballos, ¿para qué quiero la cuadra y el cobertizo?—refutó Oblomov con viveza.

—Está en el contrato—dijo el otro señalando el renglón—. Mijey Andreevich nos dijo que tendría usted caballos.

—¡Miente Mijey Andreevich!—exclamó con enfado Oblomov—. ¡Déme el contrato!

—Ahí tiene la copia; el contrato es de mi hermana—contestó suavemente Iván Matveich teniendo el contrato en la mano—. Además, la huerta y el repollo y nabos de ésta, contando para una persona, son doscientos cincuenta rublos...—leyó y quiso sumar en el contador.

—¿Qué huerta? ¿Qué repollo? ¡Ni siquiera sé qué es eso!—exclamó Oblomov casi amenazador.

—¡He aquí el contrato! Mijey Andreevich dijo que usted alquilaba con eso...

—¿Qué es eso? ¿Cómo va a disponer de mi comida sin preguntarme? ¡No quiero repollos ni nabos...!—dijo Oblomov levantándose.

Iván Matveich se levantó también.

—¡Por Dios! ¿Cómo no íbamos a contar con usted? ¡Aquí está su firma!

Y de nuevo el dedo temblaba sobre la firma de Oblomov y el papel le temblaba en la mano.

—¿Cuánto es en total?—preguntó Oblomov, impaciente.

—Además: pintar los techos y puertas, arreglar las ventanas de la cocina, poner cerraduras nuevas en las puertas; total: ciento cincuenta y cuatro rublos veintiocho copecas en billetes.

—¿Cómo? ¿También eso a cuenta mía?—preguntó Oblomov asombrado—. Eso se hace siempre a cuenta del casero. ¿Quién alquila un piso sin arreglar?

—Aquí en el contrato dice que es por cuenta de usted—dijo Iván Matveich desde lejos con el dedo en el renglón donde estaba escrito aquello—. Total: mil trescientos cincuenta y cuatro rublos veintiocho copecas en billetes—concluyó suavemente ocultando detrás de la espalda las dos manos y el contrato.

—¿De dónde los voy a sacar? ¡Yo no tengo dinero!—exclamó Oblomov paseándose por la habita-

ción—. ¡Vaya! ¡Yo no necesito el repollo y los nabos!

—Como guste—dijo Iván Matveich bajando la voz—. Pero no se apure; estará bien aquí, y en cuanto al dinero... mi hermana puede esperar.

—¡No puedo, no puedo por las circunstancias! ¿Entiende?

—Sí, señor. Como guste—contestó Iván Matveich, sumiso, dando un paso atrás.

—Bueno; yo pensaré y procuraré traspasar el piso—dijo Oblomov despidiendo al empleado con una inclinación de cabeza.

—Es difícil; pero en fin, como guste—contestó éste, y saludándole tres veces salió del cuarto.

Oblomov sacó su cartera y contó el dinero: trescientos cinco rublos. Se quedó atónito.

«¿Dónde he gastado el dinero?—se preguntó con asombro mezclado de espanto—. ¡Al principio de verano me enviaron de la aldea mil doscientos rublos y ahora no me quedan mas que trescientos!»

Empezó a contar, recordando todos los gastos; pero sólo logró acordarse de doscientos cincuenta rublos.

«¿En qué he gastado el dinero», se preguntó de nuevo.

—¡Zajar! ¡Zajar!

—¿Qué quiere?

—¿En qué hemos gastado todo el dinero? ¿Te explicas que no tengamos nada?—preguntó.

Zajar se puso a revolver en sus bolsillos, sacó

una moneda de cincuenta copecas y otra de diez y las puso sobre la mesa.

—Esto es lo que ha sobrado de la mudanza. Había olvidado devolvérselo—dijo.

—¿Qué hablas ahí de calderilla? Dime adónde han ido a parar ochocientos rublos.

—¿Cómo lo voy a saber? ¿Acaso sé yo lo que gasta? ¿Lo que paga a los cocheros?

—¡Sí, el coche me ha costado caro!—recordó Oblomov mirando a Zajar—. ¿No te acuerdas cuánto le dimos al cochero en el campo?

—¡Vaya si me acuerdo!—contestó Zajar—. Una vez me ordenó usted que le pagase treinta rublos. ¡Me acuerdo muy bien!

—¡Qué bien si lo apuntases!—le respondió Oblomov—. ¡Qué lástima que no sepas leer ni escribir!

—He vivido toda mi vida sin saberlo y gracias a Dios no soy peor que los demás—contestó Zajar mirando de soslayo.

«Stolz tiene razón: hay que abrir una escuela en la aldea», pensó Oblomov.

—Mire, en casa de los Illinsky hubo un criado muy instruído, según decía la servidumbre—prosiguió Zajar—, y robó toda la plata del aparador.

«¡Gracias!—pensó Oblomov con miedo—. Es verdad, estos instruídos son todos gente depravada; no piensan mas que en la taberna, la música y el te... No, es aún prematuro abrir escuelas...»

—Bueno. ¿Y qué más hemos gastado?—preguntó.

—¿Cómo lo voy a saber? A Mijey Andreevich le dió usted en el campo...

—Efectivamente—dijo Oblomov, contento por recordar aquel dinero—. Sí, al cochero, treinta rublos, y a Tarantiev, veinticinco, según creo... ¿Más?

Miró a Zajar pensativo e interrogando. Este le miraba tétrico y de soslayo.

—¿Quizá se acuerde Anisia?

—¡Qué se va a acordar esa tonta! ¿Qué sabe una mujer?—dijo Zajar con desprecio.

—¡No puedo acordarme!—concluyó Oblomov angustiado—. ¿Me habrán robado?

—Si fuesen ladrones se hubieran llevado todo—dijo Zajar marchándose.

Oblomov se sentó en la butaca y se sumió en reflexiones.

«¿De dónde sacar dinero?—pensaba, brotándole sudor frío—. ¿Cuándo y cuánto me enviarán de la aldea?»

Miró el reloj: eran las dos; había que ir a casa de Olga. Era día de comer allí. Se animó poco a poco, mandó buscar un coche y se fué a Morskaia.

IV

Oblomov dijo a Olga que había hablado con el hermano de la casera y agregó que tenía esperanza de traspasar el piso en la semana próxima.

Antes de comer, mientras Olga iba con su tía a hacer unas visitas, él se dedicó a ver los pisos desalquilados de la vecindad.

Entró en dos casas; en una encontró un piso de

cuatro habitaciones por el que le pidieron cuatro mil rublos en papel, y en la otra le pidieron seis mil por cinco habitaciones.

«¡Qué horror, qué atrocidad!», exclamaba tapándose los oídos y huyendo ante los asombrados porteros. Al tratar de añadir los mil y pico de rublos que tendría que abonar a la señora Pshenitsina no podía hacer la suma, y acelerando el paso se fué corriendo a casa de Olga.

Había allí reunión. Olga, animada, hablaba y cantaba y obtuvo un gran éxito. Pero Oblomov escuchaba distraído, aunque ella hablaba y cantaba sólo para él, para que no se quedase con la cabeza baja y los ojos cerrados, para que todo en él hablase y cantase sin cesar.

—Ven mañana al teatro, tenemos un palco—le dijo.

«¡De noche! ¡Por el lodo! ¡Tan lejos!», pensó él; pero mirándola a los ojos contestó a su sonrisa con sonrisa de asentimiento.

—Abónate a una butaca—agregó ella—; la semana que viene llegan los Maevsky; *ma tante* los ha invitado a nuestro palco.

Y le miraba a los ojos para ver si se ponía contento.

«¡Señor—pensó Oblomov, horrorizado—, y no tengo mas que trescientos rublos!»

—Mira, háblale al barón; él conoce a todo el mundo y mañana mismo mandará a buscar las entradas.

Sonrió otra vez y él sonrió mirándola; habló son-

riendo al barón, y éste, también sonriendo, se encargó de buscar las entradas.

—Por ahora, en la butaca, y luego, cuando termines los asuntos, ocuparás por derecho propio un sitio en nuestro palco.

Y sonrió como sonreía cuando se sentía completamente feliz.

¡Oh, cuánta felicidad envolvió a Oblomov cuando Olga levantó ligeramente el velo que cubría aquel encantador futuro, cubierto con sonrisas como con flores!

Oblomov olvidó completamente el problema económico; a la mañana siguiente, cuando vió pasar ante sus ventanas a Iván Matveich con su paquete, se acordó del poder y le rogó que se encargase de legalizarlo en la Cámara. Este leyó la autorización, le dijo que había un artículo poco claro y se encargó de redactarlo bien.

El poder fué escrito de nuevo, legalizado y puesto en el correo. Oblomov, triunfante, se lo anunció a Olga y se quedó tranquilo por mucho tiempo. Estaba contento por no tener que preocuparse en buscar piso hasta recibir la contestación y porque no tenía gastos inmediatos.

«También se podría vivir aquí—pensaba—si no estuviese tan lejos del centro; aquí hay orden y todo marcha bien.»

En realidad, en la casa todo estaba bien. Aunque Oblomov comía por separado, la casera vigilaba también esta comida.

Un día, Ilia Illich entró en la cocina y encontró

a Agafia Matveievna y a Anisia casi abrazadas una a otra.

La simpatía entre dos almas, el que los corazones afines se presienten mutuamente, quedaba demostrado de un modo evidente por la amistad que existía entre Agafia Matveievna y Anisia. Desde la primera mirada, palabra y gesto se comprendieron y se apreciaron una a otra.

Por el modo de proceder de Anisia, por la habilidad con que, armada de un hurgón y un trapo, con los brazos arremangados, puso en cinco minutos orden en la cocina, cuyo fogón llevaba medio año sin encenderse; por cómo en un abrir y cerrar de ojos quitó el polvo de estantes, paredes y mesa y limpió con la escoba el suelo y los bancos y sacó la ceniza del horno; por todo ello, Agafia Matveievna comprendió que tendría en su casa un auxiliar inestimable; desde entonces le hizo sitio en su corazón. Anisia, a su vez, al ver un día cómo Agafia Matveievna gobernaba la cocina; cómo no perdía de vista, con sus ojos sin cejas, ni el menor de los torpes movimientos de la patizamba Aquilina; cómo resonaban sus órdenes de sacar, poner, calentar o salar la comida; cómo, cuando iba al mercado, con sólo tocar con un dedo decía sin equivocarse cuántos meses tenía una gallina, o desde cuándo estaba muerto el pescado, o cuánto tiempo llevaba cortada la lechuga o el perejil, Anisia alzó sus ojos mirándola con asombro y comprendió que ella había errado su vocación, que su campo no era la cocina de Oblomov, donde su nerviosa

actividad estaba sólo dedicada a cazar al vuelo los platos y los vasos que dejaba caer Zajar y donde su experiencia y fino entendimiento chocaban con la envidia y grosero orgullo de su marido. Las dos mujeres se comprendieron mutuamente y se hicieron inseparables.

Los días en que Oblomov no comía en casa, Anisia se quedaba en la cocina de la casera, y por amor al oficio se agitaba de un rincón a otro, ponía y quitaba los pucheros, y antes de que Aquilina comprendiese de lo que se trataba, abría la alacena, cogía lo que hacía falta y la cerraba. La recompensa de Anisia por todo esto era: la comida, unas seis tazas de café por la mañana, otras tantas por la noche y una franca y larga conversación, y a veces cuchicheo confidencial con la casera.

Los días en que Oblomov comía en casa, la casera ayudaba a Anisia, es decir, le indicaba con la palabra o con el dedo si era ya tiempo de retirar el guisado de la lumbre, si había que añadir a la salsa un poquito de vino tinto o de nata agria o la manera de cocer el pescado.

¡Cuántos conocimientos caseros cambiaron entre sí, no sólo del arte culinario, sino también en lo que toca a lienzos, hilos, costura, lavado de ropa blanca y trajes, limpieza de blondas y encajes, guantes y telas, diferentes modos de emplear hierbas y medicinas caseras, de todo, en fin, lo que ha sido aportado a la vida por el espíritu observador y experimentos seculares!

Ilia Illich se levantaba por la mañana; a eso de

las nueve veía pasar a través de la reja de la cerca al empleado con su paquete debajo del brazo y luego tomaba el café. El café seguía estando muy rico, la nata espesa y los bollos se deshacían en la boca.

Después fumaba un cigarro escuchando atentamente el cacarear de la gallina, el piar de los polluelos y el canto de los canarios, los que había dispuesto que quedasen en la habitación.

—Recuerdan a la aldea, a Oblomovka—había dicho.

Luego leía los libros empezados en el campo y a veces se tendía en el sofá para leer. El silencio era ideal; sólo a veces pasaba por la calle algún soldado o un prupo de campesinos con las hachas atrás, metidas atravesadas en la faja.

Rara vez venía por este rincón un vendedor ambulante, y parándose ante la cerca voceaba durante media hora: «¡Manzanas! ¡Sandías de Astrakán!», obligando, aunque no se quisiese, a comprarle algo.

A veces venía Macha, hija de la casera, a decir de parte de su madre que estaban vendiendo setas y preguntando si quería comprar un barril; alguna vez llamaba Vania, el hijo, a quien Oblomov preguntaba lo que había estudiado, veía cómo leía o escribía y si lo hacía bien.

Si los chicos no cerraban la puerta tras sí, veía el cuello desnudo, los codos y la espalda de la casera, siempre en actividad.

Constantemente estaba trabajando: planchaba, machacaba o majaba algo, y ya no hacía me-

lindres ni se envolvía en el chal al notar que Oblomov la miraba por la entreabierta puerta, sino que sonreía y continuaba su labor.

Algunas veces, siempre con un libro en la mano, él se acercaba a la puerta, lanzaba una mirada al cuarto y charlaba con ella.

—¡Siempre trabajando!—le dijo un día.

Ella sonrió y se puso a moler el café trazando sus codos círculos en el aire con tal celeridad que a Oblomov se le turbaba la vista.

—Se va a cansar—le dijo.

—No; estoy acostumbrada—contestó ella haciendo chirriar el molinillo.

—¿Y qué hace cuando no tiene que hacer?

—¿Cómo cuando no tengo? Siempre hay trabajo—dijo ella—. Por la mañana, preparar la comida; después de comer, a coser, y por la noche, hacer la cena.

—¿Suelen cenar?

—Sí, cenamos. Las vísperas de fiesta vamos a la iglesia.

—Eso está bien—aprobó Oblomov—. ¿Y a qué iglesia?

—A la de la Natividad; es nuestra parroquia.

—¿Lee usted algo?

Ella le miró torpemente y no contestó.

—¿Tiene libros?

—Mi hermano los tiene, pero no suele leer. Cogemos los periódicos de la taberna y a veces mi hermano los lee en alta voz...: luego, Vanichka tiene muchos libros.

—¿Es posible que no descanse nunca?

—A fe mía que es verdad.

—¿No va a los teatros?

—Mi hermano va por Navidades.

—¿Y usted?

—¿Cuándo? ¿Y la cena?—preguntó mirándole de soslayo.

—La cocinera podría hacerla sin usted...

—¿Aquilina?—contestó asombrada—. ¿Cómo? ¿Qué haría sin mí? La cena no estaría lista ni a la mañana siguiente. Yo llevo siempre las llaves.

Silencio. Oblomov admiraba los gruesos codos redondos.

—¡Qué hermosos brazos tiene usted!—dijo de pronto—. Servirían de modelo para dibujar.

Ella sonrió avergonzada.

—Con las mangas no se está cómoda—se disculpó—. Los trajes de ahora son de tal forma que uno se mancha en seguida las mangas.

Calló. Oblomov también.

—Voy a acabar de moler el café—murmuró como para sí la casera—; cortaré el azúcar, y después tengo que acordarme de enviar a comprar canela.

—Debía usted casarse—dijo Oblomov—. Es usted una buena ama de casa.

Ella sonrió y se puso a llenar de café un gran tarro de cristal.

—De veras—agregó Oblomov.

—¿Quién me querría con los chicos?—contestó al mismo tiempo que contaba algo—. «Dos docenas...—dijo pensativa—. ¿Las pondré todas?»

Y poniendo el tarro en la alacena se fué corriendo a la cocina. Oblomov se fué a su habitación y empezó a leer un libro...

«¡Qué sana y qué joven está todavía y qué ama de casa! Debería casarse», se dijo y se sumió en pensamientos sobre Olga.

Cuando hacía buen tiempo, Oblomov se ponía la gorra y daba una vuelta por la vecindad; se metía en el lodo, peleaba con los perros y volvía a casa.

La mesa estaba ya puesta y la comida, sabrosa, servida limpiamente. A veces asomaba por la puerta un brazo desnudo ofreciendo un plato con un pedazo de la empanada de la casa.

«¡Qué silencioso y qué tranquilo se vive aquí! ¡Solamente es un poco aburrido!», decía Oblomov marchándose a la ópera.

Una noche, ya tarde, volviendo del teatro, estuvo llamando a la puerta con el cochero durante una hora. El perro enronqueció de tanto ladrar, y Oblomov, transido de frío y enfadado, decidió mudarse al día siguiente. Pero pasaron dos días, tres, una semana, y no se mudó.

Estaba muy triste porque no veía a Olga mas que los días prefijados, porque no oía su voz ni leía en sus ojos el cariño, amor y felicidad eternos.

En cambio, los días señalados para ello vivía como en el verano, gozaba del canto de Olga o la miraba a los ojos y cuando había gente le bastaba una mirada de ella, indiferente para los demás, pero que para él tenía una profunda significación.

Conforme se acercaba el invierno, sus entrevistas

a solas eran más raras. A casa de los Illinsky iban visitas, y durante días enteros Oblomov no lograba cambiar dos palabras con Olga. Unicamente podían mirarse, y las miradas de Olga expresaban a veces cansancio e impaciencia.

Miraba con las cejas fruncidas a todas las visitas; Oblomov se aburrió unas dos veces, y un día, después de comer, cogió el sombrero.

—¿Adónde?—le preguntó Olga con asombro apareciendo ante él y quitándole el sombrero.

—Permítame que me vaya a casa...

—¿A qué?—preguntó ella levantando una ceja—. ¿Qué va a hacer allí?

—Yo..., pues...—dijo abriendo los ojos semicerrados por el sueño.

—¿Quién le ha dado permiso? ¿Acaso va a dormir?—preguntó mirándole severamente.

—¡Qué idea!—refutó Oblomov con viveza—. ¡Dormir de día! ¡Me aburro y nada más!

Y le entregó el sombrero.

—Hoy vamos al teatro—dijo Olga.

—Pero no estaremos juntos en el palco—objetó él suspirando.

—¿Y qué? ¿Te parece que no es nada el vernos uno a otro, el venir tú en los entreactos y el acercarte a la salida y darme la mano para subir al coche?... ¡Haga el favor de ir!—ordenó imperiosa—. ¿Qué novedades son éstas?

No había más remedio que ir al teatro, bostezar como queriendo tragarse la escena, rascarse la nuca y cruzar las piernas cambiándolas a menudo.

«¡Oh, que se acabe pronto todo para poder estar sentado al lado de ella y no tener que ir tan lejos! —pensaba—. ¡Y pensar que después de un verano como éste tenga que verla a escondidas y desempeñar el papel de chico enamorado!... Hay que decir la verdad: ya casado, hoy no hubiera ido al teatro; es la sexta vez que oigo esta ópera...

Durante el descanso fué al palco de Olga y con dificultad pudo abrirse paso por entre dos galanes desconocidos. Cinco minutos después huyó de allí y se detuvo entre la multitud a la entrada del patio de butacas. El acto había empezado ya y todos se apresuraban a ocupar sus sitios. Los dos galanes del palco de Olga estaban también allí y no vieron a Oblomov.

—¿Quién era ese señor que estaba en el palco de los Illinsky?—preguntó uno a otro.

—Es un tal Oblomov—contestó el otro negligentemente.

—¿Y quién es ese Oblomov?

—Es... un propietario amigo de Stolz.

—¡Ah!—dijo el primero expresivamente—. ¡Amigo de Stolz! ¿Y qué hace aquí?

—*Dieu sait!*—contestó el otro, y todos se fueron a sus puestos.

Pero Oblomov quedó perturbado por esta conversación insignificante.

«¿Quién era ese señor?... Un tal Oblomov... ¿Qué está haciendo aquí?... *Dieu sait!...*», le martilleaba en la cabeza. «¡Un tal!...» ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Cómo qué? Quiero a Olga; soy su... ¡Ya entre la

gente ha nacido la misma pregunta! ¿Qué estoy haciendo aquí? ¡Ya se han fijado!... ¡Oh Dios mío! Es preciso...

Ya no vió lo que pasaba en escena y la orquesta retumbaba sin que él la oyese. Miraba alrededor de sí y contaba cuántos conocidos había en el teatro; estaban sentados aquí, allí, en todas partes y todos preguntaban: «¿Quién es ese señor que ha entrado en el palco de Olga? ¡Un tal Oblomov!», decían todos.

«Sí, soy un «tal»—pensó abatido—. Me conocen como «amigo de Stolz». ¿Para qué estoy con Olga? *Dieu sait!* ¡Ya, ya! Esos pollos me miran a mí y luego al palco de Olga.»

Miró él al palco; los gemelos de Olga estaban fijos en él.

«¡Oh Señor!—pensó—. No aparta los ojos de mí. ¿Qué es lo que ve en mí? ¡Valiente tesoro ha encontrado! Ahora señala a la escena... Los pollos ríen..., parece que me miran... ¡Oh Dios mío!»

Agitado, se rascó la nuca con violencia y cambió de nuevo la postura de los pies.

Olga invitó a los pollos a tomar el te en su casa y les prometió que cantaría la *cavatina* y ordenó a Oblomov que fuese también.

«No, hoy no iré; tengo que resolver ese asunto cuanto antes, y luego... ¿Cómo es que no me contestan de la aldea? Hubiera ido ya allá y antes de marchar hubiéramos celebrado la boda... ¡Oh, ella sigue mirándome! ¡Qué atrocidad!»

Y sin esperar a que terminase la función se fué

a su casa. Poco a poco se le fué borrando aquella impresión, y cuando estuvo a solas volvió de nuevo a ver a Olga, la miraba palpitando de felicidad, escuchaba su canto tragando lágrimas de entusiasmo, y al llegar a casa se tendió en el sofá (sin saberlo Olga), pero no para dormir como un tronco, sino para soñar con ella pensando en su felicidad y emocionarse viendo la perspectiva de su futura vida pacífica y doméstica, en la que resplandecía Olga haciendo brillar todo a su alrededor. Miraba al porvenir, y unas veces sin querer y otras intencionadamente miraba por la puerta entreabierta los codos desnudos de la casera.

Un día, el silencio en la Naturaleza y en la casa era ideal: no se oía ruido de coches ni portazos; en la antesala sonaba el mesurado tic tac del reloj y el canto de los canarios, pero sin que ello turbase el silencio, sino comunicándole un cierto matiz de vida.

Ilia Illich estaba tendido en el sofá jugando con una de sus zapatillas; la dejaba caer en el suelo, la levantaba en el aire, la volvía, dejándola caer, y la recogía con el pie... Entró Zajar y se detuvo a la puerta.

—¿Qué quieres?—preguntó Oblomov, indiferente.

Zajar no contestó y se quedó mirándole casi frente a frente y no de soslayo, como acostumbraba.

—¿Pues?—volvió a preguntar Oblomov, asombrado—. ¿Qué pasa? ¿Está la empanada?

—¿Ha encontrado usted piso?—preguntó a su vez Zajar.

—Todavía no; ¿y qué?

—Es que aun no he puesto todo en orden: la vajilla, los vestidos y arcones están aún amontonados en la despensa. ¿Hay que ponerlos en orden?

—Espera—dijo Oblomov, distraído—; estoy aguardando a que contesten de la aldea.

—¿Entonces la boda será después de Navidad?—preguntó Zajar.

—¿Qué boda?—preguntó Oblomov levantándose de un salto.

—Ya sabe, ¡la de usted!—contestó Zajar positivamente, como si se tratase de un asunto ya decidido hacía tiempo—. Usted se casa.

—¿Yo? ¿Me caso? ¿Con quién?—preguntó Oblomov; espantado y devorando a Zajar con los ojos.

—Con la señorita Illins...

Zajar no tuvo tiempo de acabar cuando ya Oblomov estaba casi encima de él.

—¡Desgraciado! ¿Quién te ha inspirado esaidea?—exclamó patéticamente con voz reservada y avanzando sobre Zajar.

—¿Cómo desgraciado? ¡Gracias a Dios!—dijo Zajar retrocediendo hacia la puerta—. ¿Quién? La servidumbre de los Illinsky lo decía ya este verano.

—¡Calla!—silbó Oblomov levantando un dedo y amenazándole—. ¡Ni una palabra más!

—¿Acaso lo he inventado yo?—preguntó Zajar.

—¡Ni una palabra!—repitió Oblomov amenazador y señalando la puerta.

Zajar se fué y su suspiro se pudo oír en toda la casa.

Oblomov no pudo volver en sí: se quedó en la misma postura mirando al sitio donde había estado Zajar; luego, desesperado, se cogió la cabeza con las manos y se sentó en la butaca.

«¡La servidumbre lo sabe!—pensaba, agitado—. ¡En los cuartos de los criados y en las cocinas corren rumores! ¡Adónde he llegado! Y la tía aun no sospecha nada, y si sospecha, será algo malo... ¿Qué podrá pensar? ¿Y yo? ¿Y Olga?»

«¡Ay, desgraciado de mí, lo que he hecho!—decía revolviéndose en el sofá y escondiendo la cara en el almohadón—. De la boda, de ese poético momento de la vida de los amantes, de esa corona de la dicha, están hablando ya los criados y los cocheros cuando todavía no hay nada decidido, cuando aun no me han contestado de la aldea, cuando mi cartera está vacía y cuando aun no he encontrado piso...»

Se puso a analizar cómo aquel momento poético había perdido todos sus colores en cuanto Zajar había hablado de él. Oblomov vió el reverso de la medalla y, atormentado, se volvía de un lado a otro, se echaba boca arriba, se levantaba de un salto, daba tres pasos por la habitación y volvía a tumbarse.

«¡Vaya, habrá tormenta!—pensaba con miedo Zajar sentado en la antesala—. ¿Qué diablo me habrá tirado de la lengua?»

«¿Cómo lo saben?—repetía Oblomov—. Olga lo ha callado y yo ni siquiera me he atrevido a pen-

sarlo en voz alta y sin embargo, en la antesala ya lo han resuelto todo. He aquí las consecuencias de las entrevistas a solas, de la poesía de la aurora y del crepúsculo, de las miradas apasionadas y del canto seductor. ¡Oh, estos poemas de amor nunca terminan bien! Es necesario casarse antes y nadar luego en la atmósfera sonrosada... ¡Señor, Dios mío! Habría que correr a casa de la tía, coger a Olga de la mano y decir: «He aquí mi prometida.» Pero no hay nada arreglado: de la aldea no contestan, no hay ni dinero ni piso. ¡No, es preciso ante todo quitarle esa idea a Zajar, apagar los rumores, como si fuesen llamas, para que no se extiendan, para que no haya fuego ni humo... ¡Boda! ¿Qué es boda?»

Se sonrió recordando su antigua visión poética e ideal de la boda: el largo velo, la ramita de azahar, el murmullo de la muchedumbre...

Pero los colores ya no eran los de antes: aquí en la muchedumbre estaba el grosero y desaseado Zajar y toda la servidumbre de los Illinsky, una fila de coches, caras extrañas fríamente curiosas... Luego..., luego se le aparecía todo tan aburrido, tan horrible...

«Es preciso quitar esta idea a Zajar y hacerle comprender que es absurda», decidió Oblomov, ya agitado por estremecimientos espasmódicos, ya sumiéndose en penosas reflexiones.

Una hora después llamó a Zajar.

Este fingió que no oía y quiso refugiarse en la cocina. Abrió sin crujir la puerta, pero tropezó con el hombro en la hoja cerrada y de rechazo dió

en la otra con tal violencia que ambas se abrieron de par en par con gran estrépito.

—¡Zajar!—llamó Oblomov imperiosamente.

—¿Qué quiere?—contestó Zajar desde la antesala.

—¡Ven aquí!—ordenó Oblomov.

—¿Quiere algo? Dígamelo y se lo traeré.

—¡Ven aquí!—repitió Ilia Illich despacio y con insistencia.

—¡Oh, por qué no llegará mi muerte!—gruñó Zajar entrando—. ¿Qué desea?—preguntó atascándose en la puerta.

—¡Acércate!—ordenó Oblomov con voz solemne y misteriosa indicando a Zajar el sitio donde debía ponerse y señalándole tan cerca de sí que hubiera tenido que sentarse en las rodillas de su señor.

—¿Cómo voy a poder acercarme tanto? ¡No hay sitio, y ya oigo bien desde aquí!—contestó Zajar quedándose tercamente en la puerta.

—¡Acércate cuando te lo dicen!—exclamó Oblomov amenazador.

Zajar dió un paso más y se quedó como una estatua mirando por la ventana a las gallinas y presentando a su señor una patilla parecida a un cepillo.

En una hora, Ilia Illich había cambiado de cara; había enflaquecido y sus ojos se movían inquietos.

«¡Vaya! ¡La tormenta!», pensó Zajar poniéndose más y más sombrío.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer a tu señor una pregunta tan absurda?—preguntó Oblomov.

«¡Atiza, ya ha empezado!», pensó Zajar parpadeando en angustiosa espera de «palabras lastimeras».

—Te pregunto que cómo ha cabido en tu cabeza semejante absurdo—repitió Oblomov.

Zajar guardaba silencio.

—¿Oyes, Zajar? ¿Cómo es que te permites no sólo pensar, sino hasta hablar?...

—Permítame, Ilia Illich, que llame a Anisia—contestó Zajar y dió un paso hacia la puerta.

—Yo quiero hablar contigo y no con Anisia—refutó Oblomov—. ¿Por qué inventaste ese absurdo?

—Yo no lo he inventado. Me lo dijo la servidumbre de los Illinsky.

—¿Y quién se lo dijo a ellos?

—¿Cómo lo voy a saber? Katia se lo dijo a Semen, Semen a Nikita, Nikita a Basilisa, Basilisa a Anisia y Anisia a mí...—explicó Zajar.

—¡Señor, Señor! ¡Todos!—exclamó con espanto Oblomov—. ¡Todo eso son tonterías, absurdos, mentira y calumnia! ¿Te enteras?—gritó, dando un puñetazo en la mesa—. ¡Eso no puede ser!

—¿Por qué no?—le interrumpió Zajar indiferente—. ¡Las bodas son cosas corrientes! ¡Todos se casan, no es usted el único!...

—¡Todos!—repitió Oblomov—. ¡Qué listo andas siempre para ponerme al nivel de «otros» y de «todos»! Eso no puede ser. ¡Ni ha sido ni será! ¡La boda es cosa corriente! Vaya, ¿qué es boda?

Zajar miró a Oblomov; pero al ver sus ojos clavados con rabia en él, se apresuró a dirigir su mirada a un rincón.

—Escucha, te explicaré lo que es boda. ¡Boda, boda! Empieza a decir la gente ociosa, mujeres y niños, en los cuartos de la servidumbre, en las tiendas y en los mercados. El hombre deja de llamarse Ilia Illich o Pedro Petrovich y le llaman *el prometido*. Ayer nadie quería mirarle y mañana todos clavan la vista en él como si fuese un bribón. No le dejarán pasar inadvertido ni en el teatro ni en la calle. «¡Mira, mira el prometido!», cuchichean todos. Y cada uno que se acerca a él procura poner un hocico de tonto, como el que tienes tú ahora (Zajar se apresuró a transportar su mirada al patio), y decirle algo absurdo. ¡He aquí el principio! Y es preciso ir todos los días, como un condenado, a casa de la prometida desde por la mañana, llevando siempre guantes amarillos y vestido de nuevo, no tener aspecto de aburrido, no comer y beber como se debe, sino vivir de aire y ramilletes de flores. ¡Esto durante tres o cuatro meses! ¿Te enteras? ¿Cómo puedes creer eso de mí?

Oblomov se detuvo y miró a Zajar para ver el efecto que le producía aquella descripción de los inconvenientes del matrimonio.

—¿Me puedo ir?—preguntó Zajar volviéndose hacia la puerta.

—¡No, espera! Ya que propalas rumores falsos, has de saber por qué son falsos.

—¡Qué he de saber!—dijo Zajar examinando las paredes.

—Tú no sabes cuánto tienen que correr y moverse dos prometidos. ¿Y a quién enviaré yo a correr por

las zapaterías, sastrerías y tapicerías sino a ti? Yo no podría, aunque me hiciese pedazos. Todos en la ciudad se enterarán: «¿Ha oído usted decir que Oblomov se casa?» «¿Es posible?, ¿con quién?, ¿quién es ella?, ¿cuándo será la boda?»—dijo Oblomov imitando voces distintas—. ¡No hablarán mas que de eso! Sólo por ello me pondré enfermo y tendré que guardar cama. ¿Y tú aun inventas lo de la boda?

De nuevo miró a Zajar.

—¿Llamo a Anisia?—preguntó éste.

—¿Para qué? Eres tú y no Anisia quien ha hecho esa suposición imprudente.

—¡Oh Señor! ¿Por qué me castigas hoy?—murmuró Zajar con un suspiro que le hizo levantar los hombros.

—¿Y los gastos?—prosiguió Oblomov—. ¿Y el dinero? ¿Has visto cuánto dinero tengo?—preguntó con amenaza—. ¿Y el piso? Tengo que pagar aquí mil rublos, alquilar otro y pagar por él tres mil y arreglarlo. Después el coche, el cocinero, los gastos corrientes. ¿De dónde sacar el dinero?

—¿Y cómo se casan otros que tienen, como usted, trescientos siervos?—preguntó Zajar, y al instante se arrepintió de haberlo dicho, porque poco faltó para que el señor se levantase de un salto.

—¿Otra vez «otros»? ¡Ojo!—exclamó amenazándole con el dedo—. Otros viven en dos, o a lo más en tres habitaciones: el comedor y el salón, todo junto, y muchos hasta duermen allí, los niños al lado, una muchacha para toda la casa... La señora

va personalmente al mercado... ¿Y crees que Olga Sengueievna va a ir al mercado?

—Al mercado podré ir yo—objetó Zajar.

—¿Sabes cuánta renta recibimos de Oblomovka? ¿Te has enterado de lo que me escribe el administrador? ¡Dos mil rublos menos! Y hay que abrir la carretera, crear escuelas, ir a Oblomovka... Allí no hay donde vivir, todavía no hay casa... ¿Cómo podría haber boda? ¿Qué has inventado?

Oblomov se detuvo. El mismo estaba horrorizado ante aquella perspectiva desoladora. Rosas, flores de azahar, resplandor de la fiesta, asombro de la muchedumbre, todo se deslució en el acto.

Su cara cambió y quedó pensativo. Luego, volviendo poco a poco en sí, miró atrás y vió a Zajar.

—¿Qué quieres?—preguntó sombrío.

—¡Me ha ordenado usted que me quede!

—¡Vete!—le dijo impaciente.

Zajar dió apresuradamente un paso hacia la puerta.

—¡No, espera!—le detuvo de pronto el señor.

—Antes, ¡vete!, y ahora, ¡espera!—gruñó Zajar sosteniéndose con una mano junto a la puerta.

—¿Cómo te has atrevido a hacer correr rumores tan alarmantes respecto a mí?—le preguntó Oblomov en voz baja.

—¿Pero cuándo lo he hecho, Ilia Illich? No he sido yo, sino la servidumbre de los Illinsky la que dijo que el señor había pedido la mano...

—¡Calla!...—rugió Oblomov manoteando—. ¡Ni una palabra! ¡Nunca! ¿Oyes?

—Oigo—contestó Zajar tímidamente.

—¿No vas a propalar más ese absurdo?

—No lo haré—contestó Zajar sumiso sin haber entendido la mitad de las palabras y sólo sabiendo que eran «lastimeras».

—Mira: apenas oigas hablar o te pregunten dirás: «Son tonterías; nunca ha habido nada de eso ni lo habrá.»

—Sí, señor—murmuró Zajar con voz apenas perceptible.

Oblomov miró atrás y le amenazó con el dedo. Zajar, parpadeando y con los ojos espantados, se acercaba a la puerta en la punta de los pies.

—¿Quién fué el primero que habló de eso?—preguntó Oblomov alcanzándole.

—Katia se lo dijo a Semen, Semen a Nikita—murmuró Zajar—, Nikita a Basilisa...

—¡Y tú se lo dijiste a todos! ¡Ya te enseñaré! —dijo Ilia Illich colérico—. ¡Calumniar a tu señor! ¡Ah!

—¿Por qué me atormenta con palabras lastimeras?—gimió Zajar—. Llamaré a Anisia, ella sabe todo...

—¿Qué sabe ella? ¡Dímelo en seguida!

Zajar en el acto salió de la habitación, y con rapidez no acostumbrada entró en la cocina.

—¡Deja la sartén! ¡Te llama el señor!—dijo a Anisia indicándole la puerta con el pulgar.

Anisia entregó la sartén a Aquilina, soltó el borde de la falda que tenía metido por debajo del cinturón, se dió una palmada en las caderas, y secán-

dose la nariz con el índice, fué a la habitación del señor.

En cinco minutos tranquilizó a Ilia Illich, diciéndole que nadie había hablado de boda; que podría jurar por Dios y ante la imagen que había en la pared que era la primera vez que oía hablar de ello; que, al contrario, habían dicho que era el barón el que había pedido la mano de la señorita...

—¿Cómo? ¿El barón?—preguntó levantándose de un salto Oblomov y se le helaron hasta las manos y los pies.

—¡Son mentiras!—se apresuró a decir Anisia viendo que había caído «del fuego en las llamas»—. Fué Katia que habló a Semen, Semen a Marfa, Marfa confundió todo y se lo contó a Nikita y Nikita dijo: «¡Qué bien estaría si vuestro señor Ilia Illich hubiese pedido la mano de la señorita!...»

—¡Qué imbécil es ese Nikita!—dijo Oblomov.

—¡Sí que es imbécil!—confirmó Anisia—. Cuando va sentado detrás del coche parece que va durmiendo. Tampoco Basilisa lo creyó—prosiguió de prisa—; precisamente el día de la Asunción dijo que le había dicho la niñera que la señorita ni siquiera pensaba en casarse, que era posible que nuestro señor si hubiera querido casarse no hubiera podido encontrar novia y que hacía poco había visto a Samnil y éste se había reído mucho: «¿Conque boda, eh? Más parecería un entierro: la tiíta siempre con dolor de cabeza y la señorita no hace

mas que llorar y callar. Además, ni siquiera le preparan la dote; la señorita tiene un mar de medias rotas y ni siquiera se las zurcen; la semana pasada tuvieron que empeñar la plata...»

«¿Empeñaron la plata? ¿Tampoco ellas tienen dinero?», pensó Oblomov paseando con horror la mirada por las paredes y deteniéndolas en la nariz de Anisia porque no había otro sitio en qué pararla; hasta parecía que hablaba con la nariz y no con la boca.

—¡Cuidado! ¡No hay que decir más tonterías!—dijo amenazándola con el dedo.

—¡Decir! ¡Ni siquiera pensar!—seguía diciendo Anisia a gritos—. ¡Si no hay nada! ¡Si lo oigo por primera vez! ¡Que el Señor permita que me trague la tierra! ¡Si hasta me asombra que el señor me lo diga; me asusta; estoy toda temblando! ¿Cómo va a ser? ¿Qué boda? ¡Nadie ha soñado con eso! No hablo con nadie, no salgo de la cocina y hace ya un mes que no veo a nadie de la servidumbre de los Illinsky y hasta he olvidado cómo se llaman. Y aquí, ¿con quién voy a hablar? Con la casera no se habla mas que de cosas de la casa; con la abuela no se puede hablar: es sorda y tose constantemente; Aquilina es boba y el portero un borracho. No quedan mas que los chicos; ¿de qué se va a hablar con ellos? Además, hasta he olvidado la cara de la señorita...

—¡Bueno, bueno!—exclamó Oblomov, impaciente, accionando con la mano para despacharla.

—¿Cómo se puede decir lo que no es cierto?—con-

tinuó Anisia marchándose—. Y en cuanto a Nikita, ya se sabe: las leyes no se escriben para los tontos. A mí ni siquiera se me ocurre pensar en ello; todo el día trabajando, no me queda tiempo para preocuparme por esas cosas. ¡Dios sabe lo que será! ¡He aquí la imagen en la pared!...

Y la charlatana nariz desapareció detrás de la puerta dejando todavía, por un minuto, oír el ruido de su charla.

«¡Eso es! También Anisia dice como yo: ¿es posible?», murmuró juntando las manos.

«¡Felicidad, dicha!—exclamó con sarcasmo—. ¡Qué frágil, qué insegura eres! ¡El velo, la corona, el amor! ¿El amor? ¿Y el dinero? ¿Con qué vivir? ¡También a ti, amor, hay que comprarte! ¡A ti, casto y leal beneficio!»

Desde aquel momento el sueño y la tranquilidad abandonaron a Oblomov. Dormía mal, comía poco y miraba distraído y sombrío a todas partes. Había querido asustar a Zajar y se había asustado más él, al profundizar en la parte práctica de la cuestión de su boda, dándose cuenta de que al mismo tiempo que una cosa poética era una cosa real y oficial, un paso hacia la seria realidad y severas obligaciones.

No era así como se había imaginado la conversación con Zajar. Recordó la solemnidad con que quería anunciarle la boda, cómo Zajar hubiera gritado de alegría y se habría echado a sus pies, cómo le hubiera dado veinticinco rublos y diez a Anisia...

Se acordó de todo: de la viva felicidad de entonces, de la mano de Olga, de su beso apasionado..., y se quedó atónito. «Se ha marchitado», resonó dentro de él. ¿Qué pasará ahora?

V

Oblomov no sabía cómo presentarse ante Olga, qué le diría ella ni qué debería decirle él, y decidió no ir a verla el miércoles, dejando la entrevista para el domingo, día en que habría allí mucha gente y les sería imposible hablar a solas.

No quería hablarle de los estúpidos rumores de la servidumbre, para no inquietarla, pero esto era difícil; no sabía fingir con ella; Olga, seguramente, le haría hablar y decir todo lo que él escondía en lo más oculto de su alma.

Al tomar esta decisión se sintió más tranquilo y escribió a su vecino de la aldea y encargado de sus asuntos una segunda carta rogándole encarecidamente que le contestase pronto y, a ser posible, favorablemente.

Luego se puso a pensar con qué llenaría aquel largo y aburrido «pasado mañana» que hubiera podido llenar con la presencia de Olga, con el invisible coloquio de sus almas y con el canto de ella. ¿Por qué se le habría ocurrido a Zajar alarmarle tan inoportunamente?

Decidió ir a casa de Iván Guerasimovich y comer allí, para notar lo menos posible la tristeza del

día. Después tendría tiempo de prepararse para el domingo y tal vez entre tanto llegaría la contestación de la aldea.

Llegó el «pasado mañana».

Se despertó por los furiosos saltos y ladridos del perro encadenado. Alguien había entrado en el patio a preguntar. El portero llamó a Zajar, el cual le trajo a Oblomov una carta que venía por el correo.

—De la señorita Illinskaia—dijo.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Oblomov con enfado—. ¡Mientes!

—En el campo siempre traían unas cartas de ella como ésta—explicó Zajar.

«¿Estará enferma? ¿Qué significa esto?», pensó Oblomov rompiendo el sobre.

«No quiero esperar al miércoles—escribía Olga—; estoy tan triste por no verle hace tiempo que mañana le espero sin falta a las tres de la tarde en el Jardín de Verano.»

Y nada más.

De nuevo sintió que su alma se alborotaba y otra vez se agitó lleno de inquietud no sabiendo cómo hablar con Olga y qué actitud tomar.

«No sé, no puedo—dijo—. ¡Que me lo diga Stolz!»

Se tranquilizó pensando en que de seguro ella iría con la tía o con alguna otra señora, por ejemplo, con María Semenovna, que la quería mucho y no se cansaba de admirarla. Tenía la esperanza de poder ocultar su confusión en presencia de éstas y se preparaba a estar amable y comunicativo.

«¡Precisamente a la hora de comer! ¡Vaya una hora que ha escogido!», pensó, dirigiéndose con cierta pereza hacia el Jardín de Verano.

Apenas entró en la larga avenida vió que de un banco se levantaba y se dirigía hacia él una mujer con velo.

No creyó que fuese Olga. ¿Sola? No puede ser, no se atrevería, y, además, no encontraría pretexto para salir de casa.

Sin embargo..., por la manera de andar, parecía ser ella; los pies se deslizaban con tanta rapidez y ligereza como si se moviesen sin pisar; la cabeza, inclinada hacia adelante, parecía como si con la vista buscase algo en el suelo.

Otro la hubiera reconocido por el vestido o por el sombrero; pero Oblomov, después de pasar con ella toda la mañana, nunca se acordaba de qué sombrero o qué vestido llevaba.

El jardín estaba casi desierto: un señor de edad se paseaba pisando enérgicamente; por lo visto hacía ejercicio; había dos señoras..., no, dos mujeres y una niñera con dos niños transidos de frío y con las caritas azuladas.

El suelo estaba lleno de hojas caídas; a través de las ramas desnudas se veía todo el jardín y en los árboles graznaban las cornejas. Pero el día era hermoso, y abrigándose bien no se sentía el frío.

La mujer del velo se acercaba más y más...

«¿Ella?», pensó Oblomov. Y se paró asustado, no queriendo dar crédito a sus ojos.

—¿Cómo? ¿Tú? ¿Qué te pasa?—preguntó cogiéndole una mano.

—¡Qué contenta estoy de que hayas venido! —dijo ella sin contestar a la pregunta de él—. ¡Tuve miedo de que no vinieses!

—¿Cómo has venido aquí?—preguntó él.

—¡Déjalo! ¿Para qué preguntas eso? ¿Qué importancia tiene? ¡Quería verte y por eso vine: he ahí todo!

Olga le estrechó con fuerza la mano y le miró, alegre y despreocupada, tan francamente, gozando de aquel momento robado, que él sintió envidia. Por lo muy preocupado que estaba, no pudo olvidar todo al ver aquel rostro en el que ninguna idea penosa penetrando en la arruguita de la frente hacía fruncir las cejas; ahora se le aparecía sin aquella encantadora seriedad que tanto le turbaba algunas veces... En aquel momento, el rostro de ella expresaba tanta infantil confianza en el destino, en la felicidad y en él... Estaba preciosa.

—¡Oh qué contenta estoy! ¡Qué contenta!—repetía sonriendo y mirándole—. ¡Creí no verte hoy! Ayer, sin saber por qué, me invadió una tristeza tan grande que te escribí. ¿Estás contento?

Le miró a la cara.

—¿Por qué estás tan enfurruñado? ¿No hablas? ¿No estás contento? Creí que te ibas a volver loco de alegría y parece que estás dormido. ¡Despiértese, señor, está usted con Olga!

La apartó de sí ligeramente con gesto de reproche.

—¿Estás enfermo? ¿Qué te pasa?—le preguntó.

—No, estoy bien y soy feliz—se apresuró a contestar para evitar que le sacase los secretos del alma—. Me preocupa cómo tú sola...

—Soy yo quien tiene que cuidar de ello—dijo ella impaciente—. ¿Hubiera sido mejor que viniese con *ma tante?*

—Sí, Olga; hubiera sido mejor...

—Si lo hubiera sabido le hubiese rogado que me acompañase—interrumpió Olga soltándole la mano—. Creí que para ti no había mayor dicha que estar conmigo.

—No hay ni puede haberla—afirmó Oblomov—. ¿Pero cómo pudiste sola...?

—No hay que hablar más de ello; es mejor que hablemos de otras cosas—dijo ella ligera—. ¡Oye!... ¡Ay!, yo quería decirte algo y lo he olvidado...

—¿Será cómo viniste sola hasta aquí?—preguntó él lanzando miradas inquietas a su alrededor.

—¡Oh, no! ¡Siempre lo mismo! ¿Cómo no te cansas? ¿Qué es lo que quería decirte?... Bueno, no importa, ya me acordaré. ¡Oh qué bien se está aquí! Han caído todas las hojas—*feuilles d'automne*—; ¿te acuerdas de Hugo? Allí hay sol, el Neva... Vamos allí y daremos un paseo en la barca...

—¿Qué dices? ¡Dios nos libre! Hace mucho frío y llevo un capote forrado de algodón...

—Yo también voy igual. ¿Qué importa? ¡Vamos, anda!

Echó a correr arrastrándolo tras sí. Oblomov protestaba y gruñía. Sin embargo, tuvo que montar en la barca y ésta desamarró.

—¿Cómo has podido venir sola hasta aquí?—repitió Oblomov alarmado.

—¿Lo digo?—dijo burlándose con malicia al llegar la barca al centro del río—. Ahora puedo decirlo porque no te irás de aquí y antes te hubieras ido...

—¿Pues?—preguntó él asustado.

—¿Vendrás mañana a casa?—preguntó ella en vez de contestarle.

«¡Ay, Dios mío!—pensó Oblomov—. Parece que ha leído en mi pensamiento que no quería ir.»

—¡Sí, iré!—contestó.

—¿Por todo el día? ¿Desde por la mañana?

Oblomov titubeó.

—Bueno, entonces no te lo digo—dijo ella.

—Iré para todo el día.

—Verás...—dijo ella seria—; te llamé hoy para decirte...

—¿Qué?—preguntó él asustado.

—Que vengas... mañana a casa...

—¡Oh!—exclamó él impaciente—. ¿Pero cómo has venido aquí?

—¿Aquí?—repitió ella distraída—. ¿Cómo he venido aquí? Pues así... he venido... Espera... ¿Para qué hablar de ello?

Olga mojó la mano en el agua y le roció la cara. El cerró los ojos, estremeciéndose, y ella se echó a reír.

—¡Qué fría está el agua! ¡Se me ha helado la mano! ¡Dios mío, qué bien, qué alegría!—prosiguió mirando alrededor—. Vendremos mañana también, sólo que directamente desde casa...

—¿Y ahora no vienes de tu casa? ¿De dónde vienes?—preguntó apresurado.

—De la tienda—contestó ella.

—¿De qué tienda?

—¿Cómo de cuál? ¿No te lo dije en el jardín?...

—No, no me lo has dicho...—dijo impaciente.

—¿No te lo dije? ¡Qué raro! Me he olvidado. Desde casa fuí con el criado a la platería...

—Bien; ¿y luego?

—Luego, nada... ¿Qué iglesia es ésa?—preguntó de repente al barquero señalando a lo lejos.

—¿Cuál? ¿Esa?—preguntó el barquero.

—Es Smolny—dijo con impaciencia Oblomov—. De modo que fuiste a la tienda; ¿y después?

—Allí... había cosas muy bonitas... ¡Oh, qué pulsera he visto!

—No se trata ahora de pulseras. ¿Qué hiciste luego?

—¡Pues nada más!—agregó ella distraída mirando con atención los alrededores.

—¿Y dónde quedó el criado?—preguntó Oblomov sin dejarla en paz.

—Se fué a casa—contestó ella indiferente, contemplando la orilla opuesta.

—¿Y tú?

—¡Qué bien está aquello! ¿Se puede atracar allí? —preguntó, indicando con la sombrilla la orilla opuesta—. ¿Es allí donde vives?

—Sí.

—¿En qué calle? Enséñamela.

—¿Y qué ha sido del criado?

—Nada—contestó negligente—; le he enviado a buscar mi pulsera; él se fué a casa y yo aquí.

—¿Pero cómo has hecho eso?—dijo Oblomov, con los ojos desencajados y cara de susto.

Ella imitó el gesto de él.

—¡Habla en serio, Olga! ¡Basta ya de bromas!

—¡No hablo en broma! ¡Ha sido así!—contestó Olga, tranquila—. Olvidé expresamente el brazalete en casa y *ma tante* me encargó que fuese a la tienda. ¡A ti nunca se te ocurriría inventar algo semejante!—agregó orgullosa como si hubiese hecho algo importante.

—¿Y si el criado ha vuelto?—preguntó él.

—Dejé orden de que me esperase, que yo iba a otra tienda..., y he venido aquí...

—¿Y si María Mijailovna te pregunta a qué tienda has ido?

—Le diré que he ido a casa de la modista.

—¿Y si le pregunta a la modista?

—¿Y si de pronto el Neva huyese hacia el mar, la barca se volcase, la calle de Morskaia y nuestra casa se hundiesen y tú dejases de quererme?...—exclamó ella rociándole de nuevo la cara.

—Pero el criado habrá vuelto ya y estará esperándote—dijo él secándose la cara—. ¡Hola, barquero! ¡A la orilla!

—¡No, no!—ordenó ella al barquero.

—¡A la orilla! El criado ya habrá vuelto—insistió Oblomov.

—¡Aunque así sea, no quiero!

Pero Oblomov se salió con la suya y caminaba

aceleradamente por el jardín, en tanto que ella, al contrario, retrasaba la marcha apoyándose en el brazo de él.

—¿Para qué corres tanto? Espera, quiero estar más tiempo contigo.

Olga andaba cada vez más despacio, estrechándose contra el brazo de él y mirándole de cerca a la cara, en tanto que él, pesado y aburrido, hablaba de deberes y obligaciones. Ella escuchaba distraída, sonriendo con languidez, inclinando la cabeza mirando al suelo o alzándola para mirarle de nuevo a la cara y pensando en alguna otra cosa.

—Oyeme, Olga—dijo por fin solemnemente—. Aunque atraiga sobre mí tu enfado, tengo que decirte que hemos pasado el límite. Mi deber y mi obligación es decírtelo.

—¿Qué dices?—preguntó ella impaciente.

—Que hacemos muy mal en vernos a escondidas.

—Eso ya me lo dijiste en el campo—dijo ella.

—Sí, pero entonces estaba como loco. Con una mano rechazaba y con la otra retenía. Tú tenías confianza en mí y yo... como... si te engañaba... El sentimiento era entonces nuevo...

—Y ahora ya no lo es y tu empiezas a aburrirte...

—¡Oh no, Olga! Eres injusta. Al decir que era nuevo quiero decir que no nos dábamos cuenta, era imposible ser razonable. La conciencia me está matando: tú eres joven, conoces poco la sociedad y la gente, y además eres tan pura, tu amor es tan casto y sagrado que ni siquiera se te ocurre pensar

a qué reprobación nos exponemos—sobre todo yo—por lo que estamos haciendo.

—¿Y qué estamos haciendo?—preguntó ella parándose.

—¿Cómo qué? Estás engañando a tu tía, te vas furtivamente de casa, te ves a solas con un hombre... Prueba a decirlo el domingo ante las visitas...

—¿Por qué no lo he de decir?—preguntó tranquilamente—. Tal vez lo diga...

—Ya verás lo que pasa: tu tía se sentirá mal, las señoras huirán de tu casa y los hombres te mirarán con malicia y atrevimiento...

Olga reflexionó.

—Pero si somos prometidos—refutó.

—Sí, sí, Olga querida—dijo estrechándole las dos manos—, y por eso debe ser más severa nuestra conducta y debemos ser más prudentes. Quiero ir contigo del brazo, por esta misma avenida, con orgullo, a cara descubierta y no a escondidas; quiero que todos bajen la vista con respeto ante ti y no que la fijen atrevidamente; quiero que nadie pueda sospechar que tú, muchacha orgullosa, hayas podido perder la cabeza, y olvidando la vergüenza y tu educación, hayas olvidado tu deber...

—Yo no he olvidado ni la vergüenza, ni mi educación, ni mi deber—contestó ella con orgullo, retirando la mano.

—Lo sé, lo sé, ángel mío; no soy yo quien lo dice; lo dirán la gente y la sociedad y no te lo perdonarán nunca. ¡En nombre de Dios, comprende

lo que quiero! Quiero que también en la opinión de los demás seas pura e irreprochable, como lo eres realmente...

Olga iba pensativa.

—Comprende por qué te lo digo: serás desgraciada y yo seré el único responsable. Dirán que te he seducido ocultándote intencionadamente el peligro. Eres pura y estás tranquila a mi lado; pero ¿a quién se lo podrás hacer creer? ¿Quién te creerá?

—¡Tienes razón!—dijo Olga estremeciéndose—. Oye—dijo con decisión—, vamos a decirle todo a *ma tante* y que mañana nos bendiga...

Oblomov palideció.

—¿Qué te pasa?—preguntó ella.

—Espera, Olga; ¿para qué tanta prisa?...—objetó él con presteza.

Le temblaban los labios.

—¿No eras tú el que tenías prisa hace dos semanas?—preguntó Olga mirándole con frialdad y atentamente.

—Sí, pero no había pensado en los preparativos; ¡y son tantos!—contestó suspirando—. Tenemos que esperar la carta de la aldea.

—¿Para qué esperarla? ¿Es posible que la contestación haga variar tus intenciones?—preguntó mirándole aún más atentamente.

—¡Qué idea! No, pero es necesario para poder arreglar todo. Tenemos que decirle a la tía cuándo será la boda. No hemos de hablar con ella de amor, sino de asuntos para los cuales no estoy ahora preparado.

—Bueno, cuando recibas la carta le hablaremos de la boda, y mientras tanto todos sabrán que somos prometidos y nos veremos todos los días. Me aburren—agregó—, me pesan estos días tan largos; todos lo notan y me molestan con indirectas maliciosas respecto a ti... ¡Ya estoy harta de eso!

—¿Me aluden?—dijo con esfuerzo Oblomov.

—Sí, gracias a Sonechka.

—¡Ya ves, ya ves! Y no querías hacerme caso; te has enfadado.

—¿Y qué he de ver? ¡No veo nada! Veo solamente que eres un cobarde... ¡Yo no temo las indirectas!

—¡No soy cobarde! Soy prudente... ¡Pero por Dios, Olga, vámonos de aquí; mira, ahí ha llegado un coche. ¿Serán algunos conocidos? ¡Ay, estoy sudando!... ¡Vámonos, vámonos!...—decía, temeroso y contagiándola con su miedo.

—Sí, vámonos pronto—dijo ella en voz baja y apresurada.

Fueron casi corriendo por la avenida, hasta la salida del jardín, sin hablar palabra, Oblomov lanzando miradas inquietas a su alrededor y Olga bajando la cabeza y tapándose la cara con el velo.

—Entonces, hasta mañana—dijo al llegar a la tienda donde la esperaba el criado.

—No, mejor hasta pasado mañana..., o no, el viernes, o el sábado...—contestó él.

—Pero ¿por qué?

—Pues mira, Olga..., siempre estoy pensando en que... tal vez llegue la carta...

—Bueno; pero mañana ven a comer. ¿Oyes?

—Sí, sí, está bien—consintió él apresuradamente.

Y Olga entró en la tienda.

«¡Ay, Señor! ¡Hasta qué punto he llegado! ¡Qué losa me ha caído encima! ¿Qué voy a hacer ahora? ¡Sonechka, Zajar, los pollos!...»

VI

No notó que Zajar le había servido la comida completamente fría ni supo cómo después se encontró en la cama y se durmió con un sueño profundo.

Al día siguiente se estremeció sólo al pensar que tenía que ir a casa de Olga; ¿cómo iba a ir? Se imaginó lo significativamente que le mirarían todos allí.

Ya el portero solía saludarle de un modo especialmente cariñoso, Semen se apresuraba en cuanto él pedía un vaso de agua y Katia y la niñera le dedicaban a la salida sonrisas cariñosas.

¡El novio, el novio!, veía escrito en la frente de cada uno, y esto cuando aun no había pedido el consentimiento a la tía, sin tener un céntimo en el bolsillo ni saber cuándo podría tenerlo, ni la renta que le enviarían de la aldea, y sin tener allí casa. ¡Vaya con el novio!

Oblomov decidió que hasta que recibiese noticias favorables de la aldea se limitaría a ver a Olga sólo los domingos, ante testigos. En vista de esta decisión no hizo ningún preparativo aquella mañana para ir a casa de Olga.

Ni se afeitó ni se vistió; hojeó perezosamente los periódicos franceses que le prestaran los Illinsky la semana anterior y no miraba continuamente al reloj ni se impacientaba por que la manecilla avanzase lentamente.

Zajar y Anisia, creyendo que, según la costumbre, no comería en casa, no le preguntaron lo que quería que le preparasen. El les riñó diciendo que no todos los miércoles comía en casa de los Illinsky, que eso era una mentira, que había comido otras veces en casa de Iván Guerasimovich y que en adelante comería siempre en su casa, excepto los domingos, y desde luego no todos.

Anisia se fué corriendo al mercado a comprar los menudillos de ave para hacer la sopa predilecta del señor.

Vinieron a verle los hijos de la casera: comprobó la suma y la resta que había hecho Vania y encontró dos errores. A Macha le rayó el cuaderno y le escribió las mayúsculas; luego escuchó el canto de los canarios y contempló por la puerta entreabierta los codos desnudos de la casera.

Después de la una, Agafia Matveievna le preguntó desde la habitación contigua si quería tomar algo: habían hecho quesadillas. Le sirvieron una y una copita de aguardiente con infusión de hojas de grosella.

El estado de agitación de Ilia Illich se fué apaciguando y quedó en torpe meditación hasta la hora de comer.

Después de la comida se echó en el sofá, y ven-

cido por el sueño empezaba a cabecear, cuando se abrió la puerta y apareció Agafia Matveievna llevando en las manos dos montones de medias. Las puso sobre dos sillas, y Oblomov, levantándose de un salto, le ofreció otra, pero ella no se sentó; estaba acostumbrada a estar siempre de pie en continuo movimiento.

—He visto sus medias—dijo ella—; hay cincuenta y cinco pares, pero casi todas están rotas...

—¡Qué buena es usted!—dijo Oblomov acercándose y cogiéndole, como en broma, un codo.

Ella sonrió.

—¿Para qué se toma esa molestia? ¡Me avergüenza usted!

—No, es mi obligación. Usted no tiene a nadie que las repase y yo lo hago de buena gana—prosiguió ella—. Mire, esos veinte pares no sirven para nada, no merecen la pena de zurcirlas.

—No importa, tírelas todas, por favor; ¿para qué se va a tomar esa molestia? Ya compraré otras...

—¿Cómo tirarlas? Se pueden componer a punto de aguja.

Y se puso a escoger rápidamente las medias.

—Pero haga el favor de sentarse. ¿Por qué está de pie?—insistió él de nuevo.

—No, muchas gracias; no tengo tiempo—contestó ella apartando la silla—. Hoy es día de lavado y hay que preparar la ropa.

—¡Es usted un ama de casa maravillosa!—exclamó él fijando la vista en el cuello y en el pecho de ella.

Ella sonrió y le preguntó:

—¿Entonces qué hago? ¿Compongo las medias? Habrá que comprar algodón e hilo. Los trae una vieja del pueblo; aquí no se pueden comprar: están pasados.

—Si quiere usted tener la bondad de hacerlo...—dijo Oblomov—; pero me da vergüenza que se moleste.

—No importa; no tenemos nada que hacer. Estas las repasaré yo misma, éstas se las daré a la abuela. Mañana viene mi cuñada para pasar una temporada con nosotros; como no tenemos nada que hacer en los anocheceres, trabajaremos. Mi Macha ha empezado ya a hacer calceta, pero siempre se le salen las agujas; son demasiado grandes para ella.

—¿Es posible que Macha sepa?

—Sí, sí, así es.

—No sé cómo darle las gracias—dijo Oblomov mirándola con el mismo gusto con que por la mañana mirara la quesadilla caliente—. Le estoy muy agradecido y trataré de demostrarlo, sobre todo a Macha; le compraré un vestido de seda y la engalanaré como a una muñequita...

—¿Qué dice? ¿Gracias, por qué? ¿Para qué necesita ella vestidos de seda? Es imposible vestirla con vestidos de indiana; rompe todo en seguida, sobre todo el calzado; no tenemos ni tiempo de comprárselo en el mercado.

Se levantó y cogió las medias.

—¿Por qué se va tan pronto?—preguntó él—. Quédese un ratito; yo no tengo nada que hacer.

—Otro día, algún día de fiesta; puede usted entonces hacernos el favor de venir a tomar el café con nosotros. Hoy es día de lavado; voy a ver si Aquilina ha empezado ya...

—Como usted guste, no me atrevo a detenerla—dijo Oblomov mirando la espalda y los codos.

—He sacado del ropero su *jalat*—prosiguió ella—; se puede arreglar y lavarlo; la tela es muy buena; le servirá para mucho tiempo.

—¡Es inútil! No me lo pongo; he perdido la costumbre y no me hace falta.

—Bueno, no importa, lo lavarán y quizá algún día se lo ponga... ¡para la boda!—concluyó, sonriendo y cerrando la puerta.

A Oblomov le desaparceió el sueño, aguzó los oídos y desencajó los ojos.

«¡También ella lo sabe! ¡Todos!—exclamó sentándose en la silla que había puesto para ella—. ¡Oh Zajar, Zajar!»

De nuevo se desencadenaron sobre Zajar palabras «lastimeras» y de nuevo dijo Anisia que era la primera vez que oía hablar de boda a la casera, que nunca había hablado con ella de este asunto y que como no había boda ¿cómo iba a ser posible hablar de ello? De seguro que lo habría inventado el demonio. Ella, Anisia, estaba dispuesta a hundirse en la tierra y la dueña a jurar ante el icono que no conocía ni de nombre a la señorita Illinskaia y que debía referirse a otra novia...

Y tanto dijo Anisia, que Ilia Illich la hizo señal de que callase. Al día siguiente, Zajar pidió per-

miso para ir a visitar a sus antiguos amigos de la calle de Gorojovaia; pero Oblomov le reprendió con tanta severidad que Zajar no supo cómo salir de la habitación.

—Allí aun no lo saben y tú quieres extender la calumnia. ¡Quédate en casa!—ordenó Oblomov, colérico.

Pasó el miércoles. El jueves recibió Oblomov por el correo una carta de Olga preguntándole cómo era que no había ido. Le escribía que había llorado durante toda la tarde y que casi no había dormido por la noche.

«¡Está llorando! ¡No duerme ese ángel!—exclamó Oblomov—. ¡Oh Señor! ¿Por qué me ama? ¿Por qué la amo yo? ¿Para qué nos hemos encontrado? La culpa es de Andrés; él fué el que nos inoculó el amor como si fuese la vacuna. ¿Y qué vida es ésta? Todo son inquietudes y alarmas. ¿Cuándo tendré felicidad tranquila? ¿Cuándo habrá paz?»

Suspirando ruidosamente, se levantaba, se acostaba y hasta salió a la calle buscando siempre una norma para su vida, para una existencia que tuviese algo de substancia y que al mismo tiempo fluyese día tras día en muda contemplación de la Naturaleza y en tranquilas manifestaciones de pacífica vida doméstica. No le gustaba imaginarse la vida como un ancho río que corre entre el alboroto de torbellinos furiosos, así como se la imaginaba Stolz.

«¡Es una enfermedad!—se decía Oblomov—. ¡Una fiebre devoradora, un torrente con cataratas, una

avenida con hundimientos de diques e inundaciones!»

Escribió a Olga que había cogido frío en el Jardín de Verano y había tenido que tomar tila caliente y quedarse dos días en casa; que ya estaba bien y esperaba verla el domingo.

Olga contestó alabándole por cuidarse y aconsejándole que, si era necesario, se quedase también el domingo, añadiendo que prefería pasar una semana sin verle con tal que se cuidase.

Trajo la contestación Nikita, el que, según Anisia, era el principal culpable de todos los rumores. También traía libros que la señorita enviaba a Oblomov para que los leyese y en la primera entrevista le dijese si merecía la pena de que los leyera ella.

Se interesaba por su salud, exigiendo contestación. Oblomov, después de escribir, entregó personalmente la carta a Nikita y le siguió con la vista hasta la cancela de la entrada, para evitar que entrase en la cocina y repitiese allí «la calumnia» y para que Zajar no le acompañase hasta la calle.

Se alegró mucho de que Olga le pidiese que se cuidara y que no fuese el domingo, y contestaba diciendo que para reponerse por completo sería necesario que se quedase en casa unos cuantos días más.

El domingo hizo una visita a la casera; tomó café, comió empanada caliente y envió a Zajar a que comprase helado para la comida y bombones para los chicos. Zajar pudo volver difícilmente a casa

porque los puentes estaban desmontados y el Neva a punto de helarse. No había, pues, posibilidad de ir el miércoles a casa de Olga.

Claro que podía mudarse en seguida a la orilla opuesta, instalarse por unos días en casa de Iván Guerasimovich y comer todos los días en casa de Olga. Pero tenía un pretexto admirable: al helarse el Neva, le había cogido en la otra orilla y no había podido atravesar.

El cruzar el río fué la primera intención de Oblomov y rápidamente puso los pies en el suelo; pero después de reflexionar un rato con cara preocupada y suspirando se acostó de nuevo lentamente.

«No—pensó—, es mejor dejar que se apacigüen los rumores, que las visitas de Olga me olviden un poco y que cuando de nuevo me vean allí todos los días sea porque ya está anunciada la boda. Es aburrido esperar; pero ¿qué se le va a hacer?», dijo suspirando y tomando uno de los libros enviados por Olga.

Leyó unas quince páginas. Vino Macha a invitarle a ir a ver el Neva y se fueron todos allá a ver cómo se helaba. El fué también y volvió a la hora del te.

Así pasaron los días. Ilia Illich se aburría, leía, se paseaba por la calle, y cuando estaba en casa lanzaba miradas a la habitación de la casera para cambiar con ella dos o tres palabras. Un día hasta molió tres libras de café, con tanto afán que la frente se le cubrió de sudor.

Quiso darle un libro para que lo leyese. Ella,

moviendo lentamente los labios, leyó el título en voz baja y le devolvió el libro diciendo que ya se lo pediría cuando llegasen las Navidades y haría que lo leyese Vania en alta voz y así también lo escucharía la abuela, pero que ahora no tenía tiempo.

Entre tanto pusieron sobre el Neva pasos de tablas, y un día los saltos y violentos ladridos del perro anunciaron la segunda llegada de Nikita, que traía un recado y un libro.

Oblomov, ante el temor de atravesar el Neva helado, se escondió de Nikita y escribió diciendo que tenía la garganta hinchada, y que no se atrevía aún a salir de casa, y que «la suerte cruel le privaba por algunos días de la felicidad de ver a su querida Olga».

Prohibió severamente a Zajar que hablase con Nikita, y siguió a éste, como la otra vez, con la vista hasta la entrada, amenazando a Anisia cuando ésta, queriendo preguntar algo a Nikita, asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

VII

Pasó una semana. Oblomov, todas las mañanas al levantarse preguntaba si habían montado ya los puentes.

«Todavía no», le contestaban; y él pasaba el día en paz, escuchando el tic tac del reloj, el chirrido del molinillo del café y el canto de los canarios.

Hacía ya tiempo que no piaban los pollos, se habían transformado ya en gallinas, que se escondían en los gallineros. No consiguió leer los libros que Olga le había enviado; uno que había dejado boca abajo y abierto por la página ciento cinco continuaba así hacía días.

En cambio se entretenía más con los chicos. Vania era muy listo; en tres lecciones aprendió los nombres de las principales ciudades de Europa e Ilia Illich le prometió que la primera vez que cruzara a la otra orilla le traería una esfera terrestre. Macha le festoneó tres pañuelos; cierto que lo hacía mal, pero sus manitas trabajaban con mucha gracia y se apresuraba a enseñarle la labor en cuanto hacía cada centímetro.

Apenas veía los codos de la casera a través de la rendija de la puerta entreabierta entablaba conversación con ella. Por el movimiento de los codos sabía lo que estaba haciendo: si planchaba, molía o tamizaba.

Intentó hablar con la abuela, pero no era posible: se paraba a media palabra, apoyaba el puño en la pared, se doblaba y empezaba a toser como si hiciese un trabajo fatigoso; luego gemía, y así terminaba la conversación.

Unicamente no veía nunca al hermano, es decir, veía pasar rápidamente ante sus ventanas el paquete de papeles, pero en la casa no se notaba la presencia de él. Un día, al entrar Oblomov en la habitación donde estaban comiendo estrechamente agrupados, el hermano se secó rápidamen-

te los labios con los dedos y desapareció. del aposento.

Una mañana, al despertarse Oblomov y empezar indolentemente a tomar el café, Zajar le anunció que ya habían montado los puentes. Oblomov sintió un estremecimiento.

«Mañana es domingo—pensó—; habrá que ir a casa de Olga y soportar durante todo el día las miradas curiosas e intencionadas de las visitas y luego decirle a Olga cuándo pienso hablar a su tía.»

Pero continuaba en la misma imposibilidad de dar un paso adelante.

Se imaginó vivamente cómo pasaría a ser novio oficial, cómo al día siguiente vendrían al banquete señores y señoras que le harían objeto de su curiosidad y beberían a su salud. Luego..., luego, los deberes de novio le obligarían a hacer un regalo a la novia... «¡Un regalo!», se dijo horrorizado y rompió en amarga risa.

¡Un regalo y sólo tenía doscientos rublos en el bolsillo! No le enviarían dinero antes de Navidades o tal vez más tarde, después que hubiesen vendido el grano, y todo esto—de cuándo lo venderían, cuánto grano había y en cuánto se podría vender—es lo que debían decirle en la carta; pero ésta no llegaba. ¿Qué hacer? ¡Adiós la tranquilidad que había disfrutado durante dos semanas!

En medio de todas estas preocupaciones, se le aparecía el hermoso rostro de Ogal sus cejas expresivas y sus inteligentes ojos grises azulados, su linda cabecita y la trenza que solía sujetar bajo la nuca

de modo que aumentase la nobleza de toda su figura, empezando por la cabeza y continuando por los hombros y el torso.

Pero apenas empezaba a emocionarse con su amor se le venía encima como una losa la pregunta ¿qué hacer? ¿Cómo abordar la cuestión de la boda? ¿De dónde sacar dinero? ¿De qué vivir después?...

«Esperaré aún; tal vez la carta llegue mañana o pasado», pensaba.

Calculaba cuándo habría llegado la suya a la aldea, cuánto tardaría el vecino en contestarle y cuánto tardaría en llegar la contestación.

«Tendrá que llegar dentro de tres o cuatro días; esperaré sin ir a casa de Olga», decidió, creyendo que tal vez ella no supiese que ya estaban montados los puentes...

—¡Katia! ¿Han puesto los puentes?—preguntó Olga aquella misma mañana, al despertarse, a su doncella.

Esta pregunta la hacía todos los días y Oblomov ni siquiera lo sospechaba.

—No lo sé, señorita; hoy no he visto ni al cochero ni al portero y Nikita no lo sabe.

—¡Nunca sabes lo que me hace falta!—dijo Olga disgustada, continuando acostada y mirando la cadenilla que llevaba al cuello.

—En seguida me enteraré, señorita. No me atrevía a alejarme por si acaso se despertaba; si no, hubiera ido hace tiempo a enterarme.

Y Katia desapareció de la habitación.

Olga abrió el cajón de la mesita y sacó la últi-

ma carta de Oblomov. «¡Pobrecito, está enfermo! —pensó preocupada—. Está solo, se aburre... ¡Oh Dios mío, cuándo por fin!...»

No terminó la frase porque Katia se precipitó en la habitación con el rostro colorado.

—¡Están montados! ¡Los han puesto esta noche! —exclamó con alegría, y al saltar la señorita de la cama le puso una blusa y le acercó las minúsculas chinelas.

Olga abrió rápidamente el cajón, sacó de allí algo y lo puso en la mano de Katia; ésta le besó la mano. Todo esto ocurrió en un instante.

«¡Oh, mañana es domingo y vendrá!», pensó Olga.

Se vistió de prisa, tomó el te y se fué con su tía a la tienda.

—*Ma tante!* Vamos mañana a misa a la catedral de Smolny—dijo.

La tía medio cerró los ojos, reflexionó y dijo:

—¡Si quieres...; pero está tan lejos, *ma chère!* ¡Qué idea ir allí en invierno!

Pero Olga había tenido esta idea sólo porque Oblomov le había indicado la iglesia desde el río y quería rezar allí... por él, por que estuviese bien, la amase, fuese feliz con ella y por que terminase aquella situación indecisa y acabasen de una vez... ¡Pobre Olga!

Llegó el domingo. Olga mandó preparar la comida al gusto de Oblomov. Se puso el vestido blanco, escondiendo bajo los encajes la pulsera que él le había regalado, y se peinó como a él le gustaba; la víspera había mandado afinar el piano y por la

mañana ensayó cantar la *Casta diva*. La voz era tan sonora como no lo había sido desde que volvieron del campo. Luego esperó.

El barón al verla le dijo que estaba de nuevo tan guapa como en el verano, pero que había adelgazado un poco.

—La falta del aire, del campo y un ligero desorden en su vida le perjudican indudablemente. Querida Olga Sergueievna, necesita usted el aire del campo y de las aldeas.

Le besó unas cuantas veces la mano, dejando con su bigote teñido una pequeña mancha en los dedos de Olga.

—Sí, el campo—contestó ella pensativa, como si no hablase con él, sino con alguien que estuviese en el aire.

—A propósito de campo—dijo el barón—; el mes que viene termina su pleito y en abril podrá usted ir a visitar su finca. No es grande, pero está maravillosamente situada. Quedará contenta. ¡Qué casa! ¡Qué jardín! ¡Hay un pabellón en la colina!... Le ha de gustar: tiene vistas al río... Usted no se acuerda; tenía usted sólo cinco años cuando salió de allí con su padre...

—¡Oh qué contenta estoy!—dijo, y se quedó pensativa.

«Ahora ya está decidido—pensó—; iremos allí; pero él no lo sabrá hasta que...»

—¿El mes que viene, barón?—preguntó vivamente—. ¿Es cierto?

—Tan cierto como que siempre está usted bonita,

y hoy sobre todo—dijo el barón, y se fué a ver a la tía.

Olga se quedó sola y se sumió en sueños de próxima felicidad, decidiendo no decir nada a Oblomov de esto ni de sus proyectos.

Quería seguir hasta el final la revolución que en el alma de él haría el amor; ver cómo sacudía por completo el yugo, cómo al recibir respuesta favorable de la aldea, no pudiendo resistir la felicidad, vendría corriendo hacia ella y pondría a sus pies la carta y cómo ambos se precipitarían hacia la tía y luego...

Luego ella le diría que también tenía una aldea, un jardín con pabellón, vistas al río y casa arreglada para vivir y que tenían que ir primero allí y luego a Oblomovka.

«No, no quiero que reciba una contestación favorable—pensó—; se enorgullecerá y ni siquiera sentirá alegría al saber que tengo mi finca, mi casa y jardín... No, mejor es que venga triste por las malas noticias, que le escriban que en la aldea hay un gran desorden y es menester que vaya personalmente. Perdiendo la cabeza, correrá a Oblomovka, dará de prisa las órdenes necesarias, olvidará muchas, no sabrá cómo arreglarlo todo bien y volverá aquí, y de pronto se enterará de que no es necesario ir a la aldea, que ya hay casa, jardín, pabellón con vistas al río, que también fuera de su Oblomovka hay sitio donde se puede vivir... Sí, sí, por nada del mundo se lo diré; resistiré hasta el final; que vaya a la aldea, que se mueva,

que se anime. ¡Todo para mi futura felicidad! O no; ¿para qué mandarlo a Oblomovka y separarnos? No; cuando venga a despedirse de mí para un mes, triste, pálido, vestido de viaje, le diré que no hay necesidad de ir antes del verano, que entonces iremos juntos...»

Así soñaba, y fué corriendo en busca del barón para decirle que por de pronto no dijese a nadie aquella noticia, absolutamente *a nadie*. Este *nadie* significaba Oblomov.

—Sí, sí; ¿para qué?—dijo el barón—. Tal vez al señor Oblomov, si hay ocasión...

Olga se dominó y dijo indiferente:

—No, tampoco a él.

—Usted sabe que su deseo es ley para mí...—contestó el barón con galantería.

Olga no carecía de astucia. Cuando quería mirar a Oblomov ante testigos, miraba antes a cada uno de éstos y ya luego a él. ¡Cuántas combinaciones y todas por Oblomov! ¡Cuántas veces se le encendían dos rosetas en las mejillas! ¡Cuántas veces tocaba ya una, ya otra tecla del piano para ver si estaba bien afinado, o mudaba los cuadernos de música de un sitio a otro! ¡Pero él no venía! ¿Qué era aquello?

Dieron las tres, las cuatro...; ¡no venía! A las cuatro y media su hermosura empezó a decaer; se marchitaba visiblemente, y se sentó, pálida, a la mesa.

Los demás no notaron nada; comían los platos preparados para él y hablaban alegres e indiferen-

tes. Después de comer, al anochecer, tampoco vino. Hasta las diez estuvo agitándose, ya esperanzada, ya con miedo, y a las diez se fué a su cuarto.

Al principio vertió sobre él toda la rabia acumulada en su corazón; todos los sarcasmos mordaces, todas las palabras coléricas de su léxico le fueron dedicadas. Luego, de pronto, sintió correr como fuego por todo su cuerpo y después helársele el corazón.

«¡Está enfermo, está solo, no puede escribir!...», pasó por su cabeza.

Esta convicción se apoderó por completo de ella y no la dejó dormir en toda la noche. Dormitó, febril y delirando dos o tres horas, y por la mañana se levantó pálida, pero firme y tranquila.

El lunes por la mañana la casera asomó por la puerta del despacho de Oblomov y dijo:

—Le quiere ver una joven.

—¿A mí? ¡No puede ser!—contestó Oblomov—. ¿Dónde está?

—Está aquí; se equivocó y entró por nuestra puerta. ¿La hago pasar?

Oblomov no sabía qué decidir, pero ante él apareció Katia. La casera se fué.

—¡Katia!—exclamó él asombrado—. ¿Tú? ¿Qué quieres?

—La señorita está aquí—dijo ella en voz baja—. Me ha dicho que le pregunte...

Oblomov cambió de semblante.

—¿Olga Sargueievna?—murmuró horrorizado—. ¡No es verdad! ¡Katia! ¿Lo dices en broma? ¡No me atormentes!

—¡Es verdad! Ha venido en un coche de alquiler y está esperando en la tienda de comestibles; quiere venir aquí. Me ha dicho que aleje usted a Zajar. Estará aquí dentro de una media hora.

—Mejor es que vaya yo. ¿Cómo va a venir ella aquí?

—No tiene usted tiempo; ella está para llegar, cree que está usted enfermo. Adiós, me voy; está sola esperándome...

Y se fué.

Oblomov, con extraordinaria rapidez se puso corbata, chaleco y zapatos y llamó a Zajar.

—Oye, Zajar, hace poco me pediste permiso para ir a Gorojovaia a ver a tus amigos...; pues bien, ¡ahora puedes ir!—dijo Oblomov poseído por febril agitación.

—No voy—contestó resueltamente Zajar.

—¡Sí, puedes ir!—insistió Oblomov.

—¿Cómo voy a ir de visita un día de trabajo? No voy—dijo tercamente el criado.

—Pues vete a divertirte; no hagas el tonto, ya que tu señor te hace el favor de darte permiso... ¡Vete con tus amigos!

—¡Valientes amigos!

—¿No quieres ir a verlos?

—¡Son tan bribones que a veces prefiero no verlos!

—¡Sí, sí, vete!—insistió Oblomov, sintiendo que se le subía la sangre a la cabeza.

—No, hoy no salgo de casa; quizá el domingo...—dijo Zajar con indiferencia.

—¡No; te irás ahora mismo!—exclamó Oblomov agitado—. ¡Es tu deber!

—Pero ¿para qué ir tan lejos?—objetó Zajar.

—Bueno; pues vete a pasearte un par de horas. Mira: tienes el hocico hinchado de dormir. ¡Vete a tomar el aire!

—¡El hocico no tiene nada de particular! ¡Todos lo tenemos igual!—dijo Zajar mirando perezosamente por la ventana.

«¡Ay Dios mío! ¡Y va a llegar de un momento a otro!», pensó Oblomov, secándose el sudor de la frente.

—Pues hazme el favor de irte de paseo. ¡Toma, ahí tienes veinte copecas; puedes tomar cerveza con tus amigos!

—Mejor será que me siente a la entrada. ¿Adónde voy a ir con este frío? Me sentaré junto a la puerta, eso sí...

—¡No! ¡Más allá de la puerta!—exclamó con vivacidad Oblomov—. ¡Vete a otra calle; mira, allá a la izquierda del jardín..., a la otra orilla!

«¡Qué cosa más rara!—pensó Zajar—. ¡Me envía a pasear! Nunca ha ocurrido nada igual...»

—¡Ilia Illich, mejor será que vaya el domingo!

—¿Te irás?—dijo Oblomov con los dientes apretados y con tono amenazador.

Zajar desapareció y Oblomov llamó a Anisia.

—Ve al mercado—le dijo—y haz la compra para la comida...

—Ya he comprado todo y pronto estará ya hecha...—empezó a decir Anisia.

—¡Cállate y escucha!—gritó Oblomov asustando a la mujer.

—Compra... espárragos...—terminó inventando algo que mandar para que se fuese.

—¡Pero, padre mío, si ahora no hay espárragos! Además, ¿dónde los iba a comprar aquí?

—¡Fuera!—gritó Oblomov.

Anisia desapareció y él le ordenó a voces:

—¡No mires atrás! ¡Al volver, ven lo más despacio posible! ¡No vengas a casa antes de dos horas!

—¿Qué maravilla es ésta?—dijo Zajar a Anisia al encontrarse con ella en la calle—. Me ha dicho que me vaya a pasear y me ha dado veinte copecas. ¿Adónde voy a ir a pasearme?

—Son asuntos del señor—contestó la inteligente Anisia—. Ve a ver a Artemio, el cochero del conde; convídale a tomar te; él siempre te está convidando... Yo voy al mercado.

—Artemio, ¿qué será esto?—dijo Zajar al cochero—. El señor me ha enviado a dar un paseo y me ha dado dinero para tomar cerveza...

—¡Será que quiere emborracharse él también —adivinó el ingenioso Artemio—y te ha dado dinero para que no tengas envidia! ¡Vamos!

Guiñó un ojo a Zajar y con un movimiento de cabeza indicó una calle.

—¡Vamos!—repitió Zajar indicando con el mismo gesto la misma calle.

—¡Cosa más rara! ¡Enviarme de paseo!—gruñó sonriendo.

Los dos se fueron. Anisia, al llegar a la primera encrucijada se escondió en el foso, detrás de la cerca, para ver lo que iba a suceder.

Oblomov escuchaba y esperaba; alguien cogió el picaporte de la cancela y en el acto se dejaron oír ladridos violentos y los saltos del perro encadenado.

—¡Maldito animal!—exclamó Oblomov, rechinando los dientes.

Cogió la gorra y salió corriendo hasta la cancela, abrió y casi en brazos se llevó a Olga hasta la puerta.

Venía sola. Katia la esperaba en el coche, cerca de la entrada.

—¿Estás bien? ¿No estás acostado? ¿Qué te pasa?—preguntó Olga rápidamente sin quitarse el capote ni el sombrero y examinándole de pies a cabeza cuando entraron en el despacho.

—Ahora estoy mejor; la garganta está... casi bien—dijo tocándose la garganta y tosiendo ligeramente.

—¿Por qué no fuiste ayer?—preguntó mirándole con una mirada tan penetrante que él no pudo ni articular una palabra.

—¿Cómo, Olga, te has atrevido a hacer una cosa semejante?—dijo con espanto—. ¿Sabes lo que haces?

—¡Ya hablaremos de eso después!—interrumpió ella impaciente—. Te pregunto que por qué no te veo.

Oblomov no contestó.

—¿Has tenido algún orzuelo?

Silencio.

—No has estado enfermo ni te ha dolido la garganta—dijo ella frunciendo las cejas.

—¡Es verdad!—contestó él en tono de colegial culpable.

—¡Me has engañado!—dijo, mirándole con asombro—. ¿Por qué?

—¡Te lo explicaré todo, Olga!—contestó él disculpándose—. Ha sido un motivo importante el que me ha impedido ir a tu casa durante dos semanas... ¡Tuve miedo!

—¿De qué?—preguntó ella sentándose y quitándose el capote y el sombrero.

El los cogió y los puso en el sofá.

—Tenía miedo a los rumores y los chismes...

—¿Y no temías el que yo no durmiese en toda la noche pensando Dios sabe en qué y faltando poco para que me pusiese enferma?—preguntó ella mirándole con mirada escudriñadora.

—Olga, tú no sabes lo que pasa aquí—dijo señalando el corazón y la cabeza—; estoy alarmadísimo. ¿No sabes lo que ha ocurrido?

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó ella fríamente.

—¡Cómo se han extendido los rumores acerca de nosotros! No quería inquietarte y temía presentarme ante ti...

Le contó todo lo que había oído decir a Zajar y Anisia, recordó la conversación de los dos jóvenes en el teatro y concluyó diciendo que desde entonces no había podido dormir y que en cada mirada

leía preguntas, reproches o alusiones significativas a sus citas.

—¡Pero si se lo vamos a anunciar esta semana a *ma tante!*—refutó ella—. Esos rumores ya no tendrán lugar.

—Sí; pero a mí no me gustaría hablar con tu tía antes de haber recibido la carta. Yo sé que tu tía no me va a preguntar por mi amor, sino por mi hacienda; querrá conocer los detalles y yo no podré satisfacer ninguna de sus preguntas antes de recibir la contestación de mi encargado.

Olga suspiró.

—¡Si no te conociera—dijo pensativa—creería cualquier cosa de ti! ¡Temías inquietarme contándome chismes de lacayos y no temías causarme una gran inquietud! ¡No te comprendo!

—Creía que esos chismes te impresionarían: Katia, Marfa, Semen y ese imbécil de Nikita dicen Dios sabe el qué...

—Ya hace tiempo que sé lo que dicen—afirmó ella indiferente.

—¿Cómo? ¿Lo sabes?

—Sí; Katia y la niñera me lo dijeron hace tiempo; me preguntaron por ti y me felicitaron...

—¡Te han felicitado!—exclamó horrorizado—. ¿Y tú qué dijiste?

—Nada, les di las gracias; regalé a la niñera un pañuelo y ella me prometió ir en peregrinación al monasterio de San Sergio. Prometí a Katia hacer las diligencias necesarias para que se case con el confitero; también ella tiene sus amores...

Oblomov la miraba con ojos asustados y asombrados.

—Tú nos visitas diariamente y es muy natural que la servidumbre hable de ello; son siempre los primeros que empiezan a hablar. A Sonechka el ocurrió lo mismo. ¿Por qué te asustas tanto?

—Entonces, ¿fué de allí de donde salieron los rumores?—dijo él con lentitud.

—¿No son fundados? ¡Si es verdad!

—¡Verdad!—repitió él ni preguntando ni negando—. Sí—dijo luego—, realmente tienes razón; pero yo no quiero que sepan nada de nuestras citas y por eso temo...

—Temes...; estás temblando como un chico... ¡No te comprendo! ¿Es que tú me robas?

Oblomov estaba confundido; Olga le miró atenta.

—Oye—dijo—, en todo esto hay algo que no comprendo... Ven aquí, y dime todo lo que tienes en tu alma. Comprendo la precaución de no venir a casa un día, dos, tal vez una semana, pero podías prevenirme escribiéndome. Tú sabes que yo no soy una niña y que no se me asusta fácilmente con tonterías. ¿Qué significa todo esto?

El reflexionó, le besó la mano y suspiró.

—Mira, Olga, lo que creo que ha pasado—dijo—: durante todo ese tiempo mi imaginación me espantaba, mi espíritu estaba tan atormentado por las preocupaciones y mi corazón tan desgarrado por esperanzas que ya parecían realizarse, ya desaparecían, que todo mi ser está sacudido, entorpecido y pide un descanso temporal...

—¿Y por qué mi ser no está entorpecido y está buscando el descanso a tu lado?

—Tú tienes fuerzas jóvenes y vigorosas y me quieres serena y tranquila, mientras que yo... ¡tú sabes cómo te quiero!—dijo arrodillándose y besándole la mano.

—No. Todavía no lo sé bien. Eres tan extraño que me pierdo, se me apagan el espíritu y la esperanza...; pronto dejaremos de comprendernos...; ¡entonces será una desgracia!

Guardaron silencio.

—¿Qué has hecho estos días?—preguntó ella examinando por primera vez la habitación—. No estás bien aquí: ¡qué habitaciones tan pequeñas! Las ventanas también, y el papel de las paredes, viejo... ¿Y tus otras habitaciones?

El se apresuró a enseñarle su piso para eludir preguntas peligrosas. Después ella se sentó en el sofá y él en la alfombra, a los pies de ella.

—Entonces, ¿qué has hecho estas dos semanas?—volvió a preguntar Olga.

—He leído y escrito y pensaba en ti.

—¿Has acabado mis libros? ¿Qué te parecen? Me los llevaré ahora.

Cogió un libro abierto de la mesa y miró la página: estaba llena de polvo.

—¡No has leído!—dijo.

—No—contestó él.

Ella vió los cojines bordados arrugados, el desorden general, las ventanas polvorientas, la mesa de escribir; revolvió los papeles cubiertos de polvo

y vió el tintero seco; luego miró con asombro a Oblomov.

—Entonces, ¿qué has hecho?—repitió—. Ni has leído ni has escrito.

—He tenido poco tiempo—dijo él titubeando—. Por la mañana, después de levantarme, empezaban a arreglar las habitaciones; luego, a deliberar acerca del menú de la comida; después venían los chicos de la casera para que les comprobase las cuentas; después era ya la hora de comer. Después de la comida... ¿cuándo leer?

—Has dormido la siesta—dijo ella con tanta convicción que él, después de vacilar un momento, contestó:

—Sí.

—¿Por qué?

—Para matar el tiempo; no estabas tú conmigo, Olga, y la vida era aburrida e insoportable...

Se detuvo. Olga continuaba mirándole severa.

—Ilia—dijo seria—. ¿Te acuerdas de cuando en el parque me dijiste que la vida había vuelto a encenderse en ti, me aseguraste que el motivo de tu vida y tu ideal era yo y de cómo me cogiste la mano y me dijiste que era tuya? ¿Te acuerdas de cómo te dije que sí?

—¿Crees que puedo olvidarlo? ¿No está trazada mi vida? ¿No ves que soy feliz?

—No, no lo veo; me has engañado—dijo ella con frialdad—; de nuevo te dejas caer...

—¡Te he engañado! ¡Qué pecado! ¡Te juro por Dios que me arrojaría a un precipicio!

—¡Sí! Si el precipicio estuviera aquí y en este mismo momento—le interrumpió Olga—; pero si hubiera que esperar tres días, cambiarías de parecer, tendrías miedo, sobre todo en cuanto Zajar o Anisia empezasen a hablar... ¡Eso no es amor!

—¿Dudas de mi amor?—dijo calurosamente—. ¿Crees que tengo miedo por mí y no por ti? ¿No defiendo tu nombre, no vigilo como una madre para que no te alcancen las murmuraciones?... ¡Oh Olga, exige pruebas! Te repito que si con algún otro pudieses ser más feliz, cedería sin protesta mis derechos. ¡Si hubiera que morir por ti, moriría con júbilo!—terminó Oblomov, con los ojos llenos de lágrimas.

—Nada de eso hace falta, ni nadie te lo pide. ¿Para qué necesito tu vida? Haz lo que tienes que hacer. Es artificio que usan los mentirosos el hacer ofrendas que saben no han de serles exigidas porque son inútiles. Tú no eres mentiroso, lo sé, pero...

—¡No sabes cuánta salud me han costado todas estas pasiones y preocupaciones!—prosiguió él—. No pienso en otra cosa desde que te conozco... Continúo pensando en que eres mi único fin. ¡Me moriría en el acto, me volvería loco si no te tuviese! Ahora respiro, miro, pienso y siento contigo. ¿Por qué te asombras de que los días que no te veo me duerma y caiga? Todo me da asco, todo me aburre; soy una máquina: ando, hago y no sé lo que hago. Tú eres el fuego y la fuerza que mueve esta máquina—dijo enderezándose y arrodillándose.

Sus ojos brillaron como antaño en el parque. El

orgullo y la voluntad brillaron de nuevo en ellos.

—Estoy dispuesto ahora a ir adonde me mandes, a hacer lo que quieras. Siento que vivo cuando tú me miras, hablas o cantas...

Olga escuchaba seria y pensativa estas efusiones de pasión.

—Oye, Ilia—dijo—, yo creo en tu amor y en el influjo que tengo sobre ti. ¿Para qué me asustas con tu indecisión haciéndome dudar? Dices que soy tu fin ¡y vas hacia él con tanta timidez y lentitud! Tienes que caminar aún mucho, tienes que ser superior a mí. ¡Lo espero de ti! He visto a gentes felices, ¡cómo aman!—dijo suspirando—. Hierven, y su tranquilidad no se parece a la tuya; no bajan la cabeza, sus ojos están abiertos, apenas duermen, ¡siempre están en actividad! ¡Y tú... no, no; lo tuyo no parece amor, no parece que yo sea el motivo de tu vida!...

Meneó, dudando, la cabeza.

—¡Tú, tú!...—dijo él besándole las manos y agitándose a sus pies—. ¡Tú sola! ¡Dios mío, qué felicidad!—exclamó como delirando—. ¿Crees que es posible engañarte y dormirse y después de un despertar como éste no ser héroe? Ya veréis, Andrés y tú—continuó con expresión inspirada—, la altura a que eleva al hombre el amor de una mujer como tú. Mira, mírame, ¿no estoy resucitado? ¿No vivo en este momento? ¡Vámonos de aquí! ¡Fuera, fuera! ¡No puedo estar aquí ni un minuto más! ¡Qué asco, me ahogo!—exclamó mirando alrededor de sí con repugnancia no fingida—. ¡Deja que viva hoy en

mí este sentimiento! ¡Oh, si este fuego que ahora me abrasa me quemase mañana y siempre! ¡Cuando no estás conmigo me apago y caigo! ¡Ahora estoy resucitado, estoy vivo! Me parece que yo... ¡Olga! ¡Olga! Tú eres la mejor y la más hermosa de todas las mujeres del mundo...; tú, tú...

Escondió la cara en las manos de ella y calló; su lengua no podía expresar palabras. Se apretó la mano al corazón para dominar su emoción, fijó en Olga su mirada apasionada y húmeda y se quedó inmóvil.

«¡Es tierno, dulce y cariñoso!—se dijo mentalmente Olga—; pero ya no como antes, en el parque, sino suspirando y sumiéndose en profunda meditación.»

—¡Tengo que marcharme!—dijo cariñosamente volviendo en sí.

Oblomov de pronto recobró el juicio.

—¡Estás aquí! ¡Dios mío, en mi casa!—exclamó, y la inspirada expresión de su semblante fué substituída por tímidas miradas que lanzaba a su alrededor. Ya no decía palabras ardientes.

Cogió apresuradamente el sombrero y el capote de ella, y en su precipitación quiso ponerle el capote en la cabeza.

Olga se echó a reír.

—No temas por mí—le tranquilizó—; *ma tante* se ha ido para todo el día; únicamente Katia y la niñera saben que he salido de casa. Acompáñame.

Le tendió la mano, y sin temblar, tranquila, con orgullosa conciencia de su inocencia, atravesó

el patio seguida por los tremendos ladridos del perro, subió al coche y se fué.

Por las ventanas de la casera asomaban cabezas de mujer y detrás de la esquina, por encima de la cerca, asomó la cabeza de Anisia.

Cuando el coche hubo entrado en otra calle volvió Anisia diciendo que había buscado por todo el mercado, pero que no había espárragos. Zajar volvió tres horas después y durmió veinticuatro.

Durante largo rato Oblomov paseó por la habitación sin sentir sus pies ni oír sus propios pasos; le parecía que andaba un palmo por encima del suelo.

Apenas hubo cesado el crujir sobre la nieve de las ruedas del coche que se llevaba su vida y su felicidad, la inquietud de Oblomov desapareció, irguió la cabeza, un inspirado resplandor brilló en su cara y los ojos se le humedecieron de dicha y de emoción.

Por su cuerpo se derramaron calor, lozanía y animación. Y de nuevo, como antes, quería ir con Olga a todas partes: adonde estaba Stolz, a la aldea, a los campos, a los bosquecillos; quería aislarse en su despacho y sumirse en el trabajo, ir al embarcadero de Rybinsk, abrir la carretera, leer el libro recién publicado y del que todos hablaban, e ir a la ópera. Hoy...

Sí, hoy había estado ella en su casa; luego él iría a la de ella, después a la ópera. ¡Qué día tan ocupado! ¡Qué fácil es respirar y vivir en la esfera de Olga, en los rayos de su resplandor virginal, de sus vigoro-

sas fuerzas, de su joven pero delicado, profundo y sano espíritu! Andaba como si volase; le parecía que alguien le llevaba por la habitación.

«¡Adelante, adelante!—le había dicho Olga—. ¡Más alto, más alto; allí, en aquel límite donde la ternura y la gracia pierden su poder de dominio y donde empieza el reino del hombre!»

¡Con qué lucidez veía ella la vida! ¡Cómo veía en el libro de ésta su propia senda adivinando instintivamente el camino de él! Las vidas de ambos, como dos ríos, debían unirse en una. ¡El era el guía, el caudillo!

Ella conocía las fuerzas de él, sus facultades; sabía de cuánto era capaz y esperaba dócilmente ser dominada. ¡Encantadora Olga! ¡Serena, atrevida, sencilla, pero firme, natural como la vida misma!

«¡Es verdad; qué sucio está todo aquí!—dijo, mirando a su alrededor—. ¡Y ese ángel ha venido a esta charca a bendecirla con su presencia!»

Miró amorosamente a la silla en que ella había estado sentada y de pronto le brillaron los ojos: en el suelo, al lado de la silla, había un guante minúsculo.

«¡Es una señal! ¡Su mano es un presagio! ¡Oh!...», gimió apasionadamente, apretando el guante a sus labios.

La casera asomó por la puerta diciéndole si quería ver el lienzo que traían para vender; pero él dió secamente las gracias y ni siquiera pensó en mirar los codos, y se disculpó diciendo que estaba

muy ocupado. Luego se sumió en los recuerdos del verano acordándose de todos los detalles: de cada árbol, arbusto o banco y de cada una de las palabras que ella había dicho, y le pareció aún más encantador que lo había sido cuando estuvo gozando de ello en la realidad.

Perdió por completo el dominio sobre sí, cantaba, hablaba cariñosamente con Anisia, bromeaba con ella porque no tenía hijos y le prometió ser el padrino del primero que naciera. Armaron, en unión de Macha, tal alboroto que la casera vino y llamó a la chica para que no estorbase al huésped en «sus estudios».

El resto del día fué en aumento su locura. Olga estaba contenta y cantaba; luego escuchó con ella la ópera, después tomó el te en casa de los Illinsky, y en la mesa, la tía, el barón, Olga y él sostuvieron una conversación tan sincera y amistosa que se sintió como si fuese de la familia. ¡Basta ya de vida de soltero! Ahora ya tenía un rincón; había tejido sólidamente su vida; tenía luz y calor; ¡qué bueno era vivir!

Aquella noche durmió poco; estuvo acabando de leer los libros enviados por Olga y leyó tomo y medio.

«Mañana debe llegar la contestación de la aldea», pensó, y el corazón le latía..., le palpitaba... ¡Por fin!

VIII

Al día siguiente, al arreglar la habitación, Zajar encontró sobre la mesa de escribir un pequeño guante; lo examinó un rato y lo tendió sonriendo a Oblomov.

—¿Lo ha olvidado la señorita Illinskaia?—dijo.

—¡Demonio!—vociferó Oblomov arrancándole el guante de las manos—. ¡Mientes! ¿Qué señorita Illinskaia? Fué la camisera que vino a probarme las camisas. ¿Cómo te atreves a inventar?

—¿Cómo que soy un demonio? ¿Qué es lo que invento? Eso dicen la casera y los suyos...

—¿Qué dicen?

—Dicen que estuvo aquí la señorita Illinskaia con su doncella...

—¡Dios mío!—exclamó Oblomov horrorizado—. ¿Cómo pueden conocer a la señorita Illinskaia? Tenéis que ser o Anisia o tú los que habéis inventado ese chisme...

En aquel momento Anisia asomó la cabeza por la puerta de la antesala.

—¡Qué pecado, Zajar Trofimovich, decir esas tonterías! No le escuche, padre mío—dijo ella—. Nadie lo ha dicho, nadie lo sabe, lo juro por...

—¡Bueno, bueno!—rugió Zajar amenazándola con el codo—. ¿Por qué te metes donde no te llaman?

Anisia desapareció. Oblomov amenazó con los puños a Zajar y luego abrió rápidamente la puerta que conducía a las habitaciones de la casera. Aga-

fia Matveievna estaba sentada en el suelo examinando el contenido de un viejo cofre; a su lado estaban amontonados trapos, algodón, trajes usados, botones y retales de pieles.

—Oiga—dijo Oblomov cariñosamente, pero agitado—. Mi gente dice una porción de tonterías, que en nombre de Dios le ruego que no crea.

—No he oído nada—dijo la casera—. ¿Qué dicen?

—Hablan de la visita de ayer—continuó Oblomov—; dicen que estuvo aquí una señorita...

—¡Qué nos importa quien visita a los huéspedes!

—No, no, le ruego que no lo crea; es mentira. No fué ninguna señorita, fué la camisera que me está haciendo las camisas; vino a probármelas...

—¿Dónde las ha encargado? ¿Quién se las hace?—preguntó la casera con vivacidad.

—En el almacén francés...

—Dejémelas ver cuando las traigan; yo conozco a dos muchachas que hacen el pespunte tan fino como no lo hará ninguna francesa. Yo he visto labores suyas; trabajan para el conde Meblinsky. Nadie lo hará como ellas; no se pueden comparar con las que usted tiene.

—Muy bien, me acordaré. Pero, por Dios, no crea que ha sido una señorita...

—¿Qué me importa quien le visita? Que sea señorita...

—¡No, no!—refutó Oblomov—. ¡Por Dios! La señorita de que habla Zajar es de gran estatura y tiene voz de contralto, mientras que esta camisera

ya ha oído con qué voz hablaba; tiene una voz preciosa. Hágame el favor de no suponer...

—¿Qué me importa?—dijo la casera cuando Oblomov se marchaba—. No se olvide de avisarme cuando necesite hacerse camisas; estas muchachas hacen un pespunte tan fino...; se llaman Lisaveta Nikolaievna y María Nikolaievna...

—Bien, no lo olvidaré; sólo le ruego que no crea...

Se fué a su habitación, se vistió y se fué a casa de Olga.

Al volver por la noche encontró encima de la mesa la carta de su vecino de la aldea. Se apresuró a leerla y dejó caer los brazos:

«Le ruego que envíe poder a otro—escribía el vecino—porque mis quehaceres me impiden cuidar como se debe de su hacienda. Lo mejor sería que viniese usted mismo y mejor todavía que se estableciese aquí. La hacienda es buena, pero está muy abandonada. Ante todo hay que hacer una mejor distribución de los impuestos y es imposible hacerlo sin estar aquí el amo; los campesinos están desmandados, no obedecen al nuevo administrador y el antiguo es un tramposo y hay que vigilarle. Es imposible determinar la cuantía de la renta. En vista de la actual desorganización, es poco probable que consiga usted obtener más de tres mil rublos, y esto, claro está, estando usted presente. Sólo cuento con los granos, porque en cuanto a los tributos hay poca esperanza; es menester dominar a los campesinos y examinar los atrasos en los pagos,

para lo que se necesitarán unos tres meses. El precio del grano es remunerador y podrá recibir el dinero en marzo o abril si vigila usted personalmente la venta. Por el momento, ni una copeca. En cuanto al puente y a la carretera, que atraviese Verjlevo, no recibiendo contestación de usted en tanto tiempo, me puse de acuerdo con Odonzov y Bielovodov para abrir la carretera hacia Nelki, de modo que Oblomovka quedará lejos de ella. Termino esta carta rogándole que venga aquí cuanto antes; en tres meses podrá conocer cuánto debe esperar el año que viene. A propósito: ahora hay elecciones; ¿no quisiera usted presentarse para juez del distrito? ¡Dese prisa! Su casa está en muy mal estado; he ordenado que la vaquera, el cochero antiguo y dos criadas viejas se muden a la cabaña, porque sería peligroso que continuasen por más tiempo viviendo en la casa.»

Adjunta venía una nota con el número de medidas de centeno que se habían recogido y trillado, cuántas se habían guardado en los graneros y cuántas se habían destinado a la venta, y otros detalles de la finca.

¡Ni una copeca en dinero! ¡Tres meses! ¡Ir personalmente para examinar la situación de los campesinos! ¡Enterarse de la renta! ¡Tomar parte en las elecciones! Todos estos fantasmas cercaron a Oblomov. Le pareció que estaba en un bosque de noche, cuando cada arbusto y cada árbol parecen un bandido, una fiera o un muerto.

«¡Esto es un deshonor! ¡No dejaré que me ven-

zan!», se dijo, procurando familiarizarse con aquellos fantasmas del mismo modo que un cobarde se esfuerza en mirar, a través de los párpados cerrados, a los fantasmas y sólo siente frío en el corazón y temblor en las manos y los pies.

¿Qué esperanzas le quedaban? Había creído que la carta le anunciaría a cuánto ascendería su renta, que desde luego no bajaría de seis o siete mil rublos; que la casa estaba en buen estado y que se podría vivir en ella mientras hacían una nueva; esperaba, en fin, que el encargado enviaría unos tres o cuatro mil rublos; en una palabra, que la carta reflejaría la misma risa y vida de amor que reflejaban las cartas de Olga.

Ya no andaba un palmo sobre el suelo, ni bromeaba con Anisia, ni rebosaba esperanzas de felicidad: era necesario aplazarlas por tres meses... ¡Quia!, en tres meses sólo lograría examinar los asuntos y enterarse de la marcha de la hacienda y la boda...

«Antes del año que viene es imposible pensar en casarnos—dijo, medroso—. Sí, sí, dentro de un año, antes no.»

Tenía que terminar el proyecto, ponerse de acuerdo con el arquitecto; luego..., luego...

Lanzó un suspiro.

«¿Y si hiciese un empréstito?—se le ocurrió, pero rechazó en el acto la idea—. ¿Cómo podría ser? ¿Y si no devolviese el dinero a tiempo? Si los negocios fuesen mal, me lo reclamarían ante los tribunales, y el nombre de Oblomov, hasta ahora intac-

to... ¡Dios me libre! ¡Adiós la tranquilidad y el orgullo!... ¡No, no! Otros contraen deudas y luego se agitan, trabajan, no duermen por la noche como poseídos por el demonio. ¡Sí, la deuda de un demonio! ¡El diablo no puede luego ser expulsado mas que con el dinero! Hay héroes que durante toda su vida viven a costa ajena, roban a derecha e izquierda sin reparar en nada. ¡Es incomprensible cómo pueden comer y dormir tranquilos! ¡Deudas! ¡Sus consecuencias son o un trabajo de forzado o la deshonra! ¿Hipotecar la aldea? ¿No es lo mismo que nna deuda, sólo que inexorable e inaplazable? Hay que pagar todos los años y quizá no quede con qué vivir.»

¡La felicidad quedaba aplazada por un año! Oblomov lanzó un gemido enfermizo y se tumbó en la cama, pero de pronto volvió en sí y se levantó. ¿Qué había dicho Olga? ¡Le había rogado como a hombre en cuyas fuerzas confiaba! Esperaba que caminaría delante y llegaría a una altura desde la cual le tendería la mano a ella, a Olga, para conducirla y enseñarle el camino. ¡Sí, sí! Pero ¿cómo empezar?

Reflexionó, y dándose una palmada en la frente, se fué a las habitaciones de la casera.

—¿Está su hermano en casa?—le preguntó a ésta.

—Sí, pero se ha acostado.

—Entonces dígale que venga a verme mañana; tengo que hablar con él.

IX

El hermano entró en la habitación del mismo modo que la primera vez, se sentó en la silla con la misma prudencia, escondió las manos en las mangas y aguardó lo que le diría Ilia Illich.

—He recibido de la aldea una carta muy desagradable contestando a la que envié con el poder; ¿se acuerda usted?—dijo Oblomov—. Aquí está, haga el favor de leerla.

Iván Matveich tomó la carta, recorrió con la mirada de costumbre los renglones y la carta temblaba ligeramente en sus dedos. Después de haberla leído, la puso sobre la mesa y escondió las manos detrás de la espalda.

—¿Qué cree usted que debo hacer?—preguntó Oblomov.

—Le aconsejan que vaya allá—contestó Iván Matveich—. Mil doscientos kilómetros de viaje no es mucho. Dentro de una semana estarán ya bien los caminos y podría ir.

—He perdido por completo la costumbre de viajar; me sería molesto; sobre todo en el invierno..., no quisiera... Además, es muy aburrido vivir solo en la aldea.

—¿Y son muchos los campesinos que le pagan censo?

—Sí..., no lo sé: hace ya tiempo que no he ido a la aldea.

—Es necesario saberlo; sin eso no se puede hacer

nada; sería imposible enterarse de la cuantía de la renta.

—Sí, es necesario—aprobó Oblomov—; lo mismo me dice el vecino que me escribe; pero estamos en invierno.

—¿Y cuánto cree usted que será el censo?

—¿El censo?... Me parece... perdone; tenía aquí la lista...; la hizo Stolz...; será difícil encontrarla; seguramente Zajar la habrá puesto en algún sitio. Luego se la enseñaré...; me parece que son treinta rublos.

—¿Cómo son los campesinos? ¿Cómo viven? —continuó preguntando Iván Matveich—. ¿Son ricos o pobres? ¿Y la *barschina?* (1).

—¡Escúcheme!—dijo Oblomov acercándose y cogiéndole familiarmente por las solapas de la levita.

Iván Matveich se levantó apresurado, pero Oblomov le obligó a sentarse.

—Escuche—dijo lentamente y en voz baja—. Yo no sé lo que es *barschina,* ni lo que es el trabajo del campo, ni qué quiere decir que el campesino sea rico o pobre; no sé lo que es un cuarto de cebada o de centeno ni cuánto vale; no sé en qué mes se debe sembrar o recolectar, ni cómo y cuándo hay que vender; no sé si soy rico o pobre, si dentro de un año tendré bastante para comer o seré un mendigo, ¡no sé nada!—terminó apocado, soltando las solapas de la levita de Iván Matveich y

---

(1) Jornadas de trabajo gratuito que los siervos hacían al señor.

dando un paso atrás—; por consiguiente, hábleme y aconséjeme como a un niño.

—¿Cómo? ¡Hay que saberlo! Sin eso no se puede hacer nada—dijo con sonrisa sumisa Iván Matveich levantándose y poniendo una mano a la espalda y la otra en el pecho—. El propietario debe conocer su hacienda y saber administrarla...—dijo con tono de mentor.

—Yo no lo sé; enséñeme si puede.

—No me he ocupado nunca de esos asuntos; habrá que consultar con alguien que esté enterado. Mire, aquí en la carta se lo dicen—prosiguió Iván Matveich indicando la carta con el dedo medio, uña abajo—, que tome parte en las elecciones. Eso estaría muy bien. Si yo viviera allí estaría empleado en el Tribunal del distrito y conocería la hacienda de usted.

—No sé lo que quiere decir Tribunal de distrito, ni lo que allí hacen, ni cómo es el trabajo en él—dijo Oblomov expresivo, pero en voz baja y acercándose de nuevo a Iván Matveich.

—Ya se acostumbrará. Usted ha sido empleado aquí en el ministerio; el trabajo es igual en todas partes y sólo en las fórmulas hay una pequeña diferencia. En todas partes hay órdenes, comunicaciones, protocolos... Basta con tener un buen secretario y para usted no es trabajoso; sólo firmar, ya sabe usted, como se hace en los ministerios...

—Yo no sé cómo se hace en los ministerios—dijo Oblomov monótonamente.

Iván Matveich le lanzó su doble mirada y callaba.

—¿Será que no ha hecho mas que leer libros?—dijo con sonrisa humilde.

—¡Libros!—rechazó con amargura Oblomov y se detuvo.

Le faltó valor; no hacía falta descubrirse hasta el fondo ante aquel empleado. ¡Ni siquiera conozco la teoría!, iba a decir, pero se calló y se desahogó con un suspiro triste.

—Pero se habrá ocupado de algo—agregó Iván Matveich, humilde, y como si hubiese leído en la mente de Oblomov—; no es posible..

—¡Sí, sí es posible, Iván Matveich! Aquí tiene usted una demostración viva. ¡Yo! ¿Quién soy? ¿Qué soy? Pregúntele a Zajar y le dirá: «¡Es el señor!» ¡Sí, soy un señor y no sé hacer nada! Hágalo usted si sabe y ayúdeme si puede y por su trabajo cobre cuanto quiera; ¡la ciencia lo merece!

Se puso a pasear por la habitación e Iván Matveich se quedó en su sitio, volviéndose ligeramente hacia el punto por donde iba Oblomov. Ambos guardaron silencio durante un rato.

—¿Dónde ha estudiado usted?—preguntó Oblomov parándose ante Iván Matveich.

—Empecé en el colegio; pero al sexto año, mi padre me sacó de allí y me colocó en la oficina. ¿Qué ciencia es la nuestra? Saber leer, escribir y conocer la gramática y la aritmética. No he vuelto a salir de la oficina; me acomodé y vivo poco a poco. ¡En cuanto a usted ya es otra cosa! ¡Ha estudiado las verdaderas ciencias!...

—Sí—afirmó Oblomov suspirando—, es verdad; he estudiado álgebra, economía política, los derechos... y, sin embargo, no encajo... Mire: sabiendo álgebra, no sé cuánta renta tengo. Fuí a la aldea y vi que en nuestra casa y en la vecindad se hacía todo de otro modo; eran otros derechos. Vine aquí, creí alcanzar algo con la ayuda de la economía política... Y me dijeron que las ciencias me servirían con el tiempo, tal vez en la vejez, y que antes había que alcanzar categoría, para lo cual sólo se necesita una ciencia: escribir actas. Por eso no me acomodé y me volví en un señor, en tanto que usted se ha amoldado. ¡Decida usted, pues, cómo he de salir de esta situación!

—Se puede—dijo por fin Iván Matveich.

Oblomov se paró ante él esperando lo que diría.

—Se puede confiar todo a un hombre entendido y extender un poder a su nombre—explicó Iván Matveich.

—¿Y dónde encontrar ese hombre?

—Tengo un colega, Isay Fomich Zaterty; es un poco tartamudo, pero muy versado en negocios y experimentado. Ha administrado una gran hacienda durante tres años, pero el propietario lo despidió por ser tartamudo. Se ha colocado en nuestra oficina.

—¿Y se puede tener confianza en él?

—Por eso no se preocupe: es honradísimo. Gastará de su propio dinero con tal de agradar. Hace ya once años que está en nuestra oficina.

—¿Y cómo podrá ir si está empleado?

—Pediría permiso para cuatro meses. Usted decídase y yo lo traeré aquí. No ira de balde...

—Desde luego que nò—afirmó Oblomov.

—Usted le pagará los gastos de viaje y manutención y luego, al terminar los negocios, le gratificará según se convenga. Irá, no se preocupe.

—Le estoy muy agradecido porque me libra de muchas preocupaciones—dijo Oblomov tendiéndole la mano—. ¿Cómo dice que se llama?...

—Isay Fomich Zaterty—repitió Iván Matveich sacándose la mano de la manga, y después de coger por un momento la mano a Oblomov, escondió otra vez la suya—. Le hablaré mañana y lo traeré aquí.

—Sí, venga a comer y hablaremos. ¡Le estoy sumamente agradecido!—dijo Oblomov acompañando a Iván Matveich hasta la puerta.

X

Por la noche del mismo día, en una casa de dos pisos, una de las fachadas de la cual daba a la calle en que vivía Oblomov y otra al Malecón, estaban sentados en una de las habitaciones del piso segundo Iván Matveich y Tarantiev.

Era esta casa una taberna a cuyas puertas había siempre dos o tres coches abandonados por sus cocheros, los cuales se sentaban en la planta baja sosteniendo los platos en las manos. El segundo piso estaba destinado a las «señoras» de Viborgskaia Storoná.

Ante Iván Matveich y Tarantiev había te y una botella de ron.

—Es legítimo ron de Jamaica—dijo Iván Matveich sirviéndose con mano temblorosa—. No desprecies, compadre, mi convite.

—Confiesa que lo merezco—contestó Tarantiev—; la casa se hubiera podrido si no llegas a cazar a ese huésped.

—Es verdad—interrumpió Iván Matveich—. Y si el negocio sale bien y Zaterty va a la aldea, recibirás una participación.

—Eres avaro, compadre; contigo hay que regatear. ¡Vaya! ¡Cincuenta rublos por un huésped como ése!

—Tengo miedo, me amenaza con mudarse.

—¡Tonto! ¡Qué poca habilidad! ¿Adónde se va a mudar? ¡No creo que tú le eches de la casa!

—¿Y la boda? Dicen que se casa.

Tarantiev lanzó una carcajada.

—¿Casarse él? ¿Qué apuestas que no? ¡Si no puede dormir sin ayuda de Zajar! Hasta ahora siempre he sido su bienhechor; sin mí, hermanito, se hubiera muerto de hambre o estaría en la cárcel. Cuando la policía o el casero le preguntan algo, no sabe decir ni una palabra. ¡Siempre yo y yo! No entiende de nada...

—Es la pura verdad, no entiende de nada; dice que no sabe lo que hacen en el Tribunal del distrito ni en el ministerio; tampoco sabe cómo son sus campesinos. ¡Qué cabeza! ¡Lo que me hizo reír!

—¿Y el contrato? ¡Vaya con el contrato que he-

mos hecho!—se jactó Tarantiev—. Eres un maestro, Iván Matveich, para redactar documentos. Me acordé de mi difunto padre. También yo era hábil, pero perdí la costumbre; ¡bien sabe Dios que la he perdido! Me pongo a escribir y se me saltan las lágrimas. ¡Pero Oblomov firmó sin leer! ¡Y con todas las huertas, cuadras y almacenes!...

—¡Sí, compadre, hasta que no hayan desaparecido en Rusia los papamoscas que firman los documentos sin leerlos, podremos vivir! ¡Si no fuese así, lo pasaríamos mal! Los tiempos que corren no son buenos para nosotros. Oye lo que dicen los viejos; ¡aquello sí que era vivir! Y yo, ¿qué capital he reunido en veinticinco años de servicio? Verdad que puedo vivir en Viborgskaia Storoná sin asomar la nariz por el mundo; tengo un buen pedazo de pan, no puedo quejarme. ¡Pero ya pasaron los tiempos de tener piso con alfombras en Liteiny, casarse con una joven rica y hacer nobles a los hijos! Ya ves: no tengo el hocico que hace falta, tengo los dedos rojizos y bebo aguardiente... ¿Y cómo no beber? ¡Prueba! Dicen que soy peor que un lacayo; ni los lacayos llevan zapatos como los míos y pueden mudarse de camisa todos los días. Ya es otra la educación; los boquirrubios nos han estropeado todo: presumen de bien educados, leen libros, hablan francés...

—Y no entienden ni una palabra del oficio—añadió Tarantiev.

—Sí, hermano, entienden; pero ahora ya no es como antes: quieren que todo sea más sencillo y

nos lo estropean. Dicen que no se debe escribir así, que con tanto fárrago inútil se pierde tiempo y las cosas se pueden hacer más de prisa...; ¡nos estropean todo!

—¡Pero el contrato está ya firmado y ése ya no nos lo estropean!—exclamó Tarantiev.

—Sí; desde luego, eso es sagrado. Bebamos, compadre. ¡Que mande a Zaterty a la aldea! Chupará un poquito; que lo hereden luego de menos los herederos.

—¡Claro!—dijo Tarantiev—. ¿Pero qué herederos tiene? ¡Primos segundos o algo por el estilo!

—¡Tengo miedo que se case!—dijo Iván Matveich.

—No temas. ¡Ya lo verás!

—¿Lo crees así?—dijo Iván Matveich contento—. ¿Y sabes que no separa la vista de mi hermana?—agregó en voz baja.

—¿Qué me dices?—preguntó Tarantiev asombrado.

—¡Calla! ¡Te digo que es verdad!

—¡Vamos, hombre—exclamó Tarantiev no pudiendo volver en sí de su asombro—, ni siquiera en sueños se me hubiera ocurrido pensar en eso! ¿Y ella?

—¿Ella? Ya tú la conoces, ¡es así!—y golpeó la mesa con el puño—. ¿Acaso sabe explotar esto? ¡Es una verdadera vaca! Todo le da lo mismo: la peguen o la abracen, no hace mas que sonreír enseñando los dientes, como el caballo al ver la cebada. Una y otra... ¡cuidado! Yo no descuidaré la vigilancia; ¡ya sabes a qué huele esto!

XI

«¡Cuatro meses! ¡Aun cuatro meses de dificultades, de citas a escondidas, de caras sospechosas, de sonrisas fingidas!—pensó Oblomov al subir la escalera de casa de los Illinsky—. ¡Dios mío! ¿Cuándo terminará esto? Olga va a meterme prisa todos los días. ¡Es tan obstinada e inflexible! Es difícil convencerla...»

Oblomov entró hasta la habitación de Olga sin encontrar a nadie. Olga estaba en su gabinete, contiguo a la alcoba, absorta en la lectura de un libro.

Apareció ante ella tan de improviso que Olga se estremeció; luego le tendió la mano sonriendo cariñosamente; pero sus ojos miraban distraídos, como si aun continuase pensando en la lectura.

—¿Estás sola?—le preguntó.

—Sí; *ma tante* se ha ido a Tsarkoie-Selo; me dijo si quería acompañarla. Vamos a comer casi solos; no estará mas que María Semenovna; si no fuese por ella no podría recibirte. Hoy no podrás hablar con la tía. ¡Qué fastidio! Pero mañana...—añadió sonriendo—. ¿Qué te hubiera parecido si yo me hubiese ido también a Tsarkoie-Selo?—preguntó burlonamente.

Oblomov guardó silencio.

—¿Estás preocupado?

—He recibido carta de la aldea—dijo con voz monótona.

—¿Dónde está? ¿La has traído?

El le dió la carta.

—No entiendo nada—dijo Olga mirándola.

El cogió la carta y se la leyó en voz alta. Ella quedó pensativa.

—¿Y qué vas a hacer?—preguntó al cabo de un rato.

—He consultado con el hermano de la casera —contestó Oblomov—. Me ha recomendado a un abogado, Isay Fomich Zaterty; le confiaré el asunto y lo arreglará todo.

—¿Cómo? ¿A un extraño? ¿A un desconocido? —rechazó Olga asombrada—. Cobrar el censo, administrar a los campesinos, vigilar la venta del grano...

—Dice que es un hombre honradísimo, que sirven juntos hace doce años... Unicamente es un poco tartamudo...

—¿Y el hermano de tu casera? ¿Cómo es? ¿Le conoces?

—No; pero parece un hombre positivo y experto; además, vivo en su casa y le daría vergüenza engañarme.

Olga, con la mirada baja, callaba.

—De no ser así tendría que ir yo personalmente —siguió Oblomov—. He perdido por completo la costumbre de viajar; sobre todo en invierno no he viajado nunca...

Ella continuaba mirando al suelo y moviendo la punta del pie.

—Además, si voy allí no resolveré nada—conti-

nuó Oblomov—, no conseguiré arreglar aquello: los campesinos me engañarán, el administrador me dirá lo que le parezca y tendré que creerle, me dará el dinero que quiera. ¡Ay! ¿Por qué no estará aquí Andrés? ¡El lo hubiera arreglado todo!—exclamó desesperado.

Olga sonrió; es decir, sonrieron sus labios, porque su corazón estaba lleno de amargura. Se puso a mirar por la ventana entornando un ojo y siguiendo con la vista los coches que pasaban por la calle.

—En cambio, este abogado ha administrado una gran hacienda—prosiguió Oblomov—. El propietario lo despidió por ser tartamudo. Le daré el poder y los planos y él mandará comprar los materiales para la construcción de la casa, cobrará el censo, venderá el grano, me traerá el dinero y entonces... ¡Qué contento estoy, Olga querida—dijo besándole las manos—, por no tener que separarnos! No hubiera soportado el vivir en la aldea solo, sin ti...; ¡qué horror! Pero ahora tenemos que ser muy prudentes.

Ella le miró gravemente y esperó.

—Sí—dijo él despacio, casi tartamudeando—, tenemos que vernos poco; ayer hablaron de nuevo de ello en mi casa... y yo... no quiero. Cuando todo esté arreglado, el abogado mande empezar la obra y me traiga el dinero..., y todo esto será antes de un año..., ya no tendremos que separarnos más, se lo diremos a la tía y... y...

Miró a Olga: estaba sin conocimiento. Tenía la

cabeza inclinada y por entre los labios azulados se veían los dientes. Oblomov, lleno de alegría y de ilusiones, no se dió cuenta de que al decir él: «cuando todo esté arreglado, el abogado mande...» Olga se desmayó y no oyó el fin de la frase.

—¡Olga!... ¡Dios mío! ¡Está usted mala!—exclamó y tiró del cordón de la campanilla.

—¡La señorita se encuentra mal!—dijo cuando llegó Katia—. ¡Pronto, agua, éter!...

—¡Dios mío! Si toda la mañana ha estado tan contenta... ¿Qué le ha pasado?—murmuraba Katia trayendo el éter del cuarto de la tía y dando vueltas con el vaso de agua entre las manos.

Olga volvió en sí, se levantó de la butaca ayudada por Katia y por Oblomov y vacilando se fué a la alcoba.

—Esto pasará—dijo con voz débil—, son los nervios; he dormido mal esta noche. Katia, cierra la puerta, y usted espéreme; me tranquilizaré y saldré en seguida.

Oblomov se quedó solo, arrimó el oído a la puerta y miró por la cerradura, pero no vió ni oyó nada.

Después de una media hora fué por el pasillo hasta el cuarto de las doncellas y preguntó a Katia.

—¿Qué tal la señorita?

—Está mejor—contestó ésta—. Se acostó y me dijo que me fuese; luego he entrado otra vez y estaba sentada en la butaca.

Oblomov se fué otra vez al salón, volvió a mirar por la cerradura y no vió nada. Llamó levemente con los dedos, pero no obtuvo contestación.

Se sentó y meditó. En esta hora y media pensó mucho, cambiaron mucho sus ideas y tomó muchas resoluciones nuevas. Decidió ir a la aldea con el abogado, pediría a la tía la mano de Olga, se casaría con ésta, encargaría a Iván Guerasimovich que le buscase piso y hasta pediría dinero prestado..., no mucho, para celebrar la boda.

La deuda podría pagarla con el producto de la venta del grano. ¿Por qué se había desanimado? ¡Cómo puede cambiar todo de aspecto en un minuto! En la aldea cobraría el censo con el abogado; luego escribiría a Stolz, el cual le daría dinero y después vendría y le arreglaría Oblomovka divinamente; abriría caminos por todas partes, construiría puentes, crearía escuelas... ¡Y luego él con Olga!... ¡Oh Señor, he aquí la felicidad! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

De pronto se halló tan contento, tan animado que se puso a pasearse de un rincón a otro castañeando ligeramente los dedos y hasta estuvo a punto de lanzar un grito de júbilo. Se acercó a la puerta y llamó alegremente:

—¡Olga! ¡Olga! ¡Escuche lo que le voy a decir! —dijo, acercando la boca a la cerradura—. ¡No lo espera!... He decidido no marcharme sin hablar antes con su tía. Hoy mismo le anunciaremos la boda y saldré de aquí siendo su prometido.

La puerta se abrió sin ruido y apareció Olga; la miró y de repente perdió ánimo; su alegría desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Olga parecía haber envejecido. Estaba pálida, pero con los ojos bri-

llantes y los labios apretados; todas sus facciones denunciaban una intensa vida interior inmovilizada, como de hielo, de forzada tranquilidad. Oblomov leyó una sentencia en los ojos de ella; aun no sabía cuál era y únicamente que el corazón le latía como nunca le había latido. Nunca tuvo en su vida un momento como éste.

—¡Escúchame, Olga! ¡No me mires así, me da miedo!—dijo él—. He cambiado de plan; hay que hacer todo de otro modo...—continuó bajando poco a poco el tono de la voz, deteniéndose y procurando penetrar la nueva expresión de aquellos ojos, labios y cejas.

—He decidido ir personalmente a la aldea con el abogado... para...—terminó casi imperceptiblemente.

Olga callaba mirándolo fijamente, como si fuese a una visión. Oblomov adivinaba de un modo vago su sentencia y cogió el sombrero, pero retrasaba el preguntar; tenía miedo de oír una sentencia sin apelación. Por fin se venció.

—¿He comprendido bien?—preguntó con voz alterada.

Ella inclinó despacio y con docilidad la cabeza en señal de afirmación. Aunque él había adivinado antes esta decisión, palideció y se quedó inmóvil ante ella.

Olga estaba decaída, pero parecía tan tranquila e inmóvil como una estatua. Poseía esa tranquilidad sobrenatural nacida de la intención firme o del sentimiento herido, que dan fuerzas para dominarse

aunque sólo sea por un momento. Parecía un herido que se apretase la herida con la mano para decir algo preciso y morir luego.

—¿No me odiarás?—preguntó él.

—¿Por qué?

—Por todo lo que he hecho contigo...

—¿Qué has hecho?

—Te he amado; ya es un agravio.

Ella sonrió con compasión.

—Porque te has engañado...—dijo él bajando la cabeza—. Quizá me perdones si recuerdas que te avisé a tiempo, que te avergonzarías, que te arrepentirías...

—No me arrepiento. Me duele tanto...—dijo ella y se detuvo para cobrar aliento.

—Para mí es aún peor—dijo Oblomov—; pero yo lo merezco, en tanto que tú... ¿Por qué has de sufrir tú?

—Por mi orgullo—contestó ella—. Es mi castigo; estaba demasiado segura de mis fuerzas; ése es mi engaño y no el que tú temías. No he soñado con la juventud; creí que te resucitaría, que podrías vivir para mí, pero tú te has muerto hace mucho tiempo. No he previsto esta equivocación y siempre aguardaba, tenía la esperanza..., ¡y ahora!—terminó con esfuerzo y suspirando.

Calló y se sentó.

—No puedo estar de pie, me tiemblan las piernas. Una piedra se hubiese animado con lo que he hecho por ti—continuó con voz desmayada—. Ahora ya no haré nada, ni un paso más, ni siquiera iría al

Jardín de Verano; todo es inútil; ¡te has muerto! ¿Estás de acuerdo conmigo, Ilia?—le preguntó después de un corto silencio—. ¿No me culparás de haberte abandonado, de orgullosa o caprichosa?

El movió la cabeza negativamente.

—¿Estás convencido de que no nos queda ninguna esperanza?

—Sí, eso es verdad...—dijo él—. Pero quizá... —agregó indeciso—dentro de un año...

Le faltaba valor para acabar su felicidad de un golpe decisivo.

—¿Crees poder arreglar tus negocios y tu vida en un año?—preguntó ella—. ¡Piénsalo!

El suspiró y se sumió en reflexiones luchando consigo mismo.

Olga leyó esta lucha en la cara de él.

—Déjame—le dijo—. Ahora mismo he estado mirando largo rato el retrato de mi madre y me parece que sus ojos me han dado consejo y fuerza. Si tú ahora, como hombre de honor... Fíjate, Ilia, que no somos niños, que no estamos jugando: ¡se trata de toda nuestra vida! Pregunta severamente a tu conciencia; yo te creeré porque te conozco; dime: ¿Tendrás bastante energía para toda la vida? ¿Serás para mí lo que yo necesito? Tú ya me conoces y me comprendes. Si después de reflexionar me dices *sí*, desisto de mi resolución; he aquí mi mano y vámonos donde quieras: ¡al extranjero, a la aldea o a Viborgskaia Storoná!

Oblomov guardó un corto silencio y luego dijo:

—¡Si supieras cuánto te amo!...

—Estoy esperando una respuesta lacónica y no testimonios de amor—le interrumpió casi secamente.

—No me atormentes, Olga—suplicó apocado.

—Entonces, Ilia, ¿tengo razón o no?

—Sí—dijo él con decisión—. ¡Tienes razón!

—Entonces es hora de separarnos—dijo ella—. ¡Hasta te han sorprendido aquí y han visto qué afligida estoy!

Pero él no se movió.

—Dime: ¿qué pasaría si nos casásemos?

El no contestó.

—Te dormirías cada vez más profundamente ¿no es verdad? ¿Y yo? ¡Tú sabes cómo soy! ¡No envejeceré, no me cansaré nunca de vivir! Y contigo, viviríamos un día tras otro, esperaríamos la Nochebuena, luego el Carnaval, iríamos de visitas, bailaríamos y no pensaríamos en nada; nos acostaríamos dando gracias a Dios por haber pasado el día y por la mañana despertaríamos deseando que el hoy se pareciese al ayer...; éste sería nuestro porvenir, ¿sí? ¿Es eso vida? Yo perecería..., me moriría... Ilia, ¿serías feliz?

Oblomov elevó perezosamente la mirada hacia el techo, quiso moverse y huir, pero los pies no le obedecieron. Quiso decir algo: la boca estaba seca, la lengua torpe y la voz no salía de su pecho. Le tendió la mano.

—Entonces...—empezó con voz apagada, pero no terminó, y con la mirada dijo: ¡adiós!

Ella también quiso decir algo, pero no dijo nada,

tendió también la mano, pero ésta cayó inerte sin tocar la de Oblomov. Quiso también decir ¡adiós!, pero la voz se le quebró y sonó falsa; el rostro se le alteró convulsivamente, puso la mano y la cabeza en el hombro de él y prorrumpió en sollozos, desarmada. La mujer valerosa e inteligente desapareció; ante él estaba una mujer sin armas contra el dolor.

—¡Adiós, adiós!...—balbució sollozando.

El callaba y lleno de espanto escuchaba el llanto de ella sin atreverse a interrumpirlo. No sentía lástima ni de ella ni de sí; él mismo se encontraba miserable. Olga se dejó caer en la butaca y con el pañuelo apretado al rostro se apoyó en la mesa llorando amargamente. Las lágrimas fluían no espontáneamente como en el parque, sino que se derramaban con desesperación, en torrentes fríos como la lluvia otoñal que riega sin piedad los campos.

—¡Olga!—dijo él por fin—. ¿Por qué este suplicio? ¡Me quieres y no podrás soportar la separación! ¡Tómame como soy y ama en mí lo bueno que tenga!

Ella movió la cabeza sin levantarla.

—No..., no...—se esforzó en decir—; no temas por mi pena. Me conozco: la lloraré toda de una vez y luego ya no volveré a llorar más. Pero ahora, déjame llorar..., vete... ¡Oh, no, espera!... ¡Dios me castiga!... Me duele, me duele... aquí..., al lado del corazón...

Los sollozos se renovaron.

—¿Y si la pena no se te pasa—dijo él—y tu

salud padece? Esas lágrimas son malas. ¡Olga, ángel mío..., no llores..., olvida todo!...

—¡No! ¡Déjame que llore! No lloro por el futuro, sino por el pasado...—dijo con dificultad—; se ha marchitado... ¡No soy yo quien llora, son los recuerdos!... El verano..., el parque..., ¿te acuerdas? Me da tanta pena nuestra avenida..., las lilas... ¡Todo eso está agarrado al corazón y es doloroso arrancarlo!...

Desesperada, movía la cabeza y sollozaba repitiendo:

—¡Oh cuánto dolor! ¡Cuánto dolor!

—¿Y si te mueres?—exclamó él de pronto lleno de espanto—. ¡Olga, piénsalo!

—¡No!—le interrumpió levantando la cabeza y procurando mirarle a través de las lágrimas—. Sólo hace poco tiempo me di cuenta de que lo que amaba en ti era lo que quería que tuvieses, lo que me indicó Stolz, lo que ideé con él. ¡He amado al futuro, Oblomov! Tú eres dócil y honrado, Ilia; eres cariñoso como un pájaro; escondes la cabeza bajo el ala y no deseas nada más; estás dispuesto a arrullar toda la vida bajo el tejado...; pero yo no soy así; eso es poco; ¡a mí me hace falta algo más, pero no sé qué! Puedes decirme qué es lo que yo quiero, darme todo para que yo... Y cariño... ¿dónde no lo hay?

A Oblomov se le doblaron las piernas; se sentó en la butaca y se secó con el pañuelo la frente y las manos.

Las palabras eran crueles e hirieron profunda-

mente a Oblomov; le abrasaron por dentro y le helaron por fuera. Contestó con una sonrisa mísera, enfermiza, humilde, como un mendigo al que reprocharan su desnudez. Se quedó sentado, con esta sonrisa de impotencia, debilitado por tanta emoción y agravio; su mirada apagada decía claramente: «¡Sí, soy un mendigo, soy un pobre mísero..., pegad, pegadme!»

Olga, de pronto, comprendió cuánto veneno había en sus palabras y se lanzó hacia él impetuosa.

—¡Perdóname, amigo mío!—exclamó con dulzura—. No me doy cuenta de lo que digo; estoy loca. Olvida todo y sea como antes, que todo quede igual...

—¡No!—dijo él levantándose de repente y rechazándola con ademán decidido—. ¡No quedará! No te preocupe haber dicho la verdad, lo merezco...—agregó apocado.

—¡Soy una soñadora, una visionaria!—exclamó ella—. ¡Tengo un carácter desgraciado! ¿Por qué otras, por qué Sonechka es tan feliz?...

Se echó a llorar de nuevo.

—¡Vete!—decidió rompiendo entre las manos el pañuelo mojado—. ¡No puedo resistir! ¡Aun me es muy querido el pasado!...

Se tapó el rostro con el pañuelo procurando apagar los sollozos.

—¿Por qué acabó todo?—preguntó de pronto levantando la cabeza—. ¿Quién te maldijo, Ilia? ¿Qué has hecho? ¡Eres bueno, inteligente, cariñoso,

noble y... pereces! ¿Cuál es la causa de tu perdición? ¿No tiene nombre ese mal?...

—Sí, lo tiene—dijo él con voz apenas perceptible.

Olga le miró, interrogándole, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Oblomovchitis!—murmuró él.

Cogió la mano de ella y quiso besarla, pero no pudo; la apretó fuertemente contra los labios y en los dedos cayeron lágrimas ardientes. Luego, sin levantar la cabeza, sin mostrarle la cara, se volvió y se fué.

XII

Sólo Dios sabe por dónde anduvo Oblomov y lo que hizo durante el día; volvió a casa de noche, ya tarde. La casera fué la primera que oyó los ladridos del perro y llamar a la puerta, y despertó a Zajar y Anisia diciéndoles que había vuelto el señor.

Ilia Illich casi no se dió cuenta de cómo Zajar le desnudó, le quitó los zapatos y le echó encima el *jalat*.

—¿Qué es esto?—se limitó a preguntar.

—Es el *jalat;* lo ha traído hoy la casera ya lavado y arreglado—contestó Zajar.

Oblomov se sentó en la butaca y quedó inmóvil.

Todo a su alrededor se sumió en sueños y tinieblas. Sentado, apoyándose en la mano, sin darse cuenta de la obscuridad ni oír el sonar de la péndola, su espíritu naufragaba en un caos de ideas

vagas y monstruosas que se precipitaban como nubes en un cielo sin fin; él no pudo coger ninguna.

Su corazón estaba muerto; la vida se había apagado temporalmente. La vuelta a la vida, a la corriente ordenada y normal de las fuerzas vitales entrelazadas se realizaba con lentitud.

La presión había sido violenta y Oblomov no sentía cansancio físico ni deseaba nada. Hubiera sido capaz de permanecer tumbado o andar y moverse como un autómata durante días enteros.

En el hombre, o tiene lugar poco a poco la sumisión al Destimo y entonces el organismo vuelve despacio a sus funciones, o la desgracia le quebranta, y entonces ya cae para no levantarse nunca.

Oblomov no se daba cuenta de dónde estaba ni de si estaba sentado; miraba inconscientemente, sin notar que ya estaba amaneciendo; oyó, sin oír, la seca tos de la vieja, los golpes que daba el portero partiendo leña en el patio y todos los ruidos de la casa, que se despertaba y animaba; vió, sin ver, cómo la casera se iba al mercado con Aquilina y pasar el paquete del hermano por delante de la cerca. Ni las gallinas, ni los ladridos del perro, ni el chirrido de las puertas pudieron sacarle de su ensimismamiento. Sonaron las tazas e hirvió el *samovar*. Por fin, después de las nueve Zajar abrió, empujando con la bandeja la puerta del despacho; quiso cerrarla, como siempre, con el pie, y como siempre dió en falso; pero consiguió sostener en equilibrio la bandeja; había adquirido cierta habilidad y además sabía que Anisia vigilaba detrás

de la puerta pronta a prestarle ayuda si él dejaba caer algo.

Llegó sin incidentes hasta la cama, y apoyando sus barbas en la bandeja y abrazándola con fuerza se disponía a poner la taza en la mesa, al lado de la cama, y a despertar al señor, cuando vió que la cama estaba intacta y que el señor no estaba allí. Se estremeció y cayó al suelo la taza, siguiéndole el azucarero. Empezó a tratar de coger los objetos en el aire balanceando la bandeja y dejando caer el resto y sólo logró conservar en la bandeja una cucharilla.

—¡Qué desgracia!—dijo mirando cómo Anisia recogía los terrones de azúcar, los pedazos de la taza y el pan—. ¿Y dónde está el señor?

El señor estaba sentado en la butaca y con cara desconocida. Zajar, abriendo la boca, le miró.

—Ilia Illich, ¿por qué no se ha acostado? ¿Cómo es que ha pasado la noche sentado en la butaca?—le preguntó.

Oblomov volvió lentamente la cabeza hacia él y miró distraídamente a Zajar, al café derramado y al azúcar esparcido por la alfombra.

—¿Por qué has roto la taza?—preguntó y luego se acercó a la ventana.

La nieve caía espesa, cubriendo la tierra.

—¡Nieve, nieve, nieve!—repitió torpemente mirando a la nieve que cubría con una capa espesa la cerca, el seto y las platabandas de la huerta—. ¡Ha tapado todo!—murmuró desesperado, y se tumbó en la cama y se durmió con triste sueño de plomo.

Ya eran más de las doce cuando le despertó el crujido de la puerta que conducía a las habitaciones de la dueña; por la puerta asomó un brazo desnudo sosteniendo un plato en la mano; en el plato humeaba un pedazo de empanada.

—Hoy es domingo—dijo cariñosamente la voz—y hemos hecho empanada: ¿quiere probarla?

Pero él no contestó nada: tenía una fiebre abrasadora.

PARTE CUARTA

I

Había pasado un año después de la enfermedad de Ilia Illich. En este año tuvieron lugar muchos cambios en las diversas partes del mundo: aquí se sublevó una región, allá se apaciguó otra, más allá desapareció un ídolo y apareció otro, allí el mundo adoptó la creencia en un nuevo misterio de la vida, acullá las ciudades y las gentes se hicieron cenizas. Pero dondequiera que la vida antigua se destruía, aparecía, como la primera hierba, la nueva.

En Viborgskaia Storoná, en casa de la viuda Pshenitsina, a pesar de que los días y las noches se sucedían tranquilos, sin llevar consigo cambios bruscos y violentos en la vida monótona y aunque las cuatro estaciones del año transcurrieran como las del año anterior, la vida no se detuvo, cambiaba en sus manifestaciones, pero lo hacía tan lenta y gradualmente como las modificaciones geológicas en las que allí, poco a poco, se hunde una montaña; aquí el mar retrocede durante siglos, amontonando limo y produciendo un aumento de tierra.

Ilia Illich se había repuesto. El abogado Zaterty

se fué a la aldea y envió el dinero de la venta del grano, pagándole Oblomov los gastos del viaje, la manutención y los honorarios de su trabajo.

En cuanto al censo, Zaterty escribió diciendo que era imposible cobrarlo porque los campesinos estaban arruinados, otros se habían marchado y no se sabía dónde estaban y que él, Zaterty, se informaba activamente.

En cuanto a la carretera y a los puentes, escribía que aun habría tiempo; que los campesinos preferían ir al pueblo cruzando la colina y atravesando los barrancos a trabajar en construir la carretera y los puentes.

En una palabra: los informes eran satisfactorios y la suma enviada también.

Ilia Illich no tuvo necesidad de ir personalmente a la aldea y podía esperar tranquilo hasta el año siguiente.

El abogado había dado también órdenes acerca de la construcción de la casa: después de estimar con el arquitecto del distrito la cantidad de materiales necesarios, dió orden al administrador de que al empezar la primavera trajesen madera y construyesen un cobertizo para guardar los ladrillos; así, que a Oblomov no le quedaba más que hacer que ir allá en primavera para que empezasen la obra en su presencia.

Entre tanto, pensaba cobrar el censo y además proyectaba hipotecar la hacienda y con ello abonar los gastos.

Después de la enfermedad, Ilia Illich estuvo

sombrío una larga temporada; durante horas enteras se sumía en enfermiza meditación y a veces no contestaba a las preguntas de Zajar ni notaba cuándo éste dejaba caer las tazas al suelo o no quitaba el polvo de las mesas, y cuando la casera, los días de fiesta, le llevaba un trozo de empanada, le encontraba llorando.

Luego, poco a poco, el dolor vivo fué substituído por muda indiferencia. Durante horas enteras Ilia Illich permanecía mirando cómo caía la nieve amontonándose en el patio y en la calle, tapando la leña, los gallineros, la perrera, el jardincito y las platabandas de la huerta y formando pirámides en los postes de la cerca, como si todo muriese y se envolviese en un sudario.

Durante largos ratos se quedaba escuchando el crujir del molinillo del café, los ladridos del perro, el ruido que hacía Zajar limpiando los zapatos y el mesurado tic tac del reloj.

La casera, como antes, entraba en la habitación proponiéndole comprar o comer algo; venían los chicos y Oblomov hablaba indiferente y cariñoso con la primera y se entretenía con los últimos escuchando cómo leían y sonriendo apáticamente de su charla infantil.

Pero la montaña se hundía lentamente, el mar se retiraba o avanzaba sobre la costa y Oblomov entraba poco a poco en su vida normal de antes.

El verano, el otoño y el invierno pasaron aburridos y monótonos. Oblomov esperaba la llegada de la primavera y soñaba con el viaje a la aldea. En

marzo hicieron bollos en forma de alondra y en abril quitaron las dobles vidrieras de las ventanas y le anunciaron que el Elba se había deshelado y que había llegado la primavera.

El se paseaba por el jardín. Luego, en la huerta sembraron legumbres y llegaron días de fiesta —Pascua de Pentecostés y el primero de Mayo— y adornaron la casa con abedules y coronas y tomaron el te en el bosquecillo.

Desde principio de verano empezaron en la casa a hablar de dos fiestas: el día de San Juan, que era el del santo del hermano de la dueña, y del día de San Elías, santo de Oblomov: estos días constituían dos importantes acontecimientos a la vista. Cuando a la casera le ocurría comprar o ver en el mercado un buen pedazo de ternera o le salía especialmente bien la empanada, no dejaba de exclamar: ¡Oh, si encontrase una ternera como ésta o me saliese la empanada como hoy el día de San Juan o de San Elías!

Hablaban del viernes de San Elías y del paseo a pie a los Porojovye, que tenía lugar todos los años, de la fiesta en el cementerio de Smolenskoe y en Kolpino.

Bajo las ventanas volvió a oírse el cloqueo de la gallina y el piar de la nueva generación de pollos; aparecieron pasteles con relleno de pollos y setas frescas, pepinos salados y luego bayas.

—Los menudillos de ave ya no son buenos ahora —dijo la dueña a Oblomov—; ayer me pidieron setenta copecas por dos pares pequeños; en cam-

bio, hay salmón fresco, se puede hacer *botriña* (1) todos los días.

Económicamente, la casa de Pshenitsina prosperaba no solamente porque Agatia Matveievna era un modelo de ama, sino porque Iván Matveich era un epicúreo refinado. Más que descuidado en el vestir, llevaba los mismos trajes años y años, gastando con disgusto y repugnancia en comprarse otros y no cuidándose de colgarlos, sino que los amontonaba en un rincón. Se mudaba de ropa blanca sólo los sábados, como si fuese un jornalero; pero en cuanto a la comida, no ahorraba nada.

En estos asuntos se guiaba por la lógica deducida por él desde su ingreso en la oficina: «Lo que está en la barriga no lo ve nadie y nadie dirá nada, en tanto que una maciza cadena de reloj, un frac nuevo o zapatos de color provocan muchos comentarios.»

Por esto, en la mesa de Pshenitsina había ternera de primera clase, esturión ambarino y ortegas blancas. A veces, Iván Matveich iba personalmente al mercado, husmeaba como un perro de caza y traía una excelente gallina escondida debajo del faldón o gastaba cuatro rublos en un pavo. El vino lo compraba en la lonja, guardándolo y sacándolo él mismo; en la mesa nadie había visto nunca mas que un jarrito de aguardiente con infusión de hojas de grosella; el vino lo tomaba en su cuartito.

Cuando iba con Tarantiev a pescar, llevaba siem-

(1) Botriña, sopa fría de pescado y espinacas.

pre escondida en el abrigo una botella de vino de Madera, y cuando ambos tomaban el te en la taberna, llevaba su ron.

Las modificaciones graduales del fondo marítimo y el hundimiento de la montaña tenían lugar en la vida de todos y también en la de Anisia; la simpatía mutua entre ésta y la casera se transformó en unión indestructible.

Oblomov, al ver el interés que la casera ponía en sus asuntos, le propuso un día en broma que se encargase de cuidar de su comida librándole de esta preocupación.

La cara de la dueña reflejó satisfacción y sonrió de buena gana. ¡Qué ancho volvía a ser su campo! ¡En vez de una, dos casas! ¡Y además tendría el auxilio de Anisia!

Al día siguiente, después de haber hablado con su hermano, la casera mandó trasladar a su cocina todo el ajuar de la de Oblomov; la vajilla y servicio de plata fueron encerrados en el aparador de Agafia Matveievna, y Aquilina, de cocinera, descendió a hortelana y ama de las aves.

Todo tomó mayores proporciones: la compra del azúcar, el te y víveres, el salar los pepinos, el conservar las manzanas y cerezas y hacer los dulces.

Agafia Matveievna creció, Anisia tendió los brazos como el águila las alas y la vida se animó bullendo y fluyendo como un río.

Oblomov comía con la familia a las tres y el hermano comía en la cocina, aparte, porque volvía muy tarde de la oficina.

Ya no era Zajar, sino la dueña, quien servía el te y el café a Oblomov en su despacho.

Zajar quitaba el polvo si quería, y si no lo hacía, era Anisia la que entrando como un torbellino, con delantal y un trapo en la mano, limpiaba todo, soplaba, arreglaba y desaparecía; o bien la dueña, aprovechando el momento en que Oblomov salía al jardín, entraba en la habitación y al ver el desorden meneaba la cabeza, gruñendo sacudía las almohadas, examinaba las fundas para ver si estaban limpias, y murmurando que era necesario cambiarlas, las quitaba; limpiaba las ventanas, echaba una mirada al respaldo del sofá y se marchaba.

La gradual modificación del fondo marítimo, el hundimiento de la montaña, el amontonamiento del limo y ligeras explosiones volcánicas, todo esto había tenido lugar en la vida de Agafia Matveievna sin que nadie lo hubiese notado, ni aun ella misma. Sólo lo denunciaban las repentinas consecuencias de estas alteraciones.

¿Por qué desde hacía tiempo no se parecía a sí misma? Antes, si quemaban un guiso o cocían demasiado el pescado u olvidaban poner verdura en la sopa, severamente, pero con tranquila dignidad, reprendía a Aquilina y lo olvidaba en el acto; en cambio ahora, cuando ocurría alguna cosa semejante, se levantaba de la mesa, corría a la cocina, reñía amargamente a Aquilina, mostraba su enfado a Anisia y al día siguiente vigilaba en persona para prevenir los descuidos.

¡Quizá—dirían—le daba vergüenza mostrar ne-

gligencia en los asuntos de la casa en la que se concentraban todo su amor propio y su actividad!

¡Bueno! ¿Y por qué antes, a las ocho de la noche se le cerraban los ojos, y a las nueve, después de acostar a los chicos y ver si estaba apagada la lumbre en la cocina, cerradas las chimeneas y guardado todo, se acostaba, sin que pudiese despertarla ni un cañonazo, hasta las seis de la mañana?

¡En cambio, ahora, cuando Oblomov iba al teatro o a casa de Iván Guerasimovich y no volvía hasta ya tarde, de noche, ella no tenía sueño, se volvía de un lado a otro, se persignaba, suspiraba y cerraba los ojos, pero todo en vano!

Apenas se oía un ruido en la calle, levantaba la cabeza, a veces hasta saltaba de la cama, abría la ventana y escuchaba si era él o no.

Cuando llamaban a la puerta se ponía apresuradamente la falda, corría a la cocina, despertaba a Zajar o a Anisia y les decía que abriesen.

En esto—dirán—demostraba ser una buena ama de casa que no quería que hubiese desorden ni que el huésped esperase de noche en la calle a que le abriese el portero borracho ni que las continuas llamadas despertasen a los chicos.

Bueno; ¿y por qué cuando se puso enfermo Oblomov no dejaba que nadie entrase en la habitación, cubrió el suelo de alfombras y fieltros, tapó las ventanas y se volvía furiosa—¡ella tan buena y dócil!—cuando alguno de los chicos gritaba o se echaba a reír? Durante dos noches, no confiando en Zajar ni en Anisia, veló al lado de la cama del

enfermo sin apartar los ojos de él hasta la misa del alba, y luego, echándose en los hombros un capote y escribiendo en un papelito «Ilia», corría a la iglesia, ponía el papel en el altar y se escondía en un rincón, arrodillada, y durante largo rato permanecía con la cabeza apoyada en el suelo; después iba apresuradamente al mercado, volvía temblando a casa, miraba por la puerta y preguntaba en voz baja a Anisia:

—¿Cómo va?

Dirán que eso no era mas que compasión y lástima, emociones predominantes en la mujer.

Bien; ¿y por qué cuando Oblomov, mientras se reponía, estaba sombrío y en todo el invierno casi no habló con ella, ni lanzaba miradas a su cuarto, ni le importaba saber lo que hacía, ella no bromeaba ni reía, adelgazó, sentía frío en el alma y no tenía ganas de trabajar? Molía el café sin darse cuenta de lo que hacía y le mezclaba tal cantidad de achicoria que era imposible beberlo y, sin embargo, no lo notaba, como si hubiese perdido el paladar. Cuando a Aquilina no le salía bien la comida y el hermano se levantaba de la mesa gruñendo, ella, como si fuese una estatua de piedra, no se enteraba.

Antes nadie la había visto nunca pensativa; siempre estaba trajinando y fijándose en todo. Y ahora parecía dormida; con el mortero sobre las rodillas se quedaba inmóvil o de pronto se ponía a machacar con tal violencia que el perro ladraba creyendo que llamaban a la puerta.

Pero apenas Oblomov se animó reapareciendo su bondadosa sonrisa y volvió, como antes, a lanzar cariñosas miradas por la puerta y a bromear con ella, engordó de nuevo, la cosa volvió a marchar bien, alegre y animadamente y con una cierta originalidad. Antes, ella se movía durante todo el día como una máquina bien montada, hablaba en voz que no era ni alta ni baja, molía el café, cortaba el azúcar, tamizaba alguna cosa, se ponía a coser y la aguja se movía en sus manos tan regularmente como la de un reloj; cuando iba a la cocina se detenía en el camino, abría el aparador y sacaba algo para llevarlo de paso, todo de un modo automático. En cambio ahora, desde que Ilia Illich formaba parte de la familia, ella machacaba y tamizaba de otro modo. Olvidó casi por completo sus encajes. Se ponía a coser cómodamente sentada, y si en aquel momento Oblomov llamaba a Zajar para que le trajese el café, ella se lanzaba a la cocina, cogía una cucharilla y lo colaba tres veces para asegurarse de que estaba bien hecho y de que no tenía posos y miraba si la nata era espesa.

Cuando preparaban un plato de los predilectos de Oblomov, miraba la cacerola, quitaba la tapa, olía, probaba, y luego la cogía con la mano y la sostenía por encima de la lumbre. Cuando majaba almendras o machacaba alguna otra cosa, lo hacía con tanto celo y vigor que se ponía colorada.

Toda su labor se orientó en un sentido: en el de la tranquilidad y comodidad de Ilia Illich. Antes no veía en ello mas que una obligación y ahora era

su deleite. Empezó a vivir una vida plena y variada.

No sabía, y nunca se lo preguntaba, qué es lo que le pasaba; se impuso aquella dulce obligación sin protesta ni entusiasmo, sin palpitaciones ni pasión, sin vagos presentimientos ni tristeza, sin excitación ni agitación nerviosa.

Lo hizo como si hubiese cambiado de religión, profesando la nueva sin analizar sus dogmas y obedeciendo ciegamente sus preceptos.

Este sentimiento se apoderó de ella insensiblemente y ella se dejó invadir por él sin resistencia y empezó a amar a Oblomov como si el amor fuese una fiebre incurable. Ni siquiera lo sospechaba, y si se lo hubiesen dicho se hubiera sonreído y avergonzado.

Se hizo cargo de todos los quehaceres referentes a Oblomov; examinó el estado de cada una de las camisas de éste, contó los rotos de las medias, sabía qué pie era el primero que bajaba al levantarse, notaba cuándo le empezaba un orzuelo, sabía la cantidad de comida que comía y conocía si estaba alegre o triste, si había dormido bien o no, como si lo hubiese hecho toda su vida, sin preguntarse por qué lo hacía ni qué era Oblomov para ella.

Si le hubieran preguntado si le amaba, hubiera sonreído y contestado que sí, pero lo mismo hubiera dicho cuando Oblomov no llevaba mas que una semana en la casa.

¿Por qué le amaba? ¿Por qué se había casado sin amor? ¿Por qué había llegado hasta los treinta

años sin amar a nadie y ahora estaba poseída por este sentimiento?

A pesar de que dicen que el amor es caprichoso e irresponsable, que surge y brota como una enfermedad, tiene sus leyes y porqués. Y si hasta ahora estas leyes están poco estudiadas, es debido a que no es posible encontrar un ser herido por el amor que haya podido observar cómo ha penetrado en su alma la primera impresión encadenándole los sentidos y cegándole; desde qué instante el corazón empezó a latir con más celeridad y se sintió abnegado hasta morir, afanoso de sacrificarse, de disolver poco a poco su propio *yo;* cuándo comenzó a entorpecerse o sutilizarse la inteligencia, a entregar su propia voluntad a la de *él* o de *ella,* a inclinar la cabeza, a temblarle las rodillas, a llorar y tener fiebre.

Agafia Matveievna había visto antes pocos hombres parecidos a Oblomov, y si los había visto había sido desde lejos; quizá le gustaran, pero viviendo en otra esfera que ellos no tenía ocasión de acercárseles.

Ilia Illich no andaba como solía andar su difunto marido, el secretario colegial Pshenitsin, con pasos menuditos y apresurados; no estaba continuamente escribiendo papeles, no temblaba de miedo por llegar tarde a la oficina, no miraba a los demás como pidiendo que le ensillasen y montasen sobre él, ¡no! Oblomov miraba a todo y a todos tan atrevida e independientemente como si exigiese que todos se sometiesen a él.

Tenía el rostro blanco y delicado y no rojizo y tosco; las manos no se parecían a las de su hermano; no eran temblorosas y coloradas, sino pequeñas y blancas. Se sentaba, cruzaba las piernas y apoyaba la cabeza en la mano con gran tranquilidad, libertad y elegancia; hablaba de modo muy distinto que su hermano y Tarantiev y también que su difunto marido; no entendía muchas cosas de las que le decía, pero sentía que eran finas, hermosas y extraordinarias; también las cosas que ella llegaba a comprender las decía él de modo diferente que los demás.

Llevaba ropa blanca fina, se mudaba todos los días, se lavaba con jabón perfumado, se limpiaba las uñas; ¡todo, en fin, era en él tan elegante y pulcro! Podía no hacer nada y no lo hacía; todo se lo hacían otros; ¡tenía a Zajar y a otros trescientos Zajares más!

¡Era un señor brillante y resplandeciente! Además era muy bueno; ¡andaba y se movía con tanta suavidad, le tocaba con una mano que parecía de terciopelo, mientras que su marido al tocarla parecía que daba un puñetazo! Miraba y hablaba con tanta suavidad y dulzura...

Ella no reflexionaba ni se daba cuenta de todo esto; pero si alguien hubiera intentado explicarle la impresión que la aparición de Oblomov le había producido, hubiera tenido que explicárselo de este modo.

Ilia Illich se daba cuenta de las modificaciones que su presencia había producido en aquel rincon-

cito, empezando por el hermano y acabando por el perro, siempre encadenado, que recibía desde que él había venido triple cantidad de huesos; pero no se daba cuenta de cuán profundamente había echado raíces el sentimiento amoroso y qué rápidamente había alcanzado la victoria sobre el corazón de la dueña.

En el cuidado que ésta ponía en la comida, ropa y habitaciones de él, sólo veía la manifestación de la cualidad predominante en el carácter de ella y que él había notado ya en la primera visita, al entrar Aquilina con el gallo en la sala y contestarle la casera, a pesar de estar avergonzada por aquel exceso de celo de la criada, que el gallo que tenía que dar al tendero era el gris.

Agafia Matveievna era incapaz no ya de coquetear con Oblomov haciéndole ver lo que pasaba en su alma, sino que, no comprendiéndolo, ni siquiera se daba cuenta de ello ella misma ni se acordaba de que su alma era libre hasta hacía poco. Su amor se manifestaba por una abnegación sin límites.

Oblomov continuaba atribuyendo a la manera de ser de la casera el modo de comportarse con él. El sentimiento de Agafia Matveievna, tan normal, natural y desinteresado, continuaba siendo un misterio para Oblomov, para los que la rodeaban y para ella misma. Y en realidad era desinteresado; porque ella encendía cirios en la iglesia y rezaba por la salud de él sin que él se enterase, velaba de noche a la cabecera del lecho de él, marchándose por la madrugada y nunca le habló de ello.

Las relaciones de Oblomov con ella eran muy sencillas: Agafia Matveievna, con sus codos siempre activos, con sus ojos vigilando cuidadosamente todo, con sus idas y venidas de la cocina a la despensa y de la despensa a la cueva, con su experiencia en todos los asuntos de la casa, encarnaba el ideal del inmenso e inviolable reposo de la vida tal como se había grabado de un modo indeleble en su alma durante su infancia cuando vivía en casa de sus padres.

Del mismo modo que allí el padre, abuelo, hijos, nietos y visitas permanecían sentados o tumbados gozando de perezoso descanso, sabiendo que en la casa había ojos vigilantes y manos infatigables que les vestirían, calzarían, darían de comer y beber, les acostarían y a la hora de la muerte les cerrarían los ojos, asimismo Oblomov, permaneciendo sentado en el sofá, sin tener que mover ni un dedo, veía que a su alrededor se movía un ser vivo, y que aunque no saliese el sol, las nubes cubriesen todo el cielo y soplase un violento huracán que alborotase al mundo entero, a pesar de todo, en su mesa aparecerían la sopa y el guisado, su ropa estaría limpia y blanca y no habría telarañas en las paredes; él no sabría cómo; sin necesidad de molestarse en pensar cuál sería su deseo, sabía de antemano que este deseo sería adivinado y satisfecho; y no perezosa y groseramente por las manos sucias de Zajar, sino con una mirada dulce y buena, con sonrisa de profunda abnegación, con manos blancas y codos desnudos.

Cada día estrechaba más la amistad con la casera; no se le ocurría pensar en el amor, es decir, en un amor como aquel que acababa de sufrir como si hubiesen sido viruelas, sarampión o fiebre y del que aun al acordarse se estremecía.

Se acercaba a Agafia Matveievna como quien se arrima al fuego que calienta más cada vez, pero en el que es imposible quemarse.

Después de comer le gustaba quedarse en el comedor fumando la pipa y contemplaba cómo ella metía en el aparador la vajilla y el servicio de plata, cómo secaba las tazas y las llenaba de café y cómo ponía especial cuidado en lavar y secar una de ellas que llenaba la primera, sirviéndosela a él y mirando si estaba contento.

Miraba con gusto el cuello y los codos redondos de ella cuando se abría la puerta de su cuarto, y si permanecía cerrada mucho tiempo, la abría él despacito con el pie, bromeaba con ella y jugaba con los chicos.

Sin embargo, no se aburría si se le pasaba la mañana sin verla, y muchas veces, después de comer, en vez de quedarse con ella, se iba a dormir la siesta, seguro de que apenas abriese los ojos estaría ya preparado el te.

Lo principal era que allí todo se hacía tranquilamente, no tenía alterado el corazón ni se sintió una sola vez agitado pensando en si vería o no a la casera, en lo que tendría que decirle, en cómo contestar a sus preguntas ni en cómo le miraría. ¡No, nada de eso!

No había ni angustia, ni noches de insomnio, ni lágrimas amargas o dulces. Se quedaba fumando y contemplando cómo ella cosía; unas veces decía algo y otras no y siempre estaba tranquilo; no tenía necesidades ni deseaba nada, como si poseyese todo lo necesario.

Agafia Matveievna no le aguijoneaba ni le exigía nada. Y en el alma de Oblomov no había orgullo ni impulsos ni aspiraciones, no sentía pena por el correr de los años y el decaer de las fuerzas, por no haber sembrado ni bien ni mal, por estar ocioso y vegetar en vez de vivir.

Era como si una mano invisible le hubiera escondido, como si fuese una planta rara, bajo un techo, protegiéndole contra el sol y la lluvia, cuidándole y mimándole.

—¡Con qué agilidad maneja usted la aguja, Agafia Matveievna!—dijo un día Oblomov—. Cose con tal rapidez que temo que se cosa la nariz a la falda.

Ella sonrió.

—Terminaré este pespunte—dijo casi murmurando como para sí—e iremos a cenar.

—¿Y qué hay de cena?

—Berza ácida con salmón—dijo ella—. He buscado esturión en todas las tiendas, y mi hermano también, pero no lo hay. Tal vez lo encontremos fresco; un comerciante lo ha encargado y nos ha prometido un trozo. Luego hay ternera y papilla frita...

—¡Qué rica! ¡Qué buena es usted, Agafia Mat-

veievna, por haberse acordado! ¡Que no se olvide Anisia!

—¿Y para qué estoy yo aquí? ¿No oye cómo chirría?—contestó ella entreabriendo la puerta de la cocina—. Ya está friéndose.

Luego, al acabar de coser, cortó con los dientes el hilo, dobló la labor y la llevó a su dormitorio.

De este modo se acercaba a ella como a la lumbre, y un día se arrimó tanto que provocó un casi incendio, por lo menos una explosión.

Estaba paseándose por la habitación y volviéndose hacia la puerta veía los codos de la dueña que se movían con extraordinaria agilidad.

—¡Siempre ocupada!—dijo entrando en la habitación—. ¿Qué está usted haciendo?

—Desmenuzando la canela—contestó ella mirando el mortero como si fuese a un precipicio y machacando sin piedad.

—¿Y si no la dejase trabajar?—preguntó él cogiéndola por los codos.

—¡Déjeme! Tengo aún que machacar el azúcar y dar a Anisia el vino para el *pudding*.

Oblomov continuaba sujetándola por los codos, y la cara de él estaba cerca de la nuca de ella.

—Dígame: ¿qué pasaría si yo... la amase?

Ella sonrió.

—¿Me amaría usted?—preguntó él de nuevo.

—¿Por qué no? Nuestro Señor nos manda amar a todos.

—¿Y si le doy un beso?—murmuró inclinándose sobre la mejilla de ella y abrasándola con su aliento.

—No estamos en Semana Santa—objetó ella sonriendo.

—¡Deme un beso!

—Cuando llegue la Pascua de Resurrección, entonces nos besaremos—dijo ella sin turbarse ni asombrarse, quedándose inmóvil como el caballo al que le están poniendo el collerón.

Oblomov la besó ligeramente en el cuello.

—¡Cuidado que va usted a tirar la canela y no habrá para echar en la tarta!

—¡No importa!—contestó él.

—¿Tiene otra mancha en el *jalat?*—preguntó preocupada, cogiendo con la mano el borde del *jalat*—. Parece de aceite—la olió—. ¿Dónde se ha manchado? ¿Cae aceite de la lamparilla?

—No sé cómo me habré manchado.

—¡Seguramente ha sido con la puerta!—adivinó de pronto ella—. Ayer han engrasado los pernios porque chirriaban. ¡Quíteselo y démelo en seguida! Lavaré la mancha y mañana estará limpio.

—¡Mi buena Agafia Matveievna!—dijo Oblomov quitándose perezosamente el *jalat*—. Vámonos a la aldea; ¡qué casa hay allí! ¡Hay de todo! Setas, bayas, dulces, corral, gallineros...

—No; ¿para qué?—contestó ella suspirando—. Aquí he nacido y vivido y aquí tengo que morir.

Oblomov la miró ligeramente emocionado, pero los ojos no le brillaron ni se le llenaron de lágrimas y el espíritu no se lanzó a las alturas en busca de heroicidades. Tenía sólo un deseo: sentarse en el sofá y no apartar los ojos de los codos de ella.

II

El día de San Juan fué muy solemne. La víspera, Iván Matveich no fué a la oficina; corría como un loco por la ciudad y volvía a casa unas veces con un paquete y otras con un cesto.

Agafia Matveievna, durante tres días sólo tomó café, y únicamente para Oblomov hacía una comida compuesta de tres platos; los demás comían a cualquier hora y Dios sabe qué.

La última noche Anisia no se acostó. Sólo Zajar durmió a gusto contemplando con menosprecio todos los preparativos.

—En Oblomovka hacían comidas como ésta todos los días de fiesta—dijo a dos cocineros del conde que habían sido invitados—; solían servir cinco clases de pasteles, y las salsas era imposible contarlas. Los señores comían de esa comida durante dos días y nosotros teníamos con los restos para cinco días. Apenas concluíamos, de nuevo venían invitados, ¡y otra vez la misma comida! ¡Aquí una vez al año nada más!

Servía primero a Oblomov antes que a un señor que estaba condecorado con una cruz.

—Mi señor es un noble—dijo con orgullo en la cocina—, y los demás..., ¡vaya qué invitados!

A Tarantiev, que estaba sentado al extremo de la mesa, no le servía de todo, o si lo hacía le echaba en el plato la cantidad que quería. Estaban invitados todos los compañeros de Iván Matveich; en total, treinta personas.

Comieron una enorme trucha, pollos rellenos, codornices, helado y vino excelente. Todo fué digno de la fiesta anual.

Al terminar la comida los convidados se abrazaban, alababan el buen gusto del dueño de la casa subiéndolo hasta las nubes y luego se sentaron a las mesas de juego. Iván Matveich saludaba y daba las gracias diciendo que por tener el gusto de obsequiar a sus buenos amigos no había escatimado, no vacilando en gastar la cuarta parte de su sueldo anual.

Las visitas se fueron por la madrugada y la casa quedó tranquila hasta el día de San Elías.

Este día Oblomov convidó tan sólo a Iván Guerasimovich y a Alexeiev, aquel silencioso y tímido señor que conocimos de visita en casa de Oblomov el primero de mayo. Oblomov no quiso quedar por bajo de Iván Matveich y procuró lucir su fino gusto presentando en la mesa cosas desconocidas en aquel rincón.

En vez de la empanada de pescado hubo pastelillos; antes de la sopa se sirvieron ostras, hubo pollos con trufas, carnes guisadas, dulces, verdura finísima y sopa inglesa.

En el centro de la mesa se elevaba un enorme ramillete rodeado de melocotones, cerezas y albaricoques. La mesa estaba adornada con flores.

Apenas empezaban a saborear la sopa y Tarantiev a maldecir al cocinero por no haber rellenado los pastelillos, resonaron en el patio violentos ladridos. Un coche había entrado y alguien pregun-

taba por Oblomov. Todos los convidados se quedaron con la boca abierta.

—Será alguno de mis amigos que se ha acordado de que es mi santo—dijo Oblomov—. ¡No estoy en casa! ¡Dile que no estoy!—ordenó en voz baja a Zajar.

Estaban comiendo en el pabellón del jardín; Zajar salió corriendo a cumplir la orden y tropezó en la vereda con Stolz.

—¡Andrés Ivanovich!—gritó con alegría.

—¡Andrés!—exclamó Oblomov y corrió a abrazarlo.

—¡Qué bien he llegado! ¡Justo a la hora de comer!—dijo Stolz—. Dame de comer; tengo hambre. ¡Qué trabajo me costó encontrarte!

—¡Ven, ven, siéntate!—dijo Oblomov agitándose y haciéndole sentar a su lado.

Al aparecer Stolz, Tarantiev fué el primero que se apresuró a saltar por encima de la cerca y esconderse en la huerta; Iván Matveich desapareció por detrás del pabellón y huyó a su aposento. También la casera se levantó de su asiento.

—Estoy estorbando a todos—dijo Stolz levantándose.

—¿Por qué? ¡Iván Matveich! ¡Mijey Andreevich!—llamó Oblomov.

Obligó a la casera a que se sentase, pero no logró que volviesen el hermano y Tarantiev.

—¿Cómo has venido? ¿De dónde? ¿Por mucho tiempo?—llenó de preguntas a Stolz.

Este había venido a San Petersburgo obligado

por sus negocios y en cuanto pasasen dos semanas tenía que ir a la aldea, luego a Kiev y a otros sitios.

Durante la comida Stolz hablaba poco, pero comía mucho; se veía que tenía hambre. Los demás comían también en silencio.

Después de comer, cuando quitaron todo de la mesa, Oblomov mandó que dejasen el champaña y el agua de seltz y se quedó a solas con Stolz.

Ambos guardaban silencio, y Stolz durante un buen rato estuvo mirando fijamente a su amigo.

—Entonces, Ilia—dijo por fin, pero tan severa e interrogativamente que Oblomov bajó la vista—. Entonces, ¿nunca?

—¿Qué nunca?—preguntó Oblomov fingiendo haber olvidado.

—¿Lo has olvidado? ¡Ahora o nunca!

—Ahora ya no soy... como antes, Andrés—dijo por fin—; mis asuntos, gracias a Dios, están arreglados, no estoy ocioso y tumbado, el proyecto está casi acabado, recibo dos revistas y he concluído de leer casi todos los libros que me dejaste...

—¿Por qué no viniste al extranjero?—preguntó Stolz.

—Me lo impidió...

Se detuvo vacilando.

—¿Olga?—dijo Stolz mirándole inquisitivamente.

Oblomov se ruborizó.

—¿Cómo? ¿Es posible que lo sepas?... ¿Dónde está ahora?—preguntó vivamente mirando a Stolz.

Este, sin contestarle, continuaba mirándole y penetrando hasta el fondo de su alma.

—Supe que se había ido con su tía al extranjero poco después...

—Poco después de haber comprendido su equivocación.

—¿Lo sabes?—dijo Oblomov no sabiendo dónde esconderse.

—Sé todo—dijo Stolz—, hasta lo de la rama de lilas. ¿Y no te da vergüenza? ¿No te pesa? ¡Ilia! ¿No te abrasan el arrepentimiento y la pena?...

—¡No me hables, no lo resucites!—le interrumpió apresuradamente Oblomov—. Tuve una fiebre espantosa al darme cuenta del abismo que nos separaba y al convencerme de que no la merecía... ¡Oh Andrés! Si me quieres, no me atormentes, no la nombres; a tiempo le previne su equivocación y no quiso creerme...; en verdad que no soy muy culpable...

—No te acuso, Ilia—dijo Stolz suave y amistoso—. He leído tu carta. El más culpable de todos soy yo, luego ella. y ya después tú, pero poco.

—¿Qué hace ahora?—preguntó Oblomov con timidez.

—Está triste, llora, inconsolable, y te maldice...

A cada palabra aparecían en la cara de Oblomov susto, compasión, espanto y arrepentimiento.

—¿Qué me dices, Andrés?—exclamó levantándose de un salto—. ¡Por amor de Dios, vamos a su casa en seguida! ¡Imploraré su perdón arrodillándome a sus pies!

—¡Está tranquilo!—le interrumpió Stolz riendo—. Está contenta, es feliz y me dijo que te salu-

dase; quería escribirte, pero yo la disuadí diciendo que la carta te emocionaría demasiado.

—¡Gracias a Dios!—dijo Oblomov casi llorando—. ¡Qué contento estoy, Andrés! ¡Déjame que te abrace y beberemos a la salud de Olga!

Bebieron una copa de champaña.

—¿Dónde está ahora?

—En Suiza. En otoño irá con la tía a la aldea. Por eso estoy aquí ahora: es necesario hacer unas diligencias en la Cámara. El barón dejó el pleito sin terminar; se le ocurrió pedir la mano de Olga...

—¿Es posible? ¿De veras?—preguntó Oblomov—. ¿Y qué dijo ella?

—Ella le rechazó; él se entristeció, se fué y ahora tengo yo que terminar los negocios. La semana que viene estará ya concluído el pleito. ¿Y tú? ¿Por qué te has metido en este rincón tan apartado?

—Es tranquilo y pacífico, Andrés; nadie me estorba...

—Te estorba, ¿en qué?

—En mis ocupaciones...

—¡Ten piedad de ti! ¡Si esto es la misma Oblomovka, sólo que más asquerosa!—dijo Stolz mirando a su alrededor—. ¡Vámonos a la aldea, Ilia!

—A la aldea... sí, quizá; pronto empezarán la obra...; pero espera, Andrés, déjame arreglar...

—¡Otra vez lo mismo! Ya conozco tus arreglos; harás lo mismo que hace dos años con el viaje al extranjero. ¡Vámonos la semana que viene!

—¡Cómo! ¿Así, de repente? ¿La semana que vie-

ne?—dijo Oblomov defendiéndose—. Tú estás aquí de paso, pero yo tengo que hacer preparativos... Tengo aquí toda mi casa; ¿cómo voy a abandonarla? No tengo nada...

—Ni falta que hace. ¿Qué necesitas?

Oblomov guardó silencio.

—Estoy mal de salud, Andrés; me molesta el asma; de nuevo padezco orzuelos, ya en uno, ya en otro ojo, y se me hinchan las piernas. A veces, de noche, cuando estoy durmiendo, parece como si me dieran un golpe en la cabeza o en la espalda; me levanto de un salto...

—Escúchame, Ilia; te hablo en serio: tienes que cambiar de modo de vivir; si no, morirás de apoplejía o hidropesía. No hay esperanza para tu amplio porvenir; si Olga, ese ángel, no logró con sus alas sacarte de tu charca, claro está que yo no podré hacer nada. Pero aun puedes tener un reducido campo de actividad: puedes organizar tu aldea, ocuparte de tus campesinos, interesarte en tus negocios, construir, sembrar..., todo eso puedes y debes hacer... ¡No te dejaré en paz! Ahora no me guía sólo mi deseo, sino que obedezco a la voluntad de Olga; ella *quiere*, ¿oyes?, que no te mueras del todo, que no te entierres vivo, y yo le he prometido sacarte de la tumba...

—¡Todavía no me ha olvidado! ¿Acaso lo merezco?—dijo Oblomov enternecido.

—¡No! ¡No te ha olvidado, y parece que no te olvidará nunca! No es mujer que pueda hacerlo. Tienes que ir de visita a su aldea.

—¡Ahora, no! ¡Por amor de Dios; ahora, no, Andrés! Deja que la olvide. ¡Oh, aquí, todavía!...

Señaló el corazón.

—¿Qué hay ahí? ¿Será amor?—preguntó Stolz.

—¡No; vergüenza y dolor!—contestó Oblomov suspirando.

—Pues bien; vamos a tu aldea; tienes que empezar la obra; estamos en verano y dejas pasar un tiempo precioso...

—No; tengo un encargado. Ahora está en la aldea y yo puedo ir más tarde, cuando me prepare.

Comenzó a alabarse ante Stolz de haber arreglado perfectamente sus asuntos sin moverse del sitio, contándole cómo el encargado se informaba del paradero de los campesions fugitivos, vendía ventajosamente el grano y le había enviado mil quinientos rublos y seguramente aquel año cobraría y le enviaría el dinero del censo.

Stolz dió un golpe con la palma de la mano al oír el relato de Oblomov.

—¡Te han robado!—exclamó—. ¿Con trescientos siervos, mil quinientos rublos nada más? ¿Quién es el encargado?

—Son más de mil quinientos—corrigió Oblomov—, porque de ese dinero le he pagado su trabajo...

—¿Cuánto?

—La verdad es que no me acuerdo; pero te lo diré, tengo la cuenta.

—¡Vamos, Ilia! ¡Tú te has muerto realmente y

estás perdido!—exclamó Stolz—. ¡Vístete y vámonos a mi casa!

Oblomov empezó a oponer reparos, pero Stolz lo arrastró consigo casi a la fuerza, redactó un poder a su nombre, obligó a Oblomov a firmarlo y le dijo que tomaría Oblomovka en arriendo hasta que Oblomov fuera personalmente y aprendiese a administrar su hacienda.

—Recibirás tres veces más—dijo—, pero no seré tu arrendatario por mucho tiempo; yo tengo mis negocios. Ahora vámonos a la aldea o ven tú más tarde; estaré en la propiedad de Olga, que está a trescientos kilómetros de Oblomovka. Yo pasaré por ésta, despediré a tu encargado, daré órdenes y luego puedes venir tú. ¡No te dejaré tranquilo!

Oblomov lanzó un suspiro.

—¡Oh la vida!

—¿Qué pasa con la vida?

—¡Que me roza, que no me deja en paz! Me hubiera tumbado y dormido... para siempre...

—¡Es decir, hubieras apagado la luz y te hubieras quedado a obscuras! ¡Vaya qué vida! ¡Oh Ilia, si al menos filosofaras un poco! La vida pasa en un momento y tú quieres tumbarte y dormir. ¡Que la vida sea un constante arder! ¡Oh, si se pudiese vivir doscientos o trescientos años, cuánto trabajo se podría hacer!

—Tú, Andrés, eres de otro modo; tienes alas; no andas, sino vuelas; tienes talento y amor propio, no estás gordo, no tienes orzuelos, no te pica la nuca. Estás hecho de modo distinto...

—¡Qué tonterías! El hombre está hecho para formarse a sí mismo y puede hasta cambiar su modo de ser. ¡Y tú te has provisto de una barriga y crees que es la Naturaleza la que te ha impuesto esa carga! Has tenido alas, pero te las has quitado.

—¡Qué alas las mías!—dijo Oblomov apocado—. No sé hacer nada...

—No quieres saberlo—le interrumpió Stolz—. No hay hombre que no sepa hacer algo.

—¡Yo no lo sé!—dijo Oblomov.

—Cualquiera que te escuchase creería que no sabes escribir ni un documento para los tribunales ni una carta al casero, y, sin embargo, escribiste a Olga. ¿No te enredaste con el *cuál* y el *qué?* Y está escrita en papel satinado, con tinta del Almacén Inglés y la letra es elegante. ¿No?

Oblomov se ruborizó.

—Cuando te hizo falta tuviste ideas y estilo. ¡Está para publicarla! Y cuando no te hace falta entonces no sabes, tienes la vista débil y las manos flojas. Perdiste tu personalidad ya en la niñez, en Oblomovka, entre tíos, niñeras y ayos. Empezaste por no saber ponerte las medias y concluíste por no saber vivir.

—Quizá tengas razón, Andrés; pero ¿qué le voy a hacer? ¡Ya no puedo volver atrás!—dijo Ilia suspirando resueltamente.

—¿Cómo que no se puede volver?—repuso Stolz con enfado—. ¡Qué tonterías! ¡Escúchame, haz lo que te digo y verás cómo vuelves!

Pero Stolz se fué solo a la aldea y Oblomov se

quedó en la ciudad prometiendo ir al principio del otoño.

—¿Qué le digo a Olga?—preguntó Stolz al marcharse.

Oblomov bajó la cabeza guardando un triste silencio; luego suspiró.

—No le hables de mí—dijo al fin, turbado—; díle que no me has visto ni has oído hablar...

—No me creerá—dijo Stolz.

—Entonces, díle que estoy perdido, muerto...

—Se echará a llorar y no se consolará en mucho tiempo; ¿para qué he de afligirla?

Oblomov quedó pensativo y emocionado y sus ojos estaban húmedos.

—Bueno, habrá que mentir; le diré que vives acordándote de ella y que estás buscando un motivo serio de vida—decidió Stolz—. Ten en cuenta que los fines de la vida son la vida misma y el trabajo y no una mujer; en esto os equivocasteis los dos. ¡Qué contenta estará ella!

Se despidieron uno de otro.

III

Al día siguiente, Tarantiev e Iván Matveich se reunieron otra vez en la taberna.

—¡Te!—pidió Iván Matveich sombrío, y al servirle el mozo el te y el ron le devolvió con enfado la botella—. ¡Esto no es ron!—dijo, y sacando una botella del bolsillo de su abrigo la destapó y se la

dió a oler al mozo—. En adelante no me ofrezcas más del tuyo.

Y luego, al marcharse el mozo, le dijo a Tarantiev:

—¿Y qué, compadre? ¡Esto está mal!

—¡Sí; es el diablo el que lo ha traído!—exclamó Tarantiev rabioso—. ¡Qué fullero de alemán! ¡Anuló la autorización y tomó la hacienda en arriendo! ¿Dónde se ha visto cosa semejante? ¡Ya desollará a la oveja!

—Mira, compadre, si él es hombre versado en negocios puede ocurrirnos algo malo. Tengo miedo de que al enterarse de que el censo está cobrado y de que el dinero lo hemos recibido nosotros nos arme un pleito...

—¡Un pleito! ¡Qué miedoso te has vuelto! No es la primera vez que Zaterty mete la garra en el dinero de señores; sabe esconder las huellas. ¿Crees que les da recibo a los campesinos? Seguramente que recibe el dinero sin testigos. El alemán podrá gritar y enfurecerse cuanto le dé la gana; pero ¿un pleito? ¡Quia!

—¿Crees?—preguntó Iván Matveich animándose—. ¡Bueno! Bebamos otra copita.

Llenó la copa de Tarantiev y la suya.

—A veces parece que la vida es imposible; pero después de beber una copa veo que aun se puede vivir—dijo consolándose a sí mismo.

—Mientras tanto, tú debes hacer unas cuentas por leña o por repollo o por lo que quieras, puesto que Oblomov ha encargado de su manutención a

tu hermana, y puedes incluir el total en los gastos. Cuando vuelva Zaterty diremos a Oblomov que el dinero del censo se ha invertido en su manutención.

—¿Y si él coge las cuentas y se las enseña al alemán y éste las comprueba?...

—¡Quia! Las meterá en un cajón y luego ni el diablo las encontrará. No se acordará hasta que vuelva el alemán...

—¿Crees tú? ¡Bebamos, compadre!—dijo Iván Matveich llenando la copita—. Da lástima mezclar esta joya con el te. Mira cómo huele; vale tres ru blos de plata. ¿Quieres que pida un plato de pescado?

—¿Por qué no?

—¡Mozo!

—¡Qué fullero! ¡Dámelo en arriendo!—empezó de nuevo Tarantiev furioso—. ¡A nosotros, rusos, ni aun se nos ocurriría pensar en ello! Esa maniobra huele a Alemania: allí no hay mas que arriendos. Espera, que ya le pondrá en un apuro con sus acciones.

—¿Qué es eso de acciones? Yo no lo entiendo bien—preguntó Iván Matveich.

—¡Inventos alemanes!—dijo Tarantiev enojado—. Por ejemplo: un bribón inventa construir casas que resistan al fuego y se compromete a construir toda una ciudad; claro es que necesita dinero y pone a la venta unos papeles de quinientos rublos, por ejemplo, y los papamoscas los compran y se los venden unos a otros. Si la cosa va bien, los papeles

suben, y si va mal, todo fracasa. Te quedas con los papeles, pero sin dinero. ¿Dónde está la ciudad? Se ha quemado o no está terminada, y el inventor se ha escapado con el dinero. ¡He ahí lo que son las acciones! ¡Ya le hará bailar ese alemán! Me extraña que no lo haya hecho hasta ahora, y es que yo lo impedía protegiendo a mi paisano.

—Este asunto se ha terminado; la causa está sentenciada y pasa al archivo. No cobraremos más el censo de Oblomovka...—dijo Iván Matveich ya algo borracho.

—¡Que se vaya al diablo, compadre! Tienes ya tanto dinero que se puede revolver con la pala —dijo Tarantiev, que también tenía algo nublados los sentidos—. Tienes un manantial seguro; saca de él sin cansarte. Bebamos.

—¡Valiente manantial, compadre! Toda la vida ahorrando, ya un rublo, ya tres...

—¡Pero lo ahorras hace ya veinte años, hombre! ¡No te quejes!

—¡Veinte años!—repitió Iván Matveich articulando con esfuerzo—. Te olvidas de que sólo hace diez años que soy secretario. Y antes sólo entraban en mi bolsillo monedas de diez a veinte copecas, y a veces, da vergüenza decirlo, ¡tomaba calderilla! ¿Qué vida es ésta, compadre? Hay seres felices, que con una palabra dicha al oído de otro, con dictar un renglón o simplemente con firmar en un papel se les hincha el bolsillo como una almohada. ¡Oh, quién pudiera trabajar así!—soñaba cada vez más borracho—. Los solicitantes ni siquiera les

ven y no se atreven a acercarse. Suben al coche y gritan: ¡Al círculo! Y allí, los condecorados con estrellas les estrechan la mano, juegan en gordo, y en cuanto a la comida, ¡oh, les daría vergüenza pedir un guiso de pescado, arrugarían la cara y escupirían! En el invierno toman pollos y en abril fresa. Sus mujeres llevan blondas de encaje en los trajes de casa y los chicos tienen una institutriz y van bien peinados y vestidos. ¡Vamos, compadre! Hay paraíso, pero los pecados no me dejan entrar. ¡Bebamos! ¡Aquí traen el pescado!

—No te quejes, compadre, es ofender a Dios; tienes un bonito capital...—dijo Tarantiev ya borracho y con los ojos inyectados—. ¡Treinta y cinco mil rublos de plata! ¡No es poco!

—¡Cállate, cállete, compadre!—le interrumpió Iván Matveich—. ¿Y qué? ¡Siempre treinta y cinco! ¿Cuándo llegaré a tener cincuenta mil? Tampoco con cincuenta mil puedo entrar en el paraíso. Si me caso, tendré que vivir con cuidado, contar cada rublo y olvidar el ron de Jamaica. ¡Qué vida!

—En cambio estás tranquilo; uno te dará un rublo en plata, otro dos..., y así reúnes siete rublos diarios. No tienes ni disputas ni manchas.

—Pues he encontrado un negocio, un tesoro. ¡Es lo mismo que firmar una gran causa!

—¿Me lo dirás?

—¡Y qué bueno!

—¿Pues?—insistió Terantiev.

—Espera; déjame pensar. Sí... Esto no podrá anularse porque hay leyes. Bueno, compadre, te lo

diré porque me haces falta, y sin ti sería molesto. De no ser así no te lo hubiera dicho, te lo juro; no es negocio para contárselo a un extraño.

—¿Acaso soy un extraño para ti? Me parece que más de una vez te he sido útil haciendo de testigo. ¿Te acuerdas? ¿Las copias...? ¡Qué cochino eres!

—¡Compadre, ten la lengua detrás de los dientes! ¡Qué violento eres: disparas como un cañón!

—¿Quién diablos nos va a oír aquí? ¿Crees que he perdido el juicio?—dijo Tarantiev enfadado—. ¿Por qué me haces sufrir tanto? ¡Dímelo en seguida!

—Escucha: Ilia Illich es algo tímido, no conoce la legislación; ¿te acuerdas de cómo perdió la cabeza cuando le enseñé el contrato? Y cuando le pidieron la autorización no sabía cómo empezar y ni aun se acordaba de cuánto recibía por el censo. El mismo dijo: «No sé nada.»

—¿Y qué?—preguntó Tarantiev impaciente.

—Pues que él visita demasiado a mi hermana. Hace poco se quedó con ella hasta pasadas las doce de la noche, tropezó conmigo en la antesala y fingió no verme. Podemos esperar la continuación y entonces... tú hablarás con él diciéndole que no está bien deshonrar una casa, que ella es viuda, que ya se habla de ello y ahora ya no podrá casarse; que un rico comerciante la pretendía, pero después de saber que Oblomov habla con ella por las noches ha abandonado su idea.

—¿Y qué? El se asustará, se tumbará en la cama

y dará vueltas a un lado y otro suspirando. ¡Y nada más!—objetó Tarantiev—. ¿Y dónde está la ganancia?

—¡Qué tonto! Le dirás que yo voy a presentar una denuncia, que le han espiado y hay testigos...

—¿Y qué?

—Pues si se consigue asustarle le dices que puede llegar a una reconciliación conmigo mediante una pequeña suma.

—¿Y de dónde va a sacar el dinero? Prometerá cuanto quieras, diez mil rublos, pero...

—Entonces me haces una seña; yo tendré preparado un pagaré... a nombre de mi hermana: «Yo, Oblomov, he recibido en préstamo, de la viuda de tal, diez mil rublos, etc...»

—No lo entiendo; el dinero lo recibirá tu hermana y sus hijos. ¿Dónde está nuestro negocio?

—Mi hermana me firmará a mí otro pagaré por la misma suma.

—¿Y si no lo firma? ¿Y si se niega?

—¿Quién? ¿Mi hermana?—Iván Matveich se echó a reír—. ¡Firmará, compadre, firmará! ¡Firmaría sin enterarse hasta su sentencia de muerte! Sonreirá y escribirá con letras torcidas: «Agafia Pshenitsina», y nunca sabrá lo que ha firmado. ¿Te enteras? Nosotros no aparecemos para nada, será mi hermana la que presentará la denuncia contra el secretario colegial Oblomov y yo contra la viuda Pshenitsina. ¡Que rabie el alemán; la cosa será legal!—dijo alzando las manos temblorosas—. ¡Bebamos, compadre!

—¡Una cosa legal!—aprobó Tarantiev entusiasmado—. ¡Bebamos!

—Y si sale bien, podemos repetirlo al cabo de un par de años; ¡es un asunto legal!

—¡Es legal!—aprobó inclinando la cabeza Tarantiev—. ¡Repitamos también!

—¡Repetiremos!

—Sólo temo que tu paisano se ponga terco y escriba una carta al alemán—objetó Iván Matveich miedoso—; ¡en ese caso todo saldrá mal! No podemos pleitear: es viuda y no soltera.

—Escribirá. Ya verás cómo escribe. ¡Al cabo de tres años!—dijo Tarantiev—. Y si se pone terco le insultaré...

—¡No, no! ¡Dios te libre! Estropearías todo, compadre: diría que le hemos forzado, quizá diría que le hemos pegado, sería una causa criminal... No, eso no sirve. Hay que obrar de otro modo: a él le gusta el aguardiente con infusión de hojas de grosella; cuando se le nuble el entendimiento me haces una seña y yo entraré con el pagaré. No mirará la suma, firmará como firmó el contrato, y después de certificarla el notario ¡que hagan investigaciones! Le dará vergüenza a un señor como él confesar que firmó borracho. ¡Es una cosa legal!

—¡Es cosa legal!—repitió Tarantiev.

—¡Que los herederos hereden Oblomovka!

—¡Que la hereden! ¡Bebamos, compadre!

—¡A la salud del papamoscas!—dijo Iván Matveich.

Ambos bebieron.

IV

Ahora nos es necesario volver algo atrás, a época anterior a la aparición de Stolz el día del santo de Oblomov y a otro sitio muy lejos de Viborgskaia Storoná. Encontraremos a personas ya conocidas del lector y de las que Stolz no dijo a Oblomov todo lo que sabía, ya por razones particulares, ya porque este último, también por sus razones particulares, no quiso preguntar.

Un día iba Stolz por una calle de París mirando distraído a los transeúntes y a los escaparates sin fijar la vista en nada ni en nadie. Hacía tiempo que no recibía cartas de Rusia, ni de Kiev, ni de Odessa, ni de Petersburgo. Se aburría; acababa de llevar tres cartas más al correo y volvía a casa.

De pronto sus ojos se fijaron asombrados en algo, pero luego tomaron de nuevo su expresión habitual. Dos señoras que iban por la misma calle entraron en una tienda.

«¡No, no puede ser!—pensó—. ¡Qué idea! ¡No son ellas!»

Sin embargo, se acercó al escaparate de la tienda y a través de los cristales examinó a las señoras. No pudo ver nada, estaban de espaldas. Entró en la tienda con el pretexto de preguntar cualquier cosa. Una de las señoras se volvió hacia la luz y casi no pudo reconocer a Olga Illinskaia. Quiso lanzarse hacia ella y se quedó quieto mirándola fijamente.

¡Dios mío, qué cambio! Era ella y no era. Con-

servaba las mismas facciones, pero estaba pálida, con los ojos hundidos y en sus labios ya no había aquella sonrisa infantil despreocupada e ingenua. En su frente se reflejaba un pensamiento grave y doloroso y sus ojos hablaban de lo que no hablaban antes. La mirada no conservaba la misma luminosidad y tranquilidad y todo el rostro estaba velado por una nube de tristeza y misterio.

Stolz se acercó, ella dudó un instante, frunciendo las cejas y al fin le reconoció; las cejas volvieron a su posición normal y los ojos brillaron con tranquila alegría, no ruidosa, pero sí profunda. Un hermano sería feliz al ver su hermana tan satisfecha por verle.

—¡Dios mío! ¿Es usted?

La tía se volvió presurosa y los tres hablaron a la vez. Stolz se quejaba de que no le hubieran escrito antes y ellas se disculpaban... Sólo hacía tres días que habían llegado y le buscaban por todas partes. En una casa les dijeron que él se había marchado a Lyón y no sabían cómo encontrarle.

—¿Cómo se les ha ocurrido venir sin avisarme?—dijo él en tono de queja.

—Hicimos con tal prisa los preparativos de viaje que no quisimos escribirle—dijo la tía—. Olga quería sorprenderle.

Stolz miró a Olga: la cara de ésta no confirmaba las palabras de la tía. La miró aún más fijamente, pero sin lograr penetrar en su pensamiento.

«¿Qué le pasará?—pensó Stolz—. Antes me contaba todo en seguida y ahora... ¡qué cambio!»

—¡Cuánto ha cambiado Olga Sergueievna, cómo ha crecido!—dijo en voz alta—. ¡No la conocía! Y eso que sólo hace un año que no nos veíamos. ¿Qué ha hecho usted? ¿Qué le ha pasado? Cuénteme.

—Pues... nada de particular—contestó Olga mirando con atención una tela.

—¿Y el canto?—preguntó Stolz continuando el examen de Olga y procurando leer en aquella cara desconocida que ya mostraba o ya escondía el pensamiento.

—Hará unos dos meses que no canto—dijo ella sin darle importancia.

—¿Y Oblomov?—preguntó de pronto Stolz—. ¿Está vivo? ¿Escribe?

En aquel momento es posible que Olga hubiera revelado su secreto, pero su tía vino en su ayuda.

—Figúrese que venía a casa todos los días—dijo saliendo de la tienda—y de pronto desapareció. Decidimos venir al extranjero y mandé a preguntar por él y dijeron que estaba enfermo y no recibía a nadie. No le hemos visto más.

—¿Tampoco usted sabe nada de él?—preguntó Stolz a Olga.

Esta miraba fijamente, a través de los impertinentes, un coche que pasaba por la calle.

—Efectivamente, estaba enfermo—dijo, y siguió examinando el coche con atención fingida—. Mire, *ma tante*, me parece que son nuestros compañeros de viaje.

—No, dígame qué es de Ilia—insistió Stolz—.

¿Qué han hecho ustedes de él? ¿Por qué no lo han traído aquí?

—*Mais ma tante vient de dire*—repuso Olga.

—Es excesivamente perezoso—objetó la tía—, y tan huraño, que en cuanto se reunían en casa tres o cuatro personas se marchaba. Tomó un abono a la Opera y dejó de ir.

—No quiso oír a Rubini—añadió Olga.

Stolz meneó la cabeza y reflexionó.

—¿Cómo se han decidido a venir aquí? ¿Por mucho tiempo?—preguntó.

—Hemos venido por consejo del médico—dijo la tía señalando a Olga—. El clima de Petersburgo le sentaba mal y salimos para no pasar allí el invierno, pero aun no hemos decidido si iremos a Niza o a Suiza.

—Sí; ha cambiado usted mucho—dijo Stolz pensativo clavando la mirada en Olga y examinando su rostro con detalle.

Las Illinsky pasaron seis meses en París, y Stolz fué su único visitante y guía de todos los días.

Olga se reponía visiblemente y su tristeza se transformó, a lo menos exteriormente, en tranquilidad e indiferencia. Sólo Dios sabe lo que pasaba en su alma, pero poco a poco volvía a ser la antigua amiga de Stolz, aunque ahora no reía como antes con aquella risa infantil franca y argentina, sino que sólo sonreía discretamente cuando Stolz intentaba hacerla reír. A veces parecía hasta enfadarse por no poder sostener la sonrisa.

Stolz se dió cuenta de que ya no se reía; a veces

escuchaba las bromas de éste con mirada seria, alzando una ceja más que la otra, formando una arruga en la frente y mirándole silenciosa, como reprochándole su frivolidad. Otras veces, en vez de contestar a una frase ingeniosa de él, le miraba de un modo tan penetrante e insistente que él se sentía avergonzado por haberle hablado en aquel tono.

Con frecuencia Olga daba muestras de un gran cansancio moral, como hastiada del diario y vano trajín y de conversaciones superficiales, y Stolz tenía que charlar de asuntos de otra índole más seria y de los que no le gustaba hablar con mujeres.

¡Cuánto ingenio, cuánta sutileza intelectual había que gastar para serenar la mirada penetrante e interrogativa de Olga, para apaciguarla, para que no buscase, sedienta, algo más allá!

Cómo se alarmaba Stolz cuando al dar una explicación superficial la mirada de Olga se tornaba seca y dura, las cejas se fruncían y por todo su rostro se extendía la sombra de un mudo pero profundo descontento. Y durante dos o tres días tenía que emplear todo su talento y astucia, todo su arte de tratar a las mujeres para que del corazón de Olga subiese a su rostro la serenidad y viese una reconciliación en la mirada y en la sonrisa.

Por la noche volvía a casa cansado de esta lucha y feliz si lograba salir de ella vencedor.

¡Cómo ha madurado! ¡Cómo se ha desarrollado esta niña! ¿Quién habrá sido su maestro? ¿Con quién habrá dado lecciones de vida? ¿Con el barón?

No, de sus frases elegantes es imposible aprender nada. Tampoco ha podido ser con Ilia...

No podía comprender a Olga y al día siguiente corría de nuevo a verla y con tímida prudencia, con la ayuda de su inteligencia y conocimiento de la vida, leía en el rostro de Olga todas las dudas que en él se reflejaban. Penetraba en aquel espíritu laberíntico alumbrándose con la luz de su propia experiencia, descubriendo y estudiando cada día algo nuevo, pero sin lograr nunca ver el fondo y asombrado y alarmado al ver cómo aquel espíritu exigía, sin cansarse, su alimento diario de experiencia y de vida. A la actividad y la vida de Stolz se adhirió una actividad y una vida más; después de llevar a Olga flores, libros, cuadernos de música y álbumes, Stolz quedaba tranquilo creyendo haber llenado las horas libres de su amiga y se iba a trabajar o a visitar unas minas y frecuentaba los círculos para conocer gente nueva; luego volvía, cansado, pensando en sentarse al lado del piano y descansar escuchando la voz de Olga. Y encontraba en el rostro de Olga preguntas y problemas ya preparados y en la mirada la persistente exigencia de las respuestas, e involuntariamente, sin darse él mismo cuenta, le decía todo lo que había visto y hecho.

A veces ella manifestaba deseos de ver y visitar todo lo que él había visto y visitado. Stolz volvía a repetir su trabajo: iba con ella a ver el edificio, el lugar o la máquina, y volvía a descifrar las inscripciones antiguas de los muros y piedras.

Poco a poco, insensiblemente, adquirió la costumbre de pensar y sentir en voz alta delante de Olga, y un día, después de un severo autoexamen, comprendió que no vivía solo, que vivía en dos y que había empezado a vivir así desde la llegada de Olga.

Casi inconscientemente, como ante sí mismo, evaluaba ante ella el tesoro adquirido y luego se aseguraba cuidadosamente de que en la mirada de ella no quedaba ni rastro de interrogación, de que su rostro reflejaba satisfacción y de que sus ojos se despedían de él como de un vencedor.

Entonces volvía a casa rebosando orgullo y palpitante de emoción, y durante la noche se preparaba a escondidas para el combate del día siguiente. Las ocupaciones más aburridas no le parecían tal, sino necesarias, porque ahora penetraban más hondamente en el tejido de la vida: ideas, observaciones y hechos no quedaban depositados como al descuido en el archivo de la memoria, sino que iluminaban los días con vivos colores.

¡Con qué ardiente luz se encendía la cara de Olga cuando Stolz, sin esperar a su interrogativa y sedienta mirada, se apresuraba a arrojar a sus pies, con gesto enérgico, ideas nuevas!

¡Qué feliz era él cuando veía la atención y graciosa docilidad con que Olga procuraba recoger cada una de sus palabras y de sus miradas! Ambos se vigilaban mutuamente: él a ella, para ver si sus ojos reflejaban aún la huella de una interrogación, y ella a él, para ver si guardaba o había olvidado

decirle algo, y sobre todo si había dejado de contarle algo o exponerle alguna idea que él juzgase inexplicable para ella.

Cuanto más importante o complicada era una cuestión, tanta más atención e ingenio ponía él en explicársela y tanto más prolongada, cariñosa y fija era la mirada de agradecimiento de Olga.

«¡Esta niña Olga—pensaba él asombrado—me gana a mí!»

Pensaba en Olga como nunca había pensado en nada.

En la primavera se fueron los tres a Suiza. Ya estando en París, Stolz se dió cuenta de que no le era posible vivir sin Olga. Le faltaba resolver el problema de si Olga podría vivir sin él, pero esto no era fácil de averiguar.

Se acercaba a ella lentamente, con prudencia y cautela, ya a ciegas, ya atrevidamente, y creía estar cerca del fin, de alcanzar una señal segura, una mirada, una palabra, una impresión de aburrimiento o alegría, un movimiento apenas perceptible de cejas o un suspiro, para saber si Olga le quería.

Veía en el rostro de Olga confianza infantil, le miraba como no miraba a nadie, algo así como hubiera mirado a su madre si la tuviese.

Las visitas de él, el que le dedicase sus horas libres y todas las atenciones que con ella tenía, ella no las consideraba como un favor, como una ofrenda de amor, sino como una obligación que tuviese respecto a ella, como si Stolz fuese su hermano,

su padre o su marido: y esto era mucho, era casi todo.

Todos los gestos y todas las palabras dirigidas a Stolz eran sinceras, como si él tuviese sobre ella una autoridad indiscutible.

El lo sabía, porque a cada instante ella lo confirmaba diciéndole que sólo creía en él y que sólo en él confiaba ciegamente.

Se comprende que a Stolz le enorgullecía esto, pero lo mismo hubiera podido estar orgulloso un pariente inteligente y experimentado o el barón si éste hubiera tenido una mayor inteligencia y un carácter más firme.

Pero siempre quedaba en pie la misma pregunta: ¿esta autoridad era amor?

¿Había un poco de ese encantador engaño, de esa ilusión que hace que aunque una mujer se equivoque sea feliz en su error?

No; Olga se sometía a él, pero no tan dócilmente. Le brillaban los ojos cuando Stolz abría ante ella su alma; ella lanzaba sobre él los rayos de su mirada, pero siempre estaba claro el motivo y aun a veces ella misma decía la causa. En cambio, en el amor, la autoridad, la preponderancia se adquiere ciegamente y precisamente en esa ausencia de razonamiento está la felicidad.

No había conseguido ver en el rostro de Olga ni repentino rubor, ni alegría, ni susto, ni miradas dulces, emocionados, y si a veces le parecía que se alteraba dolorosamente al decir él que se iba a marchar a Italia, en cuanto él sentía estremecerse

su corazón gozando de estos raros minutos preciosos, todo se nublaba en el acto al decir ella franca e ingenuamente:

—¡Me da tanta lástima no poder ir con usted! ¡Me hubiera gustado mucho! Pero usted me contará todo tan bien que me parecerá que he estado allí.

Y el encanto se disipaba por aquellas frases dichas delante de todos y por la banal adulación a su arte de narrador.

Stolz reunía todos estos hilos y lograba hacer un finísimo encaje al que no le faltaba mas que un punto... cuando de nuevo Olga se quedaba tranquila, igual, sencilla y a veces hasta fría. Sentada, trabajaba escuchándole silenciosa, levantando de cuando en cuando la cabeza y mirándole curiosa e inquisitiva, hasta tal punto que a veces él dejaba el libro con enfado o interrumpía la explicación, se levantaba y se iba. Volvía la cabeza y ella le seguía con una mirada de asombro; él se sentía avergonzado, volvía atrás y se disculpaba inventando un pretexto.

Ella le escuchaba con sencillez y le creía. Ni siquiera dudaba o tenía para él una sonrisa maliciosa.

¿Me quiere o no me quiere?—se preguntaba atormentándose Stolz—. Si le quería, ¿por qué era tan prudente y discreta? Y si no, ¿por qué tan sumisa y atenta?

El tuvo precisión de ir a Londres por una semana y se lo dijo el mismo día de la marcha sin ha-

berla prevenido antes. Si a ella se le hubiera notado emoción en la cara, la duda hubiera quedado resuelta y Stolz hubiera sido feliz. Pero Olga le estrechó fuertemente la mano y quedó triste.

—Le echaré de menos—dijo ella—; me voy a echar a llorar, me parece que me quedo huérfana. *¡Ma tante,* mira, Andrés Ivanovich se va!—añadió llorosa.

Stolz estaba desesperado.

«¡Es lo único que me faltaba!—pensó—. ¡Pues no se pone a hablar con su tía! Veo que le da lástima, que tal vez me tiene cariño..., pero es un cariño que he adquirido como podría comprar cualquier cosa...; tanto de cariño en tanto tiempo y a cambio de tanto de atención y de complacencia. ¡No volveré más!—pensó sombrío—. ¡Caramba con esta niña que antes se dejaba guiar por mí! ¿Qué le pasa?»

Se sumió en profunda meditación.

¿Qué le pasaba a Olga? Stolz ignoraba un detalle: que Olga había amado ya, que había ya pasado ese período juvenil de no saber dominarse, de rubores repentinos, de mal disimulado dolor del corazón, de inequívocas señales de la primera fiebre de amor.

Si lo hubiera sabido, hubiera descifrado, si no el misterio de si le amaba ó no, por lo menos la causa de por qué era tan difícil adivinar lo que pasaba en ella.

En Suiza visitaron todos los lugares que suelen visitar los turistas. Preferían detenerse en los luga-

res menos frecuentados. Estaban tan preocupados con «sus propias cosas» que el viaje les cansaba y quedaba en un lugar secundario. Stolz subía con Olga por las montañas, contemplaba los barrancos y las cascadas, pero su atención se fijaba en primer lugar en Olga. La seguía por una estrecha vereda en tanto que la tía se quedaba abajo en el coche; la seguía espiando el momento en que ella, después de subir, se parase fatigada para tomar aliento y fijase la vista en él, siempre y ante todo en él. ¡De esto estaba seguro!

Sentía una gran tranquilidad, pero de pronto Olga abrazaba con una mirada toda la región y se quedaba atónita, en extática contemplación y sin ver a Stolz.

En cuanto éste se movía o le dirigía la palabra para recordarle su presencia, Olga se estremecía y a veces lanzaba un grito: era evidente que había olvidado que estaba allí Stolz y hasta que existía en el mundo.

En cambio, ya de vuelta en casa, se sentaba al lado de él en la ventana o en la terraza y hablaba sólo para él, mostrándole su alma al referirle sus impresiones, hablando con calor, parándose a veces, buscando una palabra y cogiendo al vuelo la que él le apuntaba, agradeciéndole la ayuda con una mirada. O bien se sentaba, pálida y cansada, en una butaca y con sus ojos sedientos e incansables le decía que quería oírle hablar.

Le escuchaba inmóvil, sin perder ni una palabra, y cuando Stolz se callaba ella continuaba en acti-

tud de escuchar, interrogándole con los ojos, y él, respondiendo a esta muda llamada, volvía de nuevo a hablar.

El se encontraba bien así, le latía el corazón, vivía y no necesitaba más; allí estaba su luz y su razón. Pero de pronto ella se levantaba fatigada y los mismos ojos que antes preguntaban expresaban ahora el deseo de que se marchase o el de comer y comer con apetito...

Stolz no era un soñador; lo mismo que a Oblomov, aunque por distinta razón, no le gustaban las pasiones violentas. Sin embargo, quería que aquel amor siguiese un curso tranquilo, pero después de haber hervido al salir del manantial, saciarse de él y saber para siempre dónde podía encontrar aquella fuente de felicidad...

«¿Me quiere o no?», se preguntaba penosamente agitado hasta saltársele las lágrimas. Esta pregunta le quemaba cada día más, abrasaba como un hierro candente y encadenaba su actividad; constituía un problema capital, no ya sólo de amor, sino de vida. Fuera de esto, no había en su alma sitio para nada. En aquellos seis meses se amontonaron sobre él, atormentándole, todas las penas y torturas del amor que con tanta destreza había evitado en sus encuentros con las mujeres.

Presentía que su fuerte organismo no resistiría ya aquella constante tensión de nervios y espíritu durante algunos meses. Comprendió, y esto no lo sabía hasta ahora, cómo se gastan las energías en estas ocultas luchas del alma contra la pasión,

cómo el corazón se llena de heridas incurables, cómo se disipa la vida.

Perdió un poco de aquella orgullosa seguridad en sus fuerzas y ya no tomaba a broma el que haya seres que pierden el juicio y perecen de amor.

Sentía miedo.

«Terminaré con esto—se dijo—. ¡Mañana veré hasta el fondo de su alma, como antes, y o seré feliz o me marcharé! ¡No tengo ya fuerzas!—prosiguió, mirándose en el espejo—. ¡Qué cara tengo!... ¡Basta!»

Y fué directamente hacia el fin, es decir, hacia Olga. ¿Y Olga? ¿No veía el estado de él o era insensible?

No podía dejar de notarlo; mujeres menos perspicaces que ella sabían diferenciar la amistad de las manifestaciones de otro sentimiento. Tampoco cabía suponer que era coqueta, porque tenía un justo concepto de la moralidad, no aprendido, sino el concepto innato y verdadero. Era superior a esta vulgaridad.

Hay que suponer que le agradaba aquella continua veneración, llena de pasión e inteligencia, de un hombre como Stolz. Desde luego que le agradaba; esta veneración levantaba su orgullo ultrajado y poco a poco volvía al pedestal de que había caído; poco a poco resucitaba su amor propio.

Pero ¿en qué creía que se resolvería esta veneración? Era evidente que no podría continuar siempre manifestándose en la constante lucha entre el deseo de Stolz y el silencio persistente de ella. ¿Presentía que esta lucha no era inútil, que él saldría

triunfante en un combate en que empleaba tanta voluntad y firmeza? ¿Era inútil que él gastase tanto fuego y pasión? ¿Se ahogaría en los rayos de este resplandor la imagen de Oblomov y de su primer amor? Olga no comprendía nada, pero se daba perfectamente cuenta de que en el interior de su alma luchaba desesperadamente contra estas preguntas sin saber cómo salir de aquel caos.

¿Qué iba a hacer? Persistir en aquella indecisión era imposible; algún día terminaría el período de silencio y de luchas internas y llegaría el momento de hablar. ¿Y qué contestaría ella cuando él le preguntase por el pasado? ¿Con qué nombre designaría su sentimiento hacia Stolz?

Si amaba a Stolz, ¿qué era aquel amor? ¿Coquetería? ¿Frivolidad? ¿Algo peor aún? Olga se ruborizaba al pensar en esto. No se echaría encima un remordimiento semejante.

Si lo de Oblomov fué el primero y casto amor, ¿qué era lo que sentía hacia Stolz? ¿Engaño, fino cálculo para arrastrarlo hacia el matrimonio y cubrir de este modo su ligereza de conducta?... Sólo al pensar en esto, Olga se estremecía y palidecía.

Y si no era coquetería, ni engaño, ni cálculo, ¿qué era? ¿Un nuevo amor?

Esta hipótesis le hacía perder la cabeza. ¿Un segundo amor siete u ocho meses después de perder el primero? ¿Quién lo creería? ¿Cómo lo confesaría sin provocar asombro y quizá desprecio? No podía ni pensar en ello.

Olga buscó en su experiencia, pero no encontró

en ella nada sobre el segundo amor. Se acordó de las sentencias de sus tías, de solteronas, de escritores y filósofos; en todas partes la misma implacable respuesta: «La mujer ama sólo una vez.» También Oblomov había dicho lo mismo. Se acordó de Sonechka y de lo que diría acerca del segundo amor; pero amigos llegados de Rusia le habían dicho que su amiguita estaba ya en el tercero...

No, no era amor lo que sentía por Stolz, decidió, ni podía serlo. Había amado a Oblomov y este amor había muerto; ¡la flor de la vida se había marchitado para siempre! No sentía hacia Stolz mas que amistad basada en las buenas cualidades de éste, en su amistad hacia ella y en su atención y confianza.

De este modo rechazaba toda idea de amor y hasta de posibilidad de amor para su amigo.

Esta era la razón de por qué Stolz no pudiese deducir ni de los gestos ni de las palabras de Olga ningún signo de completa indeferencia o de simpatía que traspasase los límites de la cordial y cariñosa, pero corriente amistad.

Para acabar de una vez con todo esto no le hubiera quedado a Olga mas que un camino: al notar las primeras señales del naciente amor de Stolz haberse marchado en el acto para no dejarle crecer. Pero ya había perdido la ocasión; esto tenía que haberlo hecho hacía tiempo; además, era imposible huir de él; Stolz no era un Oblomov.

Además, marcharse, aunque hubiese sido posible materialmente, era imposible moralmente: al

principio, Olga disfrutaba de sus antiguos derechos a la amistad y encontraba en Stolz, como antes, un interlocutor ingenioso, irónico y vivo, y un profundo observador de la vida, de todo lo que les ocurría y de todo lo que les interesaba.

Pero cuanto más a menudo se veían tanto más se aproximaban moralmente, tanta más importancia adquiría el papel de Stolz; de observador pasó insensiblemente a comentador de los acontecimientos, a ser su guía, a convertirse en la razón y la conciencia de Olga, y surgieron nuevos derechos, nuevos lazos ocultos que enredaron toda la vida de Olga, toda excepto un rinconcito que ella escondía cuidadosamente a la observación de Stolz.

Olga aceptó esta tutela sobre su corazón y su inteligencia y vió que, por su parte, adquiría influencia sobre él. Habían cambiado derechos entre sí y Olga consintió silenciosa en este cambio.

Y ahora, ¿cómo borrar todo? Además, había en esto tanto... tanto entretenimiento..., placer..., tanta vida... ¿Qué hubiera hecho si se quedase sin esto? Y cuando se le ocurrió huir era ya tarde, no tenía fuerzas.

Cada día pasado sin él, cada idea no confiada o discutida con él carecía para Olga de color y sentido.

«¡Dios mío, si pudiese ser su hermana!—pensaba—. ¡Qué felicidad tener eternos derechos sobre un hombre, no sólo sobre su espíritu, sino también sobre su corazón, gozar de su presencia a cara descubierta sin sufrir sacrificios penosos y disgustos

y sin tener que confesar un pasado miserable! ¿Quién soy ahora? Si se va, no sólo no tengo derecho a detenerle, sino que he de desear la separación; y si le detengo, ¿qué le voy a decir? ¿Qué derecho tengo a verle y oírle diariamente?... Yo estoy triste, me aburro y él me enseña y me entretiene, me es útil y agradable. Esta es la causa, pero no el derecho. ¿Y qué le ofrezco en cambio? El derecho a admirarme desinteresadamente y no atreverse a pensar en reciprocidad cuando tantas mujeres se hubiesen considerado felices...»

Olga se atormentaba y pensaba en cómo podría salir de esta situación, pero no veía fin ni término. En el porvenir no había mas que temor a una desilusión de Stolz y la separación para siempre. A veces se le ocurría confesarle todo para acabar de un golpe con aquella lucha, pero sólo de pensar en ello sentía vergüenza y dolor.

Lo más extraño era que desde que no se separaba de Stolz, lejos de respetar su pasado, se avergonzaba de él. Si de su pasado se hubiera enterado el barón o algún otro, ella se hubiera avergonzado, se sentiría a disgusto, pero no se atormentaría tanto como con sólo pensar en que se enterase Stolz.

Se imaginaba con espanto la cara que pondría Stolz, cómo la miraría, qué le diría y qué pensaría luego. ¡La juzgaría después tan insignificante, débil y mezquina! ¡No, no, por nada del mundo!

Escudriñó su alma y descubrió con horror que no sólo sentía vergüenza por su amor pasado, sino

también por el protagonista de éste... al mismo tiempo se sentía culpable de ingratitud con su antiguo amigo...

Tal vez ella se hubiera familiarizado con su remordimiento—¿a qué no se acostumbra uno?—si su amistad con Stolz no se hubiera transformado en otro sentimiento. Pero si lograba acallar el más leve rumor malicioso de su corazón no conseguía dominar su fantasía; con frecuencia, contra su voluntad, aparecía resplandeciente ante sus ojos la imagen de este nuevo amor; cada vez más seductora, crecía esta visión de una felicidad sin precedente, pero no con Oblomov, en perezosa somnolencia, sino en el ancho campo de la vida con todos sus placeres y dolores, la felicidad con Stolz...

Entonces lloraba sobre su pasado sin poder borrarlo. Volvía en sí y ponía aún más cuidado en refugiarse detrás del muro de impenetrable silencio y de indiferencia amistosa que tanto atormentaba a Stolz. Luego, olvidando la prudencia, se dejaba seducir por la presencia de su amigo, se mostraba encantadora, amable y confiada, hasta que de nuevo la visión ilegal de la dicha, a la que ya no tenía derecho, le recordaba que había perdido el porvenir, que los sueños rosados quedaban ya atrás, que la flor de la vida se había marchitado.

De seguro que con los años se hubiera reconciliado con su situación y perdido las esperanzas en el porvenir, como les ocurre a todas las solteronas, y se hubiera sumido en fría apatía dedicándose a obras benéficas; pero de pronto su sueño tomó un

aspecto amenazador al enterarse por unas palabras escapadas a Stolz de que había perdido en él al amigo y adquirido un adorador apasionado. La amistad se había ahogado en el amor.

La mañana en que hizo este descubrimiento, Olga estaba pálida; no salió en todo el día, estaba nerviosa, luchaba consigo misma y reflexionaba en lo que tendría que hacer y cuál sería su deber sin resolver nada. No hacía mas que maldecirse por no haber vencido antes su vergüenza y haber, al principio, confesado a Stolz el pasado, porque ahora tenía además que vencer el espanto que la dominaba. Tenía momentos de resolución en los que su pecho dolorido estaba oprimido por las lágrimas y sentía el deseo de lanzarse hacia Stolz y contarle su amor, no con palabras, sino con sollozos para que viese también su arrepentimiento.

Había oído hablar del proceder de otras en casos semejantes. Por ejemplo, Sonechka había dicho a su prometido que el alférez era un chiquillo y que ella se burlaba de él haciéndole esperar en la calle y en invierno el momento en que ella saliese para subir al coche, etc.

Sonechka tampoco hubiera vacilado en decir que se había burlado de Oblomov para divertirse; que era tan ridículo, que era imposible querer a «un saco semejante»; que nadie lo creería. Pero semejantes razones podrían convencer al marido de Sonechka y a otros muchos, pero no a Stolz.

Olga hubiera podido dar al asunto un aspecto más favorable, decir que quería salvar a Oblomov

y por eso había recurrido a la coquetería femenina... para resucitar a un hombre moribundo y luego alejarse de él. Pero esto era demasiado rebuscado y falso... ¡No, no había salvación!

«¡Dios mío, en qué remolino me encuentro!—se atormentaba Olga—. ¿Confesar?... ¡Oh, no! ¡Que no lo sepa nunca! No confesar es lo mismo que robar. Sería un engaño. ¡Señor, ayúdame!» Pero la ayuda no venía.

A pesar de ser feliz con la presencia de Stolz, a veces hubiera preferido no volver a verle más, haber pasado por su vida como una sombra apenas perceptible, no trastornar la serena vida de su amigo con una pasión imposible.

Ella hubiera quizá podido llorar y enterrar su triste pasado y ahogar el recuerdo en el alma, y luego... luego acaso hubiera encontrado un «partido conveniente» y hubiera sido una buena, inteligente y cuidadosa esposa y madre, considerando el pasado como un sueño de chiquilla y viviría soportando la vida. ¡Si todas hacen lo mismo! Pero no era ella sola, había otro que tenía puestas en ella todas sus esperanzas.

«¿Por qué... he amado?», se preguntaba angustiada, acordándose de aquella mañana en el parque cuando Oblomov quiso huir y ella creyó que se cerraría el libro de su vida. ¡Había resuelto con tal valentía y facilidad el problema de la vida y del amor, todo le parecía tan claro! Y luego todo se había enredado formando un nudo indisoluble.

Había presumido de inteligente; pensaba que

bastaba con mirar sencillamente hacia adelante y caminar en línea recta para que la vida, obediente, se extendiese como una alfombra bajo los pies y ahora... No había a quién culpar; ella era la única culpable.

Olga, sin sospechar el motivo de la visita de Stolz, se levantó del sofá, abandonando el libro, y salió al encuentro de él.

—¿No le estorbo?—preguntó Stolz sentándose en la ventana que daba al lago—. ¿Estaba leyendo?

—No; ya lo había dejado; está ya muy obscuro. Le estaba esperando—dijo Olga suavemente y con amistosa confianza.

—Bien; tengo que hablar con usted—dijo él, serio, acercando otra butaca para ella.

Olga se estremeció y quedó atónita. Luego, como un autómata, se sentó en la butaca y con la cabeza baja y sin levantar los ojos esperó llena de angustia. En aquel momento hubiese querido estar a cien kilómetros de la habitación.

En su memoria brilló, como un relámpago, el pasado.

«Ha llegado el día de ser juzgada. ¡No se puede jugar con la vida como con las muñecas!—le decía una voz misteriosa—. ¡No juegues con ella, lo pagarías algún día!»

Ambos guardaron silencio durante unos minutos. Stolz reunía sus fuerzas. Olga examinaba medrosa la cara enflaquecida, las cejas fruncidas y los labios resueltamente apretados de él.

«¡Es Némesis!...», pensó ella estremeciéndose.

Ambos parecían prepararse para un combate.

—De seguro que usted, Olga Sergueievna, adivina de lo que quiero hablar—dijo él interrogándola con la mirada.

Estaba sentado en el espacio entre las dos ventanas de modo que su cara quedaba oculta en la sombra en tanto que la de Olga estaba iluminada por la luz de la ventana y él podía leer en ella como en un libro.

—¿Cómo voy a saberlo?—contestó ella en voz baja.

Ante este adversario peligroso ya no tenía aquella fuerza de voluntad ni aquella perspicacia y dominio sobre sí que eran sus armas frente a Oblomov.

Comprendía que si hasta ahora había podido esconderse de la aguda mirada de Stolz y tener suerte en aquel combate no lo debía a sí misma, como hubiera sido en el caso de Oblomov, sino sólo al persistente silencio de Stolz y a su conducta disimulada. En cámpo abierto no sería ella la que ganase, y por eso, con la pregunta «¿Cómo voy a saberlo?» sólo pretendía ganar un minuto de tiempo y que el enemigo revelase más claramente sus planes.

—¿No lo sabe?—dijo él confiado—. Bueno, se lo diré...

—¡Oh, no!—exclamó ella de pronto.

Le cogió una mano y le miraba pidiéndole gracia.

—¡Ya ve! He adivinado que usted lo sabe—dijo él—. Pero ¿por qué no?—añadió con melancolía.

Olga callaba.

—Si usted había previsto que algún día le hablaría es que con seguridad sabe usted qué contestar.

—Lo preveía y me atormentaba—dijo Olga echándose sobre el respaldo de la butaca y volviendo la cara contra la luz, pidiendo mentalmente socorro al crepúsculo para que Stolz no leyese en su rostro la lucha, la turbación y la angustia.

—¡Se atormentaba! Es una palabra terrible—dijo él casi murmurando—. Es como las del Dante: Abandona para siempre la esperanza. ¡No tengo más que hablar, ya está todo resuelto! Le estoy agradecido—añadió con un profundo suspiro—; por lo menos he salido de la tiniebla de la duda y sé lo que tengo que hacer. ¡La única salvación es huir cuanto antes!

Se levantó.

—¡No, por amor de Dios! ¡No!—dijo Olga precipitándose hacia él; y deteniéndole por la mano exclamó asustada y suplicante: —Tenga piedad; ¿qué va a ser de mí?

Stolz volvió a sentarse y Olga también.

—¡Pero yo la quiero, Olga Sergueievna!—dijo casi brusco—. ¡Usted ha visto lo que ha sido de mí en estos seis meses! ¿Qué más quiere? ¿Un triunfo más completo? ¿Que me muera o me vuelva loco? ¡Gracias!

La cara de Olga cambió.

—¡Váyase!—dijo con dignidad y al mismo tiempo con profunda tristeza que era incapaz de ocultar.

—¡Perdóneme!—se excusó Stolz—. ¿Ve? ¡Ya hemos reñido! Yo sé que no lo desea; pero como no

puede ponerse en mi situación, extraña mi deseo de huir. A veces el hombre, sin darse cuenta, se vuelve egoísta.

Olga cambió de postura, como si estuviera incómoda en la butaca, pero no dijo nada.

—Bueno; supongamos que me quedo aquí: ¿cuál sería el resultado?—prosiguió Stolz—. Usted, desde luego, me ofrece su amistad; pero ¡si ya es mía! Me iré y dentro de uno o dos años seguirá siendo mía. Mire, Olga Sergueievna, la amistad es una gran cosa cuando es amor entre dos seres jóvenes o recuerdo de amor entre ancianos. ¡Pero Dios nos libre de que sea amistad de un lado y amor de otro! Ya sé que usted no se aburriría conmigo; pero ¿y yo?

—Si es así, váyase, que Dios le perdone—murmuró ella con voz apenas perceptible.

—¡Quedarme!—pensó Stolz en voz alta—. Andar por el filo del cuchillo; ¡vaya con la amistad!

—¿Acaso mi situación es más fácil?—preguntó ella de improviso.

—¿Por qué?—preguntó él vivamente—. Usted..., usted no ama.

—No lo sé. ¡Le juro por el nombre de Dios que no lo sé! Pero si usted se va..., si mi vida actual cambia de un modo cualquiera..., ¿qué será de mí?—dijo ella triste, casi para sí misma.

—¿Cómo voy a comprender eso? Explíquemelo—dijo Stolz acercando su butaca a la de Olga y extrañado por aquellas palabras y el tono penetrante en que habían sido dichas.

Procuró distinguir las facciones de Olga. Esta se callaba. En su pecho ardía el deseo de tranquilizarle, de recoger la palabra «me atormentaba» o explicarla de otro modo distinto a como la había entendido él; pero no sabía cómo explicarla y sentía confusamente que ambos eran víctimas de un error, que se encontraban en una posición falsa en la que ambos sufrían y que sólo él, o ella con su ayuda, podrían poner orden y aclarar el pasado y el presente. Pero había que atravesar el precipicio, revelarle lo que había sucedido. ¡Cuánto deseaba y temía ella el juicio de él!

—Yo misma no comprendo nada; estoy en tinieblas, más que usted—dijo Olga.

—Olga, ¿tiene usted fe en mí?—preguntó Stolz cogiéndole una mano.

—Una fe sin límites, como en mi madre; ya lo sabe usted—contestó Olga con voz débil.

—Entonces cuénteme lo que ha sucedido desde que nos separamos. Es usted impenetrable, mientras que antes podía leer en su rostro. Creo que es el único modo de que podamos entendernos. ¿Está usted de acuerdo?

—Sí. Es absolutamente necesario..., es necesario acabar de algún modo...—dijo ella angustiada por la confesión inevitable—. ¡Es Némesis! ¡Némesis!—pensó inclinando la cabeza.

Bajó la vista y callaba. Stolz sintió que el horror se apoderaba de su alma al oír aquellas palabras y más todavía por el silencio.

«¡Está atormentada! ¡Señor!, ¿qué le ha pasa-

do?» pensó, sintiendo helársele la frente y temblarle las manos y los pies. Se imaginó algo espantoso. Olga seguía callando y luchando consigo misma.

—Entonces... Olga Sergueievna—insistió Stolz.

Olga callaba; hizo un gesto nervioso imposible de distinguir en la obscuridad, pero que fué denunciado por el crujir de su traje de seda.

—Estoy cobrando ánimo—dijo ella por fin—. ¡Si usted supiera qué difícil es!—añadió volviendo la cabeza a otro lado y procurando dominarse.

Ella quisiera que Stolz se enterase de todo, pero no por ella, sino de un modo milagroso. Por fortuna cada vez obscurecía más y su rostro quedaba oculto en la sombra; sólo la voz podía traicionarla y la lengua no podía articular ni una palabra, como si no supiese en qué tono empezar.

«¡Dios mío, qué culpable debo ser cuando me da tanta vergüenza y tanta pena!», pensaba, y hacía aún poco tiempo se encontraba tan fuerte y animosa que dirigía dos destinos, el suyo y el de Oblomov. Le había llegado la vez de temblar como una chiquilla. Se sentía llena de vergüenza por el pasado, herida en su amor propio por el presente, por su falsa situación... ¡Era un tormento insoportable!

—Le ayudaré a usted... ¿Usted... ha amado? —dijo Stolz con esfuerzo; tanto dolor le causaron sus propias palabras.

Olga afirmó con su silencio. Stolz sintió de nuevo el soplo del espanto.

—¿A quién? ¿Es un secreto?—preguntó procu-

rando hablar con firmeza y sintiendo que le temblaban los labios.

La situación de Olga era aún más penosa. Hubiera querido decir otro nombre, inventar una historia. Vaciló un momento, pero no había más remedio, y como aquel que en un momento de extremo peligro se tira por un precipicio o se lanza a las llamas, dijo de pronto:

—¡A Oblomov!

Stolz se quedó atónito. Durante unos dos minutos guardó silencio.

—¡A Oblomov!—repitió asombrado—. ¡No es verdad!—agregó luego seguro y bajando la voz.

—¡Sí, es verdad!—dijo ella tranquilamente.

—¡A Oblomov!—volvió a repetir Stolz—. ¡No puede ser!—exclamó con convicción—. Algo hay en esto. Usted no se ha comprendido a sí misma o a Oblomov o al amor.

Olga callaba.

—¡Eso no ha podido ser amor!—insistió él.

—Sí, he coqueteado con él, le he engañado, le hice desgraciado... y ahora, según usted cree, empiezo con usted—exclamó Olga con voz moderada y dejando adivinar en el tono lágrimas de ofensa.

—Querida Olga Sergueievna, no se enfade, no hable así, no es su modo de ser. Usted sabe que yo no pienso nada de eso. Pero no me cabe en la cabeza, no entiendo cómo Oblomov...

—Sin embargo, él es digno de la amistad de usted, no sabe usted estimarlo bastante. ¿Por qué no es digno de ser amado?

—Ya sé que el amor es menos exigente que la amistad—dijo Stolz—; a menudo es ciego; no se ama por los méritos del ser amado, estoy conforme. Pero el amor necesita algo, pequeñeces que es imposible determinar, algo que no tiene mi incomparable pero torpe Ilia. Por eso me asombro. Escúcheme—prosiguió vivamente—, de este modo nunca llegaremos al final ni nos comprenderemos. No se avergüence, tenga valor por una media hora y cuéntemelo todo...; yo le diré lo que ha sido y tal vez hasta lo que ha de ser... Me parece que... hay algo... ¡Oh, si fuese verdad!—exclamó animado—. ¡Si fuese Oblomov y no otro! ¡Oblomov! Eso significaría que usted no está atada al pasado, que está libre. ¡Cuénteme, cuénteme en seguida!—terminó con voz tranquila y casi contento.

—¡Sí, por amor de Dios!—contestó Olga confiada, contenta por verse libre de sus cadenas—. ¡Cuando estoy sola me vuelvo loca! ¡Si usted supiera qué mísera me encuentro! No sé si soy culpable o no, si debo avergonzarme del pasado y arrepentirme, si puedo tener esperanzas en el porvenir o desesperar... Usted hablaba de sus sufrimientos y no sospechaba los míos. Escúcheme hasta el final, pero no con la inteligencia, me da miedo, sino con el corazón; quizá él se dé cuenta de que no tengo madre y he estado como perdida en un bosque... —añadió ella con voz apagada—. ¡No!—exclamó luego rápidamente—. No tenga compasión de mí. Si lo que he sentido ha sido amor, entonces váyase—se detuvo por un instante—y vuelva cuando

no sienta mas que amistad. Si ha sido coquetería, condéneme, huya lo más lejos posible y olvídeme. Ahora escuche.

Stolz, en contestación, le estrechó con fuerza las manos.

Empezó la confesión de Olga, larga, detallada...

Con precisión, palabra tras palabra, volcaba ante Stolz todo lo que estaba royéndole el alma hacía tanto tiempo, lo que le hacía ruborizarse, lo que antes le había hecho enternecerse y ser feliz, y luego la había arrojado en un torbellino de dolor y dudas. Le contó sus paseos por el parque, sus esperanzas, la resurrección y caída de Oblomov, lo de la rama de lilas y hasta lo del beso. Unicamente dejó de hablar de aquel sofocante anochecer en el jardín, seguramente porque todavía no había averiguado qué es lo que había sido aquello.

Al principio sólo se oía un murmullo; pero conforme hablaba su voz se volvía más sonora y firme; del murmullo pasó a la media voz, que luego elevó hasta las notas más vibrantes. Terminó tranquila, como si hubiera contado una historia ajena.

Ante ella se descorría un velo, se desarrollaba su pasado, al que hasta entonces temía mirar. Vió con lucidez lo que no comprendía antes, y si no hubiese sido por la obscuridad hubiera mirado a su interlocutor sin sentir turbación.

Terminó y aguardó la sentencia. Pero la contestación fué un silencio sepulcral.

¿Qué era de Stolz? No se oía ni una palabra, ni

un movimiento, ni el ruido de la respiración, como si estuviese sola.

Sintió su alma asaltada por las dudas. El silencio continuaba. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué sentencia preparaba el juez más perspicaz y complaciente del mundo? Todos los demás la hubieran condenado sin piedad, sólo él hubiera podido ser su defensor y a él hubiera elegido..., él se haría cargo de todo, deliberaría y resolvería mejor que ella. Pero se callaba; ¿era posible que el pleito estuviera perdido?

De nuevo sintió miedo.

La puerta se abrió y la doncella trajo velas que iluminaron el rincón en que estaba sentado.

Olga miró a Stolz tímidamente, pero con avidez. El estaba cruzado de brazos y la miraba con dulzura gozando de su turbación.

Olga se sintió aliviada y tranquila, suspiró y por poco se echa a llorar. En el acto recobró la buena opinión de sí misma y la confianza en él. Era feliz como una niña a la que perdonan, tranquilizan y acarician.

—¿Es eso todo?—preguntó él en voz baja.

—¡Todo!

—¿Y la carta de él?

Olga sacó la carta de la cartera y se la entregó.

El se acercó a la luz, la leyó y la puso sobre la mesa. Sus ojos la miraron como hacía tiempo que no la miraban.

Ante ella estaba su antiguo amigo, seguro de sí,

algo irónico e infinitamente bueno. En su cara no aparecía ni la más leve sombra de sufrimiento o duda. El le cogió las manos, le besó primero una y luego otra y se quedó pensativo. Olga también permaneció callada y sin pestañear, observaba el desarrollo del pensamiento que se dibujaba en el semblante de él.

De pronto Stolz se levantó.

—¡Si yo hubiera sabido que se trataba de Oblomov! ¿Acaso me hubiera atormentado tanto?—dijo mirándola con cariño y confianza, como si ella no tuviese aquel horrible pasado.

Ella sintió tanta alegría en su alma como en un día de fiesta. Se sentía aliviada. Se dió cuenta de que sólo sentía vergüenza por él y de que él no la condenaba ni huía. ¿Qué le importaba cómo la juzgaría el mundo entero?

Stolz se había dominado y estaba contento, pero a Olga le parecía poco. Veía que estaba absuelta; pero como una acusada, quería conocer el fallo. Stolz cogió el sombrero.

—¿Adónde va?—preguntó ella.

—Está usted nerviosa, descanse—dijo él—. Mañana hablaremos.

—¿Quiere usted que no duerma en toda la noche?—interrumpió Olga cogiéndole de una mano y obligándole a sentarse—. ¿Quiere irse sin decirme qué es lo que... ha sido, qué es de mí ahora..., qué será? Tenga piedad, Andrés Ivanovich; ¿quién me lo va a decir? ¿Quién me castigará si lo merezco? O ¿quién me perdonará?—agregó, y le miró con tal

cariño que Stolz tiró el sombrero al suelo y por poco cae de rodillas ante ella.

—¡Angel mío!—exclamó—. No se atormente en vano; no hace falta ni condenar ni perdonar. Ni siquiera tengo que añadir nada a su relato. ¿Qué dudas puede tener? ¿Quiere saber qué es lo que ha sido? ¿Darle un nombre? Lo sabe usted hace tiempo. ¿Dónde está la carta de Oblomov?

Cogió la carta de la mesa.

—Escuche—dijo, y se puso a leer.

«Su *le quiero* de ahora no es el verdadero amor, sino el futuro. Es sólo una inconsciente necesidad de amar que, falta de alimento verdadero, se manifiesta en las mujeres con caricias a un niño o a otra mujer o simplemente con lágrimas y ataques de histerismo... Usted se ha *equivocado*—leyó Stolz acentuando esta palabra—; ante usted no está aquel a quien espera y con quien sueña. Espere que él llegará, volverá usted en sí y se avergonzará de su error...»

—¿Ve usted qué acertado era todo esto?—dijo—. Usted estaba avergonzada y enfadada... por su error. No hay que añadir nada. Tenía razón Oblomov y usted no le creyó: ésta ha sido toda su culpa. Debieran haberse separado entonces; pero él estaba dominado por la belleza de usted... y usted estaba conmovida... ¡por la ternura de palomo de él!—concluyó con ligera ironía.

—No le creí porque pensaba que el corazón no se equivoca.

—¡Sí, se equivoca, y qué funestamente a veces!

Pero en el caso de ustedes no había llegado hasta el corazón—continuó él—; un poco imaginación y orgullo por una parte y debilidad por otra. Y usted creía que en la vida no había más felicidad, que aquel pálido rayo alumbraría la vida y luego llegaría la noche eterna...

—¿Y las lágrimas?—objetó Olga—. ¿Acaso no salían del corazón cuando yo lloraba? No eran mentira, yo era sincera...

—¡Dios mío! ¿Por qué motivo no llora una mujer? Usted misma me ha dicho que le daba lástima el ramo de lilas y el banco favorito. Añada a esto el amor propio herido, el fracaso del papel de salvadora, un poquito de costumbre... ¡Cuántas razones para llorar!

—Y nuestras citas y paseos, ¿eran también una equivocación? ¿Se acuerda usted de que yo... he estado en casa de él?—terminó, turbada, pareciendo querer ahogarse con sus propias palabras.

Se esforzaba en acusarse para que Stolz la defendiese con más calor, para que se convenciese de su inocencia.

—En su relato se ve que en las últimas entrevistas con él no tenían ustedes de qué hablar. Su «amor», como usted lo llama, carecía de contenido y no podía avanzar. Ustedes se separaron antes de la separación y guardaban fidelidad no al amor, sino al fantasma de amor que habían inventado ustedes mismos. ¡He aquí todo el misterio!

—¿Y el beso?—murmuró ella en voz tan baja que Stolz más bien lo adivinó que lo oyó.

—¡Oh, eso es muy importante!—exclamó él con burlona severidad—. ¡Habría que dejarla... sin postre!

La miraba cada vez con más cariño, con más amor.

—Una broma no es una disculpa para una falta semejante—repuso ella severamente, ofendida por la indiferencia y tono negligente de él—. Me molestaría menos que me castigase usted con una palabra dura, llamando a mi delito por su nombre.

—No hubiera bromeado si se tratase de otro que no fuese Ilia—dijo Stolz disculpándose—; en ese caso su falta podría acabar... en una desgracia; pero yo conozco a Oblomov...

—¡Otro! ¡Nunca!—exclamó ella ruborizándose—. Le conozco mejor que usted...

—Ya ve—confirmó él.

—Pero si él... hubiera cambiado, se hubiera animado, me hubiera obedecido..., ¿no le hubiera amado entonces? ¿Hubiera sido también una equivocación?—dijo ella queriendo examinar el asunto por todos lados para que no quedara ni la menor sombra de duda.

—Es decir, si en vez de Oblomov hubiera sido otro—interrumpió Stolz—, no cabe duda que el amor se hubiera desarrollado y afirmado, y entonces... ¡Pero eso sería otra novela y otro protagonista con el que no tenemos nada que ver!

Olga suspiró como si le hubiesen quitado un peso de encima. Ambos callaban.

—¡Oh qué felicidad... rehacerse!—dijo lenta-

mente como volviendo en sí, y dirigió a Stolz una mirada de tan profundo agradecimiento, de tan ardiente amistad que a él le pareció ver en ella la luz que en vano esperaba hacía tanto tiempo. Todo su ser se estremeció de alegría.

—¡No, soy yo el que se rehace!—dijo él pensativo—. ¡Oh si hubiera sabido que el protagonista de esta novela era Ilia! ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Cuánta energía malgastada! ¿Para qué? ¿Por qué?—dijo casi con enfado.

Pero de pronto pareció volver en sí saliendo de reflexiones penosas. Su frente se serenó y sus ojos se animaron.

—Esto tenía que suceder; ¡qué tranquilo estoy y... qué feliz!—exclamó entusiasmado.

—Parece un sueño; ¡como si no hubiese pasado nada!—dijo Olga pensativa con voz apenas perceptible y asombrándose de su rápida resurrección—. Usted no sólo me ha evitado la vergüenza y el arrepentimiento, sino también la amargura y el dolor... ¿Cómo ha hecho?—preguntó en voz baja—. Entonces, ¿todo eso pasará? ¿Ese... error?

—¡Creo que ya ha pasado!—dijo él mirándola por primera vez con pasión no disimulada—. Ha pasado todo lo que fué.

—¿Y lo que será... no será un error?... ¿Verdad?—preguntó ella sin terminar la frase.

—Aquí está escrito—dijo él cogiendo de nuevo la carta: «Ante usted no está aquel a quien espera y con quien sueña; él vendrá y usted volverá en sí...» Y le amará, esto lo digo yo; le amará

de tal modo que toda la vida será poco para ese amor...; únicamente me falta saber... ¿a quién?—concluyó Stolz clavando en ella los ojos.

Olga bajó los suyos y apretó los labios, pero a través de los párpados se escapaban rayos de luz y los labios trataban de vencer la sonrisa, pero no lo consiguieron.

Le miró y se echó a reír tan sinceramente que se le saltaron las lágrimas.

—Le he dicho, Olga Sergueievna, lo que ha sido y lo que será—dijo él—; y usted ¿no me contesta nada a la pregunta que no me ha dejado acabar?

—¿Qué voy a decirle?—dijo ella turbada—. Si pudiera, ¿me negaría a decirle lo que usted tanto necesita y lo que... tanto merece?—añadió murmurando y mirándole con timidez.

De nuevo le pareció percibir en aquella mirada la expresión de una amistad sin precedente y de nuevo se estremeció de felicidad.

—No se dé prisa—dijo él—; dígame lo que mereceré cuando termine el luto de su corazón, el luto de conveniencia. Este año me ha enseñado algo Y ahora resuélvame mi problema: ¿me voy o... me quedo?

—Oiga, ¿está usted coqueteando conmigo?—exclamó Olga contenta.

—¡Oh, no!—rechazó él gravemente—. Esta no es la misma pregunta de antes; ahora tiene otro sentido. Si me quedo, ¿con qué derechos será?

Olga se turbó.

—Ya ve usted cómo no estoy coqueteando—de-

cía él riendo y contento por haberla sorprendido—. Usted comprenderá que después de esta entrevista hemos de guardar otra actitud uno con otro; ni usted ni yo somos como ayer.

—Yo no sé...—murmuró ella turbándose más aún.

—¿Me permite que le dé un consejo?

—Sí...; lo seguiré sin vacilar—exclamó ella con apasionada sumisión.

—Cásese usted conmigo en tanto que llega *él*.

—Todavía no me atrevo...—murmuró Olga tapándose la cara con las manos, emocionada, pero feliz.

—¿Por qué no se atreve?—preguntó Stolz también en voz baja y atrayendo la cabeza de Olga hacia sí.

—¿Y mi pasado?—murmuró ella escondiendo la cara en el pecho de Stolz como si fuese su madre.

El la separó suavemente las manos del rostro, la besó en la frente y durante largo rato admiró su confusión gozando de las lágrimas que llenaron sus ojos y desaparecieron.

—¡Se marchitará como sus lilas!—concluyó él—. Usted ha recibido una lección, ha llegado el momento de aprovecharla. Empieza la vida: entrégueme su porvenir y no se preocupe de nada, yo respondo de todo. Vamos a hablar con su tía.

Stolz volvió tarde a casa.

«He encontrado mi otra mitad—pensaba mirando con ojos enamorados a los árboles, al cielo, al lago y hasta a la niebla que se extendía por la su-

perficie del agua—. ¡He llegado! ¡Cuántos años de sed, de paciencia, de economizar las fuerzas del alma! ¡Cuánto tiempo he estado esperando; pero todo está recompensado! ¡He aquí la suprema felicidad del hombre!»

Aquella felicidad borró de su mente toda su vida de negocios: la oficina, el carretón de su padre, los guantes de piel agamuzada y las cuentas grasientas. En su memoria surgió la perfumada habitación de su madre, las variaciones de Herz, la galería de los príncipes, ojos azules, cabellos empolvados..., y todo lo velaba la dulce voz de Olga: oía mentalmente su canto...

«¡Olga mi mujer!—murmuró estremecido de pasión—. ¡He encontrado todo, no tengo que buscar más!»

Y embriagado de felicidad volvía a su casa sin ver el camino ni las calles...

Olga le siguió con la mirada, luego abrió la ventana y durante unos cuantos minutos estuvo respirando el fresco nocturno: su emoción se apaciguó poco a poco, el pecho respiraba tranquilo.

Fijó los ojos a lo lejos, en el lago, y se sumió en meditación, tan tranquila y profunda que parecía dormida. Quería detener sus pensamientos y sus sentimientos y no pudo. Pasaban tranquilos, como olas, y la sangre corría mesuradamente por sus venas. Experimentaba una felicidad cuyos límites no podía señalar. Pensaba por qué se sentía tan tranquila, tan en paz cuando...

—¡Soy su prometida!—murmuró.

«¡Estoy prometida!», piensa estremecida de orgullo una muchacha al llegar ese momento que ilumina toda su vida y se siente subida en una altura desde la que mira la obscura senda por donde caminaba ayer, solitaria y desapercibida.

¿Por qué Olga no se estremecía? También ella había ido sola por aquella senda oculta, también ella se encontró, en un cruce, con *él*, el cual la tomó por la mano y la condujo no al resplandor de luz cegadora, sino a la orilla de un río anchuroso, a campos espaciosos y colinas sonrientes. Sus ojos no tuvieron que cerrarse ante el resplandor, ni se estremeció su corazón, ni se excitó su imaginación.

Con tranquila alegría calmó su mirada en el río de la vida, en sus anchos campos y verdes colinas. No se estremecían sus hombros y su mirada no reflejaba orgullo; únicamente al dirigir la mirada al que le había tendido la mano sintió que por su mejilla bajaba lentamente una lágrima...

Permanecía sentada, como durmiendo, tan tranquilo era su sueño de felicidad: no se movía, casi no respiraba. Sumida en el ensueño fijó su mirada interna en una serena noche azul, de suave resplandor, caliente y aromática. El sueño de felicidad había desplegado sus anchas alas y se deslizaba lentamente, como una nube en el cielo, por encima de su cabeza...

No soñaba en estar envuelta por dos horas en blondas y gasas y luego, por toda la vida, en trapos. No soñaba ni con suntuosa fiesta, ni con luces, ni con voces alegres; soñaba con la felicidad, pero

tan sencilla, tan desprovista de adornos, que una vez más murmuró sin estremecerse de orgullo, pero con profundo enternecimiento:

—¡Soy su prometida!

V

¡Dios mío, qué aspecto más sombrío y aburrido tenía la casa de Oblomov año y medio después de aquel día de su santo en que Stolz se presentó de improviso a comer con él! Ilia Illich también había decaído y el tedio asomaba a sus ojos como si fuese una enfermedad. Se paseaba por la habitación, se tumbaba en el sofá y contemplaba el techo; cogía un libro de la estantería, recorría con la vista unos cuantos renglones, bostezaba y tamborileaba con los dedos en la mesa.

Zajar se había vuelto aún más torpe y descuidado; llevaba los codos remendados y tenía un aspecto tan mísero y pobre como si comiese mal, durmiese poco y trabajase mucho.

El *jalat* de Oblomov estaba en un estado deplorable, y a pesar del cuidado con que cosían los rotos se hacía pedazos; hacía tiempo que hubiera sido necesario comprar otro. La manta de la cama estaba también muy usada y con remiendos aquí y allí; las cortinas de las ventanas estaban desteñidas y, aunque lavadas, parecían trapos sucios.

Zajar trajo un mantel viejo, lo tendió sobre la mitad de la mesa del lado de Oblomov y luego, con

cuidado, apretándose la lengua con los dientes, trajo el servicio con un jarrito de aguardiente, puso el pan y se fué.

La puerta que daba a las habitaciones de la dueña se abrió y entró Agafia Matveievna llevando en la mano una sartén en la que aun chirriaba una tortilla.

También ella había cambiado mucho y no precisamente mejorando. Había adelgazado. Ya no tenía aquellas mejillas redondas y blancas que nunca palidecían ni se coloreaban; las cejas habían perdido el brillo y los ojos estaban hundidos.

Estaba vestida con un traje viejo de indiana y tenía las manos curtidas y toscas por la labor, el fuego y el agua.

Ya no estaba Aquilina en la casa, Anisia atendía a la cocina, a la huerta y a las aves, fregaba los suelos y lavaba la ropa, y como sola no podía atender a todo, Agafia Matveievna, de grado o por fuerza, trabajaba en la cocina: machacaba, tamizaba y desmenuzaba, pero poco, porque en la casa se gastaba poco café, canela y almendras, y ni siquiera se le ocurría pensar en sus encajes. Ahora picaba cebolla, majaba rábanos y otras cosas semejantes. En su cara se reflejaba un completo abatimiento.

Suspiraba y se afligía, no por su mala suerte, no por carecer de café, no tener motivos de agitación ni machacar la canela, añadir vainilla a una salsa o hacer hervir la nata espesa, sino porque hacía ya dos años que carecía de todo esto; porque ya no compraba para él el café al por mayor y en el me-

jor almacén, sino en la tienda por unas cuantas copecas; porque la nata no la traía una campesina, sino que la compraban en la tienda; porque en vez de una chuleta sabrosa le servía para almorzar una tortilla con jamón endurecido también en la tienda.

¿Por qué este cambio? Muy sencillo: era ya el segundo año que la renta de Oblomovka, enviada puntualmente por Stolz, se empleaba en abonar el pagaré dado por Oblomov a la casera.

«La cosa legal» del hermano le había salido a pedir de boca. A la primera indicación de Tarantiev acerca de una situación escandalosa, Ilia se ruborizó y turbó; luego se pusieron los tres de acuerdo, bebieron y Oblomov firmó un pagaré a abonar en cuatro años; un mes más tarde, Agafia Matveievna firmó otro pagaré, por igual cantidad, a nombre de su hermano y sin sospechar qué firmaba y para qué firmaba. Su hermano le dijo que era un acta para asuntos de la propiedad de la casa y que tenía que escribir allí su nombre y apellidos.

Ella se quejó por tener que escribir tanto y pidió a su hermano que escribiese Vania, pues éste escribía bien y ella temía equivocarse. Pero el hermano insistió y ella firmó con letras gruesas y torcidas. Después, ya nadie volvió nunca a hablar de ello.

Oblomov, al firmar, se consolaba pensando que aquel dinero sería para los huérfanos, y luego, al día siguiente, pasada la borrachera, se acordó avergonzado del asunto y procuró olvidarlo evi-

tando los encuentros con el hermano de la dueña; cuando Tarantiev le hablaba de ello, le amenazaba con mudarse inmediatamente de casa o marcharse a la aldea.

Al recibir el dinero de la aldea, el hermano vino a decirle que le sería más fácil empezar a abonar el pagaré en aquel momento; en tres años podría abonarlo todo, porque si dejaba pasar el plazo se exponía a no tener dinero bastante, el pagaré sería presentado al cobro y Oblomovka sería vendida en pública subasta.

Oblomov se dió cuenta de que estaba cogido por una tenaza al ver que todo lo que le enviaba Stolz servía para pagar la deuda, quedándole para su manutención una cantidad insignificante.

El hermano, para evitar que pudiese surgir algún obstáculo, se apresuraba a cobrar la deuda en dos años y por esto Oblomov se encontró de repente en una situación difícil.

Al principio, acostumbrado a no saber cuánto dinero tenía en el bolsillo, no lo notaba; pero a Iván Matveich se le ocurrió casarse con la hija de un mercader de granos, de alquilar un piso separado y de mudarse de casa.

Agafia Matveievna tuvo que reducirse; el esturión, la ternera blanquísima y los pavos se fueron a la cocina de la nueva casa Mujoyarov.

Allí brillaban las luces al anochecer, se reunían los futuros parientes del hermano, sus compañeros y Tarantiev; todo se fué allí. De pronto, Agafia Matveievna y Anisia se quedaron con la boca abier-

ta y los brazos ociosos entre sartenes y pucheros vacíos.

Por primera vez en su vida, Agafia Matveievna se enteró de que sólo poseía la casa, la huerta y los pollos y que en la huerta no crecían ni la canela ni la vainilla; vió que los tenderos dejaron poco a poco de saludarla con sonrisa respetuosa y que los saludos y sonrisas eran dirigidos ahora a la nueva cocinera de su hermano, gorda y engalanada.

Oblomov dió a la casera todo el dinero que le dejó el hermano de ésta y durante tres o cuatro meses, ella, como antes, molía decenas de kilos de café, machacaba canela y guisaba ternera y pavos con verdadero entusiasmo, hasta que llegó el día en que gastó las últimas setenta copecas y vino a decirle a Oblomov que no tenía más dinero.

El, al recibir la noticia, dió tres vueltas en el sofá y luego miró en el cajón de su mesa: tampoco él tenía dinero. Procuró acordarse de dónde lo había metido, pero no lo logró: buscó con la mano en la mesa para ver si tenía calderilla y preguntó a Zajar, pero éste ni en sueños la había visto. La casera se fué a casa de su hermano y le dijo ingenuamente que estaba sin una copeca.

—¿Y dónde se han ido un millar de rublos que le di a ese señor para su manutención?—preguntó él—. ¿De dónde voy a sacar dinero? Tú sabes que estoy para casarme; no puedo sostener dos familias; habéis de conformaros con lo que tenéis.

—¿Por qué me echas en cara lo del señor?—dijo

ella—. ¿Qué te hace? No ofende a nadie, vive allí callado. No soy yo quien lo trajo a mi casa, sino tú con Mijey Andreevich.

El le dió diez rublos diciendo que no tenía más. Pero luego, después de haber deliberado con el compadre en la taberna, decidió que no le convenía abandonar de aquel modo a su hermana y a Oblomov, pues tal vez llegase a oídos de Stolz y éste viniera, se enteraría de todo y se quedase él sin poder cobrar la deuda, a pesar de ser «cosa legal», porque aquel alemán era «un tío muy listo».

Empezó a darle a su hermana cincuenta rublos mensuales, decidiendo recobrar este dinero de la renta de Oblomov del tercer año; pero juró y explicó a su hermana que no podría darle ni una copeca más, y le enseñó el modo de reducir los gastos, la comida que debía comer y el número de platos; calculó cuánto podría ganar vendiendo pollos y verdura y decidió que con todo ello había bastante para vivir muy bien.

Por primera vez en su vida, Agafia Matveievna reflexionó, no sobre su casa, sino sobre otra cosa; por primera vez lloró, no porque Aquilina hubiese roto un plato o porque su hermano le regañase por estar el pescado mal cocido; por primera vez en su vida surgió ante ella el fantasma amenazador de la miseria, no la suya, sino la de Ilia Illich.

«¿Cómo podía comer este señor nabos con mantequilla en vez de espárragos, cordero en vez de truchas y besugo salado en vez de esturión ambarino?», pensó ella.

¡Qué horror! No terminó sus reflexiones; se vistió apresuradamente, tomó un coche y se fué a casa de los parientes de su marido, no el día de Pascua o de Navidad para comer en familia, sino por la mañana temprano. para discurrir con ellos sobre un asunto extraordinario, para preguntarles qué es lo que debía hacer y pedirles dinero. Ellos tenían mucho y le darían en seguida apenas supiesen que era para Ilia Illich. Si lo hubiese necesitado para comprar café, o te, o vestidos y calzado para los niños, o para otros caprichos semejantes, ni siquiera se le hubiera ocurrido pedirlo; pero lo necesitaba en extremo, estaba apuradísima: tenía que comprar espárragos y ortegas para Ilia Illich y guisantes verdes, que tanto le gustaban...

Los parientes se asombraron, no le dieron dinero y le dijeron que si Ilia Illich poseía algunos objetos de oro o de plata o pieles podía empeñarlos y que había seres benéficos que le podían prestar algo hasta que recibiera la renta de la aldea.

Esta lección, en otros tiempos hubiera volado por encima de la cabeza de la casera sin entrar en ella y hasta sin lograr comprenderla; pero ahora lo entendió todo y, guiada por su corazón, combinó, discurrió y pesó... las perlas de su dote.

Ilia Illich, sin sospechar nada, bebió al día siguiente el aguardiente con infusión de hojas de grosella, saboreó un excelente salmón y comió su sopa favorita de menudillos de ave y una blanquísima ortega. Agafia Matveievna y los niños comieron sopa de repollo y papilla, comida de criados, y sólo

bebió ella dos tazas de café con Ilia Illich para hacerle compañía.

Después de las perlas, sacó del cofre su mantilla, luego empeñó la plata y después el capote...

Llegó el día de recibir el dinero de la aldea y Oblomov se lo entregó todo. Ella desempeñó las perlas, pagó los intereses de la mantilla, plata y pieles, y volvió a servirle espárragos y ortegas y a tomar café con él. Luego las perlas fueron empeñadas de nuevo.

De este modo se esforzaba día tras día, semana tras semana, atormentándose, economizando; vendió el chal, hizo vender su traje de fiesta y se quedó sólo con el traje diario de indiana, de codos desnudos, cubriéndose el cuello los domingos con un chal viejo.

He aquí por qué había adelgazado y se habían hundido sus ojos y por qué servía personalmente el almuerzo a Ilia Illich.

Tenía hasta ánimos para adoptar un aspecto alegre cuando Oblomov le anunciaba que el día siguiente vendrían a comer Tarantiev, Alexeiev o Iván Guerasimovich. La comida era siempre suculenta y bien servida. Ella no deshonraba a Ilia Illich. ¡Pero cuánta agitación, cuánto correr y pedir en las tiendas, cuántas noches de insomnio y de lágrimas le costaba todo esto!

¡Qué de pronto se llenó su vida de preocupaciones, pasando rápidamente de los días de felicidad a los de desdicha! Pero le gustaba esta vida: a pesar de toda la amargura y las lágrimas no la hubiera

cambiado por la de antes, cuando aun no conocía a Oblomov, cuando reinaba orgullosa en tantas cacerolas, sartenes y pucheros humeantes, cuando mandaba a Aquilina y al portero. Se estremecía de espanto al pensar en la hora de su muerte, aunque ésta hubiera acabado de un golpe con sus lágrimas, su diario trajín y sus noches de insomnio.

Ilia Illich almorzó, escuchó cómo Macha leía el francés, permaneció un rato en la habitación de Agafia Matveievna, contempló cómo ésta remendaba la chaquetilla de Vania volviéndola lo menos diez veces, ya de un lado, ya de otro, y visitando a cada instante la cocina para ver si guisaban el cordero para la comida y si era ya la hora de hacer la sopa de pescado.

—¿Por qué se preocupa tanto?—dijo Oblomov—. ¡Déjelo!

—¿Y quién va a cuidar de ello sino yo?—repuso ella—. Pondré aquí dos remiendos y me iré a hacer la sopa. ¡Qué chico más malo este Vania! La semana pasada le compuse la chaqueta y quedó como nueva y ya la tiene rota otra vez. ¿Por qué te ríes? —se dirigió a Vania que estaba sentado al lado de la mesa en mangas de camisa y con un pantalón sujeto con un solo tirante—. ¡Ya verás; no te la arreglaré hasta mañana y no podrás salir del patio! ¿Te la habrán roto los chicos, verdad? ¿Habéis peleado? ¡Confiésalo!

—No, mamá, se ha roto ella sola—dijo Vania.

—Sí, ya sé que «ella sola». Mejor sería que en vez de irte a correr por las calles te quedaras en casa

y estudiaras las lecciones. Mira, como Ilia Illich vuelva a decir que estudias mal el francés te quitaré los zapatos y no tendrás más remedio que quedarte en casa estudiando.

—¡No me gusta estudiar francés!

—¿Por qué?—le preguntó Oblomov.

—Porque el francés tiene muchas palabras indecentes.

Agafia Matveievna se puso colorada y Oblomov soltó una carcajada. De seguro que ya antes habían hablado acerca de las «palabras indecentes».

—¡Cállate, sinvergüenza!—dijo ella—. Sécate la nariz, ¿no ves?

Vania dió un sorbetón, pero no se secó la nariz.

—Cuando reciba el dinero de la aldea le haré dos vestidos—intervino Oblomov—; primero una chaquetilla azul marino y el año que viene el uniforme; entrará en un colegio.

—¡Vaya! Aun puede llevar el viejo; el dinero lo necesitaré yo para la casa. Haremos conservas de carnes saladas, dulces para usted... Voy a ver si Anisia ha traído la nata...

Se levantó.

—¿Y qué hay hoy?

—Sopa de pescado, cordero asado y *vareniki*.

Oblomov guardó silencio.

De improviso se oyó llegar un coche, llamar a la cancela y empezar a ladrar el perro.

Oblomov se fué a su cuarto creyendo que sería el carnicero o el verdulero o cualquier otro que venía a hablar con la casera. Estas visitas solían tener

por motivo reclamaciones de pago, luego respuestas negativas por parte de la dueña, amenazas del mercader, ruegos de la casera y por fin portazos, insultos y violentos ladridos del perro; en una palabra, un escándalo. Pero los carniceros y verduleros no iban en coche. ¿Quién sería? De pronto entró corriendo, asustada, la casera.

—¡Una visita!—exclamó.

—¿Quién? ¿Tarantiev o Alexeiev?

—¡No, no, aquel que comió aquí el día de San Elías!

—¿Stolz?—preguntó Oblomov con inquietud mirando a su alrededor para ver por dónde podía huir. ¡Dios mío, qué dirá al ver...! Dígale que no estoy en casa—ordenó apresurado y se fué a la habitación de la casera.

Anisia, a la que Agafia Matveievna tuvo tiempo de avisar, salió al encuentro de Stolz. Este creyó lo que le dijeron y se asombró de que Oblomov no estuviese en casa.

—Bueno, díle que volveré dentro de dos horas y comeré con él—dijo, y se fué al jardín público cercano.

—¡Vendrá a comer!—comunicó Anisia asustada.

—¡Vendrá a comer!—dijo con espanto Agafia Matveievna a Oblomov.

—Habrá que preparar otra comida—decidió éste después de un corto silencio.

Ella le dirigió una mirada de horror. En el bolsillo tenía sólo cincuenta copecas: hasta primero de mes, que era cuando el hermano le daba el di-

nero, quedaban sólo diez rublos y nadie le fiaría nada.

—No hay tiempo, Ilia Illich—objetó con timidez—, que coma lo que tenemos...

—¡Si no lo come, Agafia Matveievna! Aborrece la sopa de pescado, ni aun come esturión, y en cuanto al cordero, no lo probará.

—¡Se puede comprar lengua!—dijo ella de pronto como inspirada—. Aquí cerca, en la salchichería.

—Sí, eso está bien; y añada alguna verdura...; por ejemplo, judías.

«¡Las judías cuestan a ochenta copecas la libra!», pasó por su cabeza, pero no habló.

—Está bien, así se hará...—dijo decidiendo substituir las judías por repollo.

—¡Envíe a comprar una libra de queso de Suiza—ordenó él sin conocer los recursos de Agafia Matveievna—, y nada más! Le diré que me perdone, que no le esperábamos... Si se pudiera hacer un caldo...

Ella ya salía de la habitación.

—¿Y el vino?—recordó él.

Ella le contestó con una mirada de espanto.

—Hay que mandar a comprar vino Lafitte—concluyó él tranquilamente.

VI

Dos horas después llegó Stolz.

—¿Qué te pasa? ¡Cómo has cambiado y envejecido! ¡Qué pálido estás! ¿Te encuentras bien?—preguntó a Oblomov.

—Ando mal de salud, Andrés—dijo Oblomov abrazándole—; la pierna izquierda está muy torpe.

—¡Qué habitación tan asquerosa!—dijo Stolz mirando a su alrededor—. ¿Por qué no tiras ese *jalat?* Está todo remendado.

—La fuerza de la costumbre, Andrés; me da lástima tirarlo.

—Y la manta y las cortinas...—empezó Stolz—, ¿es también la costumbre? ¿Te da lástima tirar esos trapos? ¡Por piedad! ¿Es posible que puedas dormir en esa cama? Pero ¿qué te pasa?

Stolz miró fijamente a Oblomov y luego otra vez a las cortinas y a la cama.

—¡Qué más da!—dijo Oblomov confuso—. Ya sabes que nunca he sido muy cuidadoso de mi habitación... ¡Vamos a comer! Hola, Zajar, sirve pronto la mesa. Y tú, ¿qué tal? ¿Por mucho tiempo? ¿De dónde vienes?

—Adivina de dónde vengo y qué me ha pasado —dijo Stolz—; me parece que a ti no llegan noticias del mundo de los vivos.

Oblomov le miró con curiosidad esperando lo que le diría.

—¿Y qué es de Olga?—preguntó.

—¡Ah, no la has olvidado! Creí que ya no te acordabas.

—No, Andrés; ¿cómo sería posible olvidarla? Sería olvidar que en otro tiempo he vivido en el paraíso... Y ahora..., ya ves—suspiró Oblomov—. ¿Dónde está?

—En su aldea, dirigiendo la casa.

—¿Con su tía?

—Y con su marido.

—¿Está casada?—exclamó Oblomov abriendo los ojos.

—¿Por qué te asustas? ¿Son los recuerdos?...—añadió Stolz en voz baja y casi con dulzura.

—¡Oh, no, qué idea!—se disculpó Oblomov volviendo en sí—. No me he asustado, pero estoy asombrado; no sé por qué me ha impresionado tanto. ¿Y hace tiempo? ¿Es feliz? ¡Dímelo, por Dios! ¡Me has quitado un gran peso del alma! Aunque me habías asegurado que ella me había perdonado, no obstante... ¡yo no estaba tranquilo! Me preocupaba... ¡Mi querido Andrés, qué agradecido te estoy!

Se alegraba sinceramente, daba saltos en el sofá y se agitaba tanto que Stolz le miraba conmovido.

—¡Qué buenos eres, Ilia!—le dijo—. ¡Tu corazón merecía el suyo! ¡Le contaré todo!

—¡No, no, no se lo digas!—interrumpió Oblomov—. Me creería insensible al saber que he recibido con tanta alegría la noticia de su casamiento.

—¿Acaso la alegría es un sentimiento egoísta? Tú te alegras de saber que es feliz.

—¡Sí, sí, es verdad!—interrumpió Oblomov—. Sólo Dios sabe los disparates que estoy diciendo... ¿Y con quién? ¿Quién es ese hombre feliz? Aun no lo he preguntado.

—¿Quién?—repitió Stolz—. ¡Qué torpe eres, Ilia!

Oblomov clavó la mirada en su amigo, sus facciones se inmovilizaron en el acto y su cara perdió el color.

—¿Eres... tú?—preguntó de pronto.

—¿De nuevo te asustas? ¿De qué?—dijo Stolz riendo.

—¡No, sin bromas, Andrés, dime la verdad!—pidió Oblomov emocionado.

—A fe mía que es verdad. Estoy en el segundo año de mi matrimonio con Olga.

Poco a poco el susto que expresaba la cara de Oblomov desapareció substituído por una tristeza serena; aun no alzaba los ojos, pero un minuto después la tristeza cedió el sitio a una alegría tranquila y sincera y cuando por fin miró lentamente a Stolz su mirada reflejaba enternecimiento y lágrimas.

—¡Mi querido Andrés!—exclamó abrazando a Stolz—. ¡Querida Olga... Sergueievna!—añadió luego dominando su entusiasmo—. ¡Dios mismo os ha bendecido! ¡Oh Señor, qué feliz soy! Díle...

—¡Le diré que no hay dos Oblomov!—interrumpió Stolz sumamente conmovido.

—No, díle que me encontró en su vida para conducirla al camino, que bendigo aquel encuentro y que la bendigo viéndola en este nuevo camino. ¿Qué hubiera sido si otro...?—añadió con espanto—. Pero ahora no me avergüenzo del papel que representé, no me arrepiento; mi alma está aliviada del peso que la oprimía y soy feliz—concluyó contento—. ¡Gracias a Dios!

Le faltaba poco para saltar en el sofá llorando y riendo de emoción.

—¡Zajar, champaña para la comida!—gritó olvidando que no tenía ni una copeca.

—¡Le diré todo a Olga, todo!—dijo Stolz—. No en vano no puede olvidarte. Sí, tú la merecías; tienes buen corazón.

Zajar asomó la cabeza por la puerta.

—¿Hace el favor de venir?—dijo haciendo señas al señor.

—¿Qué pasa?—preguntó éste impaciente—. ¡Vete de aquí!

—Haga el favor de darme dinero—murmuró Zajar.

Oblomov se calló de pronto.

—Bueno, no hace falta—dijo en voz baja por la puerta—; di que me he olvidado o que no hubo tiempo. ¡Vete!... ¡No, ven aquí!—exclamó en voz alta—. ¿Sabes la novedad, Zajar? Felicita a Andrés Ivanovich: se ha casado.

—¡Ay padre mío! ¡Bendito sea Dios por haberme dejado conocer esta alegría! Muchas felicidades, padre mío Andrés Ivanovich; quiera Dios que viva muchos años y que tenga hijos. ¡Ay Dios mío, qué alegría!

Zajar saludaba, sonreía, roncaba y gruñía. Stolz sacó un billete de banco y se lo dió.

—Toma y cómprate una levita—le dijo—; pareces un mendigo.

—¿Y con quién, padre mío?—preguntó Zajar cogiendo la mano de Stolz.

—Con Olga Sergueievna, ¿te acuerdas?—dijo Oblomov.

—¿Con la señorita Illinskaia? ¡Señor mío, qué señorita tan buena! ¡Tuvo razón Ilia Illich en reñirme a mí, perro viejo! Fué mi pecado, lo confieso: siempre creí que era con usted. ¡También fuí yo y no Nikita quien lo contó a la servidumbre de la Illinsky. ¡Fué una calumnia! ¡Oh Señor mío! ¡Ay Dios de mi alma!...—repitió marchándose a la antesala.

—Olga te llama a la aldea para que pases una temporada con nosotros; tu amor se ha apagado, no hay peligro, no tendrás celos. ¡Vamos!

Oblomov suspiró.

—No, Andrés—dijo—; no temo ni al amor ni a los celos, pero no iré a vuestra casa.

—¿Qué temes?

—Temo a la envidia; vuestra felicidad sería para mí el espejo en el que continuamente vería mi propia vida amargada y perdida; ya no viviré de otro modo, ya no puedo.

—¡Vamos, Ilia! Vivirás, aun contra tu voluntad, en cuanto vivas entre gente viva. ¡Te ocuparás de tu hacienda, leerás, oirás música! ¡Cómo se ha desarrollado su voz! ¿Te acuerdas de *Casta diva?*

Oblomov agitó las manos para que no le recordase nada.

—¡Vamos!—insistió Stolz—. Es deseo de Olga: no te dejará en paz. Yo me canso, pero ella no. Tiene tanto entusiasmo, tanta vida, que a veces me da que hacer. En tu alma se despertará el pa-

sado. Te acordarías del parque, de las lilas y sacudirías tu apatía...

—¡No, Andrés, no! ¡No me lo recuerdes, no revuelvas, por amor de Dios!—interrumpió Oblomov serio—. Me haces sufrir. Los recuerdos son, o el mayor encanto cuando son recuerdos de una gran felicidad, o un dolor agudo cuando tocan heridas apenas cicatrizadas... Hablemos de otra cosa. No te he dado las gracias por el arreglo de mis negocios y administración de la aldea. ¡No puedo, estoy incapaz! Busca la recompensa en tu propio corazón, en tu felicidad, en Olga... Sergueievna, pero yo..., yo... no puedo. Perdona que aun no te haya librado de esa carga. Pronto llegará la primavera e iré sin falta a Oblomovka...

—¿Sabes cómo está Oblomovka? ¡No la conocerías!—dijo Stolz—. No te he escrito porque no contestas a las cartas. Está ya construído el puente, y la casa tiene tejado nuevo. En cuanto a la ornamentación interior tú la harás a tu gusto; de eso no me encargo. He colocado como administrador a un conocido mío. ¿Has visto la lista de gastos?...

Oblomov callaba.

—¿No la has leído?—preguntó Stolz mirándole—. ¿Dónde está?

—Deja, la buscaremos después de comer; hay que preguntar a Zajar...

—¡Oh Ilia Illich, no sé si debo reír o llorar!

—La buscaremos después de comer. Siéntate.

Stolz hizo una mueca al sentarse a la mesa. Se

acordó del día de San Elías, las ostras, piñas, perdices; ahora veía un mantel de tela basta; a falta de tapones, las vinagreras estaban tapadas con pedazos de papel; en los platos negreaba una rebanada de pan negro y los tenedores tenían los mangos rotos. A Oblomov le sirvieron sopa de pescado y a Stolz sopa con cebada perlada y pollo cocido, luego lengua dura y cordero. Sirvieron vino tinto. Stolz se sirvió medio vaso, probó, puso el vaso en la mesa y no volvió a tocarlo. Ilia Illich se bebió una tras otra dos copitas de aguardiente de grosella y empezó a comer con avidez el cordero.

—¡Este vino no vale nada!—dijo Stolz.

—Perdona, no han tenido tiempo de ir a la otra orilla—se disculpó Oblomov—. ¿Quieres aguardiente de hojas de grosella? Es muy rico. ¡Pruébalo, Andrés!

Se sirvió una tercera copa y se la bebió. Stolz le miró asombrado, pero no dijo nada.

—Lo hace Agafia Matveievna: ¡qué mujer tan buena!—dijo Oblomov algo embriagado—. He de confesar que no sé cómo podré vivir sin ella en la aldea: ¡no encontraré un ama semejante!

Stolz le escuchó frunciendo las cejas.

—¿Quién crees que hace la comida? ¿Anisia? ¡No!—prosiguió Oblomov—. Anisia cuida de los pollos, riega el repollo de la huerta y friega los suelos; es Agafia Matveievna la que lo hace todo en la cocina.

Stolz no comió ni cordero ni *vareniki;* puso el tenedor sobre la mesa y observó la avidez con que comía Oblomov.

—Ahora ya no llevo una camisa puesta del revés—continuó Oblomov chupando un hueso—; ella lo mira todo y lo ve todo; no tengo ni una media sin zurcir, y todo lo hace ella personalmente. ¡Y qué café más rico hace! Te lo daré después de comer.

Stolz escuchaba en silencio con cara preocupada.

—Ahora se ha marchado su hermano, porque piensa casarse, y como comprenderás, no hay tanto como antes. Antes siempre estaba moviéndose, desde la mañana hasta la noche, ya al mercado, ya a la otra orilla...; ¿sabes lo que te digo?—concluyó Oblomov articulando con esfuerzo—. Dame dos o tres mil rublos y no te ofreceré cordero y lengua; te daría esturión, truchas, filetes de primera. ¡Agafia Matveievna haría milagros sin necesidad de cocinero, sí!

Bebió una copita más.

—Bebe, Andrés. ¡Es un aguardiente riquísimo! Olga Sergueievna no hará uno igual—decía vacilando—. Cantará *Casta diva,* pero no hará el aguardiente. ¡Y tampoco te haría una empanada con pollos y setas! Y lo que más me gusta es que no lo hace un cocinero; Dios sabe con qué manos haría la pasta. ¡Agafia Matveievna es la limpieza en persona!

Stolz escuchaba con atención aguzando los oídos.

—¡Qué manos más blancas las suyas!—continuó Oblomov ya ebrio—. ¡Daría gusto besarlas! Ahora

se le han estropeado porque lo hace todo. ¡Me almidona ella misma las camisas!—exclamó Oblomov expresivamente y casi llorando—. Lo he visto yo mismo. Hay mujeres que no cuidan tanto del marido. ¡Qué mujer tan buena esta Agafia Matveievna! ¿Eh, Andrés? Ven a vivir aquí con Olga Sergueievna, alquila un hotel: ¡qué bien viviríamos! Tomaríamos el te en el bosquecillo, el viernes de San Elías iríamos a los Porojovye y nos seguiría el carro con los víveres y el *samovar*. Allí nos echaríamos en la hierba. Agafia Matveievna enseñaría a Olga Sergueievna a hacer las cosas de la casa, ¡de veras! Pero ahora todo anda mal: se ha marchado el hermano. Y si a nosotros nos dieran tres o cuatro mil rublos, ya verías qué pavos te serviría...

—¡Yo te envío cinco mil!—exclamó de pronto Stolz—. ¿En qué los gastas?

—¿Y la deuda?—dejó escapar Oblomov.

Stolz se levantó de un salto.

—¿La deuda?—repitió—. ¿Qué deuda?

Y miraba a Oblomov como un maestro airado mira al niño culpable.

Oblomov calló de pronto. Stolz se sentó al lado de él en el sofá.

—¿A quién debes?—preguntó.

Oblomov se serenó y volvió en sí.

—A nadie. He dicho una mentira—dijo.

—No. Ahora es cuando mientes, pero con poca habilidad. ¿Qué te pasa, Ilia? ¡He aquí la causa del cordero y del vino agrio! ¡No tienes dinero! ¿En qué lo gastas?

—Debo un poco... a la casera... por los víveres...—dijo Oblomov.

—¡Por el cordero y la lengua! ¡Ilia! Dime qué te pasa. ¿Qué historias son esas de que el hermano se ha mudado..., la casa va mal?... Algo hay en todo esto. ¿Cuánto debes?

—Diez mil rublos por un pagaré—murmuró Oblomov.

Stolz dió un salto y volvió a sentarse.

—¿Diez mil? ¿A la casera? ¿Por los víveres?—repitió con horror.

—Sí, gastaba mucho; he vivido espléndidamente... ¿Te acuerdas? Piñas, melocotones...; por eso me he empeñado...—tartamudeó Oblomov—. ¿Para qué hablar de ello?

Stolz no le contestó. Discurría: «Se ha mudado el hermano, la casa va mal y así es en realidad; todo tiene un aspecto pobre y sucio. ¿Qué clase de mujer será la casera? Oblomov la elogia, ella cuida de él, habla de ella con calor...»

De pronto el semblante de Stolz cambió: había creído adivinar la verdad. Sintió en el alma como un soplo frío...

—¡Ilia!—dijo—. Esa mujer, ¿qué es para ti?...

Pero Oblomov tenía la cabeza puesta sobre la mesa y dormía.

«Le está despojando, le roba todo... Es una cosa corriente y a mí no se me ha ocurrido hasta ahora», pensó Stolz.

Se levantó y abrió tan rápidamente la puerta que daba a la habitación de la casera, que ésta, de

susto, dejó caer la cucharilla con que estaba revolviendo el café.

—Tengo que hablar con usted—le dijo cortésmente.

—Haga el favor de pasar al salón, voy en seguida—contestó ella con timidez.

Y echándose el pañuelo del cuello, le siguió y se sentó en el borde del sofá. Ya no llevaba su chal y procuraba esconder las manos debajo del pañuelo.

—¿Le ha dado un pagaré Ilia Illich?—preguntó Stolz.

—No—contestó ella con mirada de torpe asombro—. No me ha dado ninguna carta.

—¿Cómo ninguna?

—¡No he visto ninguna carta!—repitió ella con el mismo asombro.

—¡Un pagaré!—insistió Stolz.

Ella reflexionó un poco.

—Mejor será que hable con mi hermano—dijo ella—, porque yo no he visto ninguna carta.

«¿Será tonta o embustera?», pensó Stolz.

—¿Pero Ilia Illich le debe a usted dinero?—le preguntó.

Ella le miró torpemente; luego, de pronto, su fisonomía se hizo más consciente y hasta reflejó inquietud. Se acordó de las perlas, de la plata y del capote y creyó que Stolz aludía a esta deuda; únicamente no pudo comprender cómo se había enterado, porque ella no había dicho ni una palabra de este secreto, no ya a Oblomov, sino ni a Anisia,

a la que solía dar cuenta de cada copeca que gastaba.

—¿Cuánto le debe?—preguntó Stolz con inquietud.

—¡No me debe nada! ¡Ni una copeca!

«¡Lo oculta, le da vergüenza! ¡Qué criatura tan usurera!—pensó él—. ¡Pero la haré hablar!»

—¿Y los diez mil?

—¿Qué diez mil?—preguntó ella asombrada.

—Ilia Illich le debe a usted diez mil rublos por un pagaré, ¿sí o no?

—No me debe nada. Por Cuaresma debíamos al carnicero doce rublos cincuenta, pero los hemos pagado hace ya dos semanas; también hemos pagado a la lechera; él no debe nada.

—¿Es que no tiene usted algún documento contra él?

Ella le miró torpemente.

—Sería mejor que hablase con mi hermano—contestó—. Vive en la otra calle, en casa de Zamijkalov, aquí cerca; la casa del bodegón...

—No, permítame que hable con usted—dijo Stolz con firmeza—. Ilia Illich dice que es deudor de usted y no de su hermano...

—No me debe nada—contestó ella—. La plata, perlas y pieles las he empeñado para mí. Compré zapatos para mí y para Macha, tela para camisas de Vania y pagué el verdulero. No gasté ni una copeca para Ilia Illich.

Stolz la miraba penetrando el sentido de las palabras. Tal vez adivinaba el secreto de Agafia Mat-

veievna y la mirada de desprecio fué substituída involuntariamente por otra de curiosidad y hasta de compasión. En lo de las perlas, plata y pieles leyó vagamente el secreto de los sacrificios, pero no podía saber si eran por pura abnegación o con esperanzas de futuros provechos.

No sabía si entristecerse o alegrarse por Ilia. Veía claro que Oblomov no debía nada a la casera, que esta deuda era una estafa del hermano, pero además había descubierto otras cosas...

¿Qué significaba aquello de empeñar la plata y las perlas?

—Entonces, ¿no tiene nada contra Ilia Illich?—preguntó.

—Haga el favor de hablar con mi hermano—dijo ella con voz monótona—; ahora debe estar en casa.

—¿Asegura usted que Ilia Illich no le debe nada?

—¡Ni una copeca! ¡A fe mía que es verdad!—juró ella mirando el icono y persignándose.

—¿Lo afirmaría ante testigos?

—¡Ante todos, aunque fuese en confesión! Y al empeñar las perlas y la plata lo he hecho para mis propios gastos.

—¡Muy bien!—interrumpió Stolz—. Mañana pasaré por aquí con dos amigos míos y usted no se negará a decir lo mismo ante ellos.

—Sería mejor que hablase con mi hermano—repitió ella—, porque yo no estoy bien vestida..., siempre en la cocina... Estará mal que me vea gente desconocida; me juzgarán mal...

—No, no importa; a su hermano le veré mañana

mismo, después que haya firmado usted un documento...

—He perdido la costumbre de escribir.

—No hay que escribir mucho, sólo dos renglones.

—Mejor será que lo escriba Vania; escribe muy bien.

—No, no se niegue—insistió Stolz—. Si no quiere usted firmar será porque Ilia Illich le debe diez mil rublos.

—No, no me debe nada, ni una copeca—repitió ella.

—Entonces tiene usted que firmar. Adiós, hasta mañana..

—Mejor es que vaya usted mañana a ver a mi hermano—dijo ella acompañándole—; está aquí cerca, en la esquina...

—¡No! Y le ruego que no diga nada a su hermano hasta que vaya yo, pues si no causará un gran perjuicio a Ilia Illich...

—¡Entonces no le diré nada!—dijo ella obediente.

VII

Al día siguiente Agafia Matveievna firmó a Stolz un documento en el que afirmaba no ser deudora de Oblomov y con el documento en el bolsillo Stolz fué a visitar al hermano.

Esta visita fué para Iván Matveich como un rayo. Sacó el pagaré y con mano temblorosa señaló

con el dedo la firma de Oblomov y la legalización del notario.

—Según la ley—dijo—no tengo nada que ver con eso: no hago mas que cuidar de los intereses de mi hermana e ignoro qué cantidad haya podido prestar a Ilia Illich.

—¡No crea que esto quedará así!—amenazó Stolz al marcharse.

—¡Es cosa legal! ¡No tengo nada que ver en ello! se disculpó Iván Matveich escondiendo las manos en las mangas.

Al día siguiente, apenas entró en la oficina, le avisaron de que el jefe le llamaba para que fuese inmediatamente.

—¡El jefe!—exclamaron todos con espanto—. ¿Para qué? ¿Qué ocurre? ¿Querrá ver algún expediente? ¿Cuál? ¡Pronto, pronto, coser los papeles, escribir las listas! ¿Qué pasará?

Al anochecer Iván Matveich llegó de mal humor a la taberna. Allí estaba, hacía tiempo esperándole, Tarantiev.

—¿Qué hay, compadre?—preguntó con impaciencia.

—¿Qué hay?—dijo Iván Matveich con voz sorda—. ¿Qué supones?

—Te habrán reñido.

—¡Reñido!—repitió Iván Matveich—. ¡Mejor hubiera sido que me pegasen! ¡Bueno eres!—le reprochó—. ¡No me habías dicho quién era ese alemán!

—¡Ya te dije que era un tío muy listo!

—¡Qué listo! ¡A esos ya los conozco! ¿Por qué no me dijiste que era un hombre influyente? Se tutea con el jefe como tú y yo. Si lo hubiera sabido no me hubiera metido con él.

—Pero... si es una cosa legal—repuso Tarantiev.

—Prueba a decírselo a ellos. ¿Sabes lo que me preguntó el jefe?

—¿Qué?—preguntó Tarantiev con curiosidad.

—¿Es verdad que usted, con la ayuda de un bribón, emborracharon al señor Oblomov y le hicieron firmar un pagaré a nombre de su hermana de usted?

—¿Dijo así «con un bribón»?—volvió a preguntar Tarantiev.

—Sí, así dijo...

—¿Y quién será ese bribón?

El compadre miró a Tarantiev.

—¿No lo sabes?—preguntó sarcástico—. ¿No serás tú?

—Pero ¿cómo me conoce a mí?

—Dales las gracias al alemán y a tu paisano. El alemán se enteró de todo...

—Debías haber designado a cualquier otro y no decir que yo estuve con vosotros.

—¡Qué santo eres!

—¿Y qué contestaste cuando te preguntó el jefe si era verdad que tú con un bribón...? Dirías alguna mentira.

—¿Engañarle? ¿Crees que se puede? ¡Tiene unos ojazos verdes! Hice mil esfuerzos para decir: «No es verdad, excelencia, eso es una calumnia, ni si-

quiera conozco a ese Oblomov, son cosas de Tarantiev...», pero no pude mover la lengua; caí de rodillas ante él...

—Bueno, y qué, ¿quieren pleitear?—preguntó Tarantiev con voz sorda—. Eso no me toca a mí, sino a ti, compadre...

—¿Cómo que no te toca? No, amigo; si hay que meter el cuello en el lazo tú lo meterás el primero. ¿Quién incitaba a Oblomov a beber? ¿Quién le injuriaba y amenazaba?

—¡Tú me lo encargaste!

—¿Acaso eres menor de edad? ¡Yo no sé ni he oído nada!

—¡Qué canalla eres! ¿Cuánto te metiste en el bolsillo con mi ayuda, mientras yo sólo gané trescientos rublos?

—¿Y qué? ¿Va a cargar todo sobre mis hombros?—dijo Iván Matveich—. Diré que mi hermana, ignorando las leyes, me pidió que hiciese legalizar el pagaré por un notario, ¡y nada más! Zaterty y tú, que fuisteis los testigos, os las arregláreis; sois los responsables.

—Tienes que reñir a tu hermana; ¿cómo se ha atrevido a declarar contra ti?—dijo Tarantiev.

—¿Qué voy a hacer? ¡Mi hermana es tonta!

—¿Y qué dice?

—¿Qué? Llora y repite lo mismo: «¡Ilia Illich no me debe nada, no le he prestado nada!»...

—Tienes un pagaré contra ella, no perderás lo tuyo...

Iván Matveich sacó del bolsillo el pagaré contra

su hermana, lo rompió y ofreció los pedazos a Tarantiev.

—Toma, te lo ragalo, ¿lo quieres?—dijo—. ¿Con qué va a pagar mi hermana? ¿Con la casa y la huerta? No me darían por ello ni mil rublos; está para derrumbarse. Además, ¿crees que no tengo lástima? ¿Voy a dejar que pida limosna con los chicos?

—Pues va a haber un proceso—dijo Tarantiev con timidez—. Compadre, es necesario salir limpitos de este asunto; haz el favor de no abandonarme.

—Proceso no habrá. El jefe me amenazó con desterrarme, pero el alemán me defendió; no quiere que haya escándalo.

—¿De veras? ¡Qué tranquilidad, compadre! ¡Bebamos!—exclamó Tarantiev.

—¿Beber? ¿A costa de quién? ¿A la tuya?

—¿Cómo? ¿Y tú? Hoy habrás ganado tus siete rublos en plata.

—¡Sí, sí; adiós mis ganancias! No acabé de contarte lo que me dijo el jefe.

—¿Qué?—preguntó Tarantiev perdiendo de nuevo el ánimo.

—Me ordenó que presentase la dimisión.

—¿Qué me dices?—dijo Tarantiev con los ojos desencajados—. ¡Bueno!—exclamó enfurecido—. ¡Ya se lo diré al paisano! ¡Le insultaré! ¡Le pondré como un trapo!

—No sabes mas que insultar.

—¡Ya lo verás!—dijo Tarantiev—. Pero quizá

tengas razón, mejor será esperar. Escucha lo que se me ocurre.

—¿Qué es?—preguntó Iván Matveich pensativo.

—Se podría hacer una cosa... Lástima que te hayas marchado de la casa...

—¿Y qué?

—¿Qué?—dijo mirando a Iván Matveich—. Hay que espiar a Oblomov y a tu hermana para enterarse de qué clase de empanadas están haciendo y luego... ¡testigos! Entonces sí que ni el alemán podría ayudarles. Ahora eres un cosaco libre y puedes hacer incoar una causa, ¡sería cosa legal! El mismo alemán se asustaría y querría reconciliarse.

—¡La verdad es que sí que se podría!—contestó Iván Matveich pensativo—. No eres tonto para inventar, pero no sirves para hacer nada, lo mismo que Zaterty. ¡Pero yo encontraré un medio, espera! —dijo animándose—. ¡Ya verás! Enviaré a mi cocinera a la cocina de mi hermana, entablará amistad con Anisia, se enterará de todo y entonces... ¡Bebamos, compadre!

—Bebamos—repitió Tarantiev—. Luego iré a insultar al paisano.

Stolz intentó llevarse consigo a Oblomov, pero éste le rogó que le dejase un mes más, y tanto le rogó que Stolz no pudo negárselo. Dijo que necesitaba arreglar sus cuentas, traspasar el piso y ordenar sus asuntos de tal modo que no tuviese que volver más a Petersburgo. Tenía además que comprar los muebles para la casa de la aldea y, por fin, buscar una buena ama de llaves, por el estilo

de Agafia Matveievna, a la que no desesperaba de convencer para que vendiese la casa y se fuese con él a la aldea a dirigir otra digna de su actividad.

—A propósito de la casera—le interrumpió Stolz—, quería hacerte una pregunta: ¿en qué clase de relaciones estás con ella?

Oblomov se puso colorado.

—¿Qué me quieres decir?—preguntó aceleradamente.

—Ya lo sabes; si no, no tendrías por qué ponerte colorado. Oye, Ilia, si en tu caso puede servirte de algo un consejo, te pido en nombre de nuestra amistad que seas prudente...

—¡Pero, hombre, por Dios!—se defendió Oblomov turbado.

—Has hablado de ella con tanto calor que empiezo a creer que la...

—¿Amo? ¿Es eso lo que quieres decir? ¡Por Dios!—interrumpió Oblomov esforzándose en reír.

—Entonces aún peor; si no hay ningún móvil moral y es sólo...

—¡Andrés! ¿Acaso me tienes por inmoral?

—Entonces, ¿de qué te avergüenzas?

—De que se te haya podido ocurrir esa idea.

Stolz meneó la cabeza dudando.

—¡Cuidado, Ilia! ¡No caigas! Es una mujer ordinaria: suciedad y una asfixiante torpeza y grosería... ¡Uf!

Oblomov guardó silencio.

—¡Bueno, adiós!—concluyó Stolz—. Le diré a

Olga que nos veremos este verano, si no en nuestra casa, por lo menos en Oblomovka. ¡Acuérdate que no me deja en paz!

—Desde luego, desde luego—aseguró Oblomov—. Hasta puedes decirle que pasaré el invierno con vosotros.

—¡Ojalá! ¡Qué alegría nos darías!

Stolz se fué aquel mismo día y al anochecer llegó a la casa Tarantiev; no podía dominar el deseo de insultarlo, pero no tenía en cuenta que Oblomov, en casa de los Illinsky, y venciendo su apatía, había tomado gran aversión a la grosería y al descaro. Ya se lo había hecho notar a Tarantiev cuando vivía en el campo; pero éste le visitaba ahora raramente y siempre en presencia de otras personas, de modo que no podía haber lugar a disputas.

—¡Buenas, paisano!—dijo Tarantiev rabiando y sin tender la mano.

—¡Buenas!—contestó fríamente Oblomov mirando por la ventana.

—Qué, ¿te has despedido de tu protector?

—Sí, me he despedido. ¿Qué pasa?

—¡Vaya con el protector!—continuó Tarantiev mordaz.

—No te gusta, ¿eh?

—Le hubiera ahorcado—rugió Tarantiev con odio.

—¿Sí?

—En el mismo árbol que a ti.

—¿Por qué?

—Para que procedas más honradamente; cuan-

do se tiene una deuda hay que pagar y no rehuirla. ¿Qué has hecho?

—Mira, Mijey Andreevich, déjame de cuentos; te he aguantado mucho por pereza y despreocupación; creí que tendrías algo de conciencia, pero veo que no. Tú y ese camastrón de tu compadre habéis querido engañarme; no sé cuál de vosotros será peor, pero los dos me dais asco. Mi amigo me ha sacado de una situación estúpida...

—¡Vaya con el amigo!—exclamó Tarantiev—. He oído decir que también te ha quitado la novia. ¡Buen protector! ¡Qué imbécil eres, paisano!

—Hazme el favor de dejarme en paz—dijo Oblomov deteniéndole.

—¡No, no te dejaré! ¡Ingrato, no quieres hablarme! Yo te he establecido aquí, te he procurado un tesoro de mujer. Te he proporcionado paz y toda clase de comodidades y te he colmado de favores y tú me vuelves la cara. ¡Vaya con el protector que encontraste: el alemán! Te ha tomado la propiedad en arriendo, te desplumará, te llenará de acciones. ¡Te hará pedir limosna, ya verás! Te llamo no sólo imbécil, sino además ingrato.

—¡Tarantiev!—gritó en son de amenaza Oblomov.

—¿Por qué gritas? ¡Yo también gritaré y le diré a todo el mundo que eres un imbécil y un animal! —gritó Tarantiev—. Iván Matveich y yo te hemos cuidado y mimado, te hemos servido como siervos, andábamos en la punta de los pies, te mirábamos como a las niñas de nuestros ojos y tú le has calum-

niado a él ante su jefe: ¡ahora está sin empleo y sin un pedazo de pan! ¡Eso es una bajeza y una ruindad! Debías ahora darle la mitad de tu fortuna, firmarle un pagaré. Ahora no estás borracho, tienes el espíritu claro; ¡dame un pagaré! ¡No saldré de aquí sin él!...

—¿Por qué grita tanto, Mijey Andreevich?—preguntaron la casera y Anisia asomando por la puerta—. Se han parado ya dos transeúntes y están escuchando los gritos...

—¡Sí, gritaré!—vociferaba Tarantiev—. ¡Que caiga sobre este imbécil la deshonra! ¡Que te engañe ese fullero de alemán, ya que se ha puesto de acuerdo con tu amante!...

Resonó una formidable bofetada. Tarantiev, abofeteado por Oblomov, se calló en el acto. Se dejó caer en una silla y miraba a todas partes con ojos asombrados.

—¿Qué es eso? ¿Qué? ¡Ah! ¿Qué es eso?—dijo pálido, sofocado y apretándose la mejilla—. ¡Esto es una deshonra! ¡Me las pagarás! Voy a presentar una denuncia. ¿Lo habéis visto?

—No hemos visto nada—dijeron a coro las dos mujeres.

—¡Ah! ¡Aquí hay una conspiración! ¡Esto es una cueva de bandidos! ¡Una banda de fulleros! Me roban, me matan...

—¡Fuera de aquí, canalla!—gritó Oblomov pálido y temblando de rabia—. ¡Sal de aquí en el acto o te mato como a un perro!—dijo buscando con la vista su bastón.

—¡Que me matan! ¡Socorro!—gritaba Tarantiev.

—¡Zajar! ¡Echa de aquí a este canalla y que no se atreva a volver!—gritó Oblomov.

—Haga el favor. Aquí está Dios y aquí la puerta—dijo Zajar indicando al icono y a la puerta.

—He venido a ver a la comadre y no a ti—vociferó Tarantiev.

—¡Váyase con Dios! No le necesito, Mijey Andreevich—dijo Agafia Matveievna—. Usted visitaba a mi hermano y no a mí. ¡Para mí es usted más desagradable que los rábanos amargos! Bebe, come y encima insulta.

—¿Sí, comadre? ¡Bueno, ya su hermano le dirá!... Y tú me las pagarás. ¿Dónde está mi sombrero? ¡Idos al diablo!, ¡bandidos!, ¡asesinos!—gritaba ya en el patio—. ¡Me las pagarás!

El perro saltaba y se deshacía ladrando.

Después de esta entrevista, Tarantiev y Oblomov no volvieron a verse nunca.

VIII

Stolz no volvió a Petersburgo en unos cuantos años.

Tan sólo una vez fué unos cuantos días a la propiedad de Olga y a Oblomovka. Ilia Illich recibió de él una carta en la que le instaba a que fuese a la aldea y tomase en sus manos la administración de la hacienda, ya puesta en orden, porque Stolz y Olga se iban a vivir a la costa de Crimea, pues

Stolz tenía negocios en Odessa y su mujer tenía que reponerse por haber quedado delicada después del parto.

Se establecieron en un rinconcito a orillas del mar. La casa era modesta y no muy grande. El interior, así como el exterior, tenían estilo y todo el adorno y la decoración llevaba el sello del gusto personal de sus moradores. Trajeron consigo muchas cosas y todavía les enviaron de Rusia y del extranjero muchos líos, cajones y carros.

Un aficionado a las comodidades se hubiera encogido de hombros al ver aquella heterogeneidad de muebles, cuadros viejos, estatuas sin pies ni manos, grabados malos, pero queridos como recuerdos, y *bibelots*. Pero los ojos de un inteligente se hubieran animado más de una vez al ver algún que otro cuadro, algún libro amarillento, porcelanas antiguas, piedras y monedas.

Entre aquellos muebles y cuadros de épocas diferentes; entre aquellos *bibelots* sin valor, pero que recordaban una hora feliz; entre aquel océano de libros y cuadernos de música se percibía un soplo de vida, de algo que sacudía el espíritu y el sentimiento estético. Se apreciaba en todo un pensamiento despierto y resplandecía la belleza creada por el hombre como alrededor del hotel resplandecía la eterna belleza natural.

Allí encontraron un sitio el alto pupitre que fué del padre de Andrés y los guantes de piel agamuzada; la capa de hule colgaba en un rincón al lado del armario con minerales, conchas, esqueletos de

pájaros, muestras de barro, objetos, etc. En medio de todo, como en un puesto de honor, brillaba el oro y las incrustaciones del piano de cola de Erard.

La casa estaba tapada de arriba abajo con una tupida red de parra, hiedra y mirtos. Desde la galería se veía el mar y la fachada opuesta daba a la carretera.

Olga aguardaba a Andrés cuando éste salía a sus negocios, y al verle llegar bajaba, cruzaba corriendo el magnífico parterre y la larga avenida de álamos y se abrazaba al cuello de su marido, siempre con las mejillas sonrosadas por la alegría y la mirada brillante, siempre con las mismas señales de impaciente felicidad a pesar de haberse cumplido ya más del segundo aniversario del matrimonio.

Stolz tenía del amor y del matrimonio un concepto tal vez original y exagerado, pero desde luego libre. También en este asunto siguió un camino, que le parecía fácil y sencillo; ¡pero por qué difícil aprendizaje tuvo que pasar y cuánta paciencia y labor empleó hasta aprender a dar aquellos «pasos sencillos»!

Había heredado de su padre la costumbre de mirar con seriedad a todos los asuntos; quizá hubiera heredado de él la severa formalidad que los alemanes ponen en cada paso de la vida, sin exceptuar el matrimonio. La vida del viejo Stolz era como una senda tallada en una piedra y no dejaba sitio a las hipótesis; pero la madre con sus canciones y dulce arrullo, y luego la casa de los príncipes, y más tarde la Universidad, los libros y la sociedad apar-

taron a Andrés del camino derecho trazado por su padre; la vida rusa trazaba sus dibujos imperceptiblemente y la senda incolora se había convertido en un ancho camino de colores vivos.

Andrés no ponía cadenas al sentimiento y hasta le dejaba libertad de soñar procurando tan sólo no perder pie; pero al volver en sí de los sueños no podía resistir, por su naturaleza alemana, al deseo de hacer deducciones.

Era fuerte físicamente porque era recio de espíritu. Cuando adolescente, era vivo y travieso, y cuando no jugaba se ocupaba de los negocios bajo la vigilancia de su padre. No tenía tiempo para soñar. Su imaginación se conservaba sana y su corazón puro; la madre cuidaba de ambos.

Siendo ya adulto cuidaba instintivamente de su vigor y pronto descubrió que de este vigor es del que nacen la energía y la alegría y la virilidad que templa el alma para no temblar ante la vida por difícil que sea, para considerarla no como un yugo o una cruz, sino como un deber y resistir dignamente en la lucha por ella.

Dedicó mucho trabajo mental al estudio de las leyes complicadas del corazón. Observando consciente o inconscientemente la impresión que sobre la imaginación producía la belleza; cómo esta impresión se transformaba en sentimiento, sus síntomas, cambios y resultados; mirando alrededor de sí y avanzando en la vida, llegó a la convicción de que el amor, como nueva palanca de Arquimedes, es la fuerza que mueve el mundo; que es una tan

indiscutible verdad universal cuanta mentira y fealdad constituye su no comprensión o abuso. ¿Dónde está el bien? ¿Dónde el mal? ¿Dónde el límite entre ambos?

Al preguntarse ¿dónde está la mentira?, pasaban por su imaginación máscaras del presente y del pasado. Miraba ya sonriéndose, ya ruborizándose, ya enfurruñándose, la fila interminable de héroes y heroínas de amor: don Quijotes con guantes de acero y las damas de sus pensamientos guardándose mutua fidelidad en cincuenta años de separación; pastores de caras sonrosadas y ojos ingenuos y sus Cloes rodeadas de corderitos. Ante él aparecían marqueses de pelo empolvado, adornados con encajes, con los ojos destellando inteligencia y de sonrisa depravada; Werthers que se pegaron un tiro o se ahorcaron o se ahogaron; vírgenes marchitas, con eternas lágrinas de amor, que acababan su vida en un convento; caras bigotudas de los protagonistas de la época reciente, con impetuosa mirada ardiente en sus ojos ingenuos; conscientes don Juanes y hombres racionalistas que temen ser sospechosos de amor y a cencerros tapados adoran a sus propias amas de llaves..., ¡todos, todos!

Al preguntarse ¿dónde está la verdad?, buscaba alrededor de sí con la imaginación y con la mirada ejemplos de sencilla y honrada pero profunda e indisoluble unión con la mujer, pero no los encontraba, y cuando le parecía que había encontrado no era mas que un engaño, sufría una desilusión, se

sumía en tristes reflexiones y hasta se desesperaba.

«Se ve que esta dicha no se nos concede nunca plenamente—pensaba—o que los corazones capaces de encenderse en este amor son vergonzosos, pierden ánimo y se esconden sin esperar a combatir a los pretenciosos; quizá los compadecen y los perdonan en nombre de su propia dicha, por el delito de coger una tan preciosa flor, sin tener terreno abonado donde pueda arraigar, crecer y convertirse en un árbol frondoso capaz de sombrear toda la vida.»

En los matrimonios, en las relaciones de los maridos con sus mujeres veía siempre algo incomprensible, algún enigma que no podía aclarar; sin embargo, estos maridos no se paraban a pensar en problemas complicados, seguían la senda con paso tan mesurado y consciente como si todo estuviese resuelto.

«¿Tendrán razón? ¿Es posible que no haya que buscar nada más?», pensaba desconfiando de sí mismo al ver cómo en algunos termina pronto el amor, como si éste hubiese sido el abecedario del matrimonio, como una fórmula de cortesía, como se hace un saludo al entrar en un salón y luego, ¡fuera!, sacuden de sus hombros y con impaciencia la primavera de la vida y muchos, durante todo el resto de ésta, miran de soslayo a sus mujeres como enfadados porque antaño cometieron la tontería de amarlas.

A otros, el amor no les abandona en mucho tiem-

po, a veces hasta la vejez, pero tampoco les abandona la sonrisa de sátiro...

Por último, la mayoría contrae matrimonio del mismo modo que se compra una finca, para disfrutar de sus ventajas materiales: la mujer pone más orden en la casa, es ama, madre e institutriz de los hijos; en cuanto al amor, lo miran del mismo modo que la situación de la hacienda; una vez enterados, ya no hace falta ocuparse más de ello.

«¿A qué será debido esto? ¿Será consecuencia de las leyes inmanentes de la Naturaleza o de la falta de educación y preparación?...—se decía—. ¿Dónde hallar esa mutua atracción que nunca pierde su encanto natural sin necesidad de disfrazarse ridículamente; que cambia de forma y evoluciona, pero que no se extingue? ¿Cuál es la forma natural de este bien derramado por todas partes y que llena de jugo la vida?»

Miraba a lo lejos, y allá, como a través de la niebla, le parecía ver la imagen del amor y la de la mujer, sencilla, pero resplandeciente, luminosa y pura.

«¡Es un sueño!», se decía volviendo en sí con sonrisa que acusaba la rebeldía de su espíritu. Pero este sueño volvía, contra su voluntad, a su memoria.

Al principio esta imagen era algo abstracto, la mujer en general; pero al descubrir en la floreciente belleza de Olga el vigor y la sed de luchar con la vida encarnó en ella la imagen del amor y le pareció que en la mutua atracción entre los dos podía encontrar la verdad sin disfraces bufonescos.

Sin mezclar con el problema del amor y del matrimonio cálculos materiales ni establecer relaciones de tiempo y lugar, Stolz reflexionaba sobre el modo de conciliar su actividad externa, hasta entonces infatigable, con la vida de familia, preguntándose cómo un viajero, un negociante podría transformarse en un ser sedentario. ¿Con qué iba a llenar su vida doméstica si cesase aquella agitación externa?

La educación e instrucción de los hijos era desde luego un problema difícil y complicado, pero esto se presentaría en un porvenir lejano: ¿qué haría hasta entonces?

Estas preguntas le inquietaban con frecuencia ya hacía tiempo; no se encontraba mal de soltero, no tenía prisa por ponerse la cadena del matrimonio apenas le latiera el corazón. Por esto parecía hasta despreciar a Olga cuando ésta era aún muchacha, admirándola sólo como una niña graciosa que prometía mucho; bromeaba y siempre encontraba alguna observación que verter en el espíritu de ella para que la ayudase a continuar desarrollando su aptitud para adquirir un concepto justo de las cosas, olvidando después a Olga y las lecciones que inconscientemente le daba.

A veces, al ver que Olga mostraba un espíritu poco vulgar, que nunca mentía, que no buscaba el aplauso general, que sus sentimientos se desarrollaban libres y sencillos, que en su ser no había nada impuesto, sino todo propio, y que poseía audacia, lozanía y solidez, se quedaba perplejo sin

comprender por qué era así, sin reconocer el efecto de sus propias lecciones.

Si hubiera fijado la atención en ella hubiera visto que caminaba por la vida casi sola, protegida tan sólo contra las exageraciones por la vigilancia superficial de la tía, pero sin que pesase sobre ella la tutela de ayas, abuelas y tías llenándola de leyendas de familia, de costumbres y hábitos anticuados y de sentencias; que nadie la hacía caminar, contra su voluntad, por la senda ya desbrozada, sino que caminaba por una senda no hollada que ella misma abría con su propia inteligencia.

La Naturaleza la había favorecido; la tía no la gobernaba despóticamente y Olga adivinaba y comprendía por sí misma, observando la vida con prudencia y... escuchando también las palabras y consejos de su amigo.

Stolz no se daba cuenta de esto y esperaba mucho de ella en el porvenir, pero en un porvenir lejano, sin pensar nunca en tomarla por compañera.

Olga, por su orgullosa tímidez, no se dejaba conocer y sólo después de aquella penosa lucha en el extranjero pudo él ver con asombro en qué imagen de sencillez, naturalidad y vigor se había transformado aquella niña que tanto prometía y que él había olvidado. Ante él se abría poco a poco el profundo abismo del alma de Olga, que él tendría que tratar de llenar sin conseguirlo nunca.

Tuvo al principio que luchar mucho con la vivacidad de Olga, apagar la fiebre de juventud, limitar sus impulsos, apaciguar la tumultuosa corriente de

su vida; pero apenas confiado cerraba los ojos, volvía de nuevo a surgir la inquietud, la vida alborotaba, surgían nuevas preguntas de aquel espíritu inquieto y de aquel corazón alarmado y de nuevo tenía que apaciguar aquella imaginación excitada y tranquilizar o despertar el amor propio. Apenas Olga quedaba pensativa ante algún hecho, ya él le daba la explicación.

La fe en la casualidad, las imágenes nebulosas desaparecieron. El porvenir se abría ante ella luminoso y libre, y ella veía, como a través del agua transparente, cada una de las piedras y de las cavidades del limpio fondo.

«¡Soy feliz!», murmuraba echando una mirada al pasado y avizorando el futuro; se acordaba del sueño de felicidad que tuvo en Suiza en aquella romántica noche azul y veía que aquel sueño flotaba como una sombra en la vida.

«¿Por qué seré tan feliz?», pensaba humilde. Meditaba y algunas veces temía que aquella dicha se rompiese.

Pasaban años, pero ellos no se cansaban de vivir. Llegó la calma, se amortiguaron los impulsos, los sinsabores se soportaban con paciencia y valor, pero la vida no se aquietaba.

Olga llegó a tener un concepto serio de la vida; las corrientes de sus existencias, la de ella y la de Andrés, se unieron en un lecho común; no podían estallar pasiones violentas, todo entre ellos era armonía y serenidad.

Parecía natural dormirse en esta paz ganada y

gozar de la felicidad como gozan otros en estos remansos, reuniéndose tres veces al día, bostezando durante la conversación corriente, sumiéndose en torpe somnolencia y sufriendo desde la mañana a la noche porque todo está ya pensado, dicho y hecho, y no queda nada en qué pensar, ni qué decir, ni qué hacer, y porque «así es la vida».

La vida externa de Stolz y Olga se parecía a la de los demás. Se levantaban temprano, aunque no con la aurora; les gustaba permanecer un largo rato en la mesa del te guardando a veces un perezoso silencio; luego se iban cada uno por su lado o trabajaban juntos; comían, salían al campo, se entretenían con la música..., como todos, como soñaba Oblomov.

Pero en su vida no había soñolencia ni tristeza; pasaban los días sin tedio ni apatía; no había ni una mirada ni una palabra indiferente y no se apagaba la conversación, al contrario, a veces era calurosa.

Por las habitaciones resonaban sus voces o se comunicaban en voz baja, como dibujando sus sueños, los más íntimos movimientos, el desarrollo de una idea surgida en aquel momento, el apenas perceptible murmullo del alma...

Su silencio era a veces producido por la meditación en la felicidad, tal como soñara Oblomov, o por el trabajo mental que cada uno hacía sobre el material que el otro le proporcionara...

A menudo se sumían en un silencio de asombro ante la Naturaleza, siempre nueva y llena de be-

lleza. Sus almas sensibles no acababan de habituarse a esta belleza; tierra, cielo y mar despertaban sus sentimientos y se quedaban silenciosos, sentados uno al lado del otro, mirando con los ojos del alma aquel reflejo del Creador y comprendiéndose sin hablar.

No miraban con indiferencia la aurora; no podían sumirse torpemente en el crepúsculo de la tibia noche del Mediodía. Estaban siempre despiertos por el continuo movimiento de ideas, por una constante excitación del alma y por la necesidad de pensar, sentir y hablar juntos...

¿Cuál era el tema de estas discusiones, de las conversaciones vivas dichas en voz baja, de lecturas y paseos? Todo. Ya en el extranjero, Stolz había perdido la costumbre de leer y trabajar solo; hasta pensaba con Olga. Consiguió no sin dificultad acomodar su paso a la agitada celeridad del espíritu de ella y a su voluntad. El problema «¿qué haré en la vida de familia?» se resolvió por sí solo. La hizo participar de su activa vida laboriosa porque Olga se hubiera ahogado en una vida inútil e inerte.

No se hacía nada sin que ella tomase parte o se enterase de ello; ni en obras, ni en la administración de la hacienda propia o de Oblomovka, ni en operaciones de la Compañía. Ni una carta se envió sin que ella la leyese, ni una idea pasaba desapercibida para ella; todo lo sabía y todo le interesaba porque le interesaba a Stolz.

Al principio fué así porque a él le era imposible

esconderse de ella: escribía una carta y hablaba con el encargado o con el contratista de una obra siempre delante de ella; luego continuó por costumbre, y por fin no pudo pasarse sin consultarla.

Una observación de Olga, su aprobación o desaprobación, llegaron a ser para él algo necesario: vió que ella se daba cuenta de los asuntos tan bien como él, que no discurría peor que él... Zajar se sentía humillado por el talento de su mujer, y así les pasa a muchos; en cambio Stolz era feliz.

¿Y la lectura, la eterna nutrición del espíritu, su inacabable desenvolvimiento? Olga estaba celosa de cada libro o artículo que no se le enseñaba; se enfadaba en serio y se ofendía cuando no se le explicaba algo que él juzgaba demasiado serio, aburrido o incomprensible para ella, y le acusaba de pedantería y vulgar atraso llamándole «vieja peluca alemana». Con este motivo se entablaban entre ellos vivas discusiones.

Olga se enfadaba y él se reía; ella se enfadaba aún más y se reconciliaban cuando él dejaba de burlarse y le explicaba aquella materia. Resultado de esto era que todo lo que necesitaba saber y leer él, lo necesitaba también ella.

No la hacía estudiar materias abstractas y científicas para blasonar luego de tener «una mujer sabia». Si Olga, al hablar, hubiera dado la menor muestra de pedantería, él se hubiera ruborizado más que si ella contestase con una mirada torpe de ignorancia a la pregunta más vulgar, aunque aun inaccesible para la instrucción femenina con-

temporánea. El sólo pretendía que para el entendimiento de ella no hubiese ningún lugar cerrado.

No hacía números; pero hablaba con ella de todo, le leía mucho, y aunque le hablase de una teoría económica o de problemas sociales y filosóficos lo hacía siempre con pasión: era como si pintase para ella un cuadro interminable de conocimientos. Luego, de la memoria de Olga desaparecían los detalles, pero de su espíritu sensible no se borraba el dibujo ni se desteñían los colores ni se apagaba la luz con que él la había alumbrado.

Temblaba de orgullo y felicidad al notar que en los ojos de ella se reflejaba una chispa de aquella luz, que en su habla sonaba el eco de la idea que él le había transmitido y que aquella idea había entrado en su entendimiento, se había desarrollado en su espíritu y asomaba en sus palabras, no seca y ruda, sino suavizada por la gracia femenina, y sobre todo se enorgullecía cuando una gota fructífera extractada de todo lo leído, hablado y trazado descendía, como perla, hasta el fondo luminoso de su vida.

Como pensador y artista, tejió para ella una existencia y nunca, ni en el período de estudios ni en aquellos difíciles días de lucha por la vida y para librarse de sus sinsabores, ¡nunca se había sentido tan absorbido como ahora cuidando de apaciguar y ordenar el trabajo volcánico de la naturaleza de su compañera!

«¡Qué feliz soy!», decía Stolz para sus adentros

y soñaba con el porvenir cuando pasasen los primeros años de la vida del matrimonio.

A lo lejos le sonreía una nueva visión; no la de Olga egoísta, esposa apasionada y madre-niñera marchitándose en una vida incolora e inútil, sino algo superior, casi sin precedentes...

Soñaba con la madre creadora, partícipe de la vida moral y social de toda una generación dichosa. Pensaba, temeroso, en si tendría ella bastante voluntad y fuerza..., y se apresuraba a ayudarle a dominar la vida, a elaborar una reserva de valor ahora, mientras ambos eran jóvenes y fuertes, cuando la vida les trataba con cierta misericordia o sus choques no les parecían tan rudos, mientras el dolor se ahogaba en el amor.

Sus días se nublaron a veces, pero por poco tiempo. Apenas si tuvieron algún disgusto por los negocios y la pérdida de alguna cantidad de importancia. Esto les ocasionó unos cuantos viajes y diligencias y fué olvidado pronto.

La muerte de la tía hizo llorar sinceramente a Olga y obscureció su vida durante unos seis meses.

Las preocupaciones más intensas se las causaban las enfermedades de sus hijos; pero apenas pasado el temor volvía la felicidad.

A Stolz le preocupaba sobre todo la salud de Olga; tardaba mucho en reponerse de los partos y aun después de repuesta él continuaba inquieto. No conocía un sufrimiento mayor.

«¡Qué feliz soy!», decía Olga en voz baja al contemplar su vida, y en tales momentos se sumía en

meditación..., sobre todo después de los tres o cuatro años de matrimonio.

¡Qué raro es el hombre! Cuanto más feliz le veía tanto más pensativa se volvía ella y hasta... temerosa. Se observó a sí misma y se dió cuenta de que la turbaba aquella serenidad, la detención de la vida en aquellos momentos de dicha. Sacudía de su alma esta tristeza y apresuraba el paso buscando febrilmente ruido, movimiento y preocupaciones; acompañaba a su marido a la ciudad, intentaba hacer visitas; pero esto no duraba mucho tiempo.

Apenas sentía el contacto de la gente se apresuraba a volver a su rinconcito para desechar aquella extraña impresión penosa entregándose de nuevo a los quehaceres de la vida doméstica; pasaba días enteros sin salir del cuarto de los niños, cumpliendo los deberes de madre, o se entregaba con Andrés a la lectura o a discusiones acerca de lo «serio y lo tedioso», o leían obras de poetas y proyectaban un viaje a Italia.

Olga temía ser víctima de algo que se pareciese a la apatía de Oblomov. Pero a pesar de cuantos esfuerzos hacía para libertar su alma de estos momentos de entorpecimiento que se repetían periódicamente, sentía a ratos que se apoderaba de ella el sueño de felicidad, la envolvía noche azul, la encadenaba la somnolencia, llegaba luego a un momento de suspensión melancólica, como si fuese un descanso, y después... confusión, temor, congoja, una tristeza sorda y el surgir en su cerebro inquieto preguntas confusas y vagas.

Olga se observaba y se preguntaba a sí misma sin conseguir nada, sin poder adivinar cuál era el deseo de su alma, pero comprendiendo que ésta buscaba y pedía algo con angustia, como si no tuviese bastante con aquella vida feliz, estuviese cansada y desease acontecimientos extraordinarios, como si mirase más allá, en el porvenir...

«¿Qué es esto?—pensaba asustada—. ¿Es posible que haya algo más que desear? ¿Adónde seguir? No hay más camino... ¿Es posible que haya terminado ya la evolución? ¿Es posible que esto sea todo..., todo?», decía su alma sin terminar el concepto... Y Olga, inquieta, miraba a su alrededor temiendo que alguien llegase a escuchar, a sospechar este murmullo de su alma... Interrogaba con la mirada al cielo, al mar, al bosque..., y no encontraba respuesta; allá en la lejanía no había mas que profundidad y tinieblas. La Naturaleza repetía siempre lo mismo; Olga veía en ella el curso monótono y sencillo de la vida sin principio ni fin.

Sabía a quién podría preguntar acerca de estas inquietudes y quién le respondería; pero ¿cuál sería la respuesta? Aquello ¿serían tan sólo los lamentos de un espíritu estéril o, lo que sería peor, la sed de un corazón no femenino, no creado para el amor? ¡Dios mío! ¡Ella, ídolo de su marido, sin corazón y con un espíritu imposible de satisfacer! ¿Qué sería de ella? ¡Cuánto no bajaría en el concepto de él cuando le diese a conocer estos nuevos y extraordinarios sufrimientos que él conocería ya por sí mismo?

Olga procuraba disimular o fingía estar enferma, cuando sus ojos, sin querer, perdían su aterciopelada dulzura y miraban febriles y con dureza, cuando su rostro se nublaba y a pesar de todos sus esfuerzos no podía sonreír ni hablar y escuchaba con indiferencia las noticias más interesantes y las explicaciones más curiosas acerca de algún nuevo adelanto científico o de una nueva obra de arte.

Sin embargo, no tenía ganas de llorar, no sentía aquellos estremecimientos repentinos de los tiempos en que sus nervios estaban tensos, cuando empezaron a manifestarse en ella las fuerzas de la vida. ¡No, no era aquello!

«¿Qué será esto?», se preguntaba desesperada cuando en algún hermoso anochecer se quedaba de pronto triste e indiferente, a pesar de estar al lado de la cuna o recibiendo las caricias y escuchando las palabras de su marido...

Parecía que de pronto la invadía un entorpecimiento y se callaba; luego se movía con fingida vivacidad para disimular su extraña enfermedad o decía que tenía jaqueca y se iba a acostar.

Pero no era cosa fácil esconderse de la mirada de Stolz: ella lo sabía y en su interior se preparaba para la conversación con la misma inquietud que antaño para la confesión de su pasado. Y el momento temido llegó.

Un anochecer estuvieron paseándose por la avenida de álamos. Olga, casi colgada del brazo de Stolz, guardaba silencio. Estaba en un momento

de sufrimiento de su incomprensible enfermedad y a todas las preguntas contestaba lacónicamente.

—Dice la niñera que Olenka tose por la noche. ¿Mando aviso al médico mañana?—preguntó Stolz.

—Le he dado tisana y mañana no la dejaré salir; ¡ya veremos!—contestó Olga con voz monótona.

Llegaron en silencio hasta el final de la avenida.

—¿Por qué no contestas a la carta de tu amiga Sonechka? Estuve esperando hasta última hora y por poco llego tarde al correo. Es ya la tercera carta suya que dejas sin contestar.

—Sí; quisiera olvidarla cuanto antes...—dijo ella y calló.

—He saludado de tu parte a Bichurin—siguió Andrés—; está enamorado de ti; con eso se consolará de que su trigo no llegue a tiempo.

Olga sonrió secamente.

—Sí, ya me lo has dicho—contestó indiferente.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes sueño?

Le latió el corazón, cosa que le ocurría siempre que surgían preguntas relativas a su estado de ánimo.

—Todavía no—dijo con fingida animación—. ¿Por qué?

—¿Estás enferma?

—No. ¿Por qué lo crees?

—¡Entonces te aburres!

Ella le estrechó con fuerza el hombro con ambas manos.

—¡No, no!—negó con tono fingidamente des-

envuelto, pero en el que, no obstante, se notaba tristeza.

Stolz la condujo fuera de la avenida y la puso de cara frente a la luna.

—¡Mírame bien!—dijo mirándole fijamente a los ojos—. ¡Cualquiera diría que no eres feliz! Tienes unos ojos tan raros..., y no sólo hoy... ¿Qué te pasa, Olga?

Cogiéndola por la cintura la hizo entrar de nuevo en la avenida.

—¿Sabes qué?... Pues tengo hambre—dijo esforzándose en reír.

—¡No digas mentiras! ¡No me gusta eso!—interrumpió él con fingida severidad.

—¡Infeliz!—repitió ella como reprochándose a sí misma la idea y parándose—. Sí, soy infeliz tal vez... porque soy demasiado feliz—dijo con voz tan suave y dulce que Stolz la besó.

Olga recobró ánimos. La idea de que ella pudiese no ser feliz, aunque dicha en broma, despertó su franqueza.

—No me aburro ni puedo aburrirme, ya lo sabes; y tú mismo no crees en lo que dices; no estoy enferma, pero... estoy triste a veces...; ¡ya lo sabes, hombre malo, ya que es imposible ocultarte nada! Sí, estoy triste y no sé por qué.

Apoyó la cabeza sobre el hombro de él.

—¡Ah! ¿Y por qué?—preguntó él en voz baja inclinándose hacia ella.

—No lo sé.

—Pero habrá alguna causa, si no en mí o en lo

que te rodea, en ti misma. A veces la tristeza es el síntoma de una enfermedad... ¿Estás bien?

—Sí, quizá—contestó ella seria—, puede ser que sea algo de eso aun cuando yo no siento nada. Tú ves que yo duermo, como, paseo y trabajo; de pronto me siento invadida por una cosa extraña, una especie de hipocondría...; me parece que a la vida... le falta algo... ¡No me hagas caso, son tonterías!...

—¡Habla, habla!—insistió él vivamente—. Decías que a la vida le falta algo; ¿qué más?

—A veces, como si tuviese miedo—prosiguió Olga—de que todo pudiese cambiar, acabar... ¡yo no sé! O me atormenta la estúpida preocupación de lo que será más adelante. ¿Entonces, esta felicidad constituye... toda mi vida?...—dijo hablando cada vez en voz más baja, avergonzada de sus preguntas—, Todas estas alegrías y desgracias..., la Naturaleza...—murmuró—, me siento arrastrada no sé adónde, estoy descontenta de todo... ¡Oh Señor! Me dan vergüenza estas niñerías..., es una melancolía... No hagas caso—añadió con voz suplicante y apretándose a él —. ¡Esta tristeza me pasa pronto y vuelvo a quedarme tan contenta y aliviada como ahora!

Se apretaba contra él con tanta timidez y vergonzoso cariño como si le pidiese perdón por aquellas «tonterías».

Durante largo rato estuvo el marido interrogándola y ella le explicaba, como una enferma al médico, los síntomas de aquella melancolía; le hizo

saber las preguntas veladas que nacían en su alma, le describió la confusión de ésta y después cómo todo desaparecía; le contó todo, todo de lo que pudo acordarse.

Stolz iba pensativo por la avenida, con la cabeza baja y lleno de inquietud y perplejidad ante la confusa declaración de su mujer.

Olga procuraba verle los ojos, pero no veía nada, y al llegar por tercera vez al final de la avenida no le dejó dar la vuelta, sino que a su vez le condujo a la luz de la luna y le miró a los ojos.

—¿Qué piensas?—preguntó con timidez—. Te ríes de mis tonterías, ¿verdad? Esa tristeza es una estupidez, ¿no?

Stolz callaba.

—¿Por qué no dices nada?—preguntó ella con impaciencia.

—Tú no me has dicho nada aunque sabías que hacía tiempo que te venía observando; ahora déjame que calle y piense. Me has dado un problema bastante difícil.

—Mientras tú piensas yo voy a sufrir por no saber qué es lo que piensas. ¡He hecho mal en decirte nada! Háblame algo...

—¿Qué te voy a decir?—dijo Stolz pensativo—. Tal vez sea un desarreglo nervioso y en ese caso es el médico y no yo quien tiene que decir lo que te pasa. Mañana le avisaremos... Si no es eso...—empezó y se quedó pensativo.

—Bueno; díme, si no es eso...—insistió ella impaciente.

Stolz seguía andando y reflexionando.

—Pero díme—dijo ella sacudiéndole por la manga.

—Quizá sea un exceso de imaginación; tú eres demasiado vivaracha... o quizá has llegado al momento...—concluyó él en voz baja como hablando para sí.

—¡Hazme el favor, Andrés, de hablar en voz alta! ¡Te aborrezco cuando gruñes entre las barbas!—protestó Olga—. Te he dicho unas cuantas tonterías y tú bajas la cabeza, gruñes y dices cosas incoherentes. ¡Me da miedo estar contigo aquí en la obscuridad!

—No sé qué decirte..., «me da tristeza, me preocupan unas preguntas»..., no puedo comprender. Más tarde hablaremos de ello y veremos; creo que será necesario que vuelvas a bañarte en el mar.

—Tú has dicho: «Sí, quizá has llegado al momento...» ¿Qué pensabas?—preguntó Olga.

—He pensado—dijo Stolz despacio, revelando y al mismo tiempo desconfiando de su pensamiento como avergonzado de sus palabras—, ya ves... hay momentos...; quiero decir que si no de nada nervioso, si estás completamente bien de salud, entonces es que has llegado a la madurez, estás en la cumbre, has llegado al momento en que culmina la vida..., cuando ya en ella no hay misterios y se revela toda...

—¿Quieres decir que he envejecido?—le interrumpió ella con viveza—. ¡Qué descaro!—le amenazó con el dedo—. Estoy todavía joven y fuerte...—añadió enderezándose.

Stolz se echó a reír.

—¡No temas—dijo—, creo que estás dispuesta a no envejecer nunca! No, no es eso...; en la vejez las energías disminuyen, pero permiten la lucha contra la vida. No; tu melancolía y tristeza, si es lo que yo pienso, son más bien señales de vigor... El espíritu vivo y excitado se lanza a veces más allá de los límites de la vida, no encuentra respuesta y nace la melancolía..., un disgusto pasajero con la vida... Es la melancolía del alma que pregunta a la vida su misterio... Quizá sea esto lo que te pasa. Si es así no son «tonterías».

Olga suspiró de alegría al ver acabados sus temores y no bajar en la opinión de su marido.

—Pero si soy feliz, mi espíritu no está ocioso, no paso el tiempo soñando y mi vida es variada; ¿qué más quiero? ¿A qué vienen esos problemas?—dijo ella—. ¡Es una enfermedad, una opresión!...

—Sí, una opresión para el espíritu débil y no preparado. Esa melancolía y esas preguntas han vuelto loca a mucha gente; a algunos se les aparecen como fantasmas monstruosos, como un delirio...

—Estoy desbordando felicidad, me siento con grandes deseos de vivir..., y de pronto se mezcla a mi dicha una amargura...

—¡Ah, es el castigo de Prometeo! No basta con sufrir, hay que amar esa tristeza y no tratar de romper el velo de esas dudas y esas preguntas; son algo superfluo, un lujo de la vida, y aparecen en las cumbres de la felicidad, donde no hay deseos ma-

teriales; no se presentan en la vida vulgar; donde hay desdichas y miseria no se preocupan por eso; la gente camina sin conocer la niebla de esas dudas y esas cuestiones angustiosas... Pero para el que sabe encontrarlas a tiempo, para ése son amigos queridos...

—Pero es imposible dominarlas: producen angustia e indiferencia... casi para todo...—objetó Olga con timidez.

—¡Pero no por mucho tiempo! Luego la vida se remoza—dijo él—. Muestran un abismo que sería una locura explorar y obligan a tratar de nuevo, con más amor, a la vida... Provocan a la lucha a fuerzas ya experimentadas para no permitirlas que se duerman...

—¡Atormentarse por niebla y por fantasmas!—se lamentó ella—. ¡Todo es luminoso y de pronto se proyecta sobre la vida una sombra siniestra! ¿Es posible que no haya remedio?

—¡Claro que sí! ¡Apoyarse en la misma vida! ¡Si no fuera así daría asco vivir aun sin esos problemas!

—Entonces, ¿qué hacer? ¿Someterse y pensar?

—Nada—dijo él—. Armarse de firmeza y persistir en caminar pacientemente por la senda. No somos titanes—prosiguió abrazándola—; no iremos con los Manfredos y Faustos a luchar fanfarronamente contra problemas rebeldes; no aceptaremos el reto, bajaremos la cabeza y viviremos humildes aquel momento difícil; pero después, de nuevo nos sonreirá la vida y la felicidad y...

—¿Y si nunca nos dejan en paz; si la melancolía

nos atormenta cada vez más y más?—preguntó Olga.

—¿Y qué? La aceptaremos como un nuevo elemento de vida... ¡Pero no, esto no nos puede ocurrir a nosotros! No es tuya sólo esa tristeza, es una enfermedad general de la humanidad. Te ha salpicado una sola gota... Es espantoso cuando uno se aparta de la vida..., cuando no hay punto de apoyo. Pero nosotros... Quiera Dios que tu tristeza sea lo que yo creo y no síntoma de una enfermedad...; sería peor. Sería una desgracia ante la que yo sucumbiría sin defensa ni fuerzas... ¿Es posible que la niebla, la tristeza, unas cuantas dudas y preguntas puedan privarnos de nuestra felicidad, de nuestro...?

Stolz no concluyó; ella, como una loca, se arrojó en sus brazos y quedó inmóvil un instante de olvido apasionado enlazándole el cuello con los brazos.

—¡Ni la niebla, ni la tristeza, ni la enfermedad, ni... siquiera la muerte!—murmuró extática, de nuevo feliz, serena y alegre.

Le parecía que nunca le había amado con tanta pasión como en aquel momento.

—¡Cuidado, que el Destino no oiga tus quejas —advirtió Stolz supersticioso—y no lo considere como una ingratitud! No le agrada que no aprecien sus dones. Hasta ahora no has hecho mas que conocer la vida y algún día habrás de sufrirla... Espera que se desenvuelva, cuando lleguen desgracias y trabajos...; llegarán algún día, y entonces no tendrás tiempo de resolver esos problemas... ¡Ahorra

fuerzas!—agregó en voz baja casi para sí contestando al arrebato apasionado de ella.

Sus palabras reflejaban tristeza, como si viera en el porvenir desgracias y trabajos.

Olga calló repentinamente consternada por el melancólico tono de la voz de él. Tenía en él una fe sin límites y creía hasta en su voz. Se contagió de su tristeza, se concentró y se encerró en sí misma.

Apoyada en el brazo de él andaba despacio y automáticamente por la avenida guardando obstinado silencio. Miraba medrosa a la vida futura, allá donde, según decía su marido, tendrían lugar las «adversidades», donde la esperaban «desgracias y trabajos».

Ya no soñaba con la noche azul, sino que ante ella se abría otro paisaje de vida, no transparente y festivo, en un remanso de paz y de abundancia, a solas con *él*...

No. Veía allí numerosas pérdidas, privaciones, lágrimas, sacrificios inevitables, una vida de abstinencia involuntaria de todos los caprichos que suelen nacer en la ociosidad; oía lamentos y gemidos a causa de sufrimientos por ahora desconocidos; veía enfermedades, trastornos en los negocios, pérdida de su marido...

Olga se estremecía, sufría, pero contemplaba con curiosidad valerosa esta nueva imagen de la vida, la contemplaba con espanto y medía sus propias fuerzas.

En este sueño sólo el amor no le hacía traición, permaneciendo como fiel guardián de la nueva

vida, pero tampoco el amor era el mismo de antes. No poseía el hábito caluroso ni los rayos de luz, no había noche azul; a través de los años, estas cosas parecían juegos infantiles ante aquel amor lejano que surgía de aquella vida profunda y amenazante. Allí no se oían besos, risas ni conversaciones ardientes en el pabellón, entre flores, en plena fiesta de la Naturaleza y de la vida... Todo eso se había marchitado y pasado...

Aquel amor se reflejaba en los semblantes, poderoso como las fuerzas de la vida en período de desgracia, en miradas cambiadas en silencio expresando mutuo sufrimiento; se apreciaba en la inagotable resistencia contra las torturas, en lágrimas disimuladas, en sollozos sofocados...

A aquella confusa melancolía que atormentaba a Olga se unieron otros sueños que, aunque lejanos, eran más precisos y amenazadores...

Tranquilizada por las firmes palabras de su marido, depositando en él una confianza sin límites, Olga descansaba de aquella tristeza misteriosa que muchos no llegan a conocer y de los terribles sueños del porvenir y seguía con valor hacia adelante.

Después de la «niebla» llegó la clara mañana con las obligaciones de madre y de ama de casa; ya se sentía atraída por el parterre y por el campo, ya por el despacho de Andrés. No tomaba ya la vida a juego gozando con placer y despreocupación, sino que vivía animosa preparándose y esperando...

Crecía cada vez más... Andrés comprendía que su antiguo ideal de mujer y esposa era inaccesible

y era feliz viendo en Olga un débil reflejo, no atreviéndose a esperar tanto.

El también, durante toda su vida, tendría que esforzarse en no perder en la opinión de la orgullosa Olga, para que la vida cristalina de ésta no se enturbiase, lo que podría ocurrir en cuanto vacilase la fe que tenía puesta en él.

Muchas mujeres no necesitan esto; una vez casadas admiten sumisamente todas las cualidades y defectos del marido, se adaptan a su posición y ambiente o ceden con la misma facilidad al primer amorío casual, reconociendo desde el primer momento que la lucha es inútil y disculpándose con «el destino», «las pasiones», «la mujer es una criatura débil», etc.

Si el marido sobresale de los demás, si su inteligencia, esa fuerza seductora del hombre, es superior a la corriente, las mujeres se sienten orgullosas de esta cualidad de su marido, como si fuese de una piedra preciosa; desde luego a condición de que esta inteligencia cierre los ojos para no ver sus míseras astucias femeninas. Pero si se atreve a penetrar en la mezquina comedia de su existencia insignificante y a veces depravada se sienten molestas y oprimidas por aquella inteligencia.

Olga no conocía esta lógica de sumisión al destino, no comprendía los devaneos y pasiones femeninas. Una vez que había reconocido el mérito del hombre elegido y sus derechos sobre ella, creía en él y por eso le amaba, y una vez perdida la fe dejaba de amar, como le ocurrió con Oblomov.

Pero entonces sus pasos eran aún inseguros, la voluntad débil; entonces examinaba la vida y reflexionaba sobre ella formando una consciencia y recogía materiales; entonces aun no había empezado la obra de creación ni adivinado el camino de la vida.

Ahora tenía fe en Andrés, pero consciente; en él había encarnado el ideal de perfección masculina. Pero cuanto más grande era esta fe más difícil le era a Stolz mantenerse a la misma altura, conservar el puesto de héroe no sólo en el espíritu y en el corazón, sino también en la imaginación de ella. Y tan absoluta era la fe de Olga que no admitía entre ella y él otro arbitrio que Dios.

Por eso no hubiera podido sufrir ni el menor descenso en las cualidades reconocidas por ella; una falsa nota del carácter o de la mentalidad de Andrés le hubiera hecho el efecto de una desgarradora disonancia. Al derrumbarse el edificio de su felicidad la hubiera enterrado bajo sus escombros, o, si podía resistir, buscaría de nuevo...

Pero no; mujeres como ella no se equivocan dos veces... La resurrección es imposible cuando fracasan una fe y un amor semejantes.

Stolz era feliz con su vida agitada, que parecía una continua primavera floreciente, y mimaba a Olga y cuidaba de ella celoso, activo y vigilante. En el fondo de su alma sentía espanto al pensar que Olga había estado a un paso de su perdición, que sus dos existencias unidas en una podían haberse desunido, que el no conocer la vida podría

dar lugar a una equivocación funesta, que Oblomov...

Stolz se estremecía. ¡Cómo! ¿Olga viviendo aquella vida que le preparaba Oblomov? ¿Olga, en el perezoso transcurrir de los días, una señora campesina, niñera de sus hijos, ama de casa y nada más?

¿Todas las dudas y los problemas, toda la fiebre de la vida se hubieran gastado en los cuidados domésticos, en preparar las fiestas, visitas, reuniones de familia, nacimientos, bautizos y en la apatía y soñolencia de su marido?

¿El matrimonio sólo sería una forma y no un contenido, un medio y no un fin, serviría de marco para las visitas, reuniones, comidas y cenas y charlas vanas?

¿Cómo hubiera soportado Olga esta vida? Al principio se rebelaría buscando y adivinando el misterio de la vida, lloraría, sufriría y luego se acostumbraría, engordaría, comería, dormiría y se embrutecería...

No, no sería así; lloraría, sufriría, se pondría enferma y moriría en los brazos del débil e impotente marido amantísimo.. ¡Pobre Olga!

¿Y si el fuego no se acababa, si la vida no cesaba, si tenía fuerzas para resistir y pedía libertad, si desplegaba las alas como un águila poderosa capturada un momento por manos débiles y se lanzaba hacia el alto peñasco en el que estaba otra águila aun más poderosa que ella?... ¡Pobre Ilia!

—¡Pobre Ilia!—dijo un día Andrés en voz alta recordando el pasado.

Al oír este nombre Olga dejó caer la labor sobre las rodillas, echó la cabeza hacia atrás y se quedó pensativa.

La exclamación resucitaba sus recuerdos.

—¿Qué será de él?—preguntó ella—. ¿No podría saberlo?

Andrés se encogió de hombros.

—No vivimos en aquellos tiempos en que no había correo—dijo él—, cuando las gentes al separarse se consideraban unos a otros como muertos y en realidad desaparecían sin dejar huellas.

—Debías volver a escribir a alguno de tus amigos; por lo menos sabríamos...

—No sabríamos nada más que lo que ya sabemos: que está bueno y sano y vive en la misma casa; esto lo sé sin necesidad de amigos. En cuanto a lo que le sucede, cómo soporta la vida, si moralmente se ha muerto ya o todavía brilla en él una chispa de vida, de esto no se enterará un extraño...

—¡Ay Andrés! No hables así: me da miedo y pena oírlo. Quisiera saber y al mismo tiempo tengo miedo—dijo Olga casi llorando.

—En primavera iremos a San Petersburgo y nos enteraremos personalmente.

—No basta enterarse, es menester hacer todo...

—¿Acaso he hecho poco? ¿No he tratado de convencerle, no he hecho gestiones por él y he puesto en orden sus asuntos? ¡Y él ni siquiera me ha contestado! Mientras estoy junto a él está dispuesto a todo, y en cuanto le dejo solo... ¡adiós! ¡Vuelve a

dormirse! ¡Me muevo con él como con un borracho!

—¿Y por qué «le dejo solo»?—repuso Olga impaciente—. Con él hay que actuar enérgicamente: hacerle subir al coche y llevárselo. Ahora nos iremos al campo y él vivirá cerca...; lo llevaremos con nosotros.

—¡Vaya una carga que nos ha caído encima! —objetó Andrés paseándose por la habitación—. ¡No se le ve el fin!

—¿Te molesta?—preguntó Olga—. ¡Eso es algo nuevo! ¡Es la primera vez que te oigo lamentarte por eso!

—No me quejo—contestó Andrés—, sino que estoy deliberando.

—¿Y por qué esa deliberación? Tú mismo confiesas que es aburrido y pesado, ¿verdad?

Olga le miró con ojos escudriñadores. Andrés meneó negativamente la cabeza.

—No, no es pesado, es inútil. Lo he pensado muchas veces.

—¡No lo digas!—le detuvo ella—. Me pasaré otra vez todo el día, como la semana pasada, pensando en ello y angustiada. Si tu amistad por él se ha extinguido tienes que sufrir esa carga por amor al hombre. Si te cansas, iré yo sola y no saldré sin él; se conmoverá con mis súplicas; siento que me echaré a llorar si le veo muerto. Quizá mis lágrimas...

—¿Crees que le resucitarán?—interrumpió Andrés.

—No, no le resucitarán para una vida activa,

pero por lo menos le obligarán a mirar a su alrededor y a cambiar su vida por otra algo mejor. No vivirá en el fango, sino al lado de sus iguales, con nosotros. Cuando aparecí ante él volvió en sí en el acto avergonzándose...

—¿Tal vez le quieres como antes?—preguntó Andrés bromeando.

—¡No!—dijo Olga seria y pensativa, como mirando al pasado—. No le quiero como antes, pero hay algo en él que sigo queriendo, a lo que sigo siendo fiel y no cambiaré como otros...

—¿Quiénes son esos otros? Dílo, serpiente venenosa, hiere, muerde, ¿acaso soy yo? Te equivocas. Y si quieres conocer la verdad, te diré que soy yo quien te enseñó a amarle y por poco causo tu perdición. Sin mí hubieras pasado ante él sin mirarle. Te hice comprender que no es menos inteligente que los demás, pero que su inteligencia está enterrada bajo escombros y se ha dormido en la ociosidad. ¿Quieres que te diga por qué te es simpático y por qué le quieres aún?

Olga asintió con una inclinación de cabeza.

—Porque tiene algo que vale mucho más que la inteligencia: ¡un corazón honrado y fiel! Ese es su tesoro natural y lo conservará intacto a través de la vida. Caía, se apagaba, por fin se durmió muerto, desilusionado, sin fuerza para vivir, pero sin perder la honradez y la fidelidad. Su corazón no ha dado nunca ni una nota falsa ni se manchó de lodo. No se dejará seducir por la mentira ni se desviará del camino recto; aunque a su lado se agite todo

un océano de suciedades y maldades, aunque todo el mundo se intoxique de veneno y ande al revés, Oblomov nunca se arrodillará ante el ídolo de la mentira y su alma será siempre pura, luminosa y honrada... Es un alma cristalina, diáfana; tales hombres son raros, son perlas entre la muchedumbre. Su corazón no se vende, se puede confiar en él siempre. He ahí a lo que guardas fidelidad y el porqué nunca me parecerá pesado el cuidar de él. He conocido muchos hombres superiores, pero nunca encontré un corazón tan puro, limpio e ingenuo; he querido a muchos, pero a ninguno tan fuerte y calurosamente como a Oblomov. Conociéndole es imposible dejar de quererle. ¿No es verdad? ¿He adivinado?

Olga, con los ojos bajos, callaba. Andrés quedó pensativo.

—¿Es posible que no sea eso todo? ¿Qué más? ¡Ah!...—exclamó animándose—. Olvida por completo su «ternura de palomo»...

Olga se echó a reír, dejó su labor, se acercó corriendo a Andrés, le enlazó el cuello con los brazos, le miró por unos minutos con ojos resplandecientes y luego se quedó pensativa apoyando la cabeza en el hombro de su marido. En su memoria surgió la tranquila y dócil cara de Oblomov, su mirada dulce reflejando sumisión, y luego la mísera y tímida sonrisa con la que, al separarse, contestó a los reproches de ella... y le dolió tanto, tuvo tanta lástima de él...

—¿No le dejarás solo? ¿No le abandonarás?

—preguntó sin separar los brazos del cuello de Andrés.

—¡Nunca! A no ser que entre ambos se abriese un abismo o se alzase un muro...

Olga le besó.

—¿Me llevarás a su casa a Petersburgo?

Stolz callaba indeciso.

—¿Sí? ¿Sí?—exigió ella con insistencia.

—Escúchame, Olga—dijo él procurando librar su cuello de los brazos que le estrechaban—. Ante todo hay que...

—¡No, díme antes que sí! ¡Prométemelo! ¡No te dejaré en paz!

—Bueno—consintió él—; la segunda visita y no la primera; yo sé lo que te pasará si él...

—¡No digas, no digas!—interrumpió Olga—. Me llevarás contigo y entre los dos haremos todo. ¡Tú solo no sabrás, no querrás!

—Bueno, sea así; te pondrás nerviosa y quizá por mucho tiempo—dijo Stolz no muy contento de que Olga le hubiese arrancado el consentimiento.

—¡No te olvides!—concluyó ella sentándose en su butaca—. Que lo dejarás solo únicamente cuando «entre vosotros se abra un abismo o se alce un muro». ¡No olvidaré esas palabras!

IX

En Viborgskaia Storoná reina la paz y el silencio se extiende por sus calles sin empedrar, sus aceras de madera, jardines de escasos árboles, cunetas

llenas de ortigas donde, al lado de una cerca, una cabra, sujeta por el cuello con una soga, pasta la hierba o dormita torpemente; a mediodía se oye el taconeo de los altos y elegantes tacones de un escribano que pasa por la acera; en una ventana se agita el visillo de tarlatana y por entre los tiestos de geranios se divisa la cara de la mujer de un empleado o de pronto, por encima de una valla, asoma, escondiéndose inmediatamente, la fresca cara de una muchacha tras la cual aparece otra que se esconde a su vez para volver a aparecer la primera, y luego, de nuevo, la segunda; se oyen gritos y carcajadas de jóvenes que se columpian.

En la casa de Pshenitsina hay silencio. Al entrar en el patio se nos ofrece un idilio; gallos y gallinas se agitan y se meten en los rincones; el perro ladra tirando de la cadena; Aquilina deja de ordeñar la vaca y el portero de cortar leña y ambos miran con curiosidad al visitante.

«¿Por quién pregunta usted?», dirá el portero, y al oír el nombre de Ilia Illich o de la casera indicará en silencio la entrada y volverá a cortar leña y el visitante se dirigirá, por una limpia vereda enarenada, hacia la entrada sobre cuyos escalones está tendida una estera limpia, tirará del llamador de la campanilla, también limpio, y le abrirá Anisia o los niños, a veces la misma casera o Zajar, éste sólo en último caso.

En la casa de Pshenitsina se notaba una abundancia como no la había ni cuando Agafia Matveievna vivía con su hermano.

Cocina, despensa y aparadores estaban llenos de vajilla; platos grandes y pequeños, redondos y ovalados, salseras, tazas, montones de pucheros de hierro fundido, de cobre y de barro.

En los armarios estaba la plata de la casa, hacía ya tiempo desempeñada y nunca vuelta a empeñar, y la plata de Oblomov.

Filas de teteras, unas enormes y panzudas y otras minúsculas, y unas cuantas hileras de tazas de porcelana, ordinarias, con dibujos, dorados, con escudos, corazones ardientes o con chinos. Grandes tarros de cristal con café, canela y vainilla; cajas de cristal con te, frascos con aceite y vinagre.

Luego, en los estantes, estaban agrupados frasquitos, cajitas con medicinas domésticas, hierbas, emplastos, alcohol, alcanfor, polvos y esencias; había también jabón, substancias para limpiar encajes y manchas, etc., etc.; en fin, todo lo que se puede encontrar en una casa de provincias en la que hay una buena ama.

Cuando Agafia Matveievna abría la puerta del armario, en el que estaban todos estos objetos, no podía resistir al conjunto de aquellos perfumes y por un momento volvía la cabeza.

Para que no se los comiesen los ratones, del techo de la despensa colgaban jamones, quesos, pilones de azúcar, pescados y sacos con setas y nueces compradas a un finlandés.

En el suelo había barriles con mantequilla, con nata agria, cestas con huevos y muchas otras cosas.

Sería precisa la pluma de un nuevo Homero

para describir detalladamente todo lo que estaba amontonado en los rincones y estantes de esta pequeña arca de la vida doméstica.

La cocina era un verdadero palenque para la actividad genial de la casera y de su digna ayudanta Anisia. De todo había en casa y todo estaba en su sitio, en todas partes había orden y limpieza y en toda la casa no se encontraba mas que un pequeño rincón en el que no penetraba nunca un rayo de sol ni un soplo de aire, ni el ojo vigilante de la casera ni la mano ágil de Anisia. Este rincón era el rincón o nido de Zajar.

Su cuarto no tenía ventanas, y la eterna obscuridad que allí reinaba ayudaba a convertir una vivienda humana en una cueva. Si alguna vez Zajar sorprendía a la casera intentando limpiar o poner las cosas en orden, le decía con firmeza que no era asunto de mujeres el saber cómo y dónde tenían que estar los cepillos, el betún y las botas; que a nadie le importaba el que la ropa de él estuviese amontonada en el suelo y la cama en un rincón lleno de polvo, detrás de la estufa; que era él y no ella quien se ponía aquella ropa y dormía en aquella cama. En cuanto a la escoba, tablas, dos ladrillos, un fondo de tonel y dos troncos de leña que guardaba en su cuarto decía, sin explicar por qué, que no podía pasarse sin ellos; decía que el polvo y las telarañas no le estorbaban y que él no metía la nariz en la cocina y, por tanto, quería que le dejasen en paz.

Una vez, al encontrar allí a Anisia, la miró con

tanto desprecio y la amenazó tan imponentemente con el codo que a ella le daba miedo entrar en aquel cuarto. Cuando sometieron el asunto al juicio de Ilia Illich éste fué a mirar para dar severas órdenes, pero después de haber asomado por la puerta tan sólo la cabeza y mirar por un instante todo lo que había en el cuarto de Zajar, escupió y no dijo ni una palabra.

—¿Qué habéis ganado?—preguntó Zajar a Agafia Matveievna y Anisia que acompañaban a Ilia Illich, creyendo que la intervención de éste provocaría un cambio. Luego sonrió anchamente y sus cejas y patillas se abrieron a los lados.

En las otras habitaciones había luz, aire fresco y todo estaba limpio. Las cortinas viejas y desteñidas habían desaparecido y las ventanas y puertas del salón y el despacho estaban adornadas con cortinas azules y verdes y visillos de tarlatana con festones encarnados hechos por Agafia Matveievna.

Las almohadas eran blancas como la nieve y llegaban casi hasta el techo y las mantas estaban forradas de seda. Durante semanas enteras la habitación de la casera quedaba obstruída por las mesas de juego abiertas y puestas unas al lado de otras, sobre las que se extendían las mantas y el *jalat* de Ilia Illich.

Agafia Matveievna las cortaba, forraba de algodón y pespunteaba personalmente, apoyándose con su robusto pecho en la labor, clavando en ella sus ojos y hasta empleando la boca cuando había que cortar algún hilo, trabajando con amor, con

infatigable asiduidad y encontrando la recompensa en la idea de que el *jalat* y las mantas ceñirían, calentarían, mimarían y darían reposo al incomparable Ilia Illich.

Este, durante días enteros, admiraba acostado en el sofá cómo se movían de arriba abajo aquellos codos desnudos siguiendo la aguja y el hilo. Muchas veces se quedaba dormido arrullado por el chasquido del hilo al ser cortado con los dientes, como antaño en Oblomovka.

—Deje ya de trabajar, se va a cansar—decía él moderando el celo de ella.

—Al Señor le agrada el trabajo—contestaba ella sin apartar la vista ni las manos de la labor.

Le servía el café con el mismo cuidado y aseo y del mismo exquisito gusto que hacía años, al principio, cuando vino a vivir a la casa. La sopa con menudillos de aves, macarrones con queso, empanada de pescado, sopa fría, pollos de la casa, alternaban impidiendo la monotonía de los días.

Por las ventanas, desde la mañana a la tarde, entraban los alegres rayos de sol iluminando ya una, ya otra fachada de la casa, despejadas gracias a las huertas que la cercaban por dos lados.

Los canarios cantaban alegremente; los geranios y los jacintos, que los niños traían de vez en cuando del jardín del conde, exhalaban un fuerte perfume que se mezclaba con el humo de los habanos y con el olor de la canela y la vainilla que la casera estaba machacando moviendo enérgicamente los codos.

Ilia Illich parecía vivir al margen dorado de la vida en la que no había más variaciones que el día y la noche y las estaciones del año; no había más cambios ni graves eventualidades que removiesen en el fondo de la vida el sedimento con frecuencia amargo y revuelto.

Desde que Stolz libró a Ilia Illich de las garras de Iván Matveich y éste y Tarantiev se fueron para siempre, desaparecieron de la vida de Ilia Illich todos los elementos hostiles. Ahora le rodeaban gentes sencillas, buenas y amantes, que se habían puesto de acuerdo para sostenerle en la vida y ayudarle a no notarla ni sentirla.

Agafia Matveievna estaba en el cenit de su vida, vivía y sentía que vivía con tanta plenitud como nunca, únicamente que no podía expresarlo o no se le ocurría pensar en hacerlo. Rogaba a Dios que prolongase la vida de Ilia Illich y que le librase de «penas, dolores y miserias», encomendando a la voluntad del Señor a sí, a sus hijos y a todos los suyos. Por esto su rostro reflejaba siempre la misma felicidad completa, satisfecha y sin deseos, y por tanto rara e imposible para gente de otra naturaleza.

Había engordado, sus hombros y pecho rebosaban plenitud y los ojos expresaban docilidad y preocupaciones de buena ama de casa. Había recobrado la serenidad y dignidad con que antes gobernaba su casa entre los sumisos Anisia, Aquilina y el portero. Como antes, parecía no andar, sino deslizarse desde la alacena a la cocina y de la co-

cina a la despensa, dando órdenes, sin apresurarse, con plena conciencia de lo que estaba haciendo.

Anisia se había vuelto aún más vivaracha porque había aumentado el trabajo; estaba siempre agitándose, corriendo, trajinando, obedeciendo las órdenes del ama. Sus ojos eran más brillantes y la nariz, aquella nariz charlatana, continuaba en el primer lugar llena de preocupaciones, ideas, intenciones y hablando aunque la lengua callase.

Las dos vestían conforme a sus jerarquías. La casera compró un gran armario donde guardaba vestidos de seda, mantillas y capotes; se encargaba los gorros en la otra orilla, en la Perspectiva de Liteiny; los zapatos en Gortiny Dvor y el sombrero—¡asómbrense!—¡en la Movskaia! También Anisia, después de acabar de guisar, sobre todo los domingos, se ponía un vestido de lana.

Sólo Aquilina continuaba con el borde de la falda metido por debajo de la cintura y el portero no podía separarse de su anguarina ni siquiera durante el verano.

De Zajar no hay que hablar; se hizo de la levita gris una chaqueta y era imposible determinar el color de sus pantalones ni con qué estaba hecha la corbata.

Limpiaba los zapatos, dormía; luego se sentaba a la puerta del patio mirando torpemente a los escasos transeúntes o se sentaba en la cercana mercería y hacía lo que hizo siempre antaño en Oblomovka y luego en la calle de Gorojovaia.

¿Y Oblomov? Este era un completo modelo de

paz, contento y silencio tranquilo. Examinando y reflexionando sobre su modo de vivir, y acostumbrándose a él cada vez más, decidió que no tenía necesidad de buscar nada ni de ir a ninguna parte, que había realizado el ideal de vida aunque sin la poesía ni la luz que antaño alumbraba la vida señorial en la aldea natal, entre campesinos y servidumbre, aquella vida que le pintara su imaginación.

Consideraba su actual modo de vivir como una continuación de su vida en Oblomovka, sólo que con otro color, lugar y tiempo. Aquí, como en Oblomovka, se libraba de las exigencias de la vida, la esquivaba y se aseguraba una paz inviolable.

Triunfaba su alma por haber huído de las importunas y penosas exigencias y tormentos, por haber escapado de los lugares donde brillan los relámpagos, de las alegrías intensas y de los repentinos truenos de los grandes dolores; de donde bailan engañosas esperanzas y deslumbrantes fantasmas de dicha, de donde el hombre es roído por sus propios pensamientos y muerto de pasión, de donde la inteligencia cae o triunfa, de donde el hombre se bate en continua lucha y sale del campo de batalla desgarrado, pero siempre descontento e insaciado. En cambio, él, Oblomov, sin disfrutar los placeres conseguidos en la lucha, renunció a ellos mentalmente y gozaba con paz en su alma sólo con vivir en este rinconcito, olvidado, ajeno a toda lucha y a todo movimiento de vida.

Cuando su imaginación se alborotaba y resuci-

taban recuerdos olvidados y sueños sin realizar; cuando su conciencia le reprochaba por la vida gastada inútilmente, Oblomov dormía agitado, se despertaba, se levantaba de la cama y a veces lloraba con frías lágrimas de desesperación, lloraba el luminoso ideal de vida apagado para siempre como se llora a un difunto querido al reconocer que no se hizo por él lo bastante mientras vivía.

Luego miraba a su alrededor, gozaba dichas pasajeras y se tranquilizaba contemplando pensativo cómo se ponía sereno y pacífico el sol en el incendio del crepúsculo; por fin decidía que su vida estaba predestinado que fuese sencilla y no complicada, para que fuese una demostración de la posibilidad de una existencia idealmente serena.

«El destino de los demás—pensaba—es representar la agitación, mover fuerzas creadoras y destructoras; ¡cada uno tiene su misión!»

¡He aquí la filosofía que se había elaborado este Platón adormeciéndose entre problemas y severas exigencias del deber y de su misión! Había nacido y se había educado no como un gladiador, sino como un pacífico espectador de combates; su tímida y perezosa alma no hubiera resistido ni las emociones de la felicidad ni los golpes de la vida; por consiguiente, representaba sólo una parte de ésta y no había que luchar por cambiar nada ni arrepentirse.

Con los años, las inquietudes y el arrepentimiento aparecían cada vez más raramente; se acostaba despacio y gradualmente en el sencillo y ancho

ataúd del resto de su existencia, el ataúd hecho por él mismo, así como los viejos ermitaños, apartándose de la vida, cavaban su tumba.

Dejó de soñar con la organización de su hacienda, con el viaje a Oblomovka y con la familia. El administrador nombrado por Stolz le enviaba con puntualidad una buena renta, los campesinos le enviaban por Navidad pan y aves y la casa estaba llena de abundancia y alegría.

Ilia Illich se compró un tronco de caballos, pero guiado por su prudencia, eligió unos que sólo se ponían en marcha después del tercer latigazo; los dos primeros les hacían vacilar y dar un paso primero a uno y luego al otro, y después, tendiendo el cuello, empezaban a correr meneando la cabeza. Llevaban a Vania al colegio a la otra orilla y a la casera cuando iba de compras.

En Carnaval y en Semana Santa Ilia Illich iba con toda la familia de paseo y a la verbena; de vez en cuando tomaban un palco y todos iban al teatro.

Por el verano iban a las afueras de la ciudad y el viernes de San Elías a Porojovye y variaban un poco las costumbres habituales; se hubiera podido decir que no había cambios si los golpes de la vida no alcanzasen a todos los rinconcitos pacíficos. Pero por desgracia, cuando el trueno sacude las montañas y los espacios, retumba también en la cueva del ratón aun del más débil y sordo.

Ilia Illich comía mucho y con apetito, como en Oblomovka; andaba y trabajaba poco y perezosamente, también como en Oblomovka. A pesar de

que avanzaba en edad, bebía, despreocupadamente, vino y aguardiente de grosella, y con más despreocupación aún dormía un buen rato después de comer.

De pronto todo cambió.

Un día, después de haber dormido la siesta, quiso levantarse del sofá y no pudo, quiso hablar y la lengua no le obedeció. Asustado, llamó en su ayuda con la mano.

Si hubiera vivido solo con Zajar ya hubiera podido telegrafiar con la mano hasta por la mañana y morirse sin que nadie se hubiera enterado hasta el día siguiente; pero el ojo de la casera le vigilaba: no le hizo falta inteligencia; su corazón sintió que a Ilia Illich le ocurría algo.

Y apenas se dió cuenta de ello, Anisia salía en coche a buscar un médico y la casera le puso hielo en la frente y sacó del armario alcohol, hierbas, todo lo que su experiencia le dijo que podía ser útil.

En este tiempo Zajar consiguió ponerse un zapato y así daba vueltas alrededor de su señor con el médico, la casera y Anisia.

Ilia Illich volvió en sí, le sangraron y declaró que había tenido un ataque de apoplejía y que tenía que cambiar de régimen de vida.

Le fueron prohibidos el aguardiente, vinos y cervezas, tomaría poco café, nada de grasas y carnes. En vez de esto le prescribieron ejercicio diario, dormir sólo por la noche y no mucho.

Sin la vigilancia de Agafia Matveievna no se hu-

biera hecho nada; pero ella estableció este régimen en toda la casa, y unas veces con astucia y otras con halagos distraía a Oblomov para evitar sus atentados contra el vino, el sueño durante la siesta y las empanadas grasientas.

Apenas Oblomov empezaba a dormirse se caía en la habitación una silla o en el cuarto vecino rompían con estrépito vajilla vieja o los chicos armaban una gritería. Si esto no servía, se escuchaba la dulce voz de Agafia Matveievna llamándole o preguntándole algo.

La vereda del jardín se prolongó hasta el fondo de la huerta e Ilia Illich se paseaba por ella durante dos horas por la mañana y por la tarde. Ella le acompañaba, y si estaba ocupada lo hacían Macha o Vania o el antiguo amigo, el tímido y sumiso Alexeiev.

He aquí a Ilia Illich paseándose lentamente por la vereda y apoyándose en el hombro de Vania. Este, ya hecho un mozo con uniforme de colegial, modera con dificultad el paso tratando de conformarlo al de Ilia Illich. A consecuencia del ataque, Oblomov pisaba con dificultad con uno de los pies.

—¡Vámonos a casa, Vania!—dijo.

Se dirigieron hacia la puerta. A su encuentro salió Agafia Matveievna.

—¿Cómo tan pronto?—preguntó no dejándoles pasar.

—¡Qué va a ser pronto! Hemos dado unas veinte vueltas por la vereda, y como desde la entrada

hasta la cerca hay cincuenta toesas, hemos andado dos kilómetros.

—¿Cuántas vueltas habéis dado?—preguntó ella a Vania.

Este vaciló en contestar.

—¡Cuidado con decir mentiras!—le dijo mirándole a los ojos—. En seguida lo sabré, y el domingo no te dejaré ir a casa de tus amigos.

—No, mamá, de veras... hemos dado unas doce vueltas.

—¡Ay qué bribón!—dijo Oblomov—. Te has entretenido en descortezar las acacias y no has contado todas las veces...

—¡Haga el favor de seguir paseando! Aun no está hecha la sopa—decidió la casera cerrando la puerta y Oblomov tuvo por fuerza que dar ocho vueltas más y ya luego entró en la casa.

Allí, en la gran mesa redonda, humeaba la sopa de pescado. Oblomov se sentó en su sitio, solo, en el sofá, teniendo a su derecha a Agafia Matveeivna y a su izquierda un niño de tres años que se sentaba en una silla alta. Al lado de éste se sentó Macha, una niña de trece años, luego Vania, y este día también Alexeiev, que estaba frente a Oblomov.

—Espere, le serviré este pescadito, ¡es tan gordito!—dijo Agafia Matveievna poniendo el pez en el plato de Oblomov.

—¡Mejor sería un poco de empanada! — dijo éste.

—Me he olvidado. Ayer quise hacerla, pero he perdido la memoria—mintió Agafia Matveievna—.

Y también me he olvidado de preparar para usted, Iván Alexeiev, el repollo para las costilletas—añadió dirigiéndose a Alexeiev—. ¡Perdóneme!

Y también era mentira.

—No importa, yo puedo comer de todo—dijo éste.

—Es verdad; ¿por qué no le han preparado jamón con guisantes o carne?—preguntó Oblomov—. A él le gusta...

—He ido yo misma, Ilia Illich; he mirado y no había buena carne. En cambio, he hecho para usted jalea de jarabe de cerezas; sé que le gusta mucho—dijo ella dirigiéndose a Alexeiev.

Como la jalea no le hacía daño a Ilia Illich, tenía que gustarle al sumiso Alexeiev.

Después de la comida nadie podía evitar que Oblomov tratase de dormir la siesta. Infaliblemente se tumbaba boca arriba en el mismo sofá para descansar una hora. Para que no se durmiese la casera servía allí mismo el café y en la alfombra jugaban los chicos e Ilia Illich tenía que tomar parte en todo.

—¡Basta ya de molestar a Andriucha; se va a echar a llorar!—reprendía a Vania cuando éste importunaba al niño.

—Machanka, mira, Andriucha se va a hacer daño—advertía cuidadosamente cuando el niño se arrastraba por debajo de las sillas.

Y Macha acudía a coger al niño, al que llamaba «hermanito».

Todo quedó tranquilo por un instante; la casera

se fué a la cocina para ver si estaba ya hecho el café. Los niños callaron. En la habitación se oyó un ronquido, al principio débil, como con sordina, luego más fuerte, y cuando Agafia Matveievna apareció con la cafetera humeante en las manos se quedó asustada porque el ronquido resonaba como en una cuadra.

Meneó la cabeza como reprendiendo a Alexeiev.

—Le he despertado, pero no me hace caso—dijo Alexeiev disculpándose.

Ella dejó rápidamente la cafetera sobre la mesa, cogió a Andriucha y le hizo sentarse en el sofá al lado de Ilia Illich. El niño se arrastró por el cuerpo de éste, llegó hasta la cara y le cogió la nariz.

—¡Ah! ¿Qué? ¿Quién es?—exclamó Ilia Illich alarmado y despertándose.

—Se ha dormido usted y Andriucha se subió en el sofá y le ha despertado—dijo cariñosamente la casera.

—¿Cuándo me he dormido?—dijo disculpándose Oblomov cogiendo en sus brazos a Andriucha—. ¿Crees que no he visto cómo subía agarrándose con sus manitas? Yo oigo todo. ¡Ay qué travieso! ¡Me has cogido la nariz! ¡Ya verás! ¡Espera, espera!—decía acariciando al niño.

Luego le hizo bajar al suelo y suspiró ruidosamente.

—Cuéntame algo, Iván Alexeiev—pidió a su amigo.

—Ya hemos hablado de todo, Ilia Illich; no tengo nada más que contar.

—¿Cómo nada? Usted visita a la gente. ¡Ya habrá alguna novedad! ¡Supongo que leerá usted algo!

—Sí, a veces leo o son los demás los que leen y hablan mientras yo escucho. Ayer noche, en casa de Alejo Spiridonovich, su hijo, el estudiante, estuvo leyendo en voz alta...

—¿Y qué leyó?...

—De los ingleses; que le han llevado a alguien fusiles y municiones. Alejo Spiridonovich dice que habrá guerra.

—¿A quién se los han llevado?

— A España o a la India, no me acuerdo; el embajador se enfadó mucho.

—¿Qué embajador?—preguntó Oblomov.

—Es que... lo he olvidado—dijo Alexeiev alzando la nariz hacia el techo y haciendo esfuerzos por acordarse.

—¿Y con quién habrá guerra?

—Dicen que con el bajá turco.

—Bueno. ¿Y qué hay de política?—preguntó Ilia Illich después de un corto silencio.

—Dicen que el globo terrestre se enfría cada vez más; un día se helará por completo.

—¡Hombre! ¿Es eso política?—objetó Oblomov.

Alexeiev quedó perplejo.

—Demetrio Alexeievich, al principio, habló de política—dijo disculpándose—y luego leyó todo seguido sin decir dónde terminaba cada cosa. Ya sé que eso es ya literatura.

—¿Y qué leyó de literatura?

—Leyó que los mejores escritores son Dmitriev, Karamzin, Batiuchkov y Yugovsky...

—¿Y Pushkin?

—No citaba a Pushkin. Yo también pensé: ¿por qué no estará? ¡Si es un genio!—dijo Alexeiev.

Reinó el silencio. La casera trajo su labor y manejaba la aguja mirando de cuando en cuando a Ilia Illich y a Alexeiev y escuchando con su fino oído si se sentía algún ruido, si Zajar peleaba con Anisia en la cocina, si Aquilina fregaba los platos, si sonaba la cancela del patio, lo que quería decir que el portero abandonaba la portería y se iba a la taberna.

Oblomov se sumió en silencio y meditación. No era ni sueño ni vigilia; dejó que su pensamiento vagase libremente sin concentrarse en nada, escuchando tranquilamente el mesurado latir de su corazón y pestañeando a veces suavemente como el que no tiene la mirada fija en ningún sitio. Se sumió en un estado de confusión y misterio, una especie de ensueño.

El hombre se encuentra a veces, por un corto momento, en este estado de meditación cuando le parece que vive por segunda vez un momento ya vivido algún día. No sabe si es que ha soñado ya aquella situación o si la ha vivido antes y lo ha olvidado, pero está viendo que ante él se hallan las mismas personas que entonces y que ha oído ya aquellas palabras; la imaginación es incapaz de llevarlo a la escena de la primera vez, la memoria no puede hacer resucitar el pasado y él queda sumido en meditación.

Esto le ocurrió ahora a Oblomov. Se encontraba envuelto en un silencio ya conocido de antaño, oía la péndola y el chasquido del hilo roto con los dientes; se repetían las palabras conocidas: «Vaya, no puedo enhebrar la aguja: hazlo tú, Macha, que tienes mejor vista.»

Oblomov, con inconsciente pereza, como en sueños, miraba la cara de la casera y de las profundidades de sus recuerdos subió una imagen ya conocida de antiguo. Se esforzaba en recordar cuándo y dónde la había visto...

Ante él apareció el grande y obscuro salón de la casa paterna, alumbrado con una bujía de sebo; su difunta madre con las visitas estaban sentadas alrededor de la mesa y cosiendo en silencio; su padre se paseaba también silencioso. El presente y el pasado se unieron y se mezclaron.

Soñaba que había llegado a aquella tierra prometida donde corren ríos de miel y leche, dónde comen pan sin trabajarlo y llevan vestidos de oro y plata.

Oía contar sueños y augurios supersticiosos, el chocar de los platos y el golpear de los cuchillos, se apretaba a la niñera y escuchaba su sorda y quebrada voz de vieja: «¡Es Militrisa Kiribitievna!», le decía indicándole a la casera.

Le parecía que en el cielo azul flotaba la misma nubecilla que entonces, que la misma brisa soplaba por la ventana y jugaba con sus cabellos; que el pavo de Oblomovka estaba paseándose y cacareando debajo de la ventana.

El perro empezó a ladrar; de seguro habían venido visitas. ¿Tal vez Andrés con su padre que llegaban de Verjlevo? Sería una gran alegría. En efecto, él era: los pasos se oían cada vez más cerca; la puerta se abrió...

—¡Andrés!—dijo.

Realmente ante él estaba Andrés, pero no el chiquillo, sino hombre maduro.

Oblomov volvió en sí: ante él estaba el verdadero Stolz.

La casera cogió rápidamente al niño, quitó de la mesa la labor y se llevó a los chicos. Alexeiev desapareció también. Stolz y Oblomov se quedaron a solas mirándose uno a otro fijamente y en silencio.

Stolz parecía querer penetrar con la vista en el alma de Oblomov.

—¿Eres tú, Andrés?—preguntó Oblomov con voz apenas perceptible de emoción, como un amante que pregunta a su amada después de larga separación.

—Yo soy—dijo Andrés en voz baja—. ¿Estás vivo y sano?

Oblomov le abrazó apretándose a él con fuerza.

—¡Oh!—dijo lentamente desahogando en este ¡oh! toda su tristeza y su alegría largo tiempo ocultas en su alma y nunca, desde el momento en que se separó del amigo, dadas a conocer a nadie.

Ambos se sentaron y de nuevo se miraron fijamente.

—¿Estás bien de salud?—preguntó Andrés.

—Sí; ahora, gracias a Dios, estoy bien.

—¿Has estado enfermo?

—Tuve un ataque de apoplejía.

—¿Es posible? ¡Dios mío!—exclamó Andrés asustado—. ¿Pero sin consecuencias?

—Sí; únicamente no manejo bien la pierna izquierda...

—¡Oh Ilia, Ilia! ¿Qué te pasa? ¡Te has abandonado por completo! ¿Qué has hecho en ese tiempo? Piensa que hace ya más de cuatro años que no nos vemos.

Oblomov suspiró.

—¿Por qué no fuiste a Oblomovka? ¿Por qué no me escribiste?

—¡Qué te voy a decir, Andrés! Me conoces..., no me preguntes más—dijo Oblomov melancólico.

—¿Y siempre aquí, en el mismo piso?—dijo Stolz examinando la habitación—. ¿No te has mudado?

—Sí, siempre aquí... Y ya no me mudaré.

—¿Cómo? ¿Decididamente no?

—Sí, Andrés, decididamente.

Stolz le miró con fijeza, se quedó pensativo y se puso a pasear por la habitación.

—¿Y Olga Sergueievna? ¿Está bien? ¿Dónde está? Se acuerda...

No terminó.

—Está bien y se acuerda de ti como si os hubieseis separado ayer. Ahora mismo te diré dónde está.

—¿Y los chicos?

—Los chicos, bien... Pero díme, Ilia, ¿dices en serio que te quedas aquí? He venido a buscarte para llevarte con nosotros a la aldea...

—¡No, no!—protestó Oblomov visiblemente inquieto y lanzando miradas a la puerta—. No, hazme el favor de no hablar de ello...

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?—repuso Stolz—. Me conoces, me he planteado este problema hace tiempo y no lo abandonaré. Hasta ahora he estado distraído con los negocios, pero ahora estoy libre. Tienes que vivir con nosotros o cerca de nosotros; así lo hemos decidido Olga y yo y así será. Gracias a Dios te encuentro como antes y no peor. No me atrevía a esperarlo... ¡Vámonos! ¡Estoy dispuesto a llevarte por fuerza! Es preciso que vivas de otro modo, tú sabes ya cómo...

Oblomov escuchó la arenga con impaciencia.

—¡Hazme el favor de no gritar! ¡Habla más bajo!—le suplicó—. Allí...

—¿Qué hay allí?

—Pueden oír...; la casera creerá que en realidad quiero marcharme...

—¿Y qué? ¡Que lo crea!

—¡Oh, no! ¡No puede ser!—interrumpió Oblomov—. Escucha, Andrés—dijo de pronto con desacostumbrada decisión—, no hagas intentos inútiles, no trates de persuadirme; me quedaré aquí.

Stolz miró con asombro a su amigo. Oblomov le miraba tranquilo y enérgico.

—¡Estás perdido, Ilia!—exclamó Stolz—. Esta casa, esta mujer..., toda esta vida... No puede ser... ¡Vámonos! ¡Vámonos!

Le cogió por la manga empujándole hacia la puerta.

—¿Por qué me quieres sacar de aquí? ¿Para ir adónde?—protestaba Oblomov.

—¡Fuera de este pantano, de este charco! ¡Allá, al sol, al campo, donde hay una vida sana y normal!—insistió Stolz severamente, casi imperioso—. ¿Dónde estás? ¿Qué pareces? ¡Vuelve en ti! ¿Acaso naciste para esta vida? ¿Para dormir como un hurón en su cueva? Acuérdate de todo...

—No menciones, no toques lo pasado, ¡no lo resucitarás!—dijo Oblomov con plena conciencia y presencia de espíritu y voluntad—. ¿Qué quieres hacer conmigo? Me he separado para siempre del mundo a donde me quieres llevar; no saldarás las dos mitades. Estoy adherido a este pantano; prueba a arrancarme; ¡me moriría!

—¡Pero mira dónde y con quién estás!

—Lo sé, lo siento... ¡Oh Andrés! Siento y comprendo todo; hace ya tiempo que me da vergüenza vivir en el mundo. Sin embargo, no puedo ir contigo por tu camino aunque quisiera... La vez anterior aun era posible. Ahora...—bajó los ojos y se calló un momento—..., ahora es tarde... Vete y no te detengas ante mí. Dios sabe que merezco tu amistad, pero no merezco tus cuidados.

—No, Ilia; tú hablas, pero no acabas. Te llevaré de aquí, te llevaré precisamente porque estoy sospechando... Oye—dijo—, ponte algo y ven conmigo; pasarás en mi casa la noche. Te contaré muchas cosas; ¿no sabes lo que ocurre? ¿No has oído?

Oblomov le miró interrogativo.

—Había olvidado que no ves a nadie; vámonos,

te contaré todo... ¿Sabes quién está esperándome ante la puerta en el coche?... Llamaré...

—¡Olga!—exclamó de pronto Oblomov asustado, y hasta cambió de cara—. ¡Por amor de Dios, no la dejes entrar! ¡Vete! ¡Adiós, adiós! ¡En nombre del Señor!

Empujaba a Stolz hacia la puerta, pero éste no se movía.

—No puedo irme sin ti: le he dado mi palabra, ¿oyes, Ilia? Si no hoy, mañana...; lo aplazarás, pero no lo evitarás... Mañana o pasado; ¡nos veremos de todos modos!

Oblomov callaba, con la cabeza baja, sin atreverse a mirar a Stolz.

—Entonces, ¿cuándo? Olga me va a preguntar...

—¡Oh Andrés!—dijo con voz suave y suplicante abrazándole y poniéndole la cabeza en el hombro—. Déjame para siempre..., olvida...

—¿Cómo? ¿Para siempre? — preguntó Stolz asombrado, librándose de los abrazos y mirándole a la cara.

—¡Sí!—murmuró Oblomov.

Stolz dió un paso atrás.

—¿Eres tú, Ilia?—dijo en tono de reproche—. ¿Me rechazas a mí por ella, por esa mujer?... ¡Dios mío!—gritó como sintiendo un repentino dolor—. Este a quien he visto niño, ahora... ¡Ilia, Ilia! ¡Huye de aquí! ¡Vámonos, vámonos pronto! ¡Qué bajo has caído! Esa mujer... ¿qué es para ti?...

—¡Mi mujer!—dijo Oblomov tranquilamente.

Stolz se quedó atónito.

—Y ese niño es mi hijo. Se llama Andrés en memoria tuya—concluyó Oblomov sin tomar aliento y suspiró tranquilo, como quien se descarga un peso.

Ahora fué Stolz quien cambió de cara y giraba los ojos con asombro, casi insensato. Ante él vió que se «abría el abismo», que surgía «el muro de piedra»; era como si Oblomov hubiera desaparecido de su vista, se hubiera hundido, y sintió la angustia ardiente que experimenta el hombre que se apresura todo emocionado a ir a visitar a su amigo después de una larga separación y de pronto se entera de que ya hace mucho tiempo que ha muerto.

—¡Está perdido!—murmuró automáticamente—. ¿Qué le diré a Olga?

Oblomov oyó las últimas palabras, quiso decir algo y no pudo. Tendió las dos manos a Andrés y ambos se abrazaron con fuerza, en silencio, como si se abrazasen antes de una batalla, antes de morir. Este abrazo ahogó sus palabras, lágrimas y sentimientos.

—¡No olvides a mi Andrés!—fueron las últimas palabras dichas por Oblomov con voz apagada.

Andrés salió despacio y silencioso, cruzó el patio pensativo y con lentitud y subió al coche mientras Oblomov se sentó en el sofá, apoyó los codos en la mesa y se tapó la cara con las manos.

«No, no olvidaré a Andrés—pensaba con tristeza Stolz cuando iba por el patio—. ¡Estás perdido, Ilia: no hay para qué decirte que tu Oblomovka ya no está en un rincón apartado, que le ha llegado

su turno y que los rayos del sol la iluminan! No te diré que dentro de unos cuatro años tendrá estación de ferrocarril, que tus campesinos irán a trabajar al muelle y luego tu grano rodará en el tren hacia el embarcadero... Y después, escuelas, instrucción... y más tarde... No, te asustaría la aurora de la futura felicidad, te dolerían los ojos, no habituados... Pero llevaré a tu Andrés allí a donde tú no has podido ir... y con él realizaremos nuestros sueños juveniles. ¡Adiós, vieja Oblomovka!—dijo echando una mirada a las ventanas de la casita—. ¡Tu tiempo ha pasado!»

—¿Qué pasa allí?—preguntó Olga con el corazón latiéndole violentamente.

—¡Nada!—contestó Andrés con brusca sequedad.

—¿Está vivo? ¿Está bien?

—Sí—contestó Andrés de mala gana.

—¿Por qué vuelves tan pronto? ¿Por qué no me has llamado y no lo trajiste aquí? ¡Déjame que vaya!

—¡No puede ser!

—Pero ¿qué pasa?—preguntó Olga asustada—. ¿Es posible que se haya «abierto el abismo»? ¿Me lo dices o no?

Stolz callaba.

—Pero ¿qué sucede?

—¡Oblomovchitis!—contestó Andrés sombrío, y hasta llegar a su casa contestó con un lúgubre silencio a todas las preguntas de Olga.

X

Pasaron cinco años. En Viborgskaia Storoná ocurrieron muchos cambios: en la desierta calle que conducía a la casa de Pshenitsina edificaron casas, entre las cuales se alzaba un largo edificio de piedra, perteneciente al Estado, que impedía el acceso de los alegres rayos del sol a las ventanas del pacífico refugio de pereza y calma.

La casita estaba bastante vieja y tenía aspecto de descuido y suciedad, como un hombre sin afeitar y sin lavar. El color se había ido, los canalones estaban rotos por muchos sitios y por ello en el patio había charcos y barro, por encima de los cuales estaba tendida, como antes, una estrecha tabla. Cuando alguien entraba por la cancela, el perro, ya viejo, no saltaba tirando de la cadena, sino que sin salir de la perrera ladraba ronca y perezosamente.

¡Y cuántas modificaciones en el interior de la casita! Gobernaba allí una mujer extraña y jugaban otros niños. De nuevo se veía por allí la cara del insolente Tarantiev y no la del dócil y silencioso Alexeiev. También habían desaparecido Zajar y Anisia; una cocinera gorda reinaba en la cocina obedeciendo de mala gana las tímidas órdenes de Agafia Matveievna, y la misma Aquilina, con el borde de la falda metido debajo de la cintura, fregaba platos y pucheros; el mismo portero, vestido con la misma anguarina, acababa en la ociosidad su vida. Por delante de la verja, a horas determina-

das, pasaba, como antes, el «hermano» con su gran paquete debajo del brazo y llevando en verano e invierno chanclos de caucho.

¿Qué había sido de Oblomov? ¿Dónde estaba? En el cementerio próximo, debajo de una humilde losa, descansaba su cuerpo en silencio y entre arbustos. Unas lilas plantadas por una mano amiga dormían por encima de la tumba; olía a ajenjo. Parecía que el ángel del silencio velaba aquel sueño.

A pesar del constante cuidado de su mujer, el continuo silencio y el perezoso pasar de un día a otro pararon insensiblemente la máquina de la vida. Ilia Illich es de presumir que murió sin dolor ni sufrimiento, como un reloj al que se hubieran olvidado de dar cuerda. Nadie vió sus últimos momentos ni escuchó su último estertor. El ataque de apoplejía se repitió otra vez en el año y también sin consecuencias: Ilia Illich se quedó pálido y débil, comía poco, rara vez salía del jardín, se hacía cada vez más silencioso y pensativo y a veces hasta lloraba. Presentía su próxima muerte y la temía.

Unas cuantas veces se sintió mal, pero se repuso. Una mañana, Agafia Matveievna le llevó, como de costumbre, el café y se lo encontró en el lecho de muerte reposando con la misma tranquilidad que si estuviese dormido; únicamente la cabeza colgaba un poco fuera de la almohada y la mano estaba convulsamente apretada sobre el corazón, donde por lo visto se había concentrado el dolor.

Hace ya tres años que Agafia Matveievna ha

enviudado y en este tiempo todo volvió a ser como antes. El hermano se había metido en negocios y se había arruinado y consiguió, a fuerza de humillaciones, su antiguo puesto de secretario de la oficina donde «inscriben a los campesinos» y de nuevo iba a pie a la oficina y traía monedas de veinte, veinticinco y cincuenta copecas, llenando con ellas un escondido cofrecito. La comida volvió a ser ordinaria y vulgar, pero grasienta y abundante como antes de venir Oblomov a la casa.

El primer puesto en la casa estaba asignado a la esposa del hermano, Irina Panteleievna; ésta se permitía levantarse tarde, tomar café tres veces al día, cambiar de vestido también tres veces al día y cuidar tan sólo de que sus enaguas estuviesen almidonadas lo más fuerte posible. Fuera de esto no se ocupaba de nada, y Agafia Matveievna, como antes, era el reloj de la casa: cuidaba de la cocina y de la comida, servía a todos el café y el te, cosía para todos y cuidaba la ropa blanca de los chicos, de Aquilina y del portero.

¿Por qué hacía esto? ¡Si ella era la señora de Oblomov, la propietaria, y podía vivir sola e independiente sin necesitar de nada ni de nadie! ¿Quién la obligaba a tomar la carga de administrar una casa ajena, cuidar de niños extraños y todas esas pequeñeces de las que una mujer se encarga o por amor o por el sagrado deber que le imponen los lazos matrimoniales o por el pedazo de pan cotidiano? ¿Dónde estaban Zajar y Anisia, sus servidores por ley? ¿Dónde el pequeño Andriucha, la he-

rencia viva que le dejara su marido? ¿Dónde sus hijos de las primeras nupcias?

Sus hijos estaban colocados, es decir, Vania había terminado la carrera y se colocó en una oficina; Macha se casó con el administrador de un establecimiento oficial y Andriucha estaba en casa de Stolz y de Olga que le educaban y le consideraban como de la familia. Agafia Matveievna nunca igualaba ni mezclaba el destino de Andriucha al de sus otros hijos, aunque en su corazón le guardaba a todos el mismo lugar. Pero la educación y el modo de vivir separarían, como un abismo, la vida de Andriucha de las de Vania y Macha.

«Estos, ¿qué? Serán «cenicientas», como yo—decía—; nacieron en bajeza; en cambio, éste—añadía con respeto y acariciando a Andriucha con cierta prudencia y casi timidez—, ¡éste es un señor! ¡Mire qué blanquito es, qué manitas y qué piececitos tan pequeños! ¡Y el pelo como la seda! ¡Es el retrato de su padre!»

Por eso aceptó sin protestar, y hasta con cierta satisfacción, la proposición de Stolz de llevárselo para educarle en su casa, creyendo que aquél era su verdadero ambiente y no aquí, «en bajeza» entre los sucios sobrinos hijos de su hermano.

Durante seis meses, después de morirse Oblomov, vivió desconsolada en la casa con Zajar y Anisia. Hizo una vereda hasta la tumba de su marido, lloraba con desconsuelo, casi no comía ni bebía, alimentándose casi exclusivamente de te; pasaba las noches sin dormir y estaba completa

mente rendida. No se quejaba nunca, y parecía que conforme se alejaba el día de la muerte de Oblomov más se sumía en su dolor, encerrándose en sí misma y huyendo hasta de Anisia. Nadie sabía lo que pasaba en su alma.

—Su ama siempre está llorando a su marido—decía a la cocinera el comerciante que vendía alimentos para la casa.

—Siempre está triste—decía el sacristán de la iglesia del cementerio, al que todas las semanas iba a rezar y a llorar la desconsolada viuda.

—No tiene consuelo—decían en casa del hermano.

Un día se presentó en la casa toda la familia y hasta Tarantiev, a pretexto de conmiseración. Le dijeron unas cuantas frases vulgares de consuelo: «ten piedad de ti», «cúidate por tus hijos», lo mismo que le habían dicho hacía quince años cuando murió su primer marido. Y lo que entonces le sirvió de consuelo, ahora sólo le producía asco y angustia.

Experimentó cierto alivio cuando empezaron a hablarle de otros asuntos y a decirle que de nuevo podían vivir todos juntos, que a ella también le sería más «llevadera su pena viviendo entre la familia», que también para ellos sería mejor porque nadie como ella sabía administrar la casa..

Ella pidió que la dejasen pensar, luego oró durante dos meses más y por fin accedió a que viviesen todos juntos. En este tiempo Stolz se llevó consigo a Andriucha y ella se quedó sola.

Y aquí la tenemos, vestida con un traje obscuro,

con pañuelo de lana negro en el cuello, yendo como una sombra de su habitación a la cocina, abriendo y cerrando alacenas, cosiendo y planchando encajes, pero despacio, sin energía, hablando de mala gana y en voz baja y mirando a su alrededor con ojos en que se nota una idea oculta, no como antaño, paseando la mirada despreocupada de un objeto a otro. Esta idea se posó invisible en su semblante desde el momento en que contempló, consciente y largamente, la cara de su marido muerto y desde entonces no la abandonaba.

Se movía por la casa; sus manos hacían todo lo necesario, pero su espíritu no tomaba parte en nada.

Al perder a su marido, al verse ante el cadáver se dió de pronto cuenta de lo que era su vida, reflexionó sobre el sentido de ésta, y esta reflexión se extendió sobre su cara, para siempre, como una sombra. Después de haber llorado su dolor, toda su conciencia se concentró en la pérdida y todo murió para ella fuera del pequeño Andriucha.

Unicamente cuando veía a éste parecía estar en su ser y dar señales de vida; sus facciones se animaban, los ojos se iluminaban con un rayo de alegría y luego se llenaban de lágrimas.

Era ajena a todo lo que la rodeaba; si su hermano se enfadaba por un rublo gastado en vano o porque se había quemado un guiso o el pescado no era muy fresco; si la cuñada se enfurruñaba por no estar bien almidonadas las enaguas o porque le habían servido un te claro y frío; si la cocinera

gorda le decía alguna insolencia, Agafia Matveievna no se daba cuenta, como si no fuese con ella, y ni siquiera oía el burlesco «¡Señora propietaria!»

A todo contestaba con un silencio dócil y la dignidad de su dolor.

En cambio, por Navidad, el día de Pascua, las alegres tardes de Carnaval, cuando todo y todos en casa estaban alegres, cantaban, comían y bebían, ella, de pronto, prorrumpía en llanto y se escondía en su cuarto.

Luego se reconcentraba de nuevo en sí misma y a veces hasta miraba a su hermano y a su cuñada con cierto orgullo y compasión.

Se dió cuenta de que su vida no tenía luz, de que el Señor había puesto en su vida un alma y luego la había quitado, de que había salido el sol y se había apagado después para siempre... Para siempre, era verdad; pero, en cambio, su vida tuvo un sentido también para siempre: ahora sabía para qué había vivido y que no había vivido en vano.

¡Había amado tanto y tan por completo! Había amado a Oblomov como amante, como marido y como señor; no hubiera podido, lo mismo que antes, contárselo a nadie. Además, nadie la hubiera comprendido. ¿Dónde encontrar las palabras necesarias? En el léxico de Tarantiev, de su hermano o de su cuñada no las había, les faltaba entendimiento; únicamente Ilia Illich la hubiera comprendido; pero ella nunca le abrió su alma porque entonces todavía no lo sabía ni lo comprendía ella misma.

Con los años veía cada vez con más claridad el pasado y se encerraba en sí cada vez más, volviéndose más taciturna y huraña. Sobre toda su vida se había derramado la luz de aquellos siete años que pasaron como un momento y ya no tenía más que desear ni que ir a ningún sitio.

Unicamente en el invierno, cuando Stolz se mudaba de la aldea a la ciudad, corría a casa de éste y contemplaba con avidez a Andriucha, acariciándole con dulce timidez y queriendo decir algo a Andrés Ivanovich, darle las gracias, confiarle todo lo que vivía continuamente en su corazón: ¡él la hubiera comprendido! Pero ella no sabía cómo expresarlo y sólo corría hacia Olga, apretaba sus labios a las manos de ésta vertiendo torrentes de lágrimas tan calurosas que Olga, sin querer, se echaba a llorar con ella y Andrés, emocionado, se apresuraba a salir de la habitación.

Todos ellos estaban unidos por una atracción común en memoria de la cristalina alma del muerto. Los Stolz trataban de convencerla de que se fuese con ellos a la aldea para vivir juntos al lado de Andriucha, pero ella repetía siempre lo mismo:

—Donde he nacido y vivido, allí tengo que morir.

En vano Stolz le daba cuenta de la administración de la hacienda y le enviaba las rentas que le pertenecían: ella lo devolvía todo, rogando que lo guardasen para Andriucha.

—Es suyo y no mío—decía tercamente—. El lo necesitará algún día, es un señor, mientras que yo podré vivir sin ello.

XI

Un día, cerca de las doce, por las aceras de madera de Viborgskaia Storoná iban dos señores; tras ellos iba despacio el coche.

Uno de ellos era Stolz; el otro, un escritor amigo suyo, grueso, de cara apática y ojos pensativos, casi soñolientos. Se acercaron a una iglesia; la misa había terminado y la gente salía a la calle; delante de todos iban los mendigos. Formaban una colección numerosa y heterogénea.

—Yo quisiera saber de dónde proceden los mendigos—dijo el escritor mirándolos.

—¿Cómo de dónde? De todos los rincones y hendeduras.

—No es eso lo que pregunto—repuso el escritor—; quisiera saber cómo llegan a hacerse mendigos, cómo llegan a esa situación. ¿Se transforman de repente o poco a poco? ¿Son sinceros o no?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Vas a escribir *Misterios de San Petersburgo?*

—¡Quizá!—contestó bostezando con pereza el escritor.

—Aquí tienes una buena ocasión: pregunta a cualquiera y te venderá toda su historia por un rublo de plata y tú escríbela y revéndela con provecho. Aquí tienes un anciano; parece que es el tipo de mendigo más corriente. ¡Hola, viejo! ¡Ven aquí!

El anciano volvió la cabeza al oír que le llamaban, se quitó la gorra y se acercó a ellos.

—¡Piadosos señores!—gruñó—. ¡Ayudad a un pobre soldado herido en treinta batallas!...

—¡Zajar!—exclamó Stolz con asombro—. ¿Eres tú?

Zajar se calló de pronto; luego, protegiendo con la mano los ojos del sol, miró fijamente a Stolz.

—Perdone vuestra excelencia, no le reconozco... ¡Estoy completamente ciego!

—¿Has olvidado a Stolz, el amigo de tu señor?— le reprochó Oblomov.

—¡Ay, ay, padre mío Andrés Ivanovich! ¡Dios mío, qué ciego me he vuelto! ¡Padre mío, señor querido!

Se agitaba, trataba de coger la mano de Stolz, y no consiguiéndolo, besó el borde del vestido.

—¡Bendito sea Dios que me ha dejado vivir hasta este día de tan gran alegría, a mí, perro maldito!...—vociferó, ya llorando, ya riéndose.

Toda su cara, desde la frente a la barbilla, tenía un color purpúreo y además, en la nariz, un reflejo azul. Estaba completamente calvo y las patillas seguían siendo enormes, pero enredadas; parecían de fieltro y cada una era un puñado de nieve. Vestía un capote viejo completamente desteñido al que le faltaba un faldón; en los pies llevaba unos chanclos viejos y en las manos tenía un gorro de pieles completamente despellejado.

—¡Ay Señor misericordioso! ¡Qué felicidad me ha dado en un día de fiesta!...

—¿Cómo estás en esa situación? ¿Por qué? ¿No te da vergüenza?—preguntó Stolz severo.

—¡Ay padre mío Andrés Ivanovich! ¿Qué voy a

hacer?—exclamó Zajar suspirando ruidosamente—. ¿De qué comer? Antaño, cuando vivía Anisia, no vagaba yo por el mundo, tenía siempre un pedazo de pan; pero cuando se murió, el año del cólera —¡que descanse en paz!—, el hermano de la señora no quiso que me quedase en la casa; me llamaba gorrón. Mijey Andrevich Tarantiev, cada vez que pasaba por delante de él, procuraba darme un puntapié. ¡Era imposible vivir! ¡Cuántos regaños he soportado! ¡Créame, señor, no podía tragar un pedazo de pan! Si no hubiese sido por la señora, ¡Dios le dé salud!—dijo Zajar persignándose—, hubiera muerto hace tiempo. Me daba ropa para el invierno, todo el pan que quería y un rincón sobre la estufa; todo me lo daba por caridad. Pero por causa mía la reñían también mucho y yo me fuí a donde los pies me llevasen. Es ya el segundo año que ando así...

—¿Por qué no te has colocado en algún sitio?—preguntó Stolz.

—¿Dónde, padre mío Andrés Ivanovich, se puede ahora encontrar colocación? Estuve en dos casas, pero no agradé. Ahora no es como antes, todo está peor. Para lacayos quieren hombres que sepan leer y escribir; además, los señores nobles ya no acostumbran tener la antesala llena de criados. En todas las casas hay uno y rara vez dos lacayos. Se quitan los zapatos ellos mismos. ¡Han inventado una máquina para eso!—prosiguió Zajar entristecido—. ¡Qué vergüenza! ¡Qué deshonra! ¡La nobleza está pereciendo!

Suspiró.

—Me coloqué en casa de un comerciante alemán. Quedarse sentado en la antesala; todo marchaba bien y él me mandó que sirviese la mesa. ¡Vaya, esto me corresponde a mí! Un día llevé la vajilla, algo así como de Bohemia; los suelos eran lisos y resbaladizos; ¡que perezcan! ¡De pronto se me resbalaron los pies, y toda la vajilla con la bandeja dió en el suelo! ¡Claro está, me echaron a la calle. La segunda vez gusté a una vieja condesa. «Tiene un aspecto respetable», dijo, y me tomó como portero. El empleo era bueno, a la antigua: estar sentado en una silla con aire grave, las piernas cruzadas y balanceando un pie y no contestar en seguida cuando alguien venía, sino primero rugir y luego dejar entrar o sujetar por las solapas, según sea menester; y a las visitas decentes, ya es cosa sabida, hacer con el bastón así...

Y Zajar enseñó cómo lo hacía.

—¡No hay que decir, era un empleo honorable! —prosiguió—. ¡Pero la señora tenía un genio!... ¡Dios la perdone! Un día entró en mi cuartito, vió una chinche, pataleó, vociferó, ¡como si fuera yo quien hubiera inventado las chinches! ¿Cómo puede haber una casa sin chinches? Otro día, al pasar por delante de mí, le pareció que olía a vino...; ¡qué rara era! Y me despachó.

—¡Y es verdad que huele, y cómo huele!—dijo Stolz.

—Es de pena, padre mío Andrés Ivanovich; a fe mía que es de pena—gruñó Zajar arrugando la

cara—. He probado a ser cochero. Me coloqué en una cochera, pero ¡los pies! ¡Estoy débil, me he hecho viejo! El caballo tenía muy mal genio: un día se tiró debajo de un coche y por poco me rompe los huesos; otra vez pisoteó a una vieja y me llevaron a la policía...

—Bueno, deja eso de vagabundear y emborracharte; ven a mi casa, te daré alojamiento; luego iremos a la aldea, ¿oyes?

—Oigo, padre mío Andrés Ivanovich; pero... —dijo Zajar y suspiró—. ¡No deseo marcharme de aquí, de abandonar la tumba! ¡Nuestro bienhechor Ilia Illich!—voceó—. ¡Hoy recé otra vez por su alma, que descanse en paz! ¡Qué señor se ha llevado Dios! ¡Vivió para alegría de la gente! ¡Hubiera debido vivir cien años!...—gemía Zajar sollozando y arrugando la cara—. Hoy estuve a visitar su tumba; cuando paso por aquí voy siempre y me siento y me quedo así: me corren las lágrimas... Alguna vez me quedo pensando. Todo está silencioso y me parece que me llama: «¡Zajar! ¡Zajar!» ¡Hasta me hormiguea la espalda! ¡No veré más a un tal señor! Y cómo le quería a usted; ¡que descanse en paz! ¡Que el Señor reciba su alma en el paraíso!

—Ven a ver a Andriucha; diré que te den de comer y que vestir y luego haz lo que quieras—dijo Stolz dándole dinero.

—Iré. ¿Cómo no he de ir a ver a Andrés Illich? ¡Ya será grande! ¡Dios mío, qué alegría me ha enviado el Señor! Iré, padre mío; que Dios le dé salud

y muchos años de vida...—gruñía Zajar a las espaldas del coche que se alejaba.

—¿Has oído la historia de este mendigo?—preguntó Stolz a su amigo.

—¿Quién es ese Ilia Illich de quien ha hablado?—preguntó el escritor.

—Oblomov: te he hablado de él muchas veces.

—Sí, me acuerdo del nombre: era tu compañero y amigo. ¿Qué ha sido de él?

—Pereció por nada.

Stolz suspiró y se quedó pensativo.

—¡No era más tonto que otros; tenía el alma pura y transparente como el cristal; era noble y dulce y pereció!

—¿Por qué? ¿Por qué causa?

—La causa..., ¿qué causa? ¡Oblomovchitis!—dijo Stolz.

—¡Oblomovchitis!—repitió el escritor perplejo—. ¿Qué es eso?

—Ahora te lo contaré: déjame reunir las ideas y hacer memoria. Apúntalo. ¡Quizá le sirva a alguien!

Y le contó lo que está escrito aquí.

1859.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

Páginas.

1021152412

LOS GRANDES VIAJES MODERNOS

OBRAS PUBLICADAS POR CALPE:

Ansorge: **Bajo el sol africano.** Un tomo de 432 páginas, con 123 grabados, 14 láminas fuera de texto y portada a varios colores, 20 pesetas.

Charcot: **El «Puorquoi-pas?» en el Antártico.** Un tomo de 478 páginas, con 121 grabados, 43 láminas y tres mapas, cubierta a varios colores, 20 pesetas.

Sverdrup: **Cuatro años en los hielos del Polo.** Dos tomos, con 908 páginas, 35 láminas, 104 grabados y cinco mapas en colores. Cada tomo, 20 pesetas.

Haviland: **De la «taiga» y de la «tundra».** (La vida en el Bajo Yenisei.) Un volumen de 320 páginas, con numerosos grabados, 15 pesetas.

Alexander: **Del Níger al Nilo.** Dos tomos. El tomo I consta de 436 páginas, con 27 láminas y 99 figuras. El tomo II tiene 460 páginas, con 24 láminas, 98 figuras y un mapa. Cada tomo, 20 pesetas.

Orjan Olsen: **Los soyotos. Nómadas pastores de renos.** Un volumen de 240 páginas, con 49 figuras, 8 láminas y un mapa, 14 pesetas.

EN PRENSA

Algot Lange: **El Bajo Amazonas.**

Erland Nordenskjold: **Exploraciones y aventuras en la América del Sur.**

Sven Hedin: **Transhimalaya.**

Libros de la Naturaleza

El contenido de las obras que forman esta serie de libros editados por CALPE *es rigurosamente científico y está al corriente de los últimos progresos de las ciencirs naturales. Garantía de ello son los autores de esas obras, todos los cuales figuran entre los naturalistas de mayor autoridad en nuestro país.*

VAN PUBLICADOS

Los animales familiares, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 13 fotograbados en papel estucado.

La vida de la Tierra, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 21 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo alado, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 27 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los minerales, por *Lucas Fernández Navarro*, profesor en la Universidad de Madrid y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 43 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los insectos, por *Antonio de Zulueta*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 41 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 12 fotograbados en papel estucado.

Los animales salvajes, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 24 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

Peces de mar y de agua dulce, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 40 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

La vida de las plantas, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

Los animales microscópicos, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

La vida de las flores, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

Todas las obras de esta colección se venden al precio de **1,75 pesetas cada libro** y llevan artísticas cubiertas del gran dibujante Bagaría impresas a cinco tintas.

CATECISMOS DEL AGRICULTOR Y DEL GANADERO

Editados por CALPE *y publicados bajo la dirección de*

L. DE HOYOS SAINZ

CON LA COLABORACION DE INGENIEROS AGRÓNOMOS, CATEDRÁTICOS, VETERINARIOS, PERITOS AGRÍCOLAS, AGRICULTORES Y GANADEROS DE ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

Folletos de 32 páginas muy ilustrados, escritos por nuestros mejores autores especialistas.

Precio de cada Catecismo: CINCUENTA CENTIMOS

De las XV series van publicados los 40 catecismos siguientes

DEL PRIMER GRUPO

I.—1. **Cómo se mide un campo.**—P. Gonzálex Quijano.
2. **Combustibles agrícolas.**—Pablo Martínez Strong.
3. **Motores de viento.**—Federico Doreste Betancor.

II.—4. **Formación de la tierra laborable.**—Juan Dantín Cereceda.
5. **El observatorio meteorológico del agricultor.**—Hilario Alonso.
6. **La predicción del tiempo en agricultura.**—N. Sama.

III.—7. **Accidentes del trabajo en agricultura.**—Luis Jordana de Pozas.
8. **Arrendamiento de predios rústicos según el Código civil.**—Demófilo de Buen.
9 **Cómo se piden aguas para riego.**—M. Lorenzo Pardo.

IV.—10. **Los abonos baratos.**—José María de Soroa.
11. **El barbecho.**—Gregorio Matallana Revuelta.
12. **Los abonos del trigo.**—J. Navarro de Palencia.
13. **Cultivo del secano español.**—Zacarías Salazar y Mouliáa.
14. **Cómo se elige un arado.**—J. de la Cruz Lapazarán.

V.—15. **Esterilidad de las flores.**—Leandro Navarro.
16. **Enfermedades criptogámicas de la remolacha.**—R. González Fragoso.
17. **Roedores del campo y de los almacenes.**—Angel Cabrera.

VI.—18. **El lúpulo y su cultivo.**—L. Hernández Robredo.
19. **La berza: variedades y cultivo.**—Luis de Hoyos Sainz.
20. **El garbanzo: Cultivo y comercio.**—E. Vellando.

VII.—21. **Poda de la vid.**—Joaquín de Pitarque y Elío.
22. **Clorosis de la vid.**—J. Marcilla.
23. **El manzano: variedades y cultivo.**—Ignacio Gallástegui.
24. **Melocotonero y albaricoquero.**—Vicente Nubiola.

VIII.—25. **La encina: su explotación.**—J Ugarte y L. Vélaz de Medrano.

IX.—26. **El algodonero en España.**—D. Saldaña y Solanas.
27. **El cultivo del tabaco.**—R. Vázquez Alvarez.

X.—28. **Cuidados del vino en el primer año.**—C. Oliveras.
29. **Los orujos de uva agotados y su empleo.** — A. Daneo Gentile.

XI.—30. **Primeros auxilios al animal enfermo.**—C. Sanz Egaña.
31. **Cómo se infecta y se defiende el organismo animal.**—C. López y López.
32. **Vicios redhibitorios de los animales.**—G. Saldaña Sicilia.
33. **La durina y su tratamiento.**—Publio Coderque.

XII.—34. **El caballo de silla.**—E. Ponce Romero.
35. **Cómo se elige un caballo semental.**—M. Medina García.
36. **Incubación artificial de gallinas.** — J. Montejo Leonor.
37. **El gallinero: modelo y construcción.**—B. Calderón.

XIII.—38. **Elaboración de la manteca.**—V. Alvarado y Albo.
39. **La colmena y sus accesorios.**—J. T. Trigo.

XIV.—40. **Libros de contabilidad agrícola.** — D. Pons Irureta.

OBRAS DE J. H. FABRE

EDITADAS POR CALPE

Cinco volúmenes en 8.°, de unas 300 páginas cada uno.

LA VIDA Y COSTUMBRES MARAVILLOSAS DE LOS INSECTOS APARECEN EN ESTAS OBRAS NARRADAS CON AMENIDAD ENCANTADORA

TITULO DE CADA VOLUMEN

Maravillas del instinto en los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Costumbres de los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

La vida de los insectos, con grabados y 11 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los destructores. Lecturas acerca de los animales perjudiciales a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los auxiliares. Lecturas acerca de los animales útiles a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library

or to the

NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

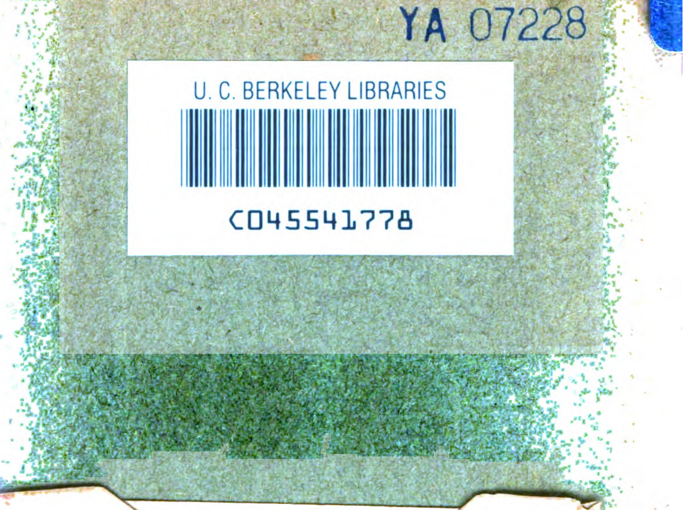
ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

- 2-month loans may be renewed by calling (510)642-6753
- 1-year loans may be recharged by bringing books to NRLF
- Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

DEC 0 6 2005

YA 07228



600397

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

